

LOS MISTERIOS
DE VIOLETA LOPE IV



EL
OJO
DE
MEDUSA



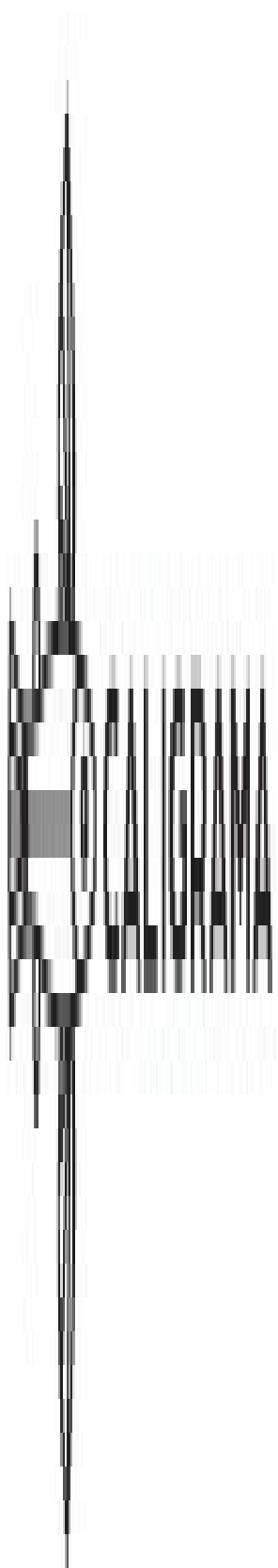
NURIA PAGRATIS

CALIGRAMA

LOS MISTERIOS
DE VIOLETA LOPE IV

EL
OJO
DE
MEDUSA

NURIA PAGRATIS



EL

GO

DE

MEDUSA

ÍNDICE

EL OJO DE MEDUSA

Sinopsis

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

FIN

Sinopsis

¿Sobrevivirán a los insospechados peligros que laten ocultos en la isla? ¿Conseguirán descifrar el pasado? La arqueóloga oxfordiana Larissa Fox y su equipo buscan respuestas en un antiguo templo griego dedicado a Medusa. La historiadora comparte los avances de la excavación con la aguerrida Violeta Lope y un grupo de jóvenes actores encabezado por una famosa estrella de cine americana. Sus dispares vidas se entrecruzan en un marco muy singular: la isla griega de Corfú durante las celebraciones de Pascua. Se trata de una colección de entretenidas novelas con un toque de misterio, consolidada tras este nuevo libro de la escritora Nuria Pagratis.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta obra son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados de manera ficticia.

El ojo de medusa

Los misterios de Violeta Lope IV

Primera edición: 2019

ISBN: 9788417533229

ISBN eBook: 9788417533779

© del texto:

Nuria Pagratis

© de esta edición:

CALIGRAMA, 2019

www.caligramaeditorial.com

info@caligramaeditorial.com

Impreso en España – Printed in Spain

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. Diríjase a info@caligramaeditorial.com si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Para Spiros, capitán y ángel de la isla

Capítulo 1

No hay nadie tan consciente del poder que tiene este lugar como ella. Pasea entre las ruinas de la vieja iglesia bizantina y oye las voces de un pasado mucho más lejano. Son leves susurros, quizá de los sacerdotes griegos antiguos, los paganos, los que dominaban el templo enterrado ahora bajo los restos de la iglesia. Aquí, entre piedras milenarias que son un confuso rompecabezas arqueológico, se esconden objetos sagrados de los dioses y de los hombres; talismanes de otros tiempos, metales preciosos que descansan sin perecer sepultados bajo tierra.

Ella puede oír esos objetos que son retazos de la historia. Y hay uno en concreto que le grita y le suplica ser descubierto. Por eso ha pasado todo un año de lucha burocrática entre las autoridades locales de la isla de Corfú y la Universidad de Oxford, yendo y viniendo, atando todos los cabos del engranaje estatal. Ahora, por fin, tiene la licencia de excavación y ese objeto misterioso está más cerca que nunca. De hecho, es más que un objeto, es un ente del pasado que habla con ella, un espíritu con voz propia y con un mensaje críptico.

Está en la antigua ciudad griega de Corfú, donde se alzaba el imponente templo de Artemisa. Era un magnífico edificio, un suntuoso lugar de culto que todos los habitantes de la isla visitaban en algún momento de su vida. Para ella, sin embargo, no es el templo de Artemisa, sino de Medusa. Cuando lo construyeron en el 580 antes de Cristo, estaba dedicado a la diosa de la caza, pero esto

cambió muy pronto; se produjo una misteriosa transformación. Todas las referencias a Artemisa desaparecieron y las sacerdotisas que oficiaban allí desaparecieron sin dejar rastro. El recinto, sagrado para las gentes de la isla, fue ocupado por una casta sacerdotal masculina venida de Delfos que favoreció el culto a una criatura temible: Medusa.¹

No hay datos ni testimonios que ayuden a comprender por qué se produjo un cambio tan tajante. Pero se sabe, porque está bien documentado, que a partir de entonces el templo fue un centro de augurios, un lugar donde ir si uno buscaba profecías, predicciones, saber su futuro. Se invocaba la suerte de los visitantes y la gorgona, como la pitia del oráculo délfico, les revelaba el devenir o les conminaba a revisar su pasado.

En el frontón se ha conservado la efigie de la gorgona. Era colosal y de cuerpo entero, monumental y voluminosa, como el templo; todavía palpita en el Museo Arqueológico de la ciudad. Es una estatua temible, diabólica, con una cara y un movimiento arcaico que da pavor. Más, incluso, que las serpientes ondulantes que reptan por su cabeza y secuestran su belleza.

Algunos dirán que hay historias del pasado que es mejor dejar dormidas, por el bien de todos. Desgraciadamente, no siempre es posible hacer lo mejor, porque la historia no está en manos de los dioses, sino de los hombres. Larissa Fox, la arqueóloga que oye voces del pasado, lo sabe muy bien. Es su mira, ella no ha escogido vivir acompañada de esos fragmentos del pasado. Y a pesar de ello, esos susurros de momentos inciertos la angustian, porque son dramáticos gritos de auxilio de alguien. Da igual el tiempo, da completamente igual si hace diez años, cincuenta, quinientos o cinco mil. Ella no puede hacer como si nada, es imposible. Esas personas, sus

testimonios, están dentro de ella. Y preguntarse cómo es eso posible ya no le quita el sueño. Están ahí dentro y basta, vienen en busca de ayuda. Y cuando esto sucede ya no puede descansar, su vida pasa a un segundo plano hasta que se aviene a descubrir esa parte velada de la historia. Si es capaz de desmadejar lo que ocurrió en el templo griego de Medusa dos mil quinientos años atrás, la voz se esfumará, Larissa lo sabe. Y lograrlo le importa, mucho más de lo que nadie nunca adivinará, es su trabajo: terminar con las maldiciones, desenterrar el pasado.

—¿Dónde pongo la lámpara, Larissa? —pregunta su asistente—. El equipo ya la ha ubicado y acabo de registrarla. Es la segunda lámpara de aceite que encontramos esta semana.

El joven la mira por debajo de un largo flequillo rubio que le cae sobre la frente y los ojos. Ella echa un vistazo al artefacto desde su mesa de trabajo.

—Llévala al almacén. —Se levanta las gafas de plástico que lleva y duda—. O no, espera, déjala en esa mesa, quiero examinarla otra vez.

Los dos están bajo un enorme gazebo que les protege del abrasador sol que cae sobre la isla. Empezaron las excavaciones en abril y llevan un mes hurgando en este sitio de Grecia donde se edificó el templo de Medusa, dedicado a esta siniestra criatura capaz de petrificar con su mirada.

—No parece que haya mucha suerte por ahora, solo hemos encontrado objetos cotidianos, nada litúrgico —dice el chico, decepcionado.

Su nombre es Duke y hace poco que terminó el último año de Arqueología en Oxford. Está encantado de estar en la isla con la reputada Larissa Fox y lo único que tiene claro a su edad es que seguirá removiendo el pasado con algún posgrado. Es asertivo,

perspicaz y servicial cuando se coge con una banda el flequillo que le tapa los ojos y ve el cuadro completo de la realidad. Fue Larissa quien le buscó para ofrecerle el puesto de asistente.

—Así es. —Ella también es consciente de que han pasado casi cuatro semanas sin ningún hallazgo destacable—. Seguro que en Oxford ya chismorrear. Me despellejan, ya debo de ser el tema preferido para poner en práctica la refinada guasa docente. Es lo único que echo en falta de esa ciudad.

—¿Crees que nos imaginan sin dar golpe, bañándonos en la playa y tomando cervezas todo el día en alguna cala paradisíaca de la isla, jefa?

—¡Seguro! ¡En bañador y con una toalla al hombro! —Larissa coge un pañuelo que lleva en el bolsillo y se lo pasa por la frente para secarse el sudor.

—¡Hala, jefa! ¿Hablas en serio? Hay que llamarlos y contarles la verdad, decirles que nos bañamos en pelotas y nos secamos al sol.

—¡Qué calor hace hoy! ¿Soy yo o hace mucho calor?

—Hoy pega fuerte. —Duke se queda pensativo—. Yo me conformaría con encontrar el casco de Perseo.²

—Déjate de bobadas y dime una cosa, entre nosotros, ¿hay desánimo en el equipo? —La arqueóloga quiere saber si sus estudiantes siguen ilusionados como el primer día. En total son ocho los que forman parte del proyecto.

—No han perdido el empeño. Saben lo importante que es para ellos estar aquí contigo. Johnny y Brad son los más optimistas, están seguros de que vamos a arrasar, que vamos a hacer historia.

—Ya sabía yo que era una buena idea tener a dos americanos en el equipo. Saben campar bien. ¿Y los demás?

—Todo está perfecto, jefa, no temas ningún motín a bordo. Todos se lo están pasando de maravilla, ¡Eh, y estamos en una isla, a pocos metros de la playa!

Este es un buen factor positivo. El negativo es que el presupuesto para llevar a cabo la excavación es justo, como siempre. A los miembros del equipo se les paga con una comida frugal al día, un alojamiento más que austero y una paga paupérrima. De ahí que Larissa se interese por sus ánimos.

—Callahan y Steve hacen esnórquel cada tarde y Lindsay, bueno, ella no sé qué hace, pero también está de muy buen humor. Canturrea todo el día.

—¿Y los demás?

—¿Te refieres a los griegos?

Una de las condiciones del contrato de excavación, impuesta por el Ministerio de Cultura de Atenas, fue aceptar en el equipo a tres miembros griegos. Stella, Claudio y Panagiotis fueron los historiadores afortunados y ahora forman parte del grupo. A la arqueóloga inglesa le desagradó que no pudiera escoger personalmente a los tres candidatos. Sin embargo, todo está yendo bien y los tres se han adaptado a su rigurosa manera de trabajar.

—Con el inglés no hay problema. Son un poco raros, eso sí, qué te voy a contar. Me entiendo más con alguna gente de la isla con la que me comunico con señas. Digamos que siguen en su cascarón, pero, jefa, eso sí, trabajan mucho y saben lo que hacen.

—Tráeme la lámpara, Duke.

El ayudante vuelve a la mesa donde la ha dejado y la coge para entregársela. Larissa la sostiene entre sus manos, sin guantes, nadie les ve. Los guantes son para los documentales televisivos y los trabajadores de los museos. Acaricia el objeto como si se tratara de

un animal vivo. La lámpara está en perfecto estado. Es pequeña, de las que solían llevarse en la mano para ir de un sitio a otro. El aceite encendido que debía de salir de la pequeña rendija lateral apenas iluminaría los pasos de algún hombre o mujer en medio de la oscuridad. Como única decoración presenta un pulpo en relieve en la parte superior.

—Es sencilla, pero bella. Debió de olvidarla alguien que andaba con mucha prisa.

Más que observar la pieza, lo que desea Larissa es sentirla, estar a solas con ella. Y podrá oír cómo ese pequeño trozo de cerámica le habla. Es de dementes, sí, oír voces del pasado, nunca podrá confesarlo abiertamente. Cómo explicar que para ella no son voces imaginarias, que no es su mente fantaseando, sino el pasado que le habla como habla ella en este momento con su ayudante.

Larissa siempre ha sido prudente. Sería el hazmerreír de su profesión si confesara esto a alguien. Tantos años de carrera se echarían a perder. Su notoriedad en el mundo de la arqueología, su reputación impecable en el ámbito universitario, su prestigio internacional y sus galardones son el pago a un arduo trabajo, sin duda. Pero también es el pago a su capacidad de escuchar lo que los demás no pueden oír. Las voces que le revelan secretos del pasado.

En Oxford tiene fama de bicho raro, de excéntrica. Le cuesta mantener las apariencias y se relaciona poco con los demás catedráticos. Solo un esquizofrénico puede entender lo que es vivir con personas y objetos que te hablan y que únicamente tú puedes oír y, al mismo tiempo, hacer vida social normal.

Muchos de sus colegas de profesión se preguntan cómo lo hace. Envidian su suerte, su intuición, su éxito. El último de sus triunfos fue el descubrimiento de una tumba sellada de un rey macedónico.

Fue un acontecimiento celebrado por todos los amantes de la historia, algo grande, como cuando en 1974 se halló la tumba de los soldados de terracota de Qin Shi Huang o cuando en el valle de los Reyes egipcio descubrieron la primera tumba sellada, la de Tutankamón. Cien años después de Carter, Larissa Fox descubrió una tumba intacta con un apoteósico tesoro en su interior en la tierra natal de Alejandro Magno. Carter compartió su éxito con una maldición. Ella no, la noticia dio la vuelta al mundo y tanto su paraninfo inglés como el país heleno empezaron a trabajar juntos en un plan para convertir el emplazamiento funerario en un centro de visita y culto indispensable, un colosal proyecto que sigue avanzando hoy en día.

Esta excavación cambió su vida. Desde entonces, se ha visto obligada a viajar a varios continentes para aparecer en medios de comunicación de masas y conceder entrevistas a periódicos y revistas especializadas.

Oxford se lo ordenó. A ella no se le da nada bien lo de hablar en público. Y es que, tanto por fuera como por dentro, Larissa siempre parece una mujer incómoda, que anda sin sombra, algo chiflada. Su cara nunca refleja lo que es su mente, sus pensamientos, sus sentimientos. Las veces y veces que le preguntan por su estado de ánimo cuando ella está la mar de bien. Pero es que su cabeza y su mundo lo comparte con las voces. Cómo explicar eso a los demás, que oye a seres que provienen de muy lejos, que le hablan y sus palabras son mensajes enigmáticos sobre los que tiene que meditar. Necesita tiempo, todo es una cuestión de tiempo.

En cuanto pudo Larissa se alejó de los *flashes*. Lo suyo siguen siendo las profundidades, la oscuridad, excavar. No busca la notoriedad, huye de ella porque teme que el mundo vea su rareza, o

que escuchen ese tropel de voces dentro de ella, esos vestigios de otras épocas que nunca se alejan lo suficiente. Y así se ha acostumbrado a vivir con temor a que la tomen por esquizofrénica y la encierren en una cámara sellada. Por eso no teme las voces, teme a los hombres.

—Por cierto, te han llamado de Oxford. Quieren saber cómo va todo.

—¿Quién era, Jonathan o su *PA*³?

—El *PA*.

—Bueno, pues así no hay que preocuparse, ¿no te parece, Duke? — Esboza una sonrisa en busca de comprensión—. Llámale tú mañana y le cuentas lo de correr desnudos por la playa con todo el equipo.

Larissa deja la lámpara y concentra la mirada en un mapa geológico que tiene en su mesa de trabajo.

—¿Necesitas ayuda? — Duke sopla su largo flequillo para que se vaya hacia un lado. Es el más joven del equipo.

—Hay que hacer un sondeo.

Duke la mira con sorpresa, él se interesa por todo y es muy observador. El chico ve que Larissa se ha fijado en la zona del mapa donde aparece cartografiada la excavación.

—Fíjate, este es el lugar donde estamos excavando, justo aquí. — Señala el montículo de unos cinco o seis metros donde estaba la nave del templo. Está muy cerca del cementerio de la ciudad actual de Corfú, señalado en el mapa con una cruz y una delineación cuadrangular—. Deberíamos excavar aquí, justo al lado. No encima del templo, sino a unos metros.

—Nos alejamos del templo, y nos alejamos del cementerio.

—Algo me dice que hacia el otro lado, por aquí... —Señala con el dedo una casa. Es una pequeña construcción que los del equipo

conocen muy bien porque cada día pasan por delante y saludan a la pareja que vive allí. Es una vivienda pequeña y vieja con una forma extraña de herradura, desnivelada, como si hubiera sido levantada sobre escombros. Está situada al pie del montículo donde ellos excavan. El perímetro en torno al lugar donde trabajan está muy acotado. Han tenido que cerrar el camino de tierra que llevaba a la loma y es aquí donde tienen instaladas las tiendas y el gazebo.

En los años que lleva de carrera, es la primera vez que excava en un área habitada. Las zonas de operación donde ha trabajado hasta ahora siempre han estado bien alejadas de las miradas curiosas y nunca antes tuvo una vivienda a solo cinco metros del sitio. Las condiciones de trabajo son distintas y es un reto. Este edificio de culto a Medusa, sin embargo, merece las estrecheces. Es un misterio lo que aquí hacían, no hay información escrita de la época, excepto por una escueta mención documental donde se condena a todos los sacerdotes del santuario a morir de manera brutal.

—Hum... nos acercamos todavía más a la marisma. ¿Qué piensas que pudo haber aquí? Si hubo alguna construcción, tuvo que ser un edificio retirado, exento de la nave central del templo.

—Sí. Me gustaría hacer una prospección acústica del subsuelo en esta parte de la casa no edificada, el pequeño terreno circular del centro, lo que es el jardín. No es una superficie muy grande, ¿qué puede tener, diez metros de diámetro?

—La forma de herradura de esta casa es bien curiosa, es como si la hubieran construido alrededor de este círculo que ahora es el jardín.

—Duke mira las fotografías de la prospección aérea de la zona que el equipo tiene colgadas en una tabla de madera—. Pero aquí no hay rastro de que hubiera nada.

Larissa deja el mapa y se acerca al plafón con las fotos.

—Puede que lo que estamos buscando esté a cuatro o cinco metros. Por eso quiero un radar. Fíjate en las fotos, es un círculo perfecto, como si hubiera habido un pozo, aunque mucho más grande. Si hay algo ahí abajo, formaba parte del complejo del templo de Medusa. No pertenece a la nave central, pero algo me dice que hay que mirar aquí. —Señala con decisión el círculo verde en cuyo contorno hay una línea delgada de tejas pertenecientes a la techumbre de la casa vecina.

Duke la mira desconfiado. Su jefa propone algo descabellado. Ella entorna los ojos como haría alguien que intenta escuchar un sonido o una voz muy lejana. Levanta el brazo para impedir que su ayudante hable. En el sobaco tiene una gran mancha de sudor que él se queda mirando. Es tan habitual ver a la jefa sucia y despeinada; el único elemento de su indumentaria que transmite seriedad son las gafas, que a veces lleva en la cabeza y a veces colgadas del cuello.

—¡La que se va a armar! ¿Cómo vamos a conseguir que nos den el permiso?

—Llama a Stella, ella nos ayudará. —Larissa se pasa la mano por su revoltoso pelo. Con la humedad de la isla parece todavía más voluminoso.

Duke grita el nombre y unos minutos después una joven de unos veinticinco años con *shorts* entra acalorada. Los saluda. Ve una botella de agua en la mesa y empieza a beber, sedienta. Stella es de Atenas y la han visto charlando con la pareja de vecinos en más de una ocasión. Larissa sabe algo de griego, pero ella no les va a inspirar confianza. Los griegos son muy suyos, solo se dejan engañar por otros griegos. En este caso no se trata de engañar a nadie, simplemente de ofrecer un buen incentivo a la pareja de vecinos para que les dejen hacer un gran agujero en su jardín.

—Stella, te necesitamos. ¿Cómo se llama la pareja de esta casa, los que viven aquí enfrente?

—Giorgos y Olga. Son muy majos.

—¿La casa es suya?

—Sí, ahora sí. Se la dejaron los padres a él cuando murieron. Tienen suerte de no pagar alquiler, porque él está sin trabajo y ella está en la recepción de un hotel seis meses al año, pero le pagan una miseria. Son buena gente. —Stella parece saber mucho de ellos. La chica vuelve a atacar la botella de agua y toma un buen trago.

Mientras hablan de los vecinos, se oye el rumor de fondo de la música griega que sale de la casa en forma de herradura. Es música actual nacional cargada de melodía y drama amoroso.

—Tienes que hacer de intermediaria: tu misión es convencer a esta pareja para que nos deje excavar en su jardín. —Larissa señala el círculo verde que está en el centro de la casa.

—¿En serio? —Se pasa la mano por la frente para enjugar el sudor y se quita el sombrero de vaquera que ha comprado en la isla para protegerse del sol.

—Tres semanas, máximo un mes. Es todo lo que necesitamos. Aquí hay algo, es de aquí de donde sale. —Larissa no puede decir nada más.

Stella y Duke la miran esperando que continúe, pero se dan cuenta de que no dirá nada más al respecto. Es la intuición del maestro, piensan ellos.

—*Po, po*, esto es misión imposible. Olga y Giorgos no entienden la importancia de lo que hacemos aquí. Ellos nos ven como unos idiotas que nos pasamos todo el día al sol cavando a cambio de nada. —Stella los comprende porque es griega.

Larissa hará lo que haga falta para excavar en el círculo, incluso si esto significa ofrecer de su bolsillo un incentivo a los vecinos, ella lo hará encantada. Tiene sus ahorros y no le importa invertirlos en el proyecto. No tiene familia y el dinero no significa nada para ella.

—¿Qué tal si les ofreces un viaje para dar la vuelta al mundo con todos los gastos pagados?

Los dos jóvenes abren los ojos como platos y se les ocurren mil obstáculos.

—Esto les mantendría alejados un mes más o menos, incluso más.

—Larissa hace sus planes.

—¡Ojalá me lo ofrecieras a mí! —Duke lo tiene claro.

—Yo pondré los fondos, qué más da. Lo importante es empezar lo antes posible. Vamos, Stella, apresúrate, ve a hablar con ellos. Si hay una remota posibilidad, me llamas y cerramos el trato. Pero diles que tiene que ser ahora. Conozco a una agente de viajes en Londres, ella se encargará del papeleo.

—Solo es el jardín, de la casa ni hablamos, ¿verdad? Estaría cerrada durante este tiempo. ¿Únicamente se trataría de excavar el jardín de atrás?

—Así es.

—¿No crees que este sitio está demasiado cerca de las marismas? —Duke mira las fotos aéreas de nuevo. Él es una joven promesa de la arqueología; entró becado en Oxford y se ha ganado con creces el respeto de sus profesores—. Es mucho dinero lo que vas a ofrecer.

Duke duda de que encuentren algo allí.

—Tras ese círculo no hay más edificaciones.

Y así es: el círculo verde de césped delimita con tierras fangosas de poca vegetación y aguas semiestancadas que llevan hasta mar

abierto. Es un vasto estuario que en épocas grecorromanas usaban los pescadores para atrapar peces.

—Sí, lo sé, no hay señales de ningún edificio.

—Por otro lado, es el enlace perfecto entre la superficie de la tierra y las profundidades mar.

—Algo me dice que esta zona circular está relacionada con el templo de Medusa.

—¿Y si es un simple pozo? Aunque está demasiado cerca del mar para ser un pozo de agua dulce —dice Duke.

—Exactamente. Una razón más para investigar.

Él mira las fotografías insistentemente. Quiere ver lo que ve su jefa, pero no lo consigue.

—Para mí esto es solo un gran círculo de césped: el jardín de nuestros vecinos —exclama la arqueóloga ateniense. Se saca la goma que ata su pelo y una larga melena castaña cae por su espalda.

—¡Desaparece, Stella, ve a hablar con ellos! Si consigues convencerlos, hay *mezedes* y ouzo⁴ para todos en la taberna de Spyros esta noche.

¹ Según Pierre Grimal, Medusa era un monstruo engendrado por dos divinidades marinas. Era una criatura cuya cabeza estaba rodeada de serpientes, tenía colmillos, manos de bronce y alas de oro que le permitían volar. La leyenda sobre Medusa sufre una evolución desde sus orígenes hasta la época helenística, en que empezó a considerarse a la gorgona víctima de una metamorfosis y se contaba que había sido una hermosa doncella que Atenea transformó poseída por los celos y la ira.

² Perseo fue quien acabó con Medusa. Usó un casco que le rendía la invisibilidad.

³ En inglés, acrónimo de *personal assistant* (PA).

⁴ Las tapas griegas y el licor anisado que se suele tomar con ellas.

Capítulo 2

*Isla de Kórkyra,⁵ año 480 a. C.,
cinco días antes de la fiesta de Boötis Alfa*

—¡No me sigas! ¿Cuántas veces te he dicho que no me sigas! Por Poseidón, ¡maldito niño!

—Quiero estar contigo, padre.

—No puedes salir a pescar conmigo, tú debes quedarte aquí en el templo y ayudar a los sacerdotes. Vas a ser uno de ellos.

El hombre no quiere elevar la voz. Es la hora del crepúsculo y reina el silencio, pero en las calles del centro de la ciudad hay multitud de hombres y mujeres que andan estoicamente hacia su lugar de trabajo.

—¡No quiero! Yo quiero ser pescador como tú, salir contigo en la barca. ¡Te lo suplico, padre!

Detienen el paso. El padre es Epiléon, un hombre alto y robusto, con un rostro dramático, de boca, nariz y ojos prominentes. El pequeño se llama Laértis y tiene solo ocho años. No parece su hijo, el niño es escuálido, de facciones suaves y tiernas.

—¡Tú te sientas ahí y esperas a Oréstis! —Señala los peldaños del templo de Medusa que han dejado unas decenas de metros atrás—. Él es un buen hombre, además de sacerdote, y cuida de ti. Y no olvides ser agradecido con todos. Si no fuera por ellos... La pesca no va bien, lo sabes. —El hombre coge al pequeño por los hombros y lo zarandea.

—Laértis, mírame. —Coge la cara del niño por las mejillas, es como una caricia viniendo del pescador—. Cuando tu madre murió le hice una promesa: que tú no trabajarías en el mar. La vida de un pescador es muy dura. Y últimamente es peor. No hay nada en el mar, pequeño, nuestras redes vuelven vacías. Y nadie sabe por qué.

—Es una mala racha, padre. Volverán a llenarse. Yo te traeré suerte. ¡Déjame ir contigo!

—¡No! Quédate aquí hasta que uno de los oficiantes del templo salga. Cuando abran las puertas, entras directamente. Quiero que seas servicial, ayuda en todo lo que puedas. Así te ganarás un trozo de pan y la confianza de los sacerdotes.

—¡Prefiero no comer, padre, y quedarme en los huesos!

—¡Si ya estás en los huesos, Laértis! —Epiléon se ríe de él—. Solo hace seis meses que perdimos a tu madre, pero tú parece que hace dos años que no comes. —El padre respira hondo, está abrumado por la realidad que le toca vivir—. Cuando en una casa no hay una mujer todo se viene abajo, hijo mío.

—Padre, te lo suplico. Los sacerdotes me dan miedo y el templo huele mal. Me hacen limpiar el suelo con una esponja todo el día. Y si no fuera por Oréstis no me darían ni un trozo de pan.

—Más miedo tiene que darte Medusa. ¡Mírala! —El padre le señala el templo que destaca sobre las otras construcciones de la calle. Allí donde la calle termina, esculpida en el frontón, como una guerrera recién llegada del Hades, está la arcaica Medusa de piedra mirándolos fijamente con sus prominentes y temibles ojos almendrados e infinitas serpientes seseantes saliendo de su cabeza.

Ya nadie conoce el templo con el nombre de la diosa Artemisa, a quien lo consagraron cuando fue construido un siglo atrás. Todo cambió hace unos años. El pescador todavía tiene recuerdos

tempranos de su niñez, en los cuales ese lugar estaba habitado por mujeres sacerdotisas y no había en la entrada del templo la presencia de la furiosa gorgona acechando sobre sus cabezas.

—¿Quieres que te oiga y te castigue? —El padre obliga al pequeño a mirar esa horrible criatura que parece estar a punto de saltar fuera de la fachada.

—¡Padre, no me dejes!

—Tú pégate a la túnica de Oréstis. Volveré a buscarte por la noche.

—Buenos días, Epiléon. —Es Alkinós, otro pescador amigo.

—¡Ojalá te oigan los dioses y sea bueno!

Alkinós es robusto como él, está en la calle principal intercambiando chismes tempranos con Milétos, el panadero del barrio, que a esta hora se retira a dormir después de trabajar toda la noche para que sus vecinos tengan pan.

—¡Ah! Qué suerte tienes, Milétos, quien pudiera ahora echarse en la cama a dormir.

—Yo ya he cumplido. Ahora os toca a vosotros. —El panadero es un hombre bajo algo mayor que los pescadores, de carácter nervioso y bonachón—. Oye, Epiléon, ¿qué hace el niño aquí contigo? No te lo llevas en la barca, ¿verdad?

—No. Laértis se queda en tierra.

—Yo me adelanto, Epiléon. Nos vemos en la bahía. —El otro pescador sigue su camino hacia el mar.

El padre de Laértis espera unos segundos para que su compañero de trabajo se haya alejado un poco y después habla con el panadero.

—Milétos, amigo mío, dale al niño un trozo de pan recién salido del horno antes de retirarte a tu casa. Míralo, parece un junco de las marismas. Ya te habrá dicho Alkinós que últimamente el mar no nos da para comer.

—Lo sé, lo sé, ¡toda la ciudad lo sabe! La gente solo hace que llevar ofrendas al templo de Medusa para que nos aleje de los infortunios. Esto nos afecta a todos, es una serpiente que se muerde la cola. Mi hermano Pátroklos dice que le llegan enfermos cuyo único problema es la desnutrición. Ven conmigo, muchacho, te daré algo de comer.

—Laértis, vete con Milétos.

El niño quiere ir con su padre, pero baja la cabeza y no dice nada, teme la reacción del padre si se niega. Como cada día, cuando su padre vuelva de pescar, anclará la barquezuela en la gran bahía de la isla y en el ágora venderá lo poco que traiga. Más tarde pasará por la taberna de su amigo Fímio, donde los escualidos beneficios de su trabajo se perderán en el fondo de unas jarras de vino y juegos de azar. Su hijo Laértis le esperará hasta tarde a unos pocos metros de la taberna, sentado en las escaleras de acceso al templo de Medusa.

—¡Padre, déjame ir contigo! ¡Por favor, padre! Te tocaré la flauta, a ti te gusta cuando vamos a dormir. —Es una súplica desesperada, saca el instrumento musical que lleva colgado del cinto de su túnica.

—¡Tienes que hacerte mayor, Laértis! Yo no puedo cuidar de ti. ¡Déjate de flautas! —El padre coge el instrumento de las manos del niño, lo tira al suelo y lo aplasta con el pie.

—¡Epiléon, por el Hades! Es solo un niño. —Milétos increpa al pescador.

Laértis empieza a llorar desconsolado. Su padre da media vuelta y acelera el paso dejando al niño atrás. Su silueta se pierde por el camino que va a la bahía entre la humedad de la niebla matinal que envuelve la isla de Kórkyra. El pequeño se enjuga las lágrimas que corren por sus mejillas y decide hacer un último intento: de improviso arranca a correr tras su padre y al panadero no le da

tiempo a detenerlo. Él quiere escapar, no desea pasar otro día en el templo de Medusa.

—¡Laértis! ¿Adónde vas? —grita Milétos.

El niño corre sin parar, corre rápido, pero no tanto como para atrapar al padre. Desesperanzado, para la carrera, pone sus brazos sobre las rodillas y toma aliento, le falta aire para respirar. No hay nada que hacer, su padre se ha ido al mar sin él. Mira en dirección opuesta y tampoco puede ver al panadero. Se habrá ido a su casa a dormir. Se sienta en el suelo unos minutos para descansar. Cuando se ha repuesto del esfuerzo, vuelve caminando sobre sus pasos hasta donde yace su flauta hecha pedazos. El pequeño se siente solo.

—Da igual, me haré otra. Más grande y que suene todavía mejor.

Mira a su alrededor, el silencio que hay en la calle le estremece. Está desamparado. Desde que su madre murió, todo va mal y no tiene parientes en la isla a los que acudir. Lo peor de todo es que su padre está siempre enfadado, haga lo que haga, está mal, es un completo estorbo para él. Laértis piensa que es culpa suya. No sabe cómo ser mejor hijo. Camina desalentado hasta llegar al templo y se sienta en los peldaños de las imponentes escaleras. Piensa en lo que le ha dicho su padre de que tiene que hacerse mayor y se pregunta cómo conseguirlo. Hay que pasar a la acción. Tiene que demostrar que es un hombre y no un niño de ocho años.

—Y si... —Mira los trocitos de caña con la que había hecho su flauta. Se le ilumina el rostro, ha tenido una idea.

—¡Voy a ser un mercader! ¡Uno de los mejores!

Absorbido por la intensidad del momento eureka que acaba de tener, se pone de pie y lleno de esperanza marcha calle abajo para salir de la ciudad. Pasa por delante de la taberna de Fímio, la tienda de Pátroklos, el apotecario, y los grandes talleres de cerámica de la

ciudad con montones de vasijas y utensilios de cocina amontonados en los accesos, listos para cargar en algún barco mercantil que los venderá en tierras lejanas.

Laértis camina hasta que ya no hay casas, sino árboles. Allí respira hondo y se toma su tiempo para recuperar las fuerzas. Se quita la capa que lleva encima de la túnica y la deja extendida en el suelo. Mira a su alrededor lleno de ilusión y empieza a buscar frenéticamente trozos de madera. Saca su diminuto cuchillo de explorador y corta con paciencia y esmero ramas bajas de los árboles. Es el camino que lleva al puerto, desde aquí puede oler el mar. Piensa en su padre y una punzada de dolor le resquebraja su estómago vacío. Aunque pronto se recupera y piensa en su futuro brillante gracias a su nueva idea. Los trozos de madera que encuentra los va dejando sobre la capa. Cuando tiene suficientes, la cierra como si fuera un atadizo y se lo pone a lo espalda. Laértis tiene claro que no quiere ser sacerdote, pero se dirige al templo, necesita hablar con Oréstis.

⁵ Kórkyra es el nombre de la isla de Corfú en la antigua Grecia.

Capítulo 3

La señora Lope está con el agua al cuello. Se lo ha recomendado su médico de cabecera. Está tomando un baño matinal en el mar, justo delante del hotel donde se aloja. A cada brazada que da, respira profundamente un olor azul que la embriaga y la emociona. Las aguas de este lado de la isla son tranquilas, templadas, cristalinas. La costa griega del continente es visible a pocos kilómetros. Y a pesar de estar en una isla, esto no es mar abierto. Aquí no hay olas, sino plácidas oscilaciones de agua. Es precisamente por esto que la dama de los Pirineos está aquí.

«Esta manga de mar es un regalo de los dioses. El agua me lleva, me siento ligera como la hoja de un árbol. Qué agradable, justo la profundidad que necesito, la temperatura ideal y este cielo tan soleado de buena mañana». Violeta Lope se detiene un momento. A su derecha, a unos cincuenta metros, hay un largo malecón de madera con unos bañistas a punto de zambullirse. Tras ellos está el mar y el bosque y el jardín de un antiguo palacio llamado Mon Repos. Aunque se aloja en la capital de la isla y tiene el centro de la ciudad a cinco minutos, está en plena naturaleza. La situación de su hotel es inmejorable, idílica.

«Ha sido el destino, ha sido una suerte que al médico de Bolví le guste navegar y descubriera esta isla con su velero. Mañana me meto en el mar desde la pasarela de madera, como esa gente». Violeta ha venido a pasar un mes en Corfú por prescripción facultativa. Ha tenido un mal invierno. Padeció una afección pulmonar que la tuvo

varias semanas en cama. Sus amigos y vecinos del pueblo pirenaico la agasajaron con sus cuidados y comidas caseras. «Como si en mi hotel no cocinaran la mar de bien. Pero es que todo lo hacen con la mejor intención». Las cataplasmas caseras de la señora Rafilettete, las horas de parloteo y chismorreos diarios de Remedios y su marido, Rufino, las lecturas de contiendas militares en Siria que resolvió leerle cada día el señor Grand para «entretenerla», y las idas y venidas de la pobre Cordelia atendiendo el hotel y cuidando de su pequeño Juanito. El niño es como un cachorrillo que se escabulle a cuatro patas por todas partes y siempre está hambriento. La joven amiga de la señora Lope está estresada y desamparada, porque, por si todo lo anterior fuera poco, Giacomo no está. El joven italiano ha vuelto a su país natal. Por poco tiempo, entre ellos todo anda bien, pero la madre del chico ha fallecido y su hermana y él están arreglándolo todo. No había mucho amor en su familia, sin embargo, cuando uno se enfrenta a la muerte todo lo demás queda en un segundo plano.

Así les dejó la señora Lope para escapar a una isla griega que ninguno de ellos conocía. De esto hace ya unos días. Solo el nuevo contertulio, Nhug Galamus, había oído hablar de Corfú. «La isla de los Durrell», dijo con una sonrisa enigmática. Ella sucumbió a la insistencia del médico local, que la convenció de hacer turismo terapéutico. Le habló de las aguas amables de este lado de la costa corfiota, de su belleza. Le contó que la famosa Sisí, la que fue emperatriz de Austria y protagonista de ingravidas películas de los años cincuenta, solía venir a este lugar cada primavera y otoño por motivos de salud. Y se decidió. Discretamente dejó su pueblo pirenaico para venir a la isla y conminó a todos para que esperaran a su vuelta para hablar del viaje. Esta vez necesitaba paz y tranquilidad, el motivo de su ausencia era distinto a otras veces. «La

tertulia de los sábados puede esperar, amigos míos. Lo primero es la salud. Cuando vuelva ya os contaré».

Echa de menos a los suyos, por supuesto, pero nota una mejoría diaria, cambiar de aires hace maravillas. Cada día por la mañana se toma un curativo y relajado baño en el mar corfiota. Le parece el lugar ideal para reponerse. «Es lo suficientemente europeo como para sentirme segura y lo suficientemente exótico como para perder de vista las aglomeraciones y las hediondas aguas de las playas peninsulares. Tampoco deseaba cruzar medio mundo en un avión para ir a bañarme. No es mi estilo, demasiado remordimiento, demasiado frívolo. Demasiado viva la estupidez».

Cuando Violeta se dispone a salir del mar, de repente nota algo en el pie y se asusta. Mira el agua, que es como un espejo que refleja el fondo del mar; arena, conchas, guijarros. No ve nada y todavía se asusta más. El miedo le hace levantar los brazos hacia arriba instintivamente. Nota de nuevo un pellizco y esta vez mira con más atención.

—¿Sucede algo, señora? —grita Andreas, el camarero, desde la terraza del hotel.

—Hay algo aquí en el agua, pero no puedo verlo. Me ha pinchado.

—*Sargui*, los pequeños. Les gusta picotear todo lo que encuentran.

Entre las piedras cercanas a ella logra distinguir dos diminutos peces que están jugando con sus pies. Aliviada, sonrío. Los observa a través de las diáfanas aguas y se da cuenta de que hay otros peces cerca de ella, todos distintos y maravillosos.

—Si desea que se vayan dele la vuelta a alguna piedra cercana y verá como se olvidan de sus pies.

La señora Lope mira a su alrededor y escoge una de pequeña que empuja sin esfuerzo alguno. Los *sargui* dejan inmediatamente de

juguetea con ella y corren veloces hacia la roca que, al darle la vuelta, ha dejado al descubierto frescas algas microscópicas. Otros peces hacen lo mismo y ella observa cómo llegan a pares y empiezan comer. Son todos distintos y aparecen de la nada en unos segundos. Plateados, alargados, planos, circulares y algunos más llamativos, de un color azul aturquesado. «Los pavos reales de este trozo de mar».

Con la mano hace señas al camarero para que no se preocupe y con parsimonia avanza unos pasos. Desde el agua mira el hotel donde está alojada. Es un edificio pequeño, familiar; lo mejor de todo es su ubicación inmejorable, en un recodo maravilloso donde termina la fabulosa bahía de Garitsa, la rambla de los corfiotas, y donde termina empieza la *paleopolis*, el centro neurálgico de la antigua ciudad griega y después romana de Kórkyra.

— ¿Desea desayunar ahora, señora Lope?

— Sí. Enseguida salgo del agua.

Andreas sabe que la señora española se sentará con la inglesa. Los camareros no ven más allá de los *cargo trousers* y las camisetas desgastadas de Larissa Fox. Entre ellos la llaman Lara Croft. No saben que es una eminente arqueóloga y que ha venido a Corfú para desenterrar su valioso pasado. «La importancia que tiene esto».

— No sabes cómo te agradezco que desayunes conmigo. — A la señora Lope nunca le ha gustado comer sola. Saluda y se sienta con la inglesa sin más preámbulos. La terraza está preparada para que los clientes del hotel disfruten de un desayuno perfecto.

Larissa come sin decir palabra absorta en sus pensamientos. Siempre le ha dado igual eso de la compañía. Está ella, están las voces y, después, está la gente. Otra cosa que le es completamente indiferente es la comida. Para ella es como la gasolina: se llena el depósito y se acabó.

—¿Cómo van las excavaciones? —Violeta sabe que esta pregunta animará la conversación. Hace pocos días que la conoce, aunque es el tiempo suficiente para saber que su trabajo es su pasión y que es una mujer algo despistada, como ella. Se alojan en la misma planta y más de una vez se han equivocado de puerta y han intentado entrar en la habitación de la otra.

—Seguimos ocupados con el gran agujero.

La jefa del equipo está completamente sumergida en sus pensamientos. Violeta le hace la misma pregunta cada mañana y sabe que han encontrado una pared circular perimetral. Un muro compacto y en buen estado, hecho con la misma piedra que el templo de Medusa. Larissa le dijo hace dos días que la piedra está tallada concienzudamente para crear un espacio circular.

Hubo suerte. Los vecinos Olga y Giorgos aceptaron el trato que les ofreció la arqueóloga. La pareja está ahora embarcada en un crucero alrededor del mundo. No les esperan hasta dentro de varias semanas. Han dejado las llaves de la casa al equipo por si hay alguna urgencia, pero el trato es que no pueden agujerearles nada más que el jardín.

Ayer por la mañana Larissa le comentó a la señora de los Pirineos que en la superficie lo primero que encontraron fueron indicios de grandes travesaños de madera que podrían ser vigas. Este hecho hace pensar a la arqueóloga que la estructura circular de piedra estaba oculta en el interior de un edificio de madera.

—Tiene que pasar a vernos. Ayer el equipo trabajó muy duro durante toda la jornada. Ya hemos llegado casi a los dos metros excavados. Pero no hemos encontrado nada que nos indique qué era ese gran agujero.

—¿No hay pistas en el templo? ¿Alguna inscripción, algún relieve?

—En el lugar donde excavamos no hay nada del templo antiguo. Hace años llevaron lo que quedaba del edificio al Museo Arqueológico de la ciudad. Debería pasarse por ahí, podría ver la famosa Medusa. Los conservadores han realizado un buen trabajo de reconstrucción de la fachada; el resto del templo no está todavía restaurado, aunque está ahí guardado, piedra por piedra, dentro de una sala enorme, con las columnas, el arquitrabe y su gran frontón. He estado allí docenas de veces, pero en ese templo no hay ninguna referencia al agujero.

—Es extraño. Por lo que me cuentas es como un gran pozo.

—No. Un pozo no puede ser. Lo único que sabemos es que en algún momento lo llenaron de tierra.

—¿Y por qué lo llenaron de tierra?

—Sepultaron el agujero bajo toneladas de tierra. —Larissa suspira—. Hemos analizado la tierra y está mezclada con cristales de agua marina, pero la verdad es que por ahora no hemos encontrado nada. La excavación se alarga y cada vez es más difícil acceder al estrato donde trabajamos.

—Debe de ser claustrofóbico, todos metidos en un agujero. ¿Y qué esperas encontrar dentro, si no es un pozo? —Violeta unta una tostada con mantequilla y mermelada local mientras el camarero le sirve el café.

Larissa deja su desayuno inglés y lanza una mirada iracunda a la señora española.

—¡No lo sé! ¡Pero estoy segura de que no es un pozo! Es demasiado grande para ser un pozo. —No va a decirle que oye voces, aunque la mujer que tiene delante parece saber guardar un secreto—. Vamos a instalar dos escaleras de aluminio para subir y bajar y sacaremos la tierra a cubos con una polea que he alquilado.

—Cuanto más excavéis, más humedad habrá, además del calor.

—Sí. Es difícil trabajar así. Y lo cierto es que se está alargando mucho más de lo que pensaba. Pero yo lo oigo.

—¿El qué? —pregunta veloz Violeta mientras clava sus ojos de ardilla en la arqueóloga.

En ese preciso momento una silla de una mesa vecina cae al suelo y se oyen unos gritos amistosos. El camarero va hacia allí para ver qué ha sucedido, aunque enseguida se aleja porque ve que son los actores. En el hotel también se aloja un grupo de la farándula con el equipo de rodaje de una serie dramática inglesa que están filmando en la isla.

Uno de los actores se acerca a la mesa donde están ellas.

—No puedo más. ¡No puedo más! Sávenme de mis compañeros. Prefiero escucharla a usted, profesora Fox. —El chico, de unos veinticinco años y muy buen ver, la agarra por el brazo. Su nombre es Scott Lynn.

Larissa mira su brazo disgustada. Desconfía de la gente desenvuelta y demasiado amigable. A Violeta la cara del actor le resulta familiar, probablemente lo ha visto en alguna película. Lo examina con sus ojos inquietos. «¡Quién tuviera treinta años menos!».

—Becky, deja de flirtear con el camarero y ven aquí a la terraza con nosotros. —El chico tiene una voz masculina y potente. Su forma de hablar es sofisticada y natural a la vez, todo un don. Conoce a Larissa porque estudió en Oxford y allí ella es un mito.

—He oído que invitabas a la señora española a visitar la excavación; y a mí, ¿no me dices nada?

Larissa temía este momento.

—No hay nada que ver desgraciadamente. Estamos excavando en un gran agujero donde hace mucho calor y la humedad es insoportable. Todos los miembros del equipo se quejan. —Ella no quiere que un actor famoso los visite. Será una distracción.

Por ahora ha conseguido mantener a los actores lejos de su equipo de arqueólogos. Ha sido fácil, porque todos los suyos se alojan con amigos o en hostales de bajo presupuesto. No pueden permitirse extravagancias. Probablemente, el sueldo de Scott por hacer esta serie es mayor que todas las dietas del equipo arqueológico.

—Es que yo soy de fiar y quizá tú no. —Violeta bromea con él.

—Ah, ya veo, señora Lope, usted es guerrera. Nadie lo diría, parece usted una señora muy delicada.

—Y lo soy, por eso estoy aquí, porque estoy muy delicada de salud y necesito recuperarme. —Mira hacia la joven que acaba de acercarse a su mesa.

—Andreas dice que la Pascua aquí cae en otras fechas, que todavía no la han celebrado. ¿No os parece raro a vosotros? —Becky Turner es del mismo grupo de actores que Scott.

—Porque aquí la iglesia es ortodoxa —la educa su colega de profesión—. ¿No has visto a los curas vestidos de negro y con barbas *hipster* por las calles de la isla?

—Empieza dentro de poco. —Becky obvia a su compañero y se dirige a las dos mujeres que desayunan. Ella es más joven, de unos veintitrés años y más graciosa que atractiva.

—Parece ser que la Semana Santa es una de las celebraciones más multitudinarias y sonadas del año, más que la Navidad.

—*Pasja*, lo llaman *Pasja*. Becky, deberías haber venido ayer con nosotros, conocimos a muchos corfiotas guapísimos y nos

divertimos. —El actor coge un mondadientes y juega con él en la boca como si fuera un cigarrillo.

—Otro día será. Además, tuve que estudiar, hoy toca rodar mi escena con la diva y tengo mucho diálogo.

—Sí. Mejor será, ayer en las pruebas hiciste el ridículo. Tienes suerte de que el director sea amigo tuyo.

—¡Eres un idiota pretencioso, Scott Lynn!

—¿Ustedes saben algo de la Pascua aquí en Corfú?

—Cuando pongo la televisión en mi dormitorio aparece muchas veces el nombre de esta isla. No entiendo una palabra de lo que dicen, pero repiten *Pasja, Pasja*.

Mientras habla con Becky, la señora Lope observa a un hombre que acaba de salir del ascensor. Es el gobernador de la isla, Stefanos Asprudis. Lo reconoce porque viene de visita con cierta frecuencia para interesarse en los avances de Larissa. «Qué raro, no se aloja aquí con nosotros, cómo es que baja de alguna de las plantas del hotel. No será que él y ella...». Violeta mira a la arqueóloga engullendo despreocupada un trozo de *brioche* local recién salido del horno que está delicioso. «Imposible».

—Me parece que tienes visita, Larissa. —Violeta, que sigue sentada frente a ella, le susurra quién es.

—¿Otra vez? ¿Me ha visto? —La arqueóloga se encoge en su silla.

—Me temo que sí.

—¡Este hombre es como una maldición!

«Definitivamente no baja de la habitación de Larissa». Los actores asisten curiosos a la llegada del político local. Es un tipo engominado y encorbatado, el uniforme habitual de los hombres con un esquema ético muy concreto. Tendrá unos cuarenta y tantos años y el pelo muy oscuro y denso. Esconde el cuerpo bajo una camisa italiana y unos

pantalones muy elegantes. Violeta lo examina. «Su atuendo está impecable, ni una arruga ni un pelo en la barba que se haya escapado durante el afeitado, un hombre meticuloso, sin duda, y madrugador. Y la gente de la isla le votó».

—Hoy viene de visita más temprano que en otras ocasiones, señor Asprudis. —Larissa está malhumorada porque no tiene buenas noticias para él.

—Es que tengo una reunión aquí cerca con la empresa que se ocupará de los fuegos artificiales del Sábado de Pascua por la noche.

—¿Quiere usted un café, señor Asprudis? —La señora Lope lo ve algo contrariado, como de mal humor. «Es el estrés, los políticos viven en un escaparate, siempre pendientes de su apariencia y de lo que piensan los demás de su trabajo. Quizá tiene un problema con los petardos de Pascua. A este hombre le sientan mal los contratiempos».

—Si no les importa. —Stefanos Asprudis se sienta en la mesa con los demás, sin saludar, y mira hacia el mar, abstraído.

—Nos vienes que ni pintado, precisamente estábamos hablando de la Pascua aquí en la isla. Quizá tú puedas ayudarnos. —Becky es muy descarada y le habla informalmente a propósito.

El político sale de su embelesamiento y mira a la joven que se dirige a él. Sabe quién es la chica inglesa que tiene a su lado porque conoce a todo el grupo de actores. Cuando llegaron a Corfú tuvo que fotografiarse junto a ellos. La grabación de la serie es un aliciente turístico.

—¿Cuándo celebráis la Pascua aquí?

—Nuestra Pascua es una fiesta que no olvidarán jamás. Está llena de fastos y tradiciones milenarias que atraen a visitantes venidos de todas partes. Los turistas se encandilan con las liturgias y la música

de las incontables filarmónicas que tenemos aquí. —El hombre no responde a la pregunta de la actriz y lo hace a propósito para irritarla.

Sigue hablando de la fiesta y lo hace con orgullo. Sabe por experiencia que la celebración no defrauda a nadie. Con su llegada, los políticos provinciales como él salen de su letargo invernal. Pasan de *il bel far niente* a unas semanas de preparación caótica, donde se repintan pasos cebra, se plantan flores en los parterres y aparecen policías como setas que intentan poner orden en el eterno embrollo de tráfico en el que vive la isla durante todo el año.

—¿Y cuándo será todo esto? —Becky se ve obligada a preguntar de nuevo.

—Es la semana próxima, dentro de pocos días. Los festejos empiezan el Jueves Santo, pero el martes tengo una reunión con la prensa y, señora Fox —el señor Asprudis se siente incómodo con el apellido de la arqueóloga—, me preguntaba si tiene usted novedades. Me refiero a si puedo informar a la prensa de algún avance en la excavación.

—Me temo que no.

Larissa no tiene nada que anunciar, por ahora. No han encontrado nada digno de mención, muy a pesar del gobernador que la incordia día sí y día también, esperanzado de que algo gire la rueda de la fortuna a su favor y coincida un descubrimiento importante con las fechas en que la isla estará en todos los medios de comunicación nacionales. El político deja la posición cómoda en la que estaba sentado admirando las vistas al mar y dirige su cuerpo hacia donde está Larissa. Es un hombre grande, de hombros anchos, atléticos, que se adivinan bajo la camisa italiana.

—Me he enterado de que está usted cavando un agujero en el jardín de una casa adyacente al sitio del templo de Medusa. Espero que sepa

lo que hace.

Larissa lo mira enfurecida. Suerte que tiene el tenedor a punto con un succulento trozo de beicon de su desayuno inglés y se lo lleva a la boca para no replicar el comentario del político.

—Dígame, ¿se aloja usted en el hotel, señor Asprudis? —interviene Violeta mientras le sirve café.

Él mira inquieto a la mujer entrometida que ha hecho la pregunta.

—Por supuesto que no. Creo que no tengo el placer de conocerla.

—Violeta Lope, turista por razones de salud. —Deja una taza de café frente a él y le acerca la mano para que el político se la estreche bien fuerte, que es lo que les gusta hacer a estas personas. Después le ofrece una sonrisa de oreja a oreja y unos ojos escudriñadores de ardilla traviesa.

El político se siente algo incómodo con los ojos de esa dama desconocida radiografiando todo su cuerpo.

—Pues de alguna forma nosotros también tendremos que celebrar la fiesta —dice Becky.

—Podrías organizar una cena con todos los del rodaje, a ti te gustan estas cosas. —Scott lo dice sin más.

—Sí, aquí en el hotel.

—Habla con el productor ejecutivo, él es quien tiene la pasta.

—Habla tú con el productor. —Ella sabe que para estas cosas es mejor su compañero de reparto.

—Ese hombre es un cicatero. Dirá que los jefes no pueden poner nada. Quizá si hablara con el director... —Los actores se levantan de la mesa y desaparecen discutiendo cómo financiar una fiesta pascual en el hotel.

Se oyen voces en el vestíbulo y del ascensor baja la diva, la actriz estrella de la serie. Es Jacqueline Taylor, americana, una bella mujer de

melena rubia larga y sedosa que bien podría ser una princesa sajona de una historia de Walter Scott. Es la única que ha trabajado con las grandes productoras de Hollywood. La única que se ha codeado con las rutilantes figuras del cine más famosas del planeta. Nadie se explica que haya accedido a hacer esta serie inglesa con un reparto de actores casi desconocidos. Algunos dicen que es porque es una serie literaria. Otros insinúan que hay algo en su pasado relacionado con la isla.

Es como un ángel en la tierra, tanto es así que cuando camina sobre sus zapatos de tacón alto parece levitar a diez centímetros del suelo. Lleva una pequeña cartera de mano de la que destellan piedras engastadas y unas gafas de sol Audrey Hepburn bien oscuras.

Todos interrumpen lo que están haciendo por unos instantes y la contemplan. Es inevitable. Ella saluda lánguidamente a sus compañeros de filmación y se sienta en una zona de la terraza alejada de los demás. Deja las gafas en la mesa y busca al camarero.

Andreas se acerca diligente y le pregunta con voz temblorosa qué desea para desayunar. Ha visto a esa diosa del cine delante de las cámaras haciendo de reina, de novia, de esposa y de cortesana. La ha visto en la pantalla duchándose insidiosamente o en galas de tiro largo ataviada con un vestido de diseño exclusivo de elegancia infinita. Es difícil separar todo eso de la mujer de carne y hueso que en este instante tiene delante.

La señora Lope la ha visto recientemente en las revistas y en los periódicos. Llevaba viviendo cinco años con un actor americano y hace unos meses salió en la prensa la noticia de que se separaban.

Los jóvenes actores que hay en la terraza saludan a la diosa y muestran su disposición hacia ella, se nota que la admiran. Más tarde, a sus espaldas, desahogarán sus envidias con chascarrillos y

bromas sobre su separación o sus recientes ataques de pánico en el rodaje.

Stefanos Asprudis observa a la actriz con visible admiración durante una decena de segundos. Después se toma su café de un trago, mira el reloj y acto seguido se levanta de la mesa e informa a todos, con mucha diplomacia, que tiene prisa. El político local respira la brisa marina y despliega los brazos para aspirar el máximo de oxígeno posible. No ha recibido ninguna respuesta de la arqueóloga, aunque este asunto ya no parece preocuparle. Se despide escuetamente y se encamina rumbo a la bahía de Garitsa, hacia el centro de la ciudad, caminando apresuradamente.

«Parece que al final no va a ver a ninguna empresa local de fuegos artificiales, se ha ido en dirección contraria».

—El miércoles que viene hay cena en el hotel. —Becky lo ha conseguido—. Señora Lope, está usted invitada y Larissa, tráete a tu equipo de historiadores. ¡Queremos conocerlos!

Larissa quiere replicar, la idea le parece fatal, pero en ese instante suena su teléfono móvil. La llaman desde la excavación. Es urgente.

Capítulo 4

—Hay que traer un sistema de ventilación. —La desesperación de Larissa es cada vez más evidente. Después de dos días de espera, han venido a instalarles las escaleras de aluminio y una polea para sacar la tierra del agujero.

—Este lugar apesta. —Stella se tapa la boca y la nariz con la mano, ya no puede más.

—¡Qué esperabas! Hemos descendido cuatro metros y seguimos bajando.

—¡Ahora no podemos parar!

La mayoría de los miembros del equipo está en el fondo del gran pozo, excavando. La pequeña casa en forma de herradura está intacta, pero su jardín es un campo de batalla; es como si hubiera explotado una bomba y que tras el fogonazo hubiera dejado un profundo y oscuro cráter. Entre los arqueólogos hay buen humor, porque ayer a primera hora de la mañana se toparon con algo interesante e inesperado. Dentro del gran agujero encontraron un anillo de ganchos gigantes que recorre el diámetro del pozo. Están localizados a poco más de dos metros profundidad. Son gruesos hierros terminados en punta que sobresalen treinta centímetros del entorno del muro. Y eso no es todo: en estos colosales clavos han aparecido dos brazaletes engarzados.

La arqueóloga de Oxford nunca había visto nada parecido y todo son conjeturas sobre qué eran esos enormes ganchos y qué hacían esos cuentas ensortijados en los hierros. Una de las joyas es una

argolla de oro con una serpiente que se enrosca en el brazo y el otro es una bella pulsera con abalorios que son cabezas de sierpes. Las dos alhajas son de oro y ambas representan serpientes.

Es un trabajo agotador, Larissa sabe que su equipo está trabajando duro. Arriba, en el gazebo, ha dejado a Duke, Brad y Lindsay registrando y clasificando los brazaletes encontrados.

—¡No os quejéis tanto! Por la tarde podréis daros un chapuzón en la playa.

—Y las aguas griegas son cristalinas —añade Stella—. No como las que tenéis allí en California, que apestan.

—Oye, chica lista, ¿qué sabes tú de mi tierra dorada?

—Lo suficiente. Brad se ha ido de la lengua. Ya sabes, tu amigo habla por los codos. También dice que las griegas son mucho más guapas que las californianas.

—Eso es porque quiere ligar contigo. Seguro que ya te ha invitado a venir a nuestro hotel.

—Sí. Pero no a lo que tú piensas. Estáis en el Pink Palace, ¿verdad? En Agios Gordios.

—Sí. Es como estar en casa: lleno de americanos y canadienses.

—Pues un día de estos me paso para ver la playa. Brad dice que tengo que verla.

—Ya, la playa... —Johnny sigue llenando con tierra el cubo que está a su lado.

Todos se ríen. Brad se pasa el día hablando y coqueteando con las mujeres. Como él está fuera del agujero no puede defenderse.

—¿Pudiste examinar los brazaletes?

—Ayer por la tarde me pasé horas en el gazebo inspeccionándolos. Es un arduo trabajo de artesanía, son objetos de valor y muy

sofisticados. Solo unas pocas familias de la capital podían permitirse estas joyas.

—Esto es un golpe de la fortuna. —Panagiotis no puede creer su suerte.

—No. No es tan fácil. Hay que explicar al mundo qué hacían ahí abajo. —Su jefa no se conforma—. No olvides que las hemos encontrado ensartadas en estos «bonitos» ganchos de pared.

—Parecemos mineros —dice Johnny, concentrado en su trabajo.

—¡Qué calor! Ya no aguanto más. —Steve se pone de pie y se limpia la cara con un pañuelo.

—¡Sácate algo de ropa! —La humedad y el calor aumentan el grado de ansiedad del equipo.

—Estos hierros, me pregunto qué diablos significan.

Sin saludar a su equipo, Larissa se coge a la escalera de aluminio y asciende rápidamente para salir del asfixiante agujero. Una vez fuera respira aire puro y la brisa seca el sudor de su rostro. Decide caminar hacia el templo y subir hasta la cima donde estaba la nave central. Desde allí se divisa el mar. Esta tan cerca. Reflexiona un buen rato mientras observa la zona donde excavan. Ella se dice que eso no puede ser un pozo. De pronto oye la voz, esa voz que la llevó hasta el maldito agujero. Ahora la oye claramente, está segura de que es un niño, cada vez más cerca de ella, casi es un susurro al oído: «BOIZISEMAS».

—¡Tíos! ¡Mirad! —Johnny grita desde dentro del agujero—. ¡Mirad!
—Con un cepillo, el arqueólogo estadounidense limpia un fragmento de la pared circular dentro del cuadrante donde trabaja él y los demás miran asombrados las puntas de dos grandes piedras que dibujan un vértice triangular. Todos concentran su trabajo en ese

lugar y sacan a la luz de los focos dos piedras enormes colocadas piramidalmente.

—Es una abertura. Y por el tamaño de estas piedras es grande.

—Pero ¿qué diablos hace esto dentro de un pozo?

Larissa lo ha oído y se apresura a volver al agujero y bajar por una de las escalerillas.

—Pues esto, lo que hace es decirnos que no estamos dentro de un pozo.

—¡Venga, excavad, esclavos, seguid excavando! —Johnny le guiña un ojo a su jefa.

El equipo se concentra en la zona donde han encontrado las dos piedras rectangulares colocadas diagonalmente sobre la abertura.

La voz de niño reaparece con fuerza, con la misma palabra en los labios: «BOIZISEMAS». La arqueóloga siente un escalofrío que recorre todo su ser. Duke baja la escalera detrás de Brad y Lindsay, que no quieren perderse el descubrimiento. Hay un instante ingrávigo en el cual el encantamiento supera a la realidad. La voz en su cabeza grita un vez más la palabra «BOIZISEMAS».

Es una voz aguda, infantil, inocente. Nunca antes había oído voces con tanta claridad. Al bajar, el pie de Duke pierde el peldaño de la escalerilla y se queda colgado por los brazos. Larissa está paralizada y ahogada en sus propios pensamientos. Es una voz que se acerca cada vez más, es como si la agarrara del brazo y tirara de ella. Hay un chillido de terror de Stella desde abajo al ver a su compañero tambaleándose a cuatro metros de donde están ellos. Brad se da la vuelta y se agarra con todas sus fuerzas a un lado de la escalerilla mientras con su brazo libre coge a Duke.

—¡Busca el peldaño! No te apures, yo te sostengo.

Es una locura, Larissa oye con más fuerza a la voz que a su ayudante. Es como si estuviera sumergida en otra dimensión, a punto de abandonar la realidad. Por fin, Duke encuentra un punto de apoyo. Sus pies vuelven a estar en el peldaño. La voz cesa por unos segundos. Johnny sube la escalera y llega hasta donde están ellos para echarles una mano.

—Duke, no empecemos. Si te rompes la crisma empezarán a hablar de maldiciones y eso no queremos que ocurra. —Larissa se esfuerza en salir de su encantamiento.

Su ayudante llega abajo sano y salvo. Ahora todos los miembros del equipo están reunidos dentro del círculo, sudando, con la ropa mojada y sucia, respirando el hedor que desprende el lugar.

—Resbalé, no es nada, gajes del oficio. No se os ocurra hacerlo a vosotros. Esto solo sé hacerlo yo —les dice agradecido—. Bueno, a ver, ¿qué habéis encontrado?

Hay focos que iluminan la zona donde han hallado la abertura. Y, efectivamente, hay dos grandes piedras rectangulares colocadas en diagonal en la parte superior del acceso subterráneo. Son negras, probablemente de basalto, y contrastan con el muro circular del resto del pozo, que es de un color crema amarillento típico de la piedra local.

—No hay duda de que es un paso.

—Hay que sacar más tierra. Esto parece una puerta.

Larissa observa uno de los cubos, que está lleno y a punto de subir a la superficie con la polea que han montado dentro del pozo. Se acerca a él y enciende la linterna que siempre lleva en el bolsillo. Coge un puñado de tierra y lo examina.

—¿De dónde habéis sacado esto?

—De aquí, delante de la abertura —responde Stella.

Larissa se arrodilla y enfoca la zona ya excavada bajo las dos grandes piedras oscuras. Busca una de las palas de excavación de pequeño tamaño y escarba con empeño. Se arrodilla y recoge algo de tierra y la ilumina de cerca. Mira los otros cubos llenos.

— ¿Qué ves, jefa?

— No lo sé todavía, pero esto no es tierra.

Unos minutos más tarde Larissa se levanta del cuadrado de excavación.

— Esto es arena de mar.

Los demás se acercan y comprueban que lo que sacan con cada palada son infinitos granos de subsuelo marino, arena como la que ven por la tarde en las playas de la isla.

— ¿Cómo ha llegado hasta aquí? — Duke mira a su jefa en busca de respuestas.

El nuevo estrato sigue hacia abajo. La abertura cada vez se hace más grande y el agujero en el que están, más profundo.

— Tengo que encontrar la manera de airear este agujero. — El trabajo va para largo. Larissa está emocionada, hay que seguir escarbando. Pero su cara no muestra ningún entusiasmo, siempre ha sido así, ya desde niña era así.

— ¿Crees que este lugar estaba conectado con el mar?

— Sí. Por supuesto. Ahora podemos estar seguros. Incluso lo huelo, ¿tú no?

— Sí, huele a mar.

— A marisma. Este agujero estaba lleno de agua marina.

— ¿Para qué diablos querían los sacerdotes del templo un agujero con agua marina?

— ¿Y por qué lo llenaron de tierra después?

— Stella, ¿qué significa «BOIZISEMAS»?

—Ayúdanos, esto es lo que significa. Ayúdanos.

—A partir de ahora, chicos, hay que ir con cuidado. Cualquier cosa que encontréis será valiosa para nosotros.

—Si es que encontramos algo, jefa. Quizá esto era una gran piscina donde se bañaban los curas y nada más.

—¿Una piscina cubierta para el invierno? —bromea Panagiotis—. Recordad que sabemos que estaba dentro de una estancia de madera.

—¡Qué decís! —protesta Duke ante las salidas de sus colegas—. Explicadme, entonces, por qué están esos hierros ahí, en medio de vuestra piscina. Y los brazaletes.

—No parece una buena idea bañarse en una piscina tan profunda y oscura como esta. —Lindsay pone cara de asco.

—Vamos, dejad de hablar y pongámonos a trabajar, holgazanes. ¡Vamos, vamos!

Larissa les empuja para que vuelvan a sus tareas de excavación y coge una de las palas para unirse a ellos.

—Ayúdanos, ayúdanos —bromea Johnny sin saber la tremenda profundidad de estas palabras.

—Esas dos pulseras con serpientes que hemos encontrado, apuesto algo a que tienen que ver con los cambios que hubo en el templo años después de su construcción. Llegan los sacerdotes, introducen el culto a Medusa y nuevos rituales. Quizá este lugar formaba parte de algún rito purificador.

—¿Purificador? No me hagas reír, Steve. Las aguas de la marisma apestan. —El otro estadounidense no está de acuerdo.

—Yo me lo imagino —dice Stella—. Los templos, las organizaciones religiosas, ¿no se afirman a sí mismas por medio del ritual?

—Rituales ancestrales. Piensa en las distintas religiones de nuestro planeta y las liturgias que tiene cada una de ellas.

—Pensad en Delfos, Dodona, Olimpia, Eleusis, centros religiosos contemporáneos a este y cada uno de ellos con ceremonias religiosas distintos. —Larissa quiere que se concentren en el mundo de la antigua Grecia. Este es el único templo conocido dedicado a Medusa. El único construido totalmente con piedra y no hay ninguna referencia iconográfica ni nada escrito sobre las prácticas religiosas de este lugar.

—Por esto estamos aquí —añade Duke.

—Exactamente —confirma la arqueóloga.

—La otra razón es ponernos morenos y comer pescado fresco —interviene Johnny.

—La segunda razón se te ha olvidado, jefa. —Duke se anima. Pero su jefa sigue con sus explicaciones.

—Solo hay un historiador de la antigüedad que habla de Corfú y de este templo: Plutarco. Como muy bien sabéis, vivió en Delfos y conocía el mundo de los oráculos y las pitonisas. El historiador habla de la maldición de Medusa; explica que este lugar era la guarida de la gorgona y que circulaban historias macabras sobre las ceremonias que se celebraban aquí. Cuenta haber oído poemas de tradición oral en los cuales se decía que algunos visitantes vieron a Medusa en este templo, emergiendo de las aguas.

—Me huele a *Deus ex machina*. Quizá los sacerdotes tenían montado aquí un negocio y habían fabricado un monstruo de cartón piedra que hacían aparecer y desaparecer.

—Sería muy propio de los griegos —dice Panagiotis sonriendo a Stella con complicidad.

—Medusa es una criatura mitológica, una gorgona, un ser que nunca existió. —Stella hace sus propias cavilaciones—. ¿Qué vieron esas personas?

—Hay que ser prudentes.

—¿Qué quieres decir?

—Que debemos tomarnos las palabras del historiador con una pizca de sal. Lo que nos cuenta sobre el templo de Medusa es de oídas, porque él vivió trescientos años después de que este lugar entrara en declive y se cerrara.

—Hay que ser escéptico.

—Eso es. Aunque os diré algo más: Plutarco pasó toda su vida en Delfos y, según él, los sacerdotes que vinieron a ocupar el lugar de las sacerdotisas de Artemisa provenían de Delfos. Allí escribió lo que sabemos sobre el templo y los hombres que lo habitaron durante este misterioso período en que se construyó el agujero.

—¿Insinúas que las ceremonias que se realizaron aquí tenían relación con las de Delfos?

—Un oráculo.

—No lo sé. ¿A alguien se le ha ocurrido pensar por qué esos sacerdotes dejaron Delfos?

—¿Y si les echaron de allí?

—Centrémonos en el agujero. Los dos brazaletes con las serpientes son un testimonio, la prueba de que este lugar formaba parte del recinto del templo dedicado a Medusa.

—Pero ¿qué era este lugar?

—Lo que puedo asegurarte es que no era ninguna habitación subterránea.

—Porque no hay rastro de escaleras que conduzcan aquí abajo.

—Exactamente

—Y porque hemos encontrado cristales de sal, arena y este acceso aquí abajo que seguramente atraviesa las marismas y llega hasta el mar.

—Bien. Entonces, chicos, estamos en un agujero que en su momento estaba lleno de agua y con estos grandes ganchos sumergidos donde engarzaban brazaletes. ¿Cómo lo hacían? ¿Quién lo hacía? ¿Y por qué?

Todos se quedan pensativos.

—Un rito. Como decía Plutarco. Aquí abajo veían a Medusa.

—Sí, pero Medusa no existe.

—En la imaginación de todos sí que existe.

—¡Exactamente! Decidme: ¿cuál es la forma más simple de incrementar el poder de sugestión, de ofuscar la mente y de crear alucinaciones, visiones inexistentes?

—Las drogas.

—Quizá. Por aquí creo yo también que van las cosas.

Capítulo 5

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
cuatro días antes de la fiesta de Boötis Alfa*

—¡Tienes talento, Laértis! Esto de la talla se te da muy bien.

Oréstis mira la figurilla de Medusa que el niño ha hecho con un trozo de madera. Tiene un gran parecido con la siniestra gorgona que da la bienvenida a los visitantes desde el frontón del templo. Él es el sacerdote más joven de los siete que cuidan el santuario de Kórkyra, dedicado a la temible criatura marina. Por la mañana no estaba seguro de que fuera una buena idea dejarle un cincel a ese chaval. Podía hacerse daño, pero él insistió tanto que al final cedió. Examina la estatuilla que tiene en las manos, satisfecho con el trabajo del pequeño. El sacerdote ha buscado un rincón tranquilo del templo donde el hijo del pescador pudiera trabajar. Encontró un lugar para él al lado de una construcción de madera que tienen al final del peristilo lateral del templo. Es un lugar con luz diáfana porque está al fondo del gran edificio religioso, detrás del templo de piedra, allí solo hay ese recinto de madera, la marisma y el mar.

—Haré más figurillas y las venderé delante de vuestro templo. ¡Ganaré dinero! Así seré un hombre como mi padre. —Laértis está con los sacerdotes, como ha prometido a su padre, pero gracias a Oréstis se mantiene fuera de la vista de los demás, que siempre le dan órdenes.

—Tendré que hablar con nuestro hierofante.⁶ Intercederé por ti, espero convencerle de que desaprovechamos tu talento si estás todo el día limpiando suelos. —Oréstitis devuelve la figurita al niño y mira a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie le ve—. Toma, coge este trozo de pan y queso. —El sacerdote lleva la comida escondida dentro de un trozo de lino.

—¡Queso!

—Shhh. No grites. Me lo ha dado una de las mujeres que ha visitado hoy el templo. Buscaba a su marido. Hace dos semanas que ha desaparecido. Lo curioso es que yo me acuerdo de él. Estuvo aquí para la ceremonia, fue el elegido de la última luna llena.

—¿El elegido para qué? —El niño come primero el queso. Está hambriento. Con todo el trajín no ha pasado por casa de Mileto a buscar el pan que le da por las mañanas.

—Cada luna llena el templo permite a un devoto pasar la noche con Medusa.

El niño mira al sacerdote horrorizado y traga sin casi masticar lo que tiene en la boca.

—¿Por qué va a querer alguien pasar la noche con una criatura tan infame?

—Son cosas de mayores, Laértis. Nuestro hierofante viene de Delfos y ha transformado este templo en un centro sagrado de adivinación. Ya sabes, hay gente enferma o con preocupaciones de otra índole y quieren saber el devenir, quieren que Medusa les adelante su futuro.

—¿En serio puede hacer eso ese monstruo?

—Sí. —Oréstitis sonrío. Es muy joven y le gusta la compañía de Laértis—. Con un poco de ayuda de Prokrustis y mía.

—Se lo diré a mi padre. Él necesita hablar con Medusa. Ella le dirá por qué no hay peces en el mar.

—¡Laértis, no le digas nada! Él no podrá permitírselo. Le darás falsas esperanzas. Nuestro hierofante solo elige a personas con mucho dinero y solo una cada luna llena. Son muy pocas cada año.

El niño no se da por vencido. Su padre necesita saber cuál será su porvenir en el mar. Así que decide seguir preguntando al joven oficiante.

—¿Y hablan con la Medusa de piedra de la entrada?

—No. Con la de verdad.

—¿Y dónde está la Medusa de verdad? —pregunta con miedo el muchacho.

El sacerdote dirige la mirada hacia las paredes de madera del recinto que tienen a su lado. Señala la estancia con el dedo. Laértis se levanta asustado y Oréstis se ríe de él.

—No te alarmes. Medusa no está. Aunque no te miento, es aquí dentro donde se produce el encuentro. Prokrustis y yo mismo nos encargamos de la ceremonia.

Laértis se sienta de nuevo en el suelo y coge entre las manos el pedazo de madera con el que estaba trabajando antes de comer.

—Me has asustado. Entonces, ¿qué hay dentro de esta habitación?

—El pequeño nota que de allí emana el desagradable hedor que viene molestándolo todo el día.

—Agua del mar. Nuestro gran sacerdote ha traído el agua del mar hasta aquí. El afortunado que es elegido para los auspicios pasa la noche ahí dentro. Y cuando abrimos la puerta por la mañana todos los elegidos dicen que han visto a Medusa y que les ha hablado.

Al niño se le pone la piel de gallina.

—Pero tú dices que ella no está aquí, dentro de esta habitación.

—No, no está —le susurra al oído.

—¿Tú no la has visto?

—Nunca —responde Oréstis, divertido.

—Pero los que pasan la noche ahí dentro sí que la ven... solo tienen que pasar la noche ahí dentro.

—Pasar la noche, sí, y llevar una pulsera de oro, que es la ofrenda que hay que hacer a Medusa. Antes de que se apague la luz de su lámpara deben meterse en el agua y sumergirse hasta encontrar un hierro donde colgar el brazalete de oro. Salir del agua y esperar.

—Ah, un brazalete de oro. —Es imposible que su padre pueda recibir los augurios de Medusa. Ellos no tienen nada de valor.

—Lo sé muy bien porque soy el encargado de sacar esos brazaletes de ahí abajo cada año. Son todo alhajas preciosas. Yo las saco y se las entrego a nuestro gran sacerdote Efialtis.

—¿Efialtis?

—Sí, es el nombre de nuestro hierofante.

—¡Oréstis! ¡Qué hace este niño aquí en el templo! —Es la voz mórbida de un hombre enjuto con ojos demasiado pequeños y oscuros.

—¡Oh, Prokrustis! Lo siento mucho, te suplico: no digas nada al gran sacerdote. ¿No le reconoces? Es Laértis, el que limpia el suelo del templo.

—¿Y qué hace aquí? ¡No debería estar aquí! —grita enfurecido el sirviente directo del hierofante.

—Mira, Prokrustis, mira qué sabe hacer el hijo del pescador. —El joven sacerdote le enseña la figura de Medusa en madera. Pero el otro sacerdote le quita la talla de las manos y la tira al suelo.

—¡Llévatelo de aquí ahora mismo!

—Sí, sí, ahora mismo.

El criado del hierofante mira al pequeño con desaprobación y engreimiento.

—Apresúrate, Laértis, coge tus cosas, nos vamos. —Oréstis no quiere tener problemas con el criado del hierofante porque es un individuo mezquino.

—Prokrustis, ¿habló el hierofante con la dama que vino en busca de su marido?

—Sí, sí.

—Fue el elegido que pasó por el templo la última luna llena, ¿verdad?

—No es cosa nuestra. Esa mujer ha venido ya cuatro veces preguntando por su marido. Aquí estuvo para la ceremonia de los augurios y por la mañana se fue. Nosotros no sabemos nada más. ¡Llévate a este niño de aquí!

—Sí, pero no es la primera persona que viene preguntando por un familiar.

Laértis va recogiendo en su capa las maderas y esconde a su espalda las dos herramientas de que dispone, no vaya a ser que ese hombre malcarado que acaba de llegar las vea y se las quite.

—¿Recuerdas a los hijos del astillero Hippodámos? Su padre recibió los augurios de Medusa, pero tras salir del templo, no regresó con su familia.

—Nosotros no somos quién para juzgar los vaticinios de la gorgona. Quizá le dijo que no volviera nunca más a su hogar. No es cosa nuestra. Y ahora déjate de tonterías. ¡Fuera de aquí! —grita con fuerza mientras empuja al niño.

Laértis se escabulle sin mirar atrás y sin despedirse. Corre hasta encontrar las escaleras del templo que le conducen a la calle principal.

Los dos sacerdotes siguen ahí, al lado del recinto de madera que esconde el gran agujero de agua marina. No les da tiempo a retirarse porque el hierofante del templo de Medusa aparece frente a ellos.

—Ah, estáis aquí, bien. Bien, porque debo hablaros. —El gran sacerdote es un hombre anciano que la vida ha curvado. Tiene la columna arqueada, una joroba en la espalda que es una gran bolsa de purulencias y mentiras recogidas a lo largo de su vida. Les ordena que le sigan y se los lleva hasta el opistodomo, una pequeña estancia en la parte trasera del templo. No quiere que los demás sacerdotes oigan lo que tiene que decir. Antes de continuar, baja la voz y se recoge las manos.

—Mañana por la noche tendremos un nuevo elegido.

—¡Pero si no habrá luna llena, hierofante! —Oréstis no lo entiende, no es la primera vez; ya ha sucedido otras veces esta primavera que el hierofante oficia el rito de los augurios a más de un devoto al mes.

—Es uno de esos casos especiales. Necesita nuestra ayuda. Su mujer está enferma, ha venido en busca de consuelo. Y ha hecho una generosa contribución a nuestro humilde templo.

—Nos ocuparemos de todo —asegura Prokrustis, solícito.

—Sabía que podía contar con vosotros.

—Ahora, Oréstis, retírate y, ya sabes, no hables de esto con los demás sacerdotes. Yo me quedo aquí con Prokrustis, tenemos algo que comentar.

Oréstis se siente honrado de que el hierofante confíe en él para llevar a cabo la ceremonia del elegido. Lo que no sabe es que fue su alma cándida lo que buscaba Efialtis. Un joven inocente como él nunca sospecharía que detrás de la ceremonia hay algo perverso y ruin. El sacerdote se retira y deja conspirar al hierofante y a su criado.

—Quiero que lo vigiles. No lo pierdas de vista.

—No deberíamos confiar en él, gran sacerdote. Hasta ahora todo iba bien.

—No tan bien, Prokrustis, no tan bien. Algo sucede. Han desaparecido cinco elegidos y tú eres incapaz de explicarlo. Se han desvanecido dentro de un recinto cerrado con llave donde no hay nada, ni una ventana, solo agua. Tu argumento de que se han ahogado al dejar la pulsera no me convence. Creo que alguien del templo está jugando con nosotros y Oréstis es el único que conoce parte del ritual.

—Tu secreto está a salvo, hierofante. Nadie aquí sabe lo del palacete.

—¡Cállate! ¡Eres un impertinente! —Efialtis lo mira con cara de furia y levanta su atrofiada espalda hasta donde puede para clavar sus ojos en su inútil ayudante—. ¡Las paredes del templo oyen! ¡Solo el miedo mueve a los ignorantes! Toma. —De su túnica saca una bolsa llena de monedas de oro que una hora antes le ha dado el hombre que esta noche verá a Medusa—. Llévaselo a Pérsida, que pague el mármol que encargué para el atrio.

—Por supuesto, gran sacerdote. Prepararé el caballo.

A continuación, el hierofante saca una nota escrita en un pequeño pergamino y se la da también.

—Y esto. Aquí las cosas se están enmarañando mucho y esa mujer solo hace que pedir dinero para que terminemos la obra.

—Señor, su secreto está a salvo conmigo. Será la residencia más lujosa del norte de la isla, mi gran hierofante.

—Eres un miserable. ¡No hables de eso aquí, inútil! —Efialtis baja la voz todavía más mientras agarra a su sirviente de la ropa para acercárselo a pocos milímetros de la boca. Su aliento parece provenir directamente de las secreciones acumuladas en su joroba—. Que uso

los fondos del templo para construirme una casa, esto es un secreto bien guardado y no me preocupa. Lo que sí es una contrariedad es que nos desaparezcan los elegidos. Porque ellos costean la obra y porque se puede correr la voz de que aquí hacemos algo anómalo. Esto me preocupa, está sucediendo aquí, delante de nuestras narices y aquí en el templo no estamos solos, ¿entiendes?

—Sí, hierofante. —Prokrustis tose a causa del nauseabundo aliento del gran sacerdote e intenta alejarse unos centímetros de su presencia. Pero no lo consigue, Efialtis lo mantiene cogido con fuerza unos segundos más mientras espira profundamente en el cogote de su fiel servidor.

Cuando Efialtis le deja solo, Prokrustis se apresura a prepararlo todo para partir. El viaje hasta esa parte de la isla es largo. Tiene que coger un maltrecho camino de tierra que delinea la costa este. Cabalgará a dos pasos de riscos escarpados y la vegetación es tan exuberante que se verá obligado a detenerse varias veces para apartar malas hierbas y cortar con el filo de la espada los arbustos que en solo unas semanas habrán invadido el paso. La tierra de la isla es milagrosamente fértil y un verde inagotable la cubre por completo. Kórkyra es tan selvática que se atreve a penetrar en el mar. El verde y el azul compiten y donde se juega la batalla el agua se torna aturquesada y pulcra.

El servidor del hierofante parará para dar de beber a su caballo y al horizonte verá el mar en calma y la costa helena continental enfrente, una manga de mar serena de aguas vírgenes y cristalinas. Solo aquí podía llegar desnudo un héroe como Ulises. El norte es una zona remota, perfecta para esconderse del mundo. En invierno solo viven aquí unos cuantos ermitaños. En verano, es distinto, algunas de las familias más ricas de la isla, casi todos constructores de barcos, se

apoderan de la belleza de ese lugar. Allí hay palacios estivales frente al mar, que son auténticas fortificaciones. Efialtis, que siempre ha tenido más de embaucador que de sacerdote, está haciendo realidad su sueño de construirse una casa solariega. Es un lugar perfecto para él, porque está apartado y, a pesar de ello, podrá codearse con los linajes más sobresalientes de la isla. Por ahora todo es un secreto muy bien guardado. Cuando pueda retirarse a esa casa que construye, dirá a todos que pertenece a Pérsida. Nadie en la ciudad la conoce, se ha mantenido alejada de las miradas curiosas y se encarga de controlar la obra. Es una mujer de baja estofa que conoce desde la infancia y que se convirtió en cómplice y coautora de todos sus embaucamientos y estafas.

El quimérico hierofante necesita monedas de oro constantemente para terminar la casa. Le queda poco, sí, la villa casi está terminada. Él ha llegado a la vejez y por eso también ha llegado el momento de escapar. Cada vez está más impaciente y el miedo a que alguien descubra sus embustes aumenta. Él inventó la ceremonia del elegido hace años. Con esta ceremonia ha financiado la construcción de su palacete particular. Él solo maquinó la gran mentira de que Medusa podía abrir a los devotos las puertas del futuro. Se trataba de crear un artificio que convirtiera el templo de Medusa en el templo de Apolo délfico. No había nada más fácil para él que esto. Efialtis y su fiel servidor Prokrustis pasaron su juventud en el santuario de Delfos, donde aprendieron las artes del oráculo o, dicho de otra forma, las artimañas de la adivinación. Allí, Efialtis era un ayudante de los sacerdotes, un sirviente anónimo que oía, veía y aprendía la extraordinaria técnica de la sugestión humana.

Delfos está muy lejos de Kórkyra, son dos mundos aparte. Aquí nadie sabe que estos falsos profetas fueron exiliados de las montañas

por robar a los visitantes devotos del templo de Apolo. Llegaron a la isla de la mano de Pérsida, que por aquel entonces había conseguido ser criada de las sacerdotisas locales del antiguo templo de Artemisa. Nadie sabe a ciencia cierta qué pasó con ellas. Todas las sacerdotisas se fueron del templo. O desaparecieron. De eso hace ya muchos años.

—¡Pérsida, Pérsida! Abre el portón, soy yo, Prokrustis. —El criado ha llegado al muro de piedra que rodea la propiedad. Sigue sobre la montura de su caballo, sudado y polvoriento.

Dos hombres sucios de yeso corren hacia donde está él. Debajo de las partículas blanquecinas del estuco se adivina su pelo rizado y su tez oscura.

—¿De dónde habéis salido vosotros? —Prokrustis no les ha visto antes. Escupe en el suelo delante de ellos y avanza montado en el caballo dejando el portón y a ellos atrás.

—Saludos, Pérsida. ¿Y esos?

—Seas bienvenido, Prokrustis. ¿Traes dinero? —Ella está de pie en el pórtico de la casa construido con un mármol blanco venido de la península Itálica.

—Señora, dadme tiempo a desmontar. Traigo monedas de oro y un mensaje de vuestro cónyuge. —Ella sonríe satisfecha, también por el uso que hace el criado de la palabra «cónyuge». El hierofante y ella nunca contrajeron nupcias y ante los ojos del mundo ella es una desconsolada viuda que se está construyendo una casa allí. Únicamente el criado sabe bien lo que son esos dos. Al igual que Efialtis, Pérsida es ahora una vieja cargada de arrugas y con un rostro atravesado por la sombra de la maldad.

—Esos son trabajadores venidos de Egipto que están enyesando las paredes de las estancias. En unos pocos días habrán terminado. ¿Te

encontraste con algún león? —Le gusta burlarse de la hombría del criado. Es más joven que ella, pero es un timorato.

—No, señora. Ni leones ni hombres. Aquí tenéis el mensaje.

Ella coge el papel. Tiene las uñas sucias y su mirada es todavía más sucia si cabe.

—¿No me ofrecéis un poco de agua, señora?

Pérsida mira a una chica joven, también extranjera, probablemente de una aldea perdida en los Balcanes, y con un escueto movimiento de la cabeza le ordena que vaya a por una jarra de agua. Ella abandona la esquina del ostentoso porche donde estaba apostada y se mete en la residencia. La anciana lee el mensaje rápidamente.

—¿Y el dinero?

Prokrustis es más fiel a Efialtis que a esa mujer que tiene delante. De hecho, nunca le ha gustado ella y siempre hubo entre ellos una especie de resentimiento, una eterna envidia. Siempre que puede el criado mete cizaña para crear desconfianza en torno a esa mujer. La considera su rival. El criado desmonta y sube cansinamente los peldaños que hay hasta llegar a la altura del porche. Mientras saca la bolsa le viene a la mente un supuesto. ¿Y si fuera Pérsida la que hace desaparecer a los elegidos? ¿Y si quisiera que su amo tenga problemas porque su plan es quedarse la casa ahora que ya está casi terminada? Prokrustis la mira con desdén.

—Esos ojos negros de topo ciego te traicionan. ¿Qué pasa por tu cabeza, Prokrustis?

—En el templo hay problemas. Ya lo sabes.

—Es pura casualidad. Os asustáis por nada. Esos hombres que no han vuelto a sus casas estarán en algún burdel.

—Yo soy el que abro la estancia donde pasan la noche, lo hago siempre por la mañana al amanecer, y allí no están.

Pérsida se ríe maliciosamente. El criado no sabe cómo tomárselo. ¿Tendrá ella algo que ver con las desapariciones? «Imposible — piensa el criado—, está demasiado lejos de la ciudad y es una vieja indefensa». Él la desprecia simplemente por tener un trato más íntimo con el hierofante que él mismo, pero es un ser decrepito.

—¡Es Medusa!, ¡hay que dar de comer a esas serpientes que tiene en la cabeza! —La anciana se ríe como una loca ante el majadero de Prokrustis—. Anda, ven conmigo dentro, la chica te preparará algo de comer.

⁶ Hierofante. 'Sumo sacerdote'. En griego antiguo ἱεροφάντης, 'el que lleva a alguien hasta lo sagrado'.

Capítulo 6

Las preparaciones de la Semana Santa corfiota son visibles e invisibles. Las cofradías religiosas limpian y planchan los centenarios trajes de ceremonia para salir a desfilan. Cosen y bordan mocasines nuevos para su patrón «momificado», San Spiridonas, que es para los corfiotas lo mismo que la Virgen de la Macarena para los sevillanos. En Pascua lo sacan de paseo radiantemente vestido con traje dorado; no importa la edad, cuatrocientos años no es nada para un santo. Es su patrón, su protector, y lo mejor de todo es que puede concederles un milagro, un deseo que, con buena fe y mucho tesón, suele cumplirse.

La isla goza de un despliegue musical singular en estas fechas pascuales. Las filarmónicas locales, que son muchas, abrillantan sus tubas y trombones y lucen uniformes de gala que son la envidia de cualquier soldado de plomo.

Pero quizá lo más hermoso de estos días sea la tradición corfiota de dar a la capital el color púrpura. Es costumbre cambiar la luz de todas las farolas del centro de la ciudad para colocar bombillas que desprenden un halo de luz amoratado, que sume la isla en un intenso luto espiritual. Durante una semana, la noche de Corfú se tiñe de un color violáceo que llega al alma.

La señora Lope espera con expectación que empiecen los actos públicos. No imaginaba que su desplazamiento por motivos de salud se convertiría en un periplo cultural y espiritual de esta magnitud. Todo el mundo anda atareado con los preparativos, tanto de los

oficios públicos como de los familiares. Hay que organizar encuentros, comidas, regalos. Mayores y pequeños viven esta fiesta con auténtico frenesí, como si esta semana fuera la puerta a un mundo nuevo, o la puerta anual a la vida isleña estival, que es todo un placer.

Violeta ha decidido dar un paseo por la bahía de Garitsa. Está emocionada por la Pascua, como lo están todos los demás. Mientras anda, a la derecha tiene el mar y a la izquierda, un largo parque con elevados árboles centenarios que dejan entrever tras sus troncos antiguas casas de marineros y pescadores. Con sus ojos de ardilla divisa a unos niños que pintan huevos de Pascua sentados en la mesa del jardín de su casa. Cada día que pasa se encuentra mejor, con más energía, y no puede estarse quieta. Oye vozarrones de los empleados temporales contratados para cortar la maleza del parque y adecentar los arbustos decorativos. Todo tiene que estar a punto. La fiesta ya llegó.

La dama de los Pirineos camina a paso ligero por la bahía. El camarero del hotel le ha dicho que si la hace entera son tres kilómetros. Aquí la llaman la bahía del *bypass*. Todos los cardiólogos la prescriben a los enfermos de corazón. Una vez al día. «Los psiquiatras deberían hacer lo mismo, muchos de sus enfermos también se curarían». Sus ojos inquietos se posan sobre una mujer sentada en un banco circular bajo un eucalipto gigantesco. Inmediatamente la reconoce y detiene la marcha. Lleva sus grandes gafas negras a lo Hepburn que le tapan casi toda la cara, pero la ropa, los zapatos de tacón, el pelo, el bolso de miles de dólares y todo lo demás la delatan. «Es la actriz, la gran actriz, la Taylor». Frente a ella y de pie hay un joven que habla sin parar y con el dedo la señala con cólera. Ella intenta levantarse y el chico la empuja hacia el banco para

que siga sentada. Los dos vociferan, pero él parece tener el control de la situación. «Pero ¿qué está pasando ahí? Esto no se va a quedar así. ¿Quién es este tipejo? ¡Eh, tú, desgraciado!».

—¿Le importa si me siento a su lado? —Violeta les interrumpe. «Soy una viejecita que necesita un asiento porque está exhausta».

Ahora puede ver mejor al tipo. Es joven, muy joven, mucho más de lo que le pareció desde lejos, no tiene más de veinte años y habla con ella en un perfecto inglés. Lleva ropa holgada, una sudadera con capucha, unos tejanos viejos y una camiseta blanca con algo escrito en griego. Tiene el rostro pálido, tensionado, mojado. Se pasa la manga por la cara y se seca el sudor, o las lágrimas quizá. Dentro de la vestimenta hay un chico delgado y cáustico, aunque no es un delincuente. La actriz de Hollywood le conoce, se conocen, hasta ahí llega a entender la señora Lope.

Pero el chico está nervioso y se siente amenazado por la interrupción. Baja el brazo con el que amenazaba a la actriz y, sin despedirse, desaparece.

—¿Está usted bien?

—No. Pero lo estaré. Es cuestión de tiempo.

—Cuántas veces habré oído yo esto.

La diva examina a la persona con la que está hablando.

—Pensé que quizá la estaban molestando.

—No, las apariencias engañan. Más bien era yo la que estaba molestando. Jackeline saca un pañuelo y se limpia unas lágrimas furtivas que escapan de sus seductores ojos azules.

«Qué interesante» —piensa Violeta.

—Deje que me presente, soy Violeta Lope.

Hay un silencio muy largo y la dama de los Pirineos se da por entendida: la actriz quiere estar sola.

—Bueno, yo me voy. Ya la veré en el hotel.

—¿Se aloja en el Belview?

Violeta asiente con la cabeza y la saluda con la mano antes de continuar su paseo por la bahía. Mira hacia el mar y suspira. «Esta mujer necesita ayuda, pero no hay más ciego que el que no quiere ver. Es hora de desaparecer. Yo me voy». Se da la vuelta y empieza a andar en dirección al mar.

—¿Podría... —no termina la frase, espera a que Violeta se dé la vuelta para atenderla— quedarse? —«Claro que sí». La dama de los Pirineos se sienta a su lado sin decir palabra.

—¿Cuál es su excusa para venir a esta isla, señora Violeta Lope?

—Bueno, pues la mía es que tuve unos problemas de salud y me recomendaron hacer unas vacaciones. Nada glamuroso, nada parecido a sus motivos...

—No tiene nada de glamur rodar una maldita serie televisiva.

—Sus compañeros de reparto están entusiasmados con su participación en la serie.

—Terminarán por odiarme. No merezco todo esto. Soy una mujer odiosa.

Hay drama en su rostro, «pero quién sabe si es auténtico».

—Le ruego que olvide lo que acabo de decir. Los actores siempre decimos lo que no pensamos.

—Ya. —«En eso tiene razón, se pasan la vida siendo otras personas»—. Pero en algún momento uno tiene que enfrentarse a la verdad, vosotros no seréis ninguna excepción. Siempre hay esos instantes en que nos quedamos solos con nosotros mismos, es como mirarse en el espejo y ver el alma, no hay escapatoria. —Violeta sabe muy bien de qué habla.

Jackeline mira a su alrededor y, después de cerciorarse de que no hay fisgones cerca, se saca las gafas negras y observa a esa señora alta y delgada que tiene al lado y que va vestida con una falda de flores muy discretas y una camiseta de finísimas rayas. Excéntrico y nada sexi, pero auténtico, que es algo que ella necesita como el agua en estos momentos.

—¿Tiene usted hijos? —pregunta la actriz algo recelosa todavía.

—No. Y nunca estuve casada. Una vez estuve a punto, con un americano ni más ni menos. —La señora Lope sonrío a la gran actriz.

—¿Y qué pasó?

—Uf. Hace tanto de aquello. No pasó nada. La culpa la tuvo el océano, cuatro mil kilómetros de océano Atlántico entre los dos.

—Pero hay aviones y barcos.

—Qué más da si no tienes dinero. Los dos teníamos un clavo ardiendo al que agarrarnos, pero en distintos continentes. Yo no podía dejar mi hotel en los Pirineos y él no podía dejar el ejército. —La señora Lope no quiere recordar. Ahora no—. Y usted, ¿tiene hijos?

—Hijos. No sé lo que es eso. He estado unida a alguien, sin embargo, hasta hace bien poco.

—Sí, eso lo sé.

—Todo el mundo lo sabe, ¿cierto?

—Sí. Para qué engañarla. Tengo la costumbre de leer la prensa y salía la noticia en todos los periódicos hace unos meses.

—Tutéame.

—Si quieres.

—Estoy harta de formalidades.

—Lo que no entiendo es qué haces aquí si no deseabas hacer esta serie. ¿No será por cuestiones de dinero? —«Pero qué tontería que acabo de decir».

—No. Todo es más complicado.

El ruido de las máquinas desbrozadoras de los jardineros eventuales cesa. Algunos gatos que andaban escondidos por las ramas de los árboles asoman la cabeza de nuevo.

—¿Te has dado cuenta de que en esta isla hay gatos por todas partes?

La actriz mira a su alrededor y por primera vez se da cuenta del hermoso lugar donde están sentadas. Entre los magníficos árboles que las rodean divisa frente a ella el mar en calma y, al fondo, la bella fortaleza veneciana tocada por la luz dorada de la tarde.

—Tengo una amiga mexicana que vive con muchos gatos; dice que donde hay gatos hay ángeles.

Violeta sonrío sorprendida y se levanta.

—Caminemos.

Jackeline se pone las gafas y la sigue. Juntas inician la marcha hacia el hotel en silencio.

La misteriosa americana no está preparada ni para hablar ni para afrontar lo que le está sucediendo, sea lo que sea. «En estos casos lo mejor es hacer ejercicio».

—Pues yo tengo una vecina en mi pueblo que trina cada vez que ve a una de estas bestias. Se llama Remedios Blas; ella y su marido tienen ovejas, cabras, gallinas, patos... —Se queda algo traspuesta al recordar a sus amigos en los Pirineos—. Pero odia los gatos.

Dos niños vestidos con pantalón azul marino formal y casaca roja ribeteada con dorados se cruzan con ellas. Llevan una trompeta de un brillante oro puro y un clarinete tan resplandeciente como la luz del sol a esta hora. Pertenecen a alguna de las bandas locales y van a ensayar para la gran fiesta que se avecina. Desfilarán por las calles nocturnas del centro tocando réquiems y música de Bach; decenas de

músicos vestidos como soldaditos de plomo intentarán elevar el espíritu de miles de visitantes que no tienen vida espiritual alguna.

—Mañana empieza la Semana Santa. ¿Vais a parar el rodaje?

—Supongo que no. La verdad es que creí que la Pascua ya había terminado.

—En los países católicos y protestantes sí, pero aquí empieza ahora.

—Ya. Aquí todo sucede más tarde.

—Cuantos más días paso aquí, más me doy cuenta de que eso de que las cosas sucedan más tarde no siempre es malo, al contrario, es incluso mejor.

—¿Y cómo es mejor? —pregunta la actriz.

—Pues porque se puede disfrutar de todo un poco más. La vida no debe ser un mero trámite: hay que tener tiempo para vivirla. —Las dos mujeres caminan por un sendero ondulante entre árboles gigantes. Violeta tropieza con una raíz de gran tamaño que crece en la superficie. «Por Dios, que me descalabro».

Su compañera la ayuda y se ríe con la forma en que se dobla el larguirucho cuerpo de la señora española que acaba de conocer.

—Atraigo a las contingencias, ya estoy acostumbrada. Sobre todo, cuando estoy fuera de casa. A veces me pasan cosas.

—Sí, a veces hay complicaciones. —Las dos se miran y asienten con connivencia.

Siguen caminando hacia la punta de la bahía donde está el hotel. Vayan a donde vayan siempre les acompaña el mar y la música griega. Son tonadas de lejanía, no hay que entender la letra de las canciones, todas dicen lo mismo, en todas hay desamor y melancolía. Se cruzan con unos turistas que miran más el móvil que el lugar donde pisan. «Mala cosa en un lugar donde hay tantos gatos».

—¿Tienes pensado ir al centro para ver alguna de las celebraciones de la Pascua?

—No lo había pensado.

—Anímate, mujer, podemos ir juntas si quieres. Una fiesta es una fiesta, esto es lo que dice Andreas, el camarero del hotel, hay que vivir la fiesta. Mañana me traerá un folleto en inglés con todos los actos de la Pascua. ¿En qué habitación estás? Puedo dejártelo por debajo de la puerta cuando termine de repasarlo.

—¡No! ¡No me lo dejes debajo de la puerta, llama, por favor! — exclama nerviosa la actriz deteniéndose en seco. Después se calma y sigue como si nada—. Estoy en la *suite* del ático.

«¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué se pone así?».

—¿A qué te dedicas, Violeta?

—Tengo un pequeño hotel en los Pirineos y aquí soy una turista por motivos de salud. Pero ya estoy mejor. —«No quiero que hablemos de mí, lo que quiero es saber qué te pasa»—. Llevo toda la vida tratando con los clientes y he aprendido a escuchar. —La señora Lope la mira con sus ojos de ardilla y le ofrece una sonrisa—. Si necesitas compartir algo o si puedo ayudarte, lo haré encantada.

—No puede ayudarme nadie. No puede saberlo nadie.

—Dime de qué se trata, soy una tumba y te sentirás mejor después de compartirlo con alguien. «Por qué tanto misterio».

—Tú no sabes lo que es mi vida. Siempre escondiéndome. En el trabajo, en los lugares públicos. Hasta en mi propia casa tengo que esconder quien soy, delante del servicio, de mi *PA*, de mi *mánager*. Fíjate en mí. —Y señala las grandes gafas de sol negras que le tapan media cara.

—Estás muy tensa, ¿temes que hable con alguien, con la prensa? Pobre de mí, estoy hasta la coronilla de la prensa amarilla, rosa y de

todos los colores. —La señora Lope recuerda el desgraciado incidente del pasado otoño en Londres con los *paparazzi*—. Relájate, mujer, pero qué desconfiada eres. Lo que yo creo es que tienes que dejarte llevar, disfruta de este lugar tan bello en el que estás. Desconecta del trabajo.

—No es el trabajo. Es más, yo adoro lo que hago. Es posible que este haya sido el gran error de mi vida: poner mi carrera por delante de todo. Si he venido a este lugar es para cambiar el rumbo de mi vida. Si acepté este papel en esta serie inglesa fue... Pero dejémoslo, esto ahora puede esperar. A no ser... —Una repentina ansiedad le produce punzadas dolorosas en el estómago. Se saca un momento las gafas de sol y mira fijamente a la señora Lope.

—Ven a mi *suite*. Te enseñaré de qué se trata. —Otra vez se coloca las gafas negras y pone fin a la conversación, porque coge del brazo a Violeta y se la lleva hacia el hotel a paso ligero, donde llegan al cabo de unos minutos.

Una vez en el ascensor la estrella de cine suspira aliviada y se quita definitivamente las gafas oscuras de la cara. Suben hasta el ático y cogen el pasillo a mano derecha. Jackeline Taylor abre la única puerta que hay en esta ala del edificio y entran en la *suite*. Es un apartamento impecable, recientemente renovado, se puede oler la madera, el aluminio y el mullido algodón orgánico de las tapicerías y los cojines que hay en toda la estancia y en la terraza.

—Voy al baño, vengo enseguida. —Se quita la chaqueta y deja el bolso encima de una mesa en la entrada.

Violeta examina cada detalle de la lujosa *suite* y trata de absorberlo todo, alguna pincelada, algo habrá que pueda serle útil para mejorar su propio negocio en Bolví. De repente, llaman a la puerta.

—Abro yo. —La señora Lope va hacia la entrada de la *suite* sin esperar respuesta.

—¡No! ¡Espera! —La actriz sale del baño en ropa interior, asustada, como si esperara la visita de alguien terrible—. Antes de abrir, pregunta quién es.

Violeta la interroga con sus ojos de ardilla, aunque no discute sus instrucciones.

—Soy el camarero, señora. Le traigo un tentempié.

Aliviada se retira para cambiarse y Violeta abre.

—Andreas, ¿qué haces tú por aquí a esta hora? Creí que trabajabas solo por las mañanas.

—¡Señora Lope! Yo tampoco esperaba encontrarla aquí. Tengo turno doble. Estos días de Pascua son una locura, hay mucho trabajo. Estoy ayudando a Spiridula, la camarera de las tardes.

—¿Qué traes aquí? ¡Qué portento! —Andreas empuja una mesa con unos cuencos de cerámica *new age* con *orektika*. Hay aceitunas griegas, queso feta espolvoreado con un poco de pimienta roja y unas gotas de aceite de oliva dorado y aromático. Hay pasas de distintas variedades, higos y otros frutos de los que abren el apetito. Junto a los platos, hay unas copas, unos vasos de cerámica y una jarra con limonada fresca recién exprimida.

—¿Todo bien, señora Lope?

—Sí, ella está en el baño. Gracias, Andreas.

—Si prefiere otra bebida, la señora Taylor tiene en la nevera de la *suite* refrescos y en la vinoteca, una gran variedad de licores y vinos.

La camarera de la planta asoma por la puerta de la entrada y habla con Andreas en griego. Es una mujer de cuarenta y tantos años, desgarbada y con unos kilos de más. Mira a la señora Lope con descaro, se pregunta qué hace allí.

—Spiridula, un nombre poco corriente —dice Violeta a modo de saludo.

La camarera se ríe silenciosamente con mofa y responde.

—No aquí en la isla, señora. Aquí todo son Spiros y Spiridulas. Es el santo patrón de la isla, ¿sabe usted, señora? Vaya usted a la plaza grande, la Espianada y grite allí mi nombre bien alto. Verá como acuden medio centenar de mujeres. —La mujer se ríe de su propio ingenio.

Spiridula tiene una forma de moverse nerviosa. Tiene cara de mala uva, pero parece ser algo coqueta, porque lleva un par de clips florales en el pelo algo infantiles y en su muñeca acarrea varios brazaletes muy juveniles con corazones y amuletos que tintinean con su quehacer frenético.

—Aquí, si uno no tiene un Spiros o una Spiridula en la familia, ¡*Ta ebapse!*⁷ Es el santo patrón, señora. ¡No sabe cuántos milagros ha hecho! Ahora, en Pascua, le sacarán de la iglesia, paseará por las calles con su ropa nueva. —La camarera se santigua—. Mi santo Spiridon, el único hombre bueno que ha habido en esta isla. Todos los demás hombres que pisan este suelo, ¡*skata!*⁸ —La mujer sabe que la extranjera no la entiende.

—¡Spiridula! —Andreas, que está detrás de la camarera, sí que lo entiende y mira hacia el techo pidiendo que baje el santo y se la lleve.

—Mi marido iba con otra, señora, y cada día lo tenía en casa y le daba de comer. Me ponía ojitos y me decía *agapi mu*⁹ esto, *agapi mu* aquello. Y un día pasó la puerta y no volvió. Me dejó sola y con tres hijos a los que alimentar.

—¡Deja a la señora tranquila, Spiridula! A ella no le interesa tu vida.

—Yo rezo, señora, rezo mucho y pongo velas a mi patrón para que conozca alguien que se enamore de mí, que me quiera y que no me

mienta, por Dios, que no me mienta.

—¿Desea que les sirva un poco de limonada, señora? —Andreas interrumpe para que Spiridula detenga la verborrea.

—Ya podríais ofrecerla a todos los clientes, Andreas.

—Esto no es cosa mía, señora, el señor Lazaro, el propietario, él es quien da las órdenes.

Andreas pone cara de que hay que aguantarse.

—Es fresquísima, señora. Los limones que usan para hacerla los traigo yo de mi pueblo. Son como patatas, grandes y gordos. Con mucha pulpa, tienen una corteza de dos centímetros. Los limoneros de mi familia son famosos.

—¡*Siga ta avga!*¹⁰ —grita la camarera.

Spiridula hace un movimiento con la mano cerca de la boca. Está diciendo sin palabras que Andreas es un charlatán. Ella no parece tener la intención de retirarse, coloca y recoloca los grandes cojines de algodón orgánico natural del sofá y las butacas.

—Cómo me gustaría a mí conocer a un hombre que me rondara todo el día. Que me mirara y hablara de mí, me dijera lo bonita que estoy hoy. —Spiridula sigue moviéndose por toda la *suite* haciéndose la indispensable.

«¡Y a quien no! Pero a su edad, Spiridula necesitará ciertamente la intervención del santo patrón de la isla».

Andreas sigue platicando sobre sus limones sin tener en cuenta lo que dice su compañera. Su uniforme de trabajo, camisa blanca y pantalón negro, tiene un no sé qué *retro*, de tiempo pasado. De vez en cuando se pasa la mano por la oscura mata de pelo como haría un político o un médico que da una conferencia sobre intervenciones a corazón abierto.

—Cada año vendemos toda la cosecha a un productor italiano de limoncello. ¿Conoce usted este licor? Aquí también se hace. Pero él nos paga mucho dinero por la cosecha. ¡Y no tienen limones en Italia! Pues sí, tienen. Pero él dice que los nuestros son los mejores. El secreto de su licor son nuestros limones.

—Uno de esos hombres que te lleva a bailar y te coge por la cintura con fuerza mientras te mira a los ojos —continúa Spiridula.

—Dígaselo a la señora Taylor. Dígale lo de los limones de mi familia. Explíqueselo, que lo sepa.

—Que huelga a perfume varonil y que lleve unos zapatos relucientes. «Parece que aquí está de moda hablar todos a la vez. Práctico, cuando la gente dice sandeces. Así no te aburres. Dos o tres gansadas dichas a la vez pueden ser una conversación interesante».

—¿Se lo dirá, señora Lope?

—Se lo diré, Andreas. —Los ojos afables del camarero parecen cobrar vida.

Violeta entiende por qué no se van, los dos quieren ver a la famosa actriz de Hollywood. Compartir con ella unos segundos al día les hace únicos. Casi como si el éxito y la fama fuera una sustancia viscosa que se pega por contacto.

El camarero no puede esconder que sueña con impresionar a la actriz de algún modo.

Spiridula deja de hablar para suspirar y detiene su trajín cuando está al lado de Violeta.

—¿Dónde está la señoritinga? —pregunta en voz baja y con retintín.

—Creo que está en el baño, duchándose.

La camarera deja el trajín y toma una actitud más relajada. Saca un paquete de cigarrillos del delantal que lleva.

—¡Spiridula, compórtate!

—¿Y por qué habría de hacerlo, con la miseria de sueldo que me da el señor Lazaro? Y te voy a decir más: este año la gobernanta nos quita las propinas. ¡Alguien debería pegar fuego a este sitio!

—¡Baja la voz, mujer!

—El año pasado me sacaba un sobresueldo con las propinas que me dejaban los clientes del hotel cuando se iban. ¡Pues este año no! Pasa antes por las habitaciones la *kóta*¹¹ estirada de la encargada y se queda con el dinero que encuentra. ¡No deja ni los céntimos de euro!

Está alterada, mueve su cuerpo orondo con nerviosismo, como si hiciera *break dance*. Llena los mofletes de aire y suelta un silbido como una olla a presión en plena ebullición. Acto seguido, abre la puerta de cristal que va a la terraza y se tumba en un gran diván acolchado que hay fuera. Enciende un pitillo y empieza a fumar.

La señora Lope disfruta con lo que está pasando. Ella también es una cliente del hotel, pero no despierta en Spiridula ningún temor. «Lo sé, siempre es así, nunca sabré si es por la edad o porque desprendo algún tipo de feromonas que hace que los demás piensen que soy una criatura inofensiva».

—¿Y está lejos tu pueblo, Andreas? —Violeta tiene al camarero a su lado.

—No. Está en el centro de la isla. En las laderas de una montaña. ¿Le gustaría ver los limoneros de mi familia, señora Lope?

—Sí. La verdad es que sí. —Toma otro sorbo. «Algo tan simple y tan asombroso».

—Quizá a la señora Taylor también le gustaría. ¿Se lo preguntará, señora Lope?

—Sí. Se lo preguntaré. —«¡Cómo son los hombres! Siempre con esta necesidad de impresionar cuando les fascina una mujer».

—¡Es que Jackeline Taylor es una diosa! No quiero parecer descortés, usted, señora, también lo es.

—Detente, detente. No continúes, que me caes bien y no vamos a estropear eso. —Los dos se ríen.

—No se arrepentirá. Ahora los árboles están llenos de fruta. Les gustará, se lo aseguro. —Cesa el ruido de la ducha y se oyen unos pasos en el dormitorio. Andreas mira hacia la terraza angustiado—. ¡Spiridula! Apaga el cigarrillo y entra.

Andreas está entusiasmado con la posibilidad de que vayan a ver sus árboles. Unas gotitas de sudor aparecen en su frente por la agitación interior. Se saca un pañuelo del bolsillo del pantalón y se lo pasa por la cara.

—Veo que tú eres de los míos. Que vas con pañuelos de algodón como antaño.

—Oh, sí. Es lo mejor.

—Bien, cualquier cosa que necesiten, llámenme. Y, por favor, háblele de los limoneros.

—Lo haré, lo haré, pero si no quiere venir, ¿me llevarás a mí a verlos? Aunque tenga más años y no sea una actriz de Hollywood.

—¡Señora, la duda ofende! Yo personalmente le enseñaré el huerto de la familia —Andreas se cuadra como un soldado y sale a la terraza a reprender a su compañera de trabajo que hace como que no lo oye. Spiridula se ríe de él y tira el cigarrillo por el balcón. Andreas se asoma para ver dónde ha caído. Intercambian algo en griego, él la llama *anéstiti*¹² y ella a él *malákas*.¹³

Saludan a Violeta y Andreas empuja a Spiridula hasta que logra sacarla de la *suite*. Los dos se retiran discutiendo.

La actriz del cine aparece enseguida, es como si hubiera esperado a que el personal del hotel se fuera para aparecer. Sin la ropa elegante y

la cara desmaquillada sigue pareciendo un ser de otro mundo, nunca será una mujer normal. Su belleza es extasiante.

Va a la mesa con los *orektika* y se sirve un poco de todo. La señora Lope le pregunta si desea limonada y le sirve un vaso. Le comenta lo de la excursión al centro de la isla para ver los limoneros. Ella no responde de inmediato.

Conmina a Violeta a que salga a la terraza y se sientan allí. Ella deja su plato en la mesa que hay fuera, pero se levanta de nuevo. Va hacia un mueble del vestíbulo de la *suite* y saca de él unos papeles. Después vuelve a la terraza y deja los papeles sobre la mesa, delante de Violeta.

—Juzga tú misma si tengo motivo suficiente para estar preocupada.

—Toma asiento y mira hacia el mar con la mirada perdida.

Violeta coge uno de los papeles, son escuetas notas escritas a mano. Lee el que acaba de desdoblar:

ERES UNA RAMERA DESALMADA. TODO EL MUNDO TE ODIA.

A Violeta se le revuelve el estómago. Las escasas palabras garabateadas en el mensaje no pueden ser más desapacibles.

Lee otra nota que hay sobre la mesa; hay por lo menos diez.

TE AHOGARÉ CON MIS PROPIAS MANOS, PUTA SIN CORAZÓN.

—Ya entiendo. Y las has encontrado debajo de la puerta.

—Sí. Cada día un mensaje distinto, pero igual de macabro.

Violeta echa un vistazo a las demás. «Todas son horribles».

—¿Por qué no has hablado de esto con nadie?

—Porque, como te dije en el parque, todo es más complicado.

Ella la mira con sus ojos de ardilla. «Me inquieta esta mujer, guarda demasiados secretos, no entiendo cómo la gente puede vivir así».

—¿Tú quién crees que te ha escrito estas notas?

—No lo sé. Mucha gente me odia. —Jackeline se levanta abruptamente y se apoya en la barandilla mirando el suave ir y venir de las olas y la costa continental griega al fondo—. Me gusta este lugar, estamos en el mar, pero aquí no hay horizonte, no hay preguntas sobre el más allá. Todo es tan tranquilo.

«No sé qué ve ella de tranquilo en todo esto, si yo estuviera en su lugar ya habría ido a la policía». Abre otro de los mensajes y lee:

TE VOY A DEJAR SIN AIRE. MUERE, BRUJA.

—¡Canastos! Esto es asqueroso:

TE PERSEGUIRÉ ADONDE QUIERA QUE VAYAS, FURCIA.

—Pero ¿quién está tan enfermo como para escribir estas cosas? Creo que necesito algo más fuerte que la limonada.

Jackeline entra en busca de la botella de ouzo que tiene guardada en la nevera.

Vuelve con dos pequeños vasos y sirve el licor.

—Este es el último que he recibido. Ha sido esta mañana. Coge una de las notas y se la deja a Violeta entre las manos.

QUIERO QUE MUERAS, FULANA DEL CINE, VAS A PAGAR POR TODO.

Recuerda el desayuno y recuerda haber visto que la diva del cine estaba algo descompuesta. «No me extraña, después de encontrar algo así bajo la puerta».

—Yo en tu lugar iría a la policía.
—Pero ¿de qué va a servir? Estoy en un país extraño.
—Las notas son en inglés —observa Violeta.
—La policía sospechará de alguien del rodaje, de alguno de mis compañeros. Todo empeorará.
—También puede ser alguien de aquí, de la isla.
—No conozco a nadie aquí.
—¿Y en Garitsa? En la bahía, cuando te encontré estabas hablando con alguien.
—Eso no fue nada. Se confundió, ese chico se confundió.
—Si quieres que te ayude, deberías contarme la verdad. Deja la interpretación para el rodaje de mañana, querida.
La actriz mira a Violeta y duda. Aprieta los labios con fuerza. Ha aprendido a ser reservada, a esconderse en sus casas de California, Nueva York, Toronto. La diosa de la pantalla supera con creces a la actriz; la primera es una mujer que ha embrujado al mundo con su hermosura y la segunda es una niña perdida en una tragicomedia de adultos. Cede, está en las últimas, quizá resulte mejor sincerarse con un desconocido que con alguien próximo.
—Me cuesta decírtelo. No sabes cuánto. No lo sabe nadie. —Se muerde los labios con insistencia. Duda, pero al final se toma de un trago el licor de su vaso y lo suelta—: Ese chico con el que discutía es mi hijo.

⁷ ‘Mala cosa’; es como decir: ¡lo que te espera!

⁸ ‘Mierda’.

⁹ ‘Amor mío’.

¹⁰ ‘No será para tanto’. Expresión corfiota coloquial.

¹¹ ‘Gallina’.

¹² ‘Insensible’.

¹³ ‘Gilipollas’.

Capítulo 7

«Quién lo iba a decir, la gran estrella de Hollywood tiene un hijo secreto. Lo que me sorprende es que la prensa no se haya enterado todavía. Yo no les pondré al corriente, eso seguro. Tengo tanto respeto a ese tipo de periodistas como el que tienen ellos por los demás. Tengo muy reciente lo de Londres y los *paparazzi* cuando encontramos el cuerpo de Angelica. Ella sí era una periodista valiosa. Dejémoslo. Cuando pienso, siempre me pierdo. Me viene la idea de la muerte y me sale al mismo tiempo pensar en el amor, quizá es porque son fuerzas que en algún momento conectan. Vaya si necesitaba desahogarse, la gran Jackeline Taylor, arrepentida de poner su prometedor carrera de actriz por delante de su hijo y del hombre que amaba. Una mujer inteligente que se equivocó en lo esencial. Y ese hombre, el padre del chico, si entonces estudiaba para médico, y de eso hace quince años, aproximadamente, porque el chico tendrá más o menos esa edad, ahora estará trabajando y ejercerá su profesión. Un heleno-americano. Me pregunto cómo se sentirá él cada vez que ve una fotografía de ella o aparece en las pantallas de los cines, en la televisión, en internet».

«Ay, la frescura de la juventud. Se buscan los retos, los peligros y cuántas decisiones hay que tomar sin comprender de la misa la mitad. Que me lo digan a mí. Hacerse mayor es tener que escoger. Qué sangre fría, de todas formas, dejar a su bebé con la familia del padre en Detroit. ¿Dijo en Detroit? Sí, dijo en Detroit, y ella seguir con su trabajo lejos, en California. Y lo más difícil de todo:

esconderlo. Incluso olvidarlo, ¿es posible? No lo creo. Hay muchas familias de origen griego en la zona de los lagos. Tuve una vez unos clientes americanos en el hotel que eran de esa zona, se aprende mucho escuchando a los demás. Quizá ella pensaba visitar a su hijo en secreto, esperaba verlo crecer de alguna forma, saber de él. Pero le salió rana. Es una tragedia. La vida no permite muchos planes. Pobre mujer, cómo podía imaginarse que los abuelos del niño dejarían América sin avisarla. Detroit, la crisis del automóvil... Recuerdo las noticias en los periódicos. Los abuelos griegos seguro que fueron de los primeros en coger jubilaciones anticipadas y volver a su país natal, a su casa de Corfú, con su hijo y su nieto. ¡Cuántos años y cuántos kilómetros de separación! Su hijo habrá crecido entre Estados Unidos y esta isla. Un chico de quince años. Una edad difícil para él, llena de contradicciones, impresiones fuertes. Apostaría algo a que el padre y los abuelos le han escondido la identidad de su madre durante este tiempo. Y si es así, qué conmoción habrá sido saber quién es su madre tan repentinamente. Que, por un lado, está bien que no se lo dijeran, ella le abandonó. Se centró en su carrera y nunca intentó buscar al chico. Aunque, por otro lado, está mal.

Hay un poco de desidia en esta historia, la estrella de cine se sumergió en su papel de diva y le resultó más cómodo olvidarse de que tenía un hijo. Pero el pasado siempre vuelve, vuelve cuando uno menos se lo espera. Una palabra en una conversación, un objeto que llama nuestra atención y ejerce de catalítico de sentimientos remotos. La realidad es que ahora su hijo ha crecido sin ella, sin su piel y su olor, sin una caricia y sin una sonrisa materna; sin una conversación íntima, sin ese apoyo incondicional que ofrece una madre. Y conocer ahora su existencia es cruel. Siempre es mejor la verdad, pero en este caso... Es muy cruel. La gran Jackeline Taylor, admirada y venerada

por millones de personas, renunció a quererle. Repudiado, olvidado por su madre, así es como debe sentirse ese chaval ahora. Es atroz, porque la verá hasta en la sopa, nunca conseguirá alejarse lo suficiente. Oirá como todo el mundo la admira, en los cines, la televisión, la prensa. Cómo apaciguara el odio y la rabia que debe de sentir, es un adolescente. Ayer en Garitsa apuntaba con el dedo a su madre de una manera tan amenazante. Cómo no iba a llorar ella, debe matarla el remordimiento. Quizá fue su primer encuentro. Y ahora, encima, los anónimos. ¿Qué hijo de mala madre escribe ese espanto de amenazas?».

—Hoy está muy pensativa, señora Lope. —Larissa y ella van a pie hacia el sitio de la excavación.

—No me hagas caso. Cierro la boca para no coger flato. Tengo las piernas más largas que tú, pero también tengo más años.

Se cruzan con tres personas que caminan en la misma dirección que ellas. Todos llevan bonitos ramos de flores en los brazos. Lavanda recién cortada y unas rosas vivificantes pasan junto a ellas bajo el brazo de un joven. Violeta aspira la fragancia con infinito placer.

—La gente lleva flores.

—Las flores, sí, claro. Es que al lado de donde excavamos hay un cementerio. El antiguo templo de Medusa está allí, bueno, estaba allí, en un montículo. Unos metros más abajo hay una de las entradas al cementerio. No falla: donde hay muertos hay historias ancestrales de vivos.

—Mire. —Alarga el brazo y señala—. Estamos a punto de llegar.

Por fin podrá ver la excavación. Violeta siente una tremenda curiosidad. Han desayunado juntas y se ha autoinvitado deseosa de ver el gran agujero del que habla continuamente la arqueóloga. Le

cuesta imaginárselo. «¿Será como una torre de Babel invertida metiéndose en la penumbra del subsuelo?».

Larissa oye las voces de Duke y de Stella. Discuten sobre quién debe quedarse arriba para inventariar lo que encuentren. No puede verlos todavía, primero tienen que rodear la fachada de la casa en forma de herradura. Para acceder al jardín el equipo debe recorrer su raro perímetro. Larissa les ha prohibido entrar en la vivienda.

—¡Venga, señora Lope, dese prisa! —La arqueóloga la apremia. Siempre es abrupta con los demás, su trabajo es lo único que realmente cuenta para ella.

La dama de los Pirineos sonrío, le gusta su dureza, le imprime carácter. Vislumbra ante ella un gazebo con gruesas cortinas de tela que protegen el interior de la vista de los curiosos y más allá hay un procat¹⁴ de pequeñas dimensiones que les sirve de almacén provisional. Todo situado a pocos metros del jardín de la extraña casa que acaban de rodear.

—Ya estoy aquí, chicos. Ya estoy aquí, ¿qué sucede?

—¿Te puedes creer, jefa, que hoy todos quieren ir abajo? Le toca a Stella quedarse aquí arriba, pero insiste en bajar al agujero con los demás. —Duke está furioso porque no le dejan hacer su trabajo.

—¡Tienes que imponerte! Tú estás al cargo cuando yo no estoy. ¡Saca pecho, chaval! —Larissa saca el suyo.

La señora Lope les deja discutiendo y avanza hasta el centro del jardín. Los arqueólogos han colocado una serie de tablas de madera que forman un viaducto por donde pasar sin pisar el barro. La zona es muy húmeda y huele a algas podridas. Violeta mira a lo lejos y puede ver el mar detrás de los matorrales.

Oye voces apagadas que le llegan con eco. Advierte la punta de dos escalerillas de aluminio y una polea con un cubo lleno de tierra

sujeto a ella que se balancea suavemente.

—Pero ¿dónde está el encargado del cubo? ¡Por todos los malditos ladrones de tumbas del mundo, se va a caer!

Es Johnny quien grita desde el fondo del agujero. Violeta se acerca a la pequeña grúa y recoge el cubo ella misma. Pesa mucho y su cuerpo de caña se balancea en el vacío. Aterrorizada mira hacia abajo. A dos pasos tiene más de seis metros de precipicio, un túnel vertical de pared pelada y adoquinada, sin escaleras, sin nada donde agarrarse. En lo más profundo del pozo hay luces de focos que iluminan al equipo de arqueólogos. La sensación es de vértigo, de miedo, de oscuridad. El olor al asomarse es insoportable, una mezcla de podredumbre con sudor.

Violeta atrapa el cubo lleno de arena del mar y lo vacía en un túmulo que hay a un metro del gran círculo. Apesta.

Los de abajo ni se dan cuenta de que ella ha colgado el cubo de la cadena otra vez y tira para que baje ya vacío.

—Veo que ha encontrado el círculo. Tenga cuidado, por favor. — Larissa la coge del brazo y la empuja hacia atrás—. Más que nada porque hay tanta burocracia en este país que me pasaría meses rellenando papeles si le pasara algo. —Larissa le guiña el ojo a Duke.

—¿Qué le parece, señora?

—Quiero bajar.

—¡Caray, con usted! —A Larissa le gusta su osadía, pero mira a la mujer de los Pirineos y tiene miedo. Delante de ella tiene a una mujer que le parece ya vieja—. Ni pensarlo, es peligroso, podría caerse al bajar por la escalerilla.

—Le podríamos poner un arnés. —Para el joven ayudante, la mujer no es vieja, solo algo mayor que su jefa.

—Bien. Duke es el mejor asistente, encuentra soluciones a todo. — Incluso soluciones que hacen la vida más difícil a la arqueóloga. Larissa mira al chico, importunada.

—Jefa, es solo una idea.

Panagiotis, uno de los arqueólogos griegos, sale del agujero. No es todavía mediodía, pero está sudado. La camiseta que lleva está empapada.

—Mira, jefa. —Abre una bolsa y saca varios huesos de pequeño tamaño—. ¿De gato, de perro, de pollo?

—Los habéis registrado y hecho las fotos de localización supongo.

—¡Claro!

Larissa abre la bolsa y coge uno. Lo mira unos segundos nada más.

—¡Cuánto tienes que aprender! Esto no es un hueso de animal doméstico. ¡Esto es un metacarpo, un hueso humano! ¿Dónde lo has encontrado?

—Excavando en el acceso. Hemos bajado el nivel aproximadamente un metro.

La señora Lope mira hacia abajo y descubre con sus ojos de ardilla las estacas de hierro de las que le ha hablado la arqueóloga. Es un anillo de clavos gigantes, tal como ella se lo describió. Da miedo; una palabra viene a la mente de Violeta: «Tortura».

—¿Qué son esos hierros? —Pero no hay respuesta.

—¡Eh, los de abajo! ¿Habéis oído? ¡El hueso es humano!

Se produce un estruendo de exclamaciones. Los que están en el fondo del agujero hablan entre ellos exaltados.

—¡Hay más! ¡Hay más huesos! —Steve acaba de toparse con algo.

Abajo están todos en cuclillas y desde arriba no pueden ver qué sucede.

Se oye una palabrota malsonante que proviene del pozo.

—¡Es un cráneo! ¡Jefa, he encontrado un cráneo humano! —Johnny no se lo cree.

—¡Bajemos!

Salen a la superficie gritos y palabrotas malsonantes que hacen reír a Stella.

—¿Así bajamos todos? —pregunta el asistente.

—¡Todos no! Señora Lope, usted se queda aquí.

Hay un gran revuelo entre el equipo. Larissa se apresura a descender, detrás de ella van Duke y la historiadora griega. Violeta casi no los oye. La han dejado sola arriba. La potente voz de Larissa dando instrucciones a todos desde la escalera es inconfundible, pero las palabras de los miembros del equipo que están abajo le llegan distorsionadas.

«Mejor me voy a dar una vuelta. Ahora tienen huesos... He venido en mal momento. Los dejaré trabajar un poco a ver qué pescan».

Los saluda y decide dar una vuelta por los alrededores. «Ya volveré más tarde».

Sale del jardín pisando fuerte sobre las tablas de madera. Después rodea la casa y coge el camino que la ha llevado hasta allí. Enseguida se tropieza con un joven corfiota de muy buen ver que trae un ramo de flores multicolor y le sigue. Al hombre no parece importarle, aunque murmura algo sobre los *xenus*¹⁵. Los dos avanzan hacia un gran muro de piedra donde hay una única abertura con un portón propio de un castillo. Lo cruzan y ante ellos se muestra bello y siniestro el cementerio de la isla de Corfú. El lugar es un baluarte de la condición humana. No hay ni un solo nicho. Son todo tumbas cavadas en la tierra, cómodas y solemnes. Es un cementerio vivo. Al pie de las lápidas hay flores frescas, es como un gran jardín botánico, tropical y veraniego. Junto a los epitafios de las sepulturas hay

objetos que probablemente pertenecieron a sus ocupantes, como siempre ha sido, como en épocas antepasadas, fueran o no reyes. Son costumbres ancestrales que los pueblos de verdad no pierden. Los pueblos de verdad no olvidan a sus muertos. Para los pueblos de verdad no hay excusas, se acuerdan de sus muertos y viven con ellos.

La señora Lope mira a su alrededor. Hay tanta gente visitando a sus seres queridos. Algunos de pie, otros sentados en las tumbas tomando un café *frappé*, pasando el rato como si estuvieran en una terraza de la Espianada o en el jardín de su casa. Hablan con sus difuntos, amigos, amantes, hijos, padres. «Diría uno al pasar que los que habitan aquí tienen su corazón latiendo a destajo, es como si hubieran vencido a la muerte». Hay una pulcritud y un cuidado infinito de todos los enterramientos. Violeta pasa al lado de una señora sentada sobre el sepulcro de alguien que murió muy joven. La mujer está fumando y tiene junto a ella un cenicero lleno de colillas. Mientras el pitillo se tambalea entre sus labios, limpia un jarrón donde pondrá las flores frescas que ha traído. Habla con el muerto entretenida en otro mundo. Levanta la voz y suelta un taco, se ríe. La dama de los Pirineos mira a su alrededor. Nadie parece sobresaltarse lo más mínimo al ver a la mujer hablar sola. «Pero claro, es que no habla sola, habla con alguien, y lo cierto es que hablar con la gente que quieres es lo más normal del mundo. Este cementerio es un lugar en el que estar, en el que venir a pasar la tarde, es un buen sitio para quedar con alguien que ya no está, pero que sigue estando. Aquí no cabe el miedo, ni lo mórbido, aquí no existe el *thriller* simplón». La señora Lope camina despacio para no perderse detalle hasta que llega al centro del *necrotafio*. Es un cruce perfecto de cuatro caminos, una cruz. Hay unos bancos de piedra y decide sentarse en uno de ellos. Mira hacia el cielo porque hace un sol espléndido y no hay ni

una nube que enturbie el azul. Observa las tumbas más cercanas y se entretiene con los colores de las flores colocadas en jarrones o en simples tarros de cristal. El contenedor da igual, lo esencial es que estén alimentadas para que duren más. Hay que evitar a toda costa lo efímero. La brisa mueve los pétalos y los tallos de las más jóvenes. Hasta ella llega el aroma de freesias silvestres y ella aspira con fuerza. Es un vergel cromático: crisantemos, claveles, gardenias, peonías y rosas, cómo no. Ramos de flores silvestres muy bellos, acompañados de una ramita de olivo, de laurel o de unas briznas que recuerdan el verde de los bosques de la isla. Las flores están en todas partes, colocadas de una manera feliz.

«Cuántas generaciones, cuántos miles de años recordando a nuestros muertos y ahora, en cambio, las personas tienen solo un día en el calendario anual para acordarse de ellos, y ni eso. Los que viven en burbujas urbanas no hacen ni eso. Cuántas cosas que se han dejado en el camino. Los conozco y de cerca, vienen al hotel en busca de algo que han perdido y no saben bien qué caray es. He tenido tiempo de conocerlos. Son de los que suelen decir que en el cementerio solo hay huesos. Son los indivisos, los que llevan vidas horizontales, saltando de una cosa a la otra como conejos. Han olvidado a sus muertos y sus símbolos, perdieron de vista a los portadores de recuerdos y fabricantes de emociones. Son mustios y grises por dentro y por fuera».

Mientras divaga por los distintos tiempos del presente, pasa por delante de ella un caballero muy bien vestido con traje y corbata que se acerca y le dice algo en griego.

—No sé qué me dice. Lo siento, no puedo ayudarle, no hablo su lengua. —Violeta le sonrío y gesticula para hacerse entender. Le

ofrece una sonrisa y el caballero hace lo mismo. Pero el hombre no se da por vencido.

— *¿Apo pu isaste?*¹⁶ —pregunta.

—No soy corfiota. Soy de fuera. —La señora Lope sabe lo que pregunta por el gesto de la mano de él que viene a decir: ¿Y tú, de dónde sales?

Hay un silencio largo. El hombre no se mueve, sigue delante de ella, parece aspirar el olor a freesias que hay en el aire.

— *Io sonno* Tasos Piperaki. —Ahora intenta hablarle en italiano. Y la saluda con un gesto que haría alguien que llevara sombrero.

—Violeta Lope, encantada. —Violeta se levanta y le estrecha la mano.

— *Kaziste, kaziste. Den zelo na sas enojliso*¹⁷ —Gentilmente la coge del brazo y la empuja hacia atrás para que se siente de nuevo en el banco. El hombre no pierde la sonrisa.

— *¿Isaste Anglida? ¿English?*¹⁸

—No, no. Soy de los Pirineos, España.

La respuesta le coge desprevenido y pone una cara de sorpresa que hace reír a Violeta. «No tendrán muchos turistas españoles que visiten cementerios de la isla. Seguro que el resto solo pisan tiendas y restaurantes».

—¿Hay ingleses aquí en el cementerio?

— *UuuuH ne ne poli!*¹⁹ —El hombre la entiende y le señala uno de los cuadrantes del cementerio—. *Zelete na sas sinodepsa?*²⁰ —Le hace un movimiento con la mano indicándole que espere y se pone a pensar rápidamente—. *You, with me?*

Violeta le entiende perfectamente y se levanta del banco prontamente. Tasos sigue hablando en griego mientras avanza por el sendero central con la señora española al lado.

Ella lo mira de reojo con sus ojos inquietos. Es apuesto, alto, con unas canas blancas que recorren su oscuro pelo. «Me pregunto a quién vendrá a visitar, ¿su madre? ¿un amigo? ¿una esposa? ¿una amiga...?».

—Usted, ¿a quién viene a visitar: *mother, wife...*? —Él la entiende enseguida.

—No, no. *Ego erjome na do filus pu pezanan... fili,²¹ amicci.* —Hace un gesto con la mano para decir que ya hace mucho que murieron. Se saca un blog de notas del bolsillo y lo abre para enseñárselo a la extranjera. Allí tiene una lista de nombres con la fecha de nacimiento y la fecha de fallecimiento de cada uno de ellos. Tasos sonrío como si fuera lo más normal del mundo llevar encima un registro de los amigos fallecidos.

Detrás de ella oye un murmullo, se da la vuelta y ve a un joven sentado en una lápida y que habla con alguien invisible. Es el mismo joven que encontró por el camino y que la condujo hasta aquí. Tiene en la mano una cerveza y habla con una joven que habita aquí y que formará siempre parte de su vida. A Violeta le resulta muy extraño ver a tanta gente hablando sola. «Pero es que no hablan solos, hablan con sus muertos». No se atreve a seguir mirando, es una conversación entre amantes.

Tasos lleva un traje anticuado, pero impecable. Mira la cara de incredulidad que tiene la mujer que acaba de conocer. Le explica en varias lenguas mezcladas entre sí que los corfiotas tienen fama de locos en el resto de Grecia. Utiliza la palabra *vulismeni*.²²

Llegan a un cruce; son dos caminos que atraviesan el cementerio perpendicularmente y lo fraccionan en cuatro espacios. Ella se vuelve y mira el recinto amurallado, ahora visible. Es una cuadrícula perfecta y cada una de las fracciones parece pertenecer a una época

distinta de la historia. Así se lo explica el corfiota con muchos detalles que no puede asimilar. Uno de los cuartos de tierra contiene las tumbas más antiguas y opulentas. Penetran en un pequeño sendero que hay entre las lápidas de este cuadrante. Advierte caracteres latinos en alguna de las lápidas. Detiene el paso delante de una de ellas.

—*Na. Ena angliko tafo.*²³

Es de una familia inglesa que murió aquí en 1854, diez años antes de que la isla dejara de pertenecer al Reino Unido. Es la primera tumba que encuentra sin flores. ¿Quién se ha olvidado de sus muertos? «Los de aquí abajo sí que son solo huesos. Supongo que uno muere de verdad cuando ya no queda nadie que le recuerde. Todo lo demás es mentira». Tasos hace señas a un hombre mayor que lleva unas tijeras de podar en la mano. El jardinero va encantado al encuentro de un conocido y una dama desconocida. Le preguntan por la tumba. El señor saca un trapo sucio del mono que lleva y limpia la parte del nombre. Sabe de sobra el apellido de la familia, pero quiere enseñarlo a la visitante. Le explica medio en inglés, medio en español que allí descansa una estirpe de comerciantes venidos de ultramar. «Sin flores, solo huesos. Como los de los arqueólogos, aunque esos están metidos en un agujero siniestro que huele fatal». Se le despierta la curiosidad ¿Habrán encontrado algo más? Da las gracias a los dos caballeros y se despide mientras se encamina hacia la salida del cementerio. Unos minutos más tarde llega al sitio arqueológico, en el preciso instante en que Larissa sube por una de las escalerillas de aluminio con una pequeña diadema de oro decorada con delicadas hojas de laurel entrelazadas entre sí. Está muy sucia, pero es evidente el valor que tiene. La arqueóloga pone rápidamente al día a la mujer española. Está muy excitada y no habla

con cordura; los hallazgos, las voces en su cabeza que reinician el eco del pasado. Desde que han encontrado los primeros restos humanos oye la voz del niño que le grita insistentemente: «BOIZISEMAS». Está envuelta en un laberinto de vestigios, tiene que calmarse y reflexionar.

En el gran agujero junto al templo de Medusa, han hallado huesos humanos. Muchos, y pertenecen a distintos cuerpos. Esqueletos humanos incompletos, rotos. Todos los miembros del equipo están sobrecogidos por lo significativo del hallazgo. Entre la incongruente masa ósea han descubierto unos pendientes, dos anillos, una cadena de oro y la frágil diadema que lleva Larissa Fox en la mano. Hay un arrebató general de alegría. En un solo día han avanzado más que en todas las semanas pasadas en la isla. Les espera una larga jornada de trabajo a la que seguirán varias más para desenterrar el amasijo de huesos humanos que hay allí abajo.

Con todo, la hipótesis de trabajo se ha vuelto más siniestra. Los miembros del equipo han subido a la superficie y se ha formado un corro en torno a los huesos y las joyas que descansan ahora sobre una mesa de trabajo bajo el gran gazebo.

—¿Qué diablos empujó a esas personas a meterse allí abajo? — Johnny está confuso por los recientes hallazgos.

—Quizá fueron estimulados por alguna droga, lo que hablábamos el otro día —opina Lindsay—. Quizá formaba parte de algún ritual religioso.

—O quizá estaban muertos antes de que les echaran abajo. Y estamos ante una fosa común.

—Esto queda descartado —dice Larissa con contundencia—. Llegaron ahí abajo vestidos y con joyas. Esto no es una fosa común. Esta edificación tiene una justificación más compleja. Y recordad una

cosa: su conexión con el mar. —Larissa señala en dirección a las marismas.

—A final tendré razón yo cuando dije que esto era una piscina — bromea Panagiotis.

—Un baño muy macabro, con muertos en el fondo. No lo creo.

—Insisto: esto podría ser alguna ceremonia religiosa de iniciación.

—Pero esas personas perdieron la vida ahí dentro.

—Quizá algo fue mal.

—Es posible que estos huesos pertenezcan a los sacerdotes del templo de Medusa. —Los arqueólogos ponen sus incisivos ojos sobre los huesos y los contemplan en silencio—. El historiador dice que condenaron a la muerte a todos los sacerdotes del templo.

—Puestos a recordar al historiador, también dijo que Medusa acabó con ellos y todos sabemos que eso es imposible. —Duke añade cordura y los saca de su ensimismamiento.

De repente Larissa Fox oye la súplica de ayuda del niño: «BOIZISEMAS». Se agarra a la mesa con fuerza. Es tan clara su voz, es como si estuviera allí con ellos.

—Me está entrando un escalofrío —dice Lindsay.

—¿Lo has oído? —le pregunta la arqueóloga, aterrada.

—¿El qué? —Mira a su jefa interrogativamente. No ha oído nada—. Lo único que digo es que esta gente no se metió en el agujero por voluntad propia.

—Miradlo al revés —tercia Johnny con perspicacia—. Y si no se metieron en el agujero; y si nadie les empujó, y si fue a la inversa: algo salió a la superficie y les arrastró al fondo.

—Medusa. —Violeta está en trance.

—Señora Lope, el mito es el mito, las gorgonas eran tres criaturas fantásticas que nunca existieron. —Larissa está nerviosa; sigue la voz

infantil gritando con desesperación «BOIZISEMAS».

Todos se miran.

—Pues qué... —Stella toca con la mano la bonita diadema de oro—. No creo que esto lo llevara en el pelo ningún sacerdote. Es tan pequeña, parece de una niña.

—No sé. Hay que seguir excavando delante de la abertura hasta que lleguemos al fondo. Estamos cerca. ¿Cuánto más grande puede ser ese acceso? Llegad hasta el fondo. Primero vamos a ver qué más encontramos ahí abajo.

—¿Alguien tiene miedo? —Larissa bromea con ellos—. ¿Alguien quiere tomarse el día libre mañana?

—¡Ni que me estuviera muriendo de una insolación dejaría de venir mañana! —Duke habla por todos.

—¡Quiero discreción! No vamos a decir nada sobre lo que hemos encontrado. Que no corra la voz. Primero, porque no tenemos vigilancia nocturna y no queremos que se sepa nada sobre estos objetos. Y segundo, porque encontrar huesos humanos lo cambia todo. Y usted, señora Lope...

—Por mí no os preocupéis: soy una tumba. «Hoy todo va de tumbas».

—Habrá que celebrarlo, ¿no, jefa? —Brad bailotea feliz. Hay risas entre las chicas del equipo.

La arqueóloga no dice nada, evita responder.

—Larissa, lo de la fiesta que organizan los del cine... —apunta Violeta, aunque sabe que la importuna.

La jefa de los arqueólogos le echa una mirada iracunda. Larissa no quiere que sus chicos se desconcentren, no quiere distracciones, pero esa señora entrometida ya ha soltado lo de la fiesta.

—Lo celebraremos —consiente Larissa, que ya no puede parar este momento de euforia—. Mañana en mi hotel. Un grupo de actores que se aloja allí ha organizado una cena y vosotros estáis todos invitados.

¹⁴ Módulo prefabricado.

¹⁵ 'Extranjeros'.

¹⁶ '¿De dónde es usted?'.

¹⁷ 'Siéntese, siéntese, no quiero molestarla'.

¹⁸ '¿Es usted inglesa?'.

¹⁹ 'Sí, sí, muchos'.

²⁰ '¿Quiere que la acompañe?'.

²¹ 'Yo vengo a ver a amigos que murieron'.

²² 'Locos blasfemos'.

²³ 'Aquí tiene una tumba inglesa'.

Capítulo 8

El trabajo en el sitio arqueológico es ahora una obsesión. El equipo de Oxford quiere llegar al fondo del averno. Siguen metidos en el maloliente agujero de donde van sacando huesos humanos y posesiones de los desgraciados que perdieron la vida allí. Han encontrado dos esqueletos completos de adultos y objetos que seguramente llevaban los infelices cuando les encontró la muerte. Algunos empiezan a usar el adjetivo «maldito» para referirse al sitio y de maldito a maldición hay muy poco.

Entretanto, la Semana Santa se ha instalado en la isla y en estos lares se celebra más incluso que las navidades. La cena festiva que paga la productora filmográfica es esta noche, todos tienen ganas de diversión, incluso los jefes. Ellos han justificado el gasto como su manera de tener contento al personal.

La comida es en un salón contiguo a la terraza del hotel. La dirección no se ha opuesto a pagar unos cubiertos de más para el variopinto grupo de invitados de Becky y Scott. El descubrimiento de una fosa circular con huesos humanos ha convertido a los discípulos de la arqueóloga en seres interesantes. Son los testigos de algo especial. Este hecho les da una pátina de héroes del momento que su jefa no puede anular por mucho que lo desee. La noticia del hallazgo ya no es un secreto. Ha corrido la voz. Larissa culpa a la curiosa señora de los Pirineos, aunque la pobre Violeta lleva toda la mañana desmintiendo que fuera ella. La cuestión es que los actores, los cámaras, los guionistas e incluso los productores de la serie se

sienten completamente atraídos por este misterio en torno al enorme agujero junto al templo de la antigua Grecia.

La gran estrella de Hollywood se ha unido a la cena de sus compañeros. En vez de enroscarse en sus propios problemas se esfuerza en preservar su imagen pública y actuar. Se ha sentado al lado de Becky y Panagiotis, el arqueólogo griego. El chico parece incómodo con la gran estrella de cine al lado. En cambio, la joven actriz y organizadora de la fiesta está encantada. Les explica una escena que han rodado por la mañana donde Scott simulaba navegar en un velero, pero el viento le ha dificultado su trabajo y ha terminado en el agua. A todos les gusta meterse con él porque es casi una criatura perfecta.

—¡Eres un bobo de mar!

—Tú siempre tan ocurrente, querida. —El actor simula disgusto—. Ahora déjame en paz. —Él y el camarero del hotel, Andreas, están jugando una partida de ajedrez en unas sillas contiguas. La cena todavía no ha empezado. Andreas no está sentado, él va y viene. Le basta una ojeada rápida al tablero para mover su caballo y matar a la reina del joven actor. Exhala satisfacción porque este juego para él es una adicción. Se pasa la mano por su oscura cabellera y desaparece en la cocina hasta la próxima jugada. Andreas es discípulo de un campeón del mundo del ajedrez, un corfiota matemático amigo suyo que le ha enseñado a ser rápido en sus movimientos. El camarero pasa al lado de la mesa, examina la posición de las piezas y hace su movimiento sin ser visto por su jefe.

Spiridula también anda por el comedor haciéndose la indispensable. Está poniendo los platos de los entrantes en la mesa, comida típica de los días anteriores al Domingo de Pascua. Hay pulpo, calamares, gambas y mejillones entre tazones de salsa *satziki*,

bandejas de empanadas, de *saganaki*, de queso feta con hierbas salvajes y una gran variedad de *pickles* que ponen un toque de color sobre el mantel. Todo tiene muy buen aspecto, excepto unos envoltorios hechos con hojas marchitas de higuera y rellenos de arroz de los que la señora Lope va a pasar de largo. Está sentada con Larissa tomando una copa de vino blanco.

Es fácil identificar quién es quién en esta cena por su forma de acicalarse. Los actores cuidan su atuendo y han acudido al banquete de etiqueta. Los del grupo arqueológico se han puesto ropa limpia, pero siguen con sus camisetas y pantalones cortos. Stella ha hecho un esfuerzo y se ha puesto un vestido. Lindsay también. Corrió la voz entre las chicas de que uno de los actores era Scott Lynn. Por supuesto, las dos han visto sus películas y han tenido sueños tórridos con él. Aunque por ahora sigue con su partida sin hacer demasiado caso a los demás. Ellas esperan pacientes su turno para charlar con él y pedirle un selfi. Larissa mira irritada a las dos chicas de su grupo que solo están pendientes del galán de cine.

—Es todo culpa suya, señora Lope —dice Larissa airada—. ¿Cómo se le ocurrió decirles lo de la cena de los actores?

La señora Lope mira a Larissa, desconcertada.

—Pensé que son jóvenes y que les gustaría conocer a otros jóvenes.

—Déjese de bobadas. Los míos son científicos y, en cambio, todo esto... —Larissa señala a la gente del comedor del hotel como si fueran una panda de feriantes—. Todo esto les va a desconcentrar.

—Esto es comida y música. Nada más. ¿Qué hay de malo en ello?

Larissa ni se había dado cuenta de que, efectivamente, hay un fondo musical muy griego.

—Y bebida. No lo olvidemos.

—Poca, de bebida hay poca, que paga la productora. —Becky las oye y se levanta para charlar con ellas. Da unos saltos al ritmo de la música, divertida—. Además, dicen que cierran el grifo. Que el Domingo de Pascua, si queremos celebrar la fiesta como lo hacen los griegos, tendremos que pagarlo de nuestro bolsillo.

—Spiridula dice que se come cordero el domingo y el lunes. Lo asan entero. ¿Sabéis que aquí hay mucha gente que sigue haciendo *nistia* hasta el domingo?

—¿Qué es eso?

—Ayuno.

—Pues dilo en inglés y así nos enteramos todos. —Larissa pica unas aceitunas y mira a la joven actriz de reojo.

—Es que estoy intentando recordar mi griego. De pequeña pasaba los veranos aquí en Grecia. Entiendo casi todo, pero no lo hablo, eso es otra cosa.

—Stella, ven aquí. Oye, ¿tú haces *nistia*? —le pregunta Duke. El joven asistente está de pie junto a ellas. Él también ha hecho un esfuerzo al vestirse y lleva pantalón largo y un polo abrochado hasta arriba. Se recoge su largo flequillo rubio hacia un lado para poder ver la respuesta de la guapa griega.

—Qué va, pero Panagiotis creo que sí. Eh, Panagiotis, ¿cuántos días llevas sin comer carne? —Stella se queda donde está, hablando con los peces gordos de la serie.

—Casi cuarenta días.

—Es una idiotez. No come carne, pero se hincha de dulces y de calamares.

—El poder de la costumbre.

—El poder de la distorsión.

—Nada que ver con la religión. Nada de nada.

—*Parapiptondos*.²⁴ ¿Qué hay de nuevo en el agujero? —Becky insiste en el uso de palabras griegas.

—Hoy hemos encontrado huesos de una joven o niña y dos hombres más. Junto a los huesos de una de las manos había un brazalete de oro. Ya llevamos diez esqueletos completos. —A Duke le gusta informar a los demás. Lo dice con orgullo, es la cuenta de resultados de su equipo.

—Otro brazalete, no aparece nada que sea religioso —apunta la señora Lope—, un brazalete es una joya muy personal.

—Puede estar segura de que ese lugar era parte del templo de Medusa —la interrumpe Larissa—. Está hecho con la misma piedra que el templo y en todas las alhajas encontradas figuran serpientes. Aunque tiene usted razón: necesito una prueba, algo que relacione el templo con el Ojo.

—¿El Ojo?

—Sí. Johnny, el americano, ha puesto nombre a nuestro agujero: el Ojo de Medusa. Eh, Johnny, ven.

—¿Y habéis tocado fondo o seguís bajando?

—Seguimos bajando. —Larissa se ensimisma. Su trabajo es su vida. El hallazgo de todos esos esqueletos humanos la ha dejado sin sueño estos últimos días.

Johnny se acerca con una cerveza en la mano y una holgada camisa hawaiana. Su compatriota Steve está en el paraíso bailando en una esquina del salón con las dos chicas inglesas encargadas del vestuario y maquillaje de la serie. Bailan al ritmo de la música griega actual. Steve las acompaña con unos pasos de *country*. Panagiotis se levanta y se apunta al baile, porque no está nada cómodo sentado al lado de una leyenda viva de Hollywood.

—Hablamos del Ojo de Medusa.

—Saludos a todos. A ver, a usted la conozco, señora, vino a vernos a la excavación. Pero a ti no te visto antes, ¿eres una de las actrices? — Johnny tantea a Becky, la ha visto sonreír mientras se acercaba al grupo. Su madre siempre le decía: «Si una mujer te sonríe, ya es tuya».

—Sí, soy Becky Turner. Y tú, ¿quién eres?

—Johnny. —Se miran e inician un examen de física el uno del otro. Se sonríen. Parece que los dos han pasado y con nota.

—¿Te traigo algo para beber, Becky Turner? —Ella asiente y los dos se alejan hacia la mesa donde Spiridula sirve licores y bebidas.

Hacer la cena en el salón en vez de fuera en la terraza ha sido una decisión de última hora. Durante la tarde se ha levantado viento y el parte meteorológico, según el dueño del hotel, es desfavorable. Fuera solo se distinguen las farolas con luces violetas que dibujan un reguero de mohíno resplandor a lo largo de la bahía de Garitsa. Al fondo, lejana y fiel a la celebración, brilla una enorme cruz cristiana iluminada por miles de bombillas. Está situada frente al mar, en la cima de la antigua fortaleza veneciana, construida aprovechando un peñasco natural elevado que desde tiempos remotos desafiaba las olas.

Fuera todo es muy solemne y litúrgico, misterioso. Prepara el espíritu para lo que se avecina. La dama de los Pirineos siente un extraño temor. «Son estas luces moradas, me hacen mirar hacia dentro, rebuscar en el alma». Advierte que, de pie, a su lado está el señor Lazaro admirando a Jackeline Taylor.

—Allá voy —se dice. El propietario del hotel se moja los labios y se abre camino hasta donde está sentada la actriz.

—Señora, sería un placer para mí que el domingo asista a la comida especial que organizamos aquí cada año. Es un evento importante,

mucho más que el Año Nuevo —le asegura el hombre—. El restaurante tiene ya todas las mesas reservadas.

—Le agradezco que haya contado conmigo.

—Asistirán políticos, médicos quirúrgicos y jueces. —El hombre gesticula y despliega con sus cortos brazos todo su poder de persuasión. Tiene que arrancar un sí a la gran estrella del cine. Para él sería una ocasión única tener una mujer como ella en una fecha tan señalada como la Pascua, sería un hito que recordaría toda su vida.

Jackeline está acostumbrada a los halagos, pero es una mujer vanidosa y nunca tiene suficiente. Adora que la agasajen.

—¿Eso es un sí, señora? ¿Asistirá usted?

—Por supuesto.

—¡Gracias, señora, gracias, mil gracias!

El propietario del Belview adopta una actitud más sosegada después del «sí, quiero» y se atreve a mencionar una de las primeras películas que hizo la actriz de Hollywood: *Vote for love*.

—Hacia usted de sufragista, era una aristócrata inglesa luchando por el voto femenino. —Le recuerda una escena amorosa donde besa por primera vez a un joven político laborista de origen muy distinto al suyo—. Es gracioso ver cómo el empresario de poca estatura y siempre atareado en su trabajo se deshace contando detalles sobre el filme—. ¿Se acuerda usted de la escena, señora?

Escuchándolo, ella se pierde entre los recuerdos de su propia vida, instantes de placer y felicidad, momentos de separación y dolor. La señora Lope la observa y se da cuenta de que un velo de aflicción se apodera de su rostro. «Está pensando en su hijo, cuando era un bebé. El pasado es como una piedra arrojadiza que vuelve para golpearte cuando menos te lo esperas».

Sin tiempo para seguir cavilando, Spiridula se acerca al director y le interrumpe. La camarera trae un regalo del tamaño de una caja de zapatos. Este la riñe en griego por la falta de tacto de la trabajadora.

—Señor, el chico que lo ha traído ha dicho que era urgente —le dice en griego.

—¿A ver, criatura, qué es esto?

—Es para la actriz. —A Spiridula le molesta la estrella de América. Es celosa y esa mujer es demasiado perfecta para ser real. Cada vez que está cerca de ella se siente como una vaca vieja.

El director impreca a la camarera por sus modales y ella se disculpa, aunque al darle la espalda dice un par de palabrotas entre dientes. El regalo está muy bien envuelto y el director sigue hablando de la escena como si nada mientras entrega el envío a la clienta. —Jackeline da por supuesto que es un obsequio del dueño del hotel para agradecerle su asistencia a la comida del domingo. Se pone de pie y, sin más demora, rompe el papel que envuelve la caja. Algunos curiosos se acercan y forman un corro alrededor de ella. Dentro encuentra un cofre de madera. Hay un candado sin llave que lo mantiene cerrado. Ella coge el objeto con las manos y nota que en la base está pegada la llave. Arranca el adhesivo que la sostiene y pone la llave en el candado. Se abre sin problemas con un clic seco y preciso. Saca el cerrojo de la arandela metálica y en el mismo instante en que levanta la tapa del cofre sale de su boca un aullido de terror: la caja está llena de mariposas muertas.

Al oír el grito todo el salón se sume en el silencio. Dentro del cofre hay decenas de bellas mariposas de todos los colores, pero todas muertas. Lentamente, lo deja en la mesa con sumo cuidado a pesar de que está temblando incontroladamente. El señor Lazaro está horrorizado.

—Pero ¿de dónde diablos ha salido esto?

La señora Lope se apresura a ir a su lado para ver qué sucede. Echa un vistazo al interior de la caja.

—¿Quién te la ha dado? —Quiere interrogar a Spiridula, pero ya no está en el salón.

El propietario del hotel llama a la camarera a gritos, pero nada. Seguramente se ha escabullido para fumar un cigarrillo, como hace siempre. Todos se acercan y ven las mariposas muertas.

—Esto es repugnante.

—¿Estás bien, Jackeline?

—Siéntate, por Dios, te traeré una copa. —Scott busca el vino en la mesa.

El señor Lazaro desaparece gritando el nombre de la empleada, que no aparece por ningún sitio.

—¡Algo se mueve dentro de la caja!

Todos los actores y la mayoría del resto del equipo de filmación se alejan de donde está el pequeño baúl. Su instinto les dice que hay que escapar. En cambio, los arqueólogos se quedan mirando la caja, ellos quieren saber qué se mueve debajo de todos esos insectos muertos.

Los cuerpos inertes siguen moviéndose dentro de la caja, hay algo que se desliza debajo de ellos. De repente, una mariposa viva de grandes alas rojas, blancas y negras, sale del fondo y empieza a volar frenéticamente en el salón, liberada del peso de todos esos cadáveres.

Hay un estallido de gritos de miedo e improperios en varios idiomas.

La señora Lope sigue el vuelo de la mariposa viva como hacen los demás. Mira incrédula la caja de madera.

—Es un ataúd lleno de cadáveres. —Se le escapa el pensamiento en voz alta.

—Otro Ojo de Medusa —dice Larissa, que no parece afectada.

«Sí, pero una de las mariposas estaba encerrada viva con todas las muertas». Violeta es la única que relaciona la caja con las notas que ha recibido la actriz desde que está en la isla. La americana sigue temblando, pero se ha sentado y con sus manos de porcelana se agarra a la mesa. Siente dentro de ella la sacudida del miedo. Es el pánico que se apodera de su cuerpo. No puede levantarse, sus piernas no le responden. No puede ni alzarse para abandonar la fiesta y refugiarse en su *suite*.

—¿Hay alguna nota? —pregunta la señora Lope.

—No.

—Esto es obra de un acosador. —Becky le pone nombre.

—Mucho me temo que tienes razón. —«Ya no hay duda».

La señora Lope no dirá nada de lo que sabe sobre ella, pero la perversión que hay en este último mensaje es preocupante. «Ya no son solo palabras sobre un papel. Alguien quiere romper lo que ya es de por sí frágil. Este cofre es una seria amenaza de muerte».

Los responsables del rodaje intentan calmar a la estrella de la serie. Están alarmados por lo ocurrido y preocupados al mismo tiempo por las consecuencias del incidente.

—Hay que hacer público lo de las cartas que has recibido y buscar ayuda. —Violeta coge de la mano a Jackeline y la obliga a que se concentre en sus ojos.

—¿Qué cartas? —exclama el señor Lazaro.

—La señora Taylor ha recibido varias notas amenazantes desde que está aquí. Y ahora, esto.

El propietario del hotel se lleva las manos a la cabeza mientras suelta improperios en griego y gesticula abruptamente.

—¡Hay que llevarla a su *suite*! —grita.

Los actores miran a la diva con ojos de compasión, quizá porque no sabían nada, quizá porque se dan cuenta de que hay una mujer de carne y hueso tras esa divina apariencia.

—Tienen que llamar a la policía. —La señora Lope intercambia unas palabras con los responsables de la serie.

Larissa coge la caja sin temor y la examina como si fuera una pieza recién encontrada en un sitio arqueológico. Pasa el dedo entre los insectos muertos por si hubiera algo más en el fondo. Duke está a su lado.

—Será difícil saber quién ha hecho esto —dice el asistente.

—Es de madera de olivo. La caja —puntualiza Johnny.

—Estas cajas están por todas partes en las tiendas del centro. Cualquiera puede haberla comprado —dice Becky. Ella también ha adquirido una.

—Joder, pero quien ha hecho esto habrá tenido que cazar todas estas mariposas y habrá tenido que matarlas después. A mí me parece mucho más jodido esto. —Es Steve haciendo su propio análisis.

—Es espantoso. —Stella mira la caja desde lejos, sin tocarla—. ¿A qué mente enferma se le ocurre algo así?

Jackeline sigue sentada en el salón sin decir palabra. Dos lágrimas caen por sus mejillas; sus piernas siguen sin responder y no puede levantarse. Toda ella es carne trémula. Está sufriendo un ataque de nervios. Scott se quita la chaqueta de su traje y se la ofrece porque sigue temblando. La coloca en sus hombros encogidos por el pánico y tira de sus manos para que se levante y puedan llevársela. Violeta le

ofrece palabras reconfortantes, al igual que Becky y los demás miembros de la serie. Entre todos consiguen que vaya hasta el ascensor y Andreas recibe órdenes de subirle unas hierbas corfiotas que son mejores que cualquier calmante. El señor Lazaro sigue echando pestes por la boca, porque no hay manera de localizar a Spiridula.

La mariposa viva sigue revoloteando por el salón. No encuentra el modo de salir de allí. Su vuelo es silencioso, pero incomoda a todos los presentes. Finalmente, Duke abre la puerta que da a la terraza para que el insecto escape. Fuera es todo oscuridad, un telón negro roto solo por las farolas de luz púrpura que auguran la Pascua corfiota. El chico se queda mirando cómo el insecto se pierde entre las mohíνας luces violetas de las farolas que hay frente a la terraza. Allí, entre dos de las farolas, sentado frente al mar y mirando el salón con absoluta calma, hay una figura oscura. Está fumando un cigarrillo y Duke solo puede ver el movimiento de la parte incandescente del pitillo. La figura es una silueta negra inmóvil, indolente, a pesar de lo que acaba de presenciar en el hotel.

—¡Ahí fuera hay alguien!

La señora Lope es la primera que acude. Le ha pasado por la cabeza que «alguien que prepara algo así quiere ser testigo del terror que causa». Pero cuando llega a las puertas que dan al exterior, la misteriosa figura ya ha levantado el vuelo.

—¿Vamos a comer o no? —Panagiotis siente lo que ha pasado, pero está hambriento—. Seguro que vosotros también lo pensáis y no decís nada —reprende a sus compañeros arqueólogos.

—A mí todo esto me da muy mala espina. ¿Tú qué opinas, Scott?

—Lo que has dicho tú antes, un acosador.

—Una jodida broma de mal gusto. ¿Acosador? Aquí en la isla no hay de estas cosas.

—Uno de mis parientes es policía. ¿Queréis que le llame? — Panagiotis es de Atenas, como Stella, pero estos días se aloja con unos primos suyos aquí en Corfú para no gastar dinero.

Larissa y la señora Lope le animan a que lo haga. El señor Lazaro vuelve al salón después de dejar a la diva en su *suite*. Ordena a Andreas que sirva una copa de *tsiburo*²⁵ a todos los presentes para calmar los nervios.

Violeta ve que el camarero se sirve también un chupito de aguardiente. La dama de la Pirineos reflexiona mientras contempla el reguero de luz púrpura de las farolas que va hacia el centro de ciudad en medio de la oscuridad más profunda. Está ensimismada en su propio mundo. Le ha venido a la mente Nhug Galamus, el amigo y vecino que participa en las tertulias que organiza en su hotel cada sábado por la tarde. «Tengo que hablar con él. Nhug es policía, algo habrá leído sobre los acosadores». Violeta mira su reloj de pulsera. «No es demasiado tarde, le llamaré ahora. Le he dicho a esta mujer que la ayudaría y lo haré. Necesito un poco de intimidad, aunque, bien pensado, aquí nadie me entenderá cuando hable con Nhug».

Al final todos empiezan a comer, con más o menos hambre, pero se sientan a la mesa. Excepto Violeta, que va en busca de un teléfono.

—¡Spiridula!, ¿desde dónde puedo hacer una llamada? —La dama de los Pirineos la ve entrando por la puerta principal del hotel.

—Desde su móvil, señora, ¡o es que no tiene móvil! —La camarera saca el suyo de última generación del delantal y se lo enseña.

—El señor Lazaro te busca. Ándate con cuidado, porque te va a echar una bronca. ¿De dónde salió el paquete que trajiste para la señora Taylor?

La camarera la mira apática apurando el cigarrillo y sin responder.

—¿Y usted, por qué pregunta? ¿De dónde? ¿De dónde? Me lo dieron en la entrada. Un chavalín.

Está tan pancha, como si nada hubiera pasado. Alguien abre la puerta del hotel y el aire fresco de la noche penetra en el vestíbulo. Fuera sopla el viento y se puede oír el murmullo de las olas embravecidas.

—No, no tengo teléfono.

Spiridula murmura algo en griego y le hace señas para que se acerque a ella y coja su teléfono.

—Tome, llame, llame desde el mío. Y después váyase, que necesito el aparato.

—A ver, si me lo dejas, yo te pagaré la llamada. Será un momento.

—Violeta saca su bloc de notas. Mientras lo hace observa que en la pantalla del móvil la camarera ha dejado a medias un mensaje amoroso. No puede entenderlo, pero lleva un emoticono muy gráfico.

—Por cierto, Spiridula, ¿acaso has visto a alguien cuando estabas fuera fumándote el cigarrillo?

La camarera la mira con suspicacia.

—¡Llame, venga, ¿no se lo estoy dando? Usted llame. Yo no he visto a nadie.

Spiridula vuelve a decir dos palabrotas en su lengua. Una de ellas es *kutsobóla*.²⁶ «Seguro que significa “cotilla” en griego».

La señora Lope se apresura a hacer una llamada a su hotel en las montañas. Responde Pablo, el recepcionista, se saludan y él le informa escuetamente de cómo van las cosas por el pueblo; después ella le pide que llame a Nhug y le comunique que necesita hablar con él.

—Te enviaré al hotel un correo esta misma noche y se lo reenvías a él cuando sepas su dirección. Esta misma noche. Es urgente.

²⁴ 'Por cierto'.

²⁵ 'Aguardiente'.

²⁶ 'Cotilla'.

Capítulo 9

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
dos días antes de la fiesta de Boötis Alfa*

Está oscureciendo en la isla. De las casas y tiendas cuelgan lámparas de aceite que iluminan levemente las fachadas, dándoles un tono fantasmagórico. Una brisa fresca baja de las montañas hasta las vías centrales de la ciudad y calma el calor que ha llegado repentinamente. En la taberna de Fímio, justo enfrente del templo de Medusa, un comerciante extranjero explica a los nativos que las altas temperaturas son debidas al aire caliente que viene del otro lado del mar, vientos cargados de polvo, que les dice que es arena del desierto. Los habituales de la tasca se ríen de él a gusto. Después lo ignoran y siguen charlando de las desventuras del día. Leonidas, un ceramista que, además, es el gracioso de turno, intercala un chiste subido de tono y Alkinós, el pescador, cuenta chismes caldeando todavía más el ambiente. El tabernero se regodea en llenar los vasos de todos ellos con un buen vino de la casa.

Fuera, en la calle, hay mujeres en corros platicando sobre los hijos y los suegros, rodeadas de niños y niñas que juegan con caballitos de madera y muñecos de cerámica. Oréstis también está por allí, camina en dirección al templo y las saluda. Las conoce, la mayoría visita el naos sagrado cada semana y dejan ofrendas de flores a la gorgona para obtener sus favores y protección.

—*Kalispera*²⁷, Oréstis. ¿Dónde vas tan cargado, muchacho? —Es Milétos desde la entrada de la taberna. Pregunta porque el joven sacerdote lleva a la espalda un enorme fajo de ramas de laurel recién cortadas. Desprenden un aroma muy penetrante.

—Son para el templo. Y tú, ¿ya tienes el horno a punto?

—Ahora voy, ahora voy. —El panadero suele trabajar toda la noche para tener algo que vender al día siguiente bien temprano.

—El laurel es para una ceremonia que prepara nuestro hierofante.

—¡Eres un buen chico, Oréstis! Que los dioses te bendigan. Te dejo, te dejo. —Dice que le deja, pero no se va ni deja de mirarle.

Oréstis sigue caminando bajo el peso de todas esas ramas. No quiere parar porque si lo hace le costará marchar de nuevo.

—Oréstis, ...Na su po...²⁸ —Es el panadero.

Ahora sí que se va a detener. Deja caer el atado de laurel al suelo y se toma un respiro. Milétos lo coge y lo acerca a la entrada de la taberna para estar algo más lejos del templo. Las puertas de la tasca están abiertas y Oréstis ve que Fímio tiene a esta hora una buena clientela.

—Quería preguntarte, ¿os ha hablado el hierofante de las desapariciones?

Oréstis lo mira y se encoge de hombros.

—No.

—Bueno, algunas familias de la ciudad, gente pudiente, de buena cuna, ya sabes, han perdido a algún miembro de su familia en las últimas semanas. Y te digo perdido, lo digo bien, exactamente esto: los han perdido, no saben dónde están, si siguen vivos o han muerto, se han esfumado. Y corren rumores, Oréstis, se dice que los desaparecidos, todos ellos, visitaron el templo de Medusa antes de que se desvanecieran de la faz de la tierra. Sabemos que algunos

parientes se han pasado por el templo y han hablado con el hierofante, pero no han sacado nada en claro. Vuestro gran sacerdote dice que todos abandonaron el edificio por su propio pie y que no puede decir más.

—Esta mañana he visto a la mujer de Hippodámos. No sabía que había otros casos. Pero os aseguro que en el templo no sabemos nada.

—Esto ha traído complicaciones. Para todos. —continúa Leonidas, el alfarero—. Los veleros de estas familias no han embarcado y la mercancía sigue en los almacenes. Muchos ciudadanos van a perder lo poco que tienen.

—Y hay otro infortunio que añadir a esto. La cofradía de pescadores está alarmada, las barcas vuelven vacías, con muy poca cosa. —Fímio lo sabe bien porque tienen muchos clientes pescadores.

—Aquí la mayoría vivimos del mar, ya lo sabes, Oréstis —añade Alkinós.

—Sí, sí, lo sé. —No puede decir nada, pero el joven sacerdote teme que el hierofante haya importunado a los dioses con sus últimos ceremoniales a Medusa sin ser luna llena. Baja la vista, porque le incomoda hablar de este tema. Están en la calle a pocos metros del templo. Al mirar hacia el imponente edificio sus ojos tropiezan con Laértis. El niño está sentado en las escaleras enfrascado en su nuevo oficio de artesano tallador. El sacerdote se pregunta si habrá comido durante el día. Mira dentro de la taberna y ve al padre enfrascado en sus problemas.

—Es tarde, Milétos, debo irme. Hablaré con Prokrustis, el servidor de nuestro hierofante. Le transmitiré vuestra inquietud.

Oréstis carga con el laurel de nuevo y cruza la calle. En ese momento pasa por delante de Laértis una niña de la misma edad que

él. Se nota que se conocen. Ella le saluda con naturalidad y le sonrío sin parar. La pequeña se queda de pie ante el niño admirando su trabajo. Es bonita y delgada, de movimiento pacífico y mirada dulce.

Oréstis prosigue su camino y sube las escaleras del templo. Hoy se ha entretenido más de la cuenta. Mira la poca luz del cielo y sabe que es tarde. Saluda al niño bajo el peso del laurel, sin detenerse. La niña que tiene a su lado le saluda sonriente y, coqueta, lleva su larga melena dorada hacia atrás, fuera de su radiante cara, con la ayuda de una bonita diadema de oro. El sacerdote pasa por debajo de las columnas dóricas del peristilo lateral para no ser visto. No quiere encontrarse con Efialtis o con su esbirro. Él no es de Delfos, como ellos. Él y el resto de los sacerdotes que se ocupan del templo vienen de las islas. Son distintos. El espíritu es distinto.

Se apresura hasta llegar a la parte de atrás del templo y despacio se acerca la recinto de madera donde se celebra el rito. Hay un único acceso con una pesada puerta de madera que lo cierra herméticamente. No ve a nadie. Deja el laurel en el suelo. Quizá tenga suerte y el criado todavía no haya vuelto. Oréstis sabe que se ausentó ayer con el caballo, esto significa que salió de la ciudad y hoy no lo ha visto en todo el día. Tal vez él también haya perdido la noción del tiempo.

—Si estuviera abierta podría entrar y dejar el laurel sin más complicaciones.

Oréstis empuja el pomo de metal forjado en forma de serpiente con la cabeza y la cola pegadas al panel.

—¿Dónde te habías metido? —Demasiado tarde. El criado del gran sacerdote está dentro, allí de pie, a oscuras. Le ha dado un susto de muerte. Se le han puesto los pelos de punta.

—Lo siento, Prokrustis. —Oréstis lo mira, el servidor del hierofante tiene una sonrisa burlona en los labios y esos ojos pequeños y negros de murciélago clavados en él. Seguro que buscaba asustarle, seguro que ahora se siente superior al irrisorio oficiante que tiene delante y se regodea en ello.

Oréstis mira el recinto desde la puerta, es un espacio claustrofóbico porque el suelo es un gran círculo de agua alrededor del cual solo hay dos pies de piedra por donde andar. Una de las labores de Oréstis en la preparación del rito consiste en colocar las ramas de laurel por toda la línea empedrada que hay en el perímetro del agua. Hay tan poco espacio que Prokrustis tiene que salir para que él pueda entrar y hacer su trabajo.

—¡Nuestro hierofante ya está con el elegido en el templo! —le reprende desde la puerta, chillando.

—Siento haberme retrasado. Allí, en el bosque, he perdido la noción del tiempo. —El sacerdote pone cuidadosamente el laurel en el poco suelo que hay en la habitación. Ni el intenso aroma de la planta acaba con un extraño hedor que hay allí concentrado.

—Antes no olía tan mal aquí dentro, ¿no crees, Prokrustis?

El criado del hierofante olfatea, pero no dice nada.

—Es el agua. Se puede oler incluso desde fuera. —Oréstis echa un vistazo a la gran masa de líquido del agujero. Allí dentro, sin luz natural, sin una lámpara de aceite, solo con el poco resplandor de la última luz del día que entra por la puerta, ese agujero es como una pesadilla. Vuelve a su quehacer de colocar el laurel, pero, de repente, el agua tiembla tras él, algo se ha movido ahí dentro. Una sacudida lo ha desquiciado.

—¿Lo has oído, Prokrustis? —El joven sacerdote se da la vuelta, el agua le parece más oscura y hedionda.

—Déjate de bobadas. Tú y yo sabemos que ahí no hay nada. Date prisa, tenemos que ir a preparar los efluvios.

Oréstis siente que el otro sacerdote está más nervioso últimamente y le habla con displicencia, como si le culpara de algún contratiempo. Cuando le ha encontrado antes a oscuras en la estancia le ha parecido que estaba buscando algo.

—¿Qué hacías antes aquí dentro a oscuras?

—¡No es cosa tuya! Apresúrate. —El criado del gran sacerdote buscaba respuestas. Ha habido cinco desapariciones, cinco personas que él encerró en este lugar por la noche y que por la mañana ya no estaban. No entiende nada, no puede confiar en nadie.

—¿Lo has oído ahora? ¿Lo oíste? —De nuevo el agua tiembla, Oréstis se da la vuelta y señala el agujero. Tiene una punta de la túnica en el agua y la recoge con la mano porque se está empapando. Otra vez le ha parecido sentir algún tipo de movimiento en el agua.

—Si ya has terminado, sal, vamos a encender el fuego. —Esta vez incluso a Prokrustis le ha parecido ver temblar el agua. Pero sabe que ahí no hay nada y recela del joven mequetrefe que le ayuda con la preparación de la ceremonia para el elegido.

Los dos salen y Prokrustis cierra la puerta con llave. Se dirigen a la parte trasera de la estancia, la que da a las marismas y desde donde se ve el mar. El lugar es inhabitable e inhabitado. Ellos inician los preparativos, que siempre son los mismos. Oréstis es el encargado de encender el fuego de un hornillo sobre el cual coloca un recipiente cerrado que contiene unas plantas especialmente seleccionadas y cultivadas por Pérsida en el norte de la isla. Únicamente Prokrustis y el hierofante conocen su origen y saben de los efectos alucinógenos que producen sus vapores. Ellos mismos preparaban esa mezcla en Delfos años atrás para el famoso templo de Apolo. Los vapores

producidos son cuidadosamente trasladados con un tubo de caña hasta el pequeño orificio que hay en una de las paredes de madera de la estancia. Allí dentro se acumulan los vapores hasta que la saturación insufla imágenes ilusorias en el hombre o mujer que pasa la noche allí dentro.

El elegido ve representaciones y recibe mensajes irreales de Medusa. Viene ya sugestionado, el hierofante les prepara previamente en el templo, en un ceremonial realizado en la nave central. El sumo sacerdote les convence de que esa noche verán a la gorgona de los augurios. Es un gran encantamiento, una atracción de miedo, un horror controlado con la recompensa de saber el porvenir.

—Tú quédate aquí con el fuego, como siempre. Yo voy al templo a recoger al elegido y lo traeré hasta la estancia. ¿Dónde has dejado la lámpara?

—Esta aquí. Le he puesto aceite. Toma. —Le da una pequeña lámpara de cerámica con un animal marino en relieve.

Prokrustis desaparece y Oréstis se queda solo al cuidado del hornillo. Otra noche que pasará en vela. No puede quedarse dormido, tiene que avivar el fuego para mantener los vapores alucinógenos funcionando varias horas.

El hierofante se ha salido con la suya durante años. Se inventaron un *apo mijanís zeós*²⁹ que les ha funcionado a la perfección. Es una atracción de magia vil que se burla de las creencias de la gente, una afrenta a los dioses y a la gorgona. A él todo esto le da igual, no teme lo que no puede ver. Su artimaña le ha proporcionado mucha fortuna en metálico y eso es lo único que cuenta.

Sin embargo, algo ha fallado en su plan, desprevenidamente. Las últimas cinco víctimas de su ardid han desaparecido, entraron en la habitación por la noche y por la mañana no estaban. Como si el

agujero se los hubiera tragado. Efialtis, el respetado hierofante del templo, el gran cerebro e inventor de esta treta, siempre ha sido un hombre fuerte, de los que esconde las vilezas bajo actos públicos muy decentes, pero ahora teme lo inevitable: el inicio del final, el momento en que las víctimas de sus engaños se conviertan en su verdugo y acaben con él.

²⁷ 'Buenas tardes'.

²⁸ Es la manera griega de llamar la atención de alguien con quien deseas hablar. Literalmente quiere decir 'déjame decirte algo'.

²⁹ *Deus ex machina*.

Capítulo 10

Un día después de la cena con *Mariposas servidas crudas en cofre*, el hotel parece haber recuperado la calma habitual. «Esto es típico de los hoteles, siempre dando la imagen de “aquí no pasa nada”». Definitivamente, el Belview ha dejado atrás el angustioso incidente de la noche pasada. Todo el recinto hotelero ofrece su sosiego familiar y su confort sin límites. El lujo consiste en esto: estar al abrigo de cualquier elemento inquietante, estar rodeado de paz y seguridad, un lugar donde no falta nada, la necesidad no existe.

Afortunadamente, el sol sale para todos y no es necesario estar en un hotel de lujo para disfrutar del clima y la belleza de la isla. Los corfiotas son reiteradamente dichosos, porque aquí el buen tiempo abunda. Este es un lujo del que disfrutan todos, tanto los que visten con traje y se dejan ver por el aristocrático paseo del Listón³⁰ como los que comen solo pan y cebolla mirando al mar desde su pequeña viña. Todos tienen la misma sonrisa oriunda y genuina dibujada en el rostro cuando les saludas. «Por algo será».

Y hoy es uno de esos días espléndidos, no hay nubes en el horizonte y el cielo brilla impoluto bajo el astro solar. El viento de la noche anterior ha dejado de soplar y el tiempo es generoso con los organismos grandes y pequeños de los distintos ecosistemas griegos.

La señora Lope ya ha tomado su baño matinal y tras un fastuoso desayuno con Larissa ha decidido probar los tratamientos de belleza que ofrecen a los clientes del hotel. Se lo tomará con calma. Hoy no va a cansarse paseando, porque esta noche sale. Hoy es Jueves Santo

y ha convencido a la arqueóloga para que la acompañe a ver los rituales nocturnos de la celebración. Se quedará en el hotel a esperar los comentarios de Nhug Galamus sobre los acosadores. Los actores y el equipo de la serie ya están en el rodaje. Durante el desayuno, antes de que dejen el hotel, el comentario general iba sobre insectos, más concretamente sobre mariposas. Entre bromas y comentarios de más o menos humanidad, la estrella de Hollywood recibía la compasión de casi todos los miembros del equipo cinematográfico. Violeta ya había hablado con ella por la mañana temprano. Se pasó por la suite de la actriz para ofrecerle su apoyo y compañía.

—Mala cosa. Mal fario, señora. Cuando suceden estas cosas tan escabrosas... —«Parece que todo el mundo sabe lo ocurrido»—. Yo esta noche iré a rezar a la iglesia del santo patrón. —La masajista que la atiende es una joven muy sexi que se desplaza hasta el hotel cuando alguien pide un Morning Beauty Treat. La señora Lope está echada en una camilla con la cara hacia un lado y observa la graciosa vespa rosa de la masajista aparcada junto al bungalow donde se realizan los tratamientos *spa*.

—Te refieres al santo Spiros.

—Sí, señora, el de los milagros. ¡Fíjese usted que tiene más de quinientos años y se conserva! ¡Cómo se conserva el santo! ¡Si hasta lo sacan a pasear cada Pascua de lo bien que se mantiene el hombre! ¡Esto ya de por sí es un milagro! ¿No, señora?

—Visto así. Aunque quizá es que él también recibe tratamientos de belleza...

—¡Por favor, señora, no se burle! —La fisioterapeuta es muy joven, pero es religiosa, ortodoxa y practicante.

—No era esta mi intención. ¿Sabes si la señora Taylor sigue en su *suite*?

—Sí, señora. Me lo ha dicho Spiridula, que se encarga de su *suite*. Esa actriz debe de estar aterrorizada, pero ¿qué pedazo de bestia hace algo así? ¡Enviar insectos muertos! *Kakomira!*³¹ Yo rezo cada día para que pida un Morning Beauty Treat y pueda conocerla en persona. Qué miedo tendrá la mujer en el cuerpo sabiendo que alguien la persigue. Le vendría de perlas un masaje mío. Con lo bonita que es. Pero ¿quién será ese desgraciado?

—Yo me hago la misma pregunta. —La señora Lope empieza a ensimismarse y no quiere—. Dime una cosa, ¿sabes qué van a hacer hoy en la ciudad?

—Hoy empiezan las preparaciones de la Resurrección. Cuando la deje a usted iré a mi casa y prepararé un *brioche* típico de las fiestas y mis sobrinos pintarán los huevos de Pascua.

—Me han dicho que es como la Navidad para vosotros.

—¡Es más que la Navidad! —La masajista es muy expresiva y tiene un timbre de voz muy agudo—. Es la culminación de la Pasión y la gente deja flores al pie de la gran cruz que hay en la cima de la fortaleza, la que está frente al mar.

—Te refieres a esa enorme cruz que está iluminada por la noche.

—Sí, señora. Está dentro de los muros de la fortaleza veneciana. Supongo que ya habrá estado allí.

—No. Todavía no he visitado la fortaleza.

—¡Pues acérquese mañana! Suba hasta arriba, hasta donde está la cruz. Mañana estará cubierta de flores. Es el mejor día para subir hasta allí. Y no se pierda las vistas de la ciudad desde arriba. ¡O *po po*, qué vistas, señora!

—Me lo imagino. Desde este lado de la bahía puede verse la cruz iluminada por la noche, pero parece un poco lejos.

—Qué va. Tiene usted que ir. Antiguamente la ciudad estaba dentro de las murallas de esa fortaleza. Pero mucho tiempo atrás, ahora ha crecido, ahora es toda una capital.

—Habrá que hacer una visita. La cruz debe de ser muy grande. De cerca impresionará.

—Sí, señora. Se lo digo yo. Esta noche la fortaleza permanecerá abierta y todo el día de mañana también, para que la gente pueda subir hasta arriba y dejar flores. Aproveche ahora. El resto del año hay que pagar para entrar a verla. ¡Pagar! Fíjese dónde hemos llegado, es una vergüenza. ¡Pagar para entrar a nuestra fortaleza! Pero usted olvídense, esta noche y mañana es gratis. Verá las flores que dejan al pie de la Santa Cruz, ya verá qué bonito.

—¿Te gustan las flores?

—¡A mí y a todos, señora! Aquí hay tiendas de flores por doquier. Es el clima. Tenemos buen tiempo y todo crece con primor. Anímese y visítela. Todo el mundo lo hará. Spiridula me ha dicho que hoy tiene una cita amorosa justo allí, fíjese.

—¿Una cita amorosa?

—Sí, amorosa. Esta noche. Spiridula ha ligado. Esa mujer sigue siendo una chiquilla, siempre escuchando canciones de líos amorosos. Su vida es un bolero, señora. Que san Spiridonas me perdone, yo no soy chismosa. Es que me preocupo. Yo ya sé cómo va a acabar: se la llevará a la cama algún *alitis*³² y después la dejará tirada como una colilla y a llorar de nuevo. La veremos por los pasillos del hotel como alma en pena.

—Spiridula tiene un pretendiente. —«Que mal suena esta palabra: pretendiente».

—Sí. Una cita amorosa, le digo. ¿De qué otro tipo de cita puede tratarse, de noche y en la fortaleza? Ese sitio es muy grande; esas murallas esconden decenas de recovecos donde acurrucarse y dar rienda suelta a la lujuria. —La masajista se queda como atolondrada —. Por Dios, qué pensamientos y qué sofocos que me entran, ¡basta!
—La joven se santigua y pide perdón mirando al techo.

—No lo entiendo. Cada vez que la veo por el hotel la oigo murmurar descontenta, siempre está a la greña con los hombres.

—Ella es así. Se queja y se queja, pero toda su vida ha sido un ir y venir en manos de hombres que la han utilizado y después, la han dejado tirada. Eso sí, señora, ella dice que este es diferente a los demás; dice que este es muy galante.

—Espero que sea cierto. A ver si hay suerte. —Violeta vacila.

—Yo me alegraría por ella, la verdad es que es muy trabajadora, siempre moviéndose. La pobre se merece un hombre que la trate con cariño. Pero es difícil, Spiridula tiene un carácter... está un poco tocada por los nervios y la vida.

El tratamiento de belleza sigue adelante. Un par de veces Violeta se queda dormida y echa la siesta entre aplicaciones de cremas y mascarillas en la cara que le dejan el cutis como la piel del trasero de un bebé. Al terminar con todo el proceso de embellecimiento, la dama de los Pirineos se despide de la masajista y sale del bungalow en dirección a la recepción del hotel.

Al pasar por delante de un gran espejo, mira su reflejo decepcionada. «Soy la misma de siempre, ni una arruga más ni una

arruga menos, con los años que tengo y todavía me dejo enredar por la entelequia de la belleza. Qué tonta soy.»

—Sí, señora, hay un *e-mail* para usted, aquí está. —La recepcionista le imprime en un papel la nota de Nhug Galamus.

Ella da las gracias y se dispone a leer la nota sentada en una butaca del *hall*. El vecino de los Pirineos es breve, la forma de expresarse es casi telegráfica, muy policíaca. Nhug lo lleva en la sangre. En la nota que ha escrito dice que un acosador siempre es alguien que ha tenido contacto esporádico con la persona que asedia. Probablemente un encuentro breve y en el que el acosador se sintió herido por algo que hizo o dijo la persona a quien acecha.

La dama de los Pirineos cavila. «Si es un contacto tan esporádico, se podría descartar a todos los de su equipo de producción». Sigue leyendo el correo enviado desde su pueblo en las montañas.

Hay muchas formas de acoso. Puedes apabullar a alguien con bombones o flores. O puedes agasjarle con mensajes mórbidos y regalos de un carácter más siniestro. No voy a pedirle detalles, pero le aconsejo que contacte con la policía local si el acosador opta por lo segundo. Francamente, espero que no sea usted la víctima.

«Ya te figuras que no, Nhug, pero hay que actuar cuando ves a alguien en apuros». Cerca de la zona de recepción donde está sentada Violeta hay una multitud de pie alborotando. Casi todos son griegos que empiezan las vacaciones de Pascua y han reservado habitaciones en el hotel para los próximos cuatro días. Impacientes, hacen cola para recibir las llaves de sus dormitorios. «Qué forma de vestir tan distinta. Esto es otro mundo dentro de nuestro mundo. Sobre todo, las mujeres. ¿De dónde sale tanta vanidad? Parece que

todas aspiren a ser actrices. Quizá ya sepan hay una actriz de Hollywood alojada aquí».

Inesperadamente entra en el hotel Stefanos Asprudis, el gobernador de la isla. «Míralo, el político, otro que busca su ración diaria de notoriedad. Esta vez Larissa le deslumbrará con sus descubrimientos». El griego examina el *hall* como asegurándose de que no hay conocidos a los que saludar. A ella ni la ve, el bullicio que causan los grupos de clientes con sus maletas y papeles de las reservas puede con todo lo demás. No se detiene más que unos segundos y después va directamente al ascensor y desaparece tras las puertas automáticas. «Qué extraño, otra vez aquí. No creo que busque a Larissa. A esta hora está en el Ojo de Medusa. Estos políticos son iguales en todas partes, ¿por qué pueden ir de aquí para allí sin que nadie controle su trabajo? Deberían cumplir un horario como los demás. No dicen que la política hay que profesionalizarla, pues que empiecen por ahí. Aunque, por otro lado, vaya estupidez profesionalizar la política». La señora Lope fija la vista en el ascensor, imposible saber adónde va. «Los ascensores antiguos eran mejores, uno podía saber en qué piso se paraban».

Andreas aparece en el hall con una bandeja en la mano y va hacia ella al verla sentada en la butaca. «Tiene ese pelo tan mediterráneo, espeso y negro y siempre una sonrisa».

—Señora Lope, disculpe que la moleste. El comedor está a punto de cerrar, ¿ha comido usted?

Violeta mira su reloj de pulsera y se lleva la mano a la cabeza.

—¡Caray! Se me ha ido el santo al cielo. Da igual. Da igual, de veras.

—¿Quiere pasar y me encargo personalmente de prepararle un plato a su gusto?

—Déjalo, Andreas. Voy a ir a descansar un rato. Picaré algo por la tarde. Prefiero ir a echarme un rato, el masaje que me han hecho me ha dejado aplatanada.

El camarero la saluda y vuelve al comedor. Violeta se levanta y camina pensativa hacia su dormitorio, tiene la nota de Nhug en la cabeza. «Es alguien que ha tenido un encuentro esporádico con ella. La caja con las mariposas muertas fue un regalo repugnante, no tuvo ninguna gracia, demasiado fúnebre». Se asusta de sus propios pensamientos, de la fatal habilidad que tiene de sentir cerca la desgracia.

Bajo la influencia de lo sucedido la noche anterior y las palabras del policía cae en un profundo sueño cargado de enigmáticas imágenes de enamorados que enloquecen con el viento huracanado que sopló la noche anterior en la isla. El delirio se apodera de sus actos y sus palabras se revuelven entre la pasión y la mentira. Letras ensangrentadas zarandeadas formando notas anónimas donde se repite hasta la saciedad una palabra: «víctima».

La luz del sol se retira y cae la noche en la isla sin más consuelo que la música griega que se escapa por las rendijas de las ventanas de las casas y de los coches que circulan por las estrechas calles del barrio que queda a espaldas del hotel. Enfrente, la amplia bahía de Garitsa y el mar tranquilo están ahora a oscuras. Ya han encendido la iluminación artificial de las farolas, con su tono púrpura pascual. El mar ya es negro, ha caído la noche y las estrellas no tienen nada que hacer.

Desde el hotel se puede oír murmullo de gentío convocado en el centro de la ciudad. Empieza la Pascua griega. Miles de turistas atienden pacientemente el inicio de las procesiones con sus bandas municipales tocando melodías expectantes, precursoras de la

desgracia. Los cristianos recuerdan el día de la última cena, el día en que prendieron a Jesucristo en el Huerto de los Olivos. El día de la traición de Judas. Ella imagina entre sueños mucha gente en las calles, empujándose unos con otros para encontrar un sitio en primera línea. Los que no consiguen hacerse con un buen puesto alzan los móviles y filman lo que sea que sucede. Pocos son los que prestan atención a la bella pero infausta música premonitoria del Jueves Santo. Se imagina la Espianada, la plaza mayor de la isla llena a reborar. Ella descansa en la semipenumbra, entre las luces púrpura de las fiestas, al abrigo de las sombras de los árboles centenarios de la época napoleónica. Tiene a un lado la ciudad vieja, con los edificios venecianos en todo su esplendor reproducidos en las postales turísticas infinitamente. Al otro lado, está el mar, oscuro, rodeando la fortaleza militar, el baluarte amurallado de la isla, coronado por la gran cruz cristiana que durante estas fiestas brilla iluminada por miles de bombillas, una cruz que la persigue, que se pregunta qué significa.

«La cruz...». La señora Lope se despierta sobresaltada y mira su reloj de pulsera. Es tarde. ¡Ha quedado con Larissa para ir a las procesiones! Coge el abrigo y el bolso sin pasar por el baño y sale hacia el ascensor. En la recepción encuentra a la arqueóloga molesta y resoplando como un toro bravo.

—¡Ya era hora! Fue usted quien me convenció de ir a esta pijada y ahora me tiene aquí como un pasmarote media hora. —Sigue resoplando, pero más calmada.

Duke y Stella están con ella, pero no se atreven a hablar. Deciden coger un taxi hasta la gran plaza mayor. De camino, la señora Lope aprovecha para preguntar a los chicos si hay novedades en el Ojo de Medusa.

—Más huesos. Hemos desenterrado dos esqueletos más, pero no están completos. Y una cadena de bronce, que seguramente era el cinturón de uno de ellos.

—¿Habéis tocado fondo?

—Esa abertura en la base del agujero es muy grande. Todavía no hemos llegado al fondo. Demasiado grande.

«Larissa siempre está pensando en el trabajo. Una sola pregunta y ya está otra vez en la excavación conjeturando».

—¿Has visto al señor Asprudis esta mañana? Estaba en el hotel.

—No. Me buscará porque alguien le habrá ido con el cuento de que hemos encontrado algo.

—No, jefa. Imposible. El secreto está bien guardado.

Todos se ríen: lo imposible es creer que los descubrimientos en la excavación siguen siendo un secreto.

En pocos minutos recorren la bahía de Garitsa y llegan a la Espianada. El taxista les deja justo delante de la entrada de la gran fortaleza militar. Todos están impresionados por la iluminación morada de la plaza y el murmullo de la multitud. Desde donde están no distinguen a nadie, todo son figuras en la sombra amontonadas en la otra mitad de la plaza más cercana a los edificios venecianos.

Caminan despacio, algo abrumados porque se dan cuenta de que van a formar parte de algo superior. Algo les dice que el sitio donde están es mágico, es de esos lugares que recogen tiempos distintos de la historia con precisión. «Es un encaje perfecto. Solo en Londres he visto algo parecido».

Antes de dejar la fortaleza atrás, Violeta ha tenido tiempo de comprobar que, efectivamente, está abierta al público esta noche, tal como le comentó la masajista. Ha visto una pareja de jóvenes cruzando el puente movedizo que une la gran plaza con el peñasco

donde se asienta la fortificación. Abrazados han avanzado hacia el interior de las murallas y se han perdido en la oscuridad tras penetrar en esa única embocadura del edificio.

—Esto está más concurrido que Piccadilly. —Duke no esperaba una celebración de estas dimensiones.

Aceleran el paso, deseosos de llegar al otro lado de la plaza. Violeta puede sentir los latidos de su corazón. Ve el relieve de un león alado tallado en un muro de piedra. Una iluminación en claroscuro le da vida, es como si se moviera. Esta noche no parece veneciano, no es ningún símbolo de civilización y de nobleza, esta noche es un león salvaje, es una criatura mitológica de tiempos más remotos, tiempos de gorgonas y titanes.

—Me estoy agobiando un poco. ¡Cuánta gente! —se queja Larissa.

—Yo os lo dije. —Stella, como buena griega que es, les habló de lo concurridas que son las celebraciones de la Pascua en la isla—. No iréis a echaros atrás ahora, jefa.

—No. Ahora ya estoy aquí. —Duda de lo que dice, pero sigue adelante a paso ligero.

—Yo os estoy retrasando. Tú y los tuyos vais más deprisa. —Violeta también está agobiada con el gentío y no puede seguir a los demás.

—No hay prisa. —Stella se para en seco—. ¡Duke, desacelera! Hay muchas cofradías, vas a ver muchas bandas de música. —Larissa también para la marcha y se sitúa junto a la señora de los Pirineos.

—Estoy un poco aturdida, la verdad.

—¿Esa de allí no es Becky con uno de los tuyos, Larissa?

—¡Por todos los tesoros del planeta! Es Johnny Carter con una de las actrices —confirma Stella; le encantan los chismorreos.

—Qué callado que se lo tenía. El americano ha ligado. —Duke se ríe celoso.

—Ya sabía yo que iba a terminar así. Lo de la cena el otro día fue una absoluta estupidez. —Larissa se enfurruña.

—Qué va, jefa. Esa cena fue un bombazo. Todo menos una estupidez —exclama Duke.

—Mirad los tortolitos cómo caminan abrazados.

Los cuatro siguen con la mirada a la pareja y ven cómo la actriz y el americano avanzan hasta la entrada de la fortaleza y se pierden en la oscuridad.

—Diablos con Johnny. Se conocieron como quien dice ayer y míralos cómo andan ya de pegados.

—Es que la cena fue inolvidable.

—La última cena fue. No dejaré que se junten más.

—Jefa, no hay para tanto.

Larissa ni responde. Ella lo tiene claro.

—El amor no tiene barreras. Si Johnny y esa chica tenían que conocerse... —La señora Lope tiene ganas de pinchar a la arqueóloga.

Se pueden escuchar los primeros compases musicales de una banda local. Ellos reanudan su camino y cruzan la gran Espianada en dirección a la música.

A su espalda queda el fortín amurallado, sumido en la oscuridad más absoluta. Solo es visible la gran cruz que brilla en su cima. En medio de la tupida penumbra hay susurros y murmullos de parejas que hablan en la intimidad, todo es secreto y oscuro como la noche.

³⁰ Una zona de *promenade* con un toque parisino en el mágico e histórico centro de la ciudad de Corfú.

³¹ '¡Pobrecilla!'

³² 'Desvergonzado'.

Capítulo 11

—Cuéntame, Indiana Johnny, ¿has encontrado ya el santo grial?

Esta noche Becky está muy guapa, es su primera cita con él y quiere impresionar al americano. Lleva un vestido vaporoso de tela ligera, de ninfa juguetona.

—No. Solo calaveras, pero unas cuantas. —Él sonríe, la chica coquetea con él. Lo ha cogido del brazo porque tiene miedo de caerse.

—Me gustaría ver esas calaveras. Podrías hacerme una visita guiada.

—Cuando tú quieras, preciosa. Te enseñaré el antiguo templo de Medusa y su misterioso Ojo.

El arqueólogo es más alto que ella y uno de sus pasos son dos de la actriz.

—Desacelera, aventurero, mis pequeños pies no pueden seguirte. Estás en buena forma física. —Johnny sigue caminando con arranque.

—¿Soy demasiado rápido? —Se detiene y busca los ojos de ella, burlón.

—¿Adónde vamos?

—Arriba, hasta la cruz.

—No hay luces.

—Pero es lo que hace todo el mundo.

Es Jueves Santo, fiesta, la actriz esperaba una cena en un restaurante, buen vino y a Johnny mirándola desde el otro lado de la

mesa con lascivia.

—Pero es que aquí no hay luces.

—Mejor.

Se miran con deseo. La actriz se da cuenta de que la lascivia no falta y se conforma con esta parte de su plan.

Están parados en medio de un sendero ascendiente que a duras penas se distingue. La fortaleza veneciana es como un gran castillo en ruinas. Una pareja les adelanta. Les queda un buen trecho antes de llegar al altiplano donde descansa la gran cruz encendida. No saben exactamente adónde van, han seguido los pasos de las otras parejas que iban hacia arriba. Desde allí les han dicho que podrán contemplar la ciudad iluminada y que es todo un espectáculo.

—¿Tú no tienes miedo? Aquí todo son sombras.

—No. Y tú, ¿tienes miedo? Esto es que has visto demasiadas películas. —Johnny bromea con la actriz. La nota muy cerca de él.

—Dame unos minutos para que me acostumbre a esta negrura.

—¿Has trabajado en alguna película de terror?

—En ninguna. De hecho, no he hecho ninguna película. He actuado en el teatro y he salido en algunos cortos. Soy solo una soñadora sin porvenir. Es un milagro que esté aquí rodando esta serie.

—Tienes talento. Llegarás lejos.

—Qué amable eres. ¡Pero si no me has visto actuar!

—Serás famosa, ya lo verás. —Johnny siente la respiración de ella en el cuello.

—No quiero ser famosa. Solo me gusta actuar y nada más.

—La fama no te interesa. ¿Me tomas por un arqueólogo idiota? Todos los actores sueñan con ser famosos, ser estrellas.

—Pues yo no. Y los que lo hacen, que lo hagan. ¿Hay algo malo en ello?

A Johnny le entran unas ganas irreprimibles de besarla. Oyen los pasos de gente que sube por el camino. Acierta a ver en la oscuridad un pequeño terraplén unos metros más arriba. Los dos detienen el avance hacia arriba para tomar aliento.

—Anda, ven. —La coge de la mano y la lleva hacia el terraplén.

Unos segundos después están en una estancia en ruinas, sin techumbre, que tiene al fondo un mirador militar con antiguos cañones que rodean el sitio y apuntan hacia el mar, hacia la bahía de Garitsa, con su goteo de luces púrpura delineando la costa.

Johnny la mira con curiosidad. Le gusta el aroma a libertad que lleva puesto Becky.

—Cuidado con esas bolas enormes que hay al lado de los cañones, no vayas a pensar que son balones. —Sonríe.

—¡Ups! —El cuerpo de Becky tropieza con uno de los pesados proyectiles y se tambalea. Johnny la coge al vuelto y la acerca a él con fuerza. Otra vez están los dos pegados oyendo su respiración.

—Bromeaba, no pensé que fueras a caerte.

—Estaba pensando en otra cosa, por eso he dado un traspié. — Becky intenta justificar su torpeza, no sabe qué decir.

—¿Te lastimaste?

—No.

—¿Puedes seguir? Hay que llegar a la cima.

—Dame unos minutos.

Johnny la deja en el suelo. Ella se aleja a la pata coja hacia el borde del terraplén.

—¡Fíjate que vista hay desde aquí!

Él la sigue y los dos miran hacia la oscuridad del mar. Luces lejanas en la costa continental parpadean más allá del horizonte. Oyen el murmullo de las olas chocando contra los muros de la fortificación

metros más abajo. Los brazos de uno y otro se rozan apoyados en la piedra y él busca su rostro en la oscuridad para besarla.

Cómo contar el tiempo que dura un beso de estos, de los primeros, de los que acumulan fuego. Los dos están rendidos al misterio del momento y el lugar.

—Escucha... Oigo voces. —Algo les interrumpe.

—Aquí no hay nadie. Estamos solos, comedianta.

—No. Lo digo en serio. Oigo voces. —Ella se concentra en escuchar.

Miran a su alrededor en silencio. Tras ellos hay una pequeña edificación, una especie de torreón de piedra, pero es completamente inaccesible porque en la entrada hay una verja con gruesos barrotes de hierro. Becky va hacia allí y mete la oreja entre los barrotes.

—Vámonos, sigamos adelante. —Él sabe que la ocasión pasó.

—No hables, ¡chis!

Johnny no oye nada, pero le sigue el juego. Se quedarán unos minutos más en el terraplén. Va hacia uno de los cañones y trata en vano de levantar una de las bolas de hierro que lanzaban para hundir los barcos enemigos de los corsarios. Se imagina los nervios de los soldados ante el ataque de gentes que creían infernales. Su amiga sigue pegada al torreón escuchando una conversación ajena.

Unos metros más abajo, inmersos en la más negra de las noches, hay otra pareja.

—Estás muy guapa esta noche, Spiridula. —Es un hombre quien adula, un hombre seguro y varonil.

—No sé si creerte. Todos sois iguales. —Es la voz de la camarera del hotel. La mujer se siente halagada y responde dubitativamente como una quinceañera. Está apoyada en un agarradero de piedra, al lado del mar, a pocos metros por debajo de donde están Becky y el

arqueólogo. Es una zona muy discreta, la más discreta de la impenetrable fortaleza. Es la primera vez que la camarera se encuentra con este *pretendiente* y está insegura, se mueve nerviosa e intenta poner una cara coqueta para parecer más agraciada de lo que es. Le preocupa que él pueda ver las arrugas de su rostro a la luz de la luna. Spiridula despliega sus toscas artes amatorias ante un hombre rebuscado y resbaladizo.

—Eres una mujer muy sensual. Seguro que tienes a muchos moscardones rondándote.

—¿Tú crees? ¿Sensual has dicho? —Spiridula barrunta para sus adentros. Quiere mostrar su lado más atractivo, no quiere pasar la noche sola—. *Kutamares!*³³ Tú has quedado conmigo porque te pillé espiando. —Ella ha hecho un esfuerzo para estar guapa. Se ha puesto la ropa que más marca su pecho y su trasero y ha ido a la peluquería. Con la edad sus formas han perdido la gracia y su pelo pintado y requemado por los tintes no tiene remedio. Sería un sueño poder creer en sus palabras.

—No estaba espiando. —El hombre se contiene.

—Sí. Yo te pillé fisgoneando, no perdías de vista el salón del hotel.

—No me hagas enfadar. Olvídate de eso. Cuando te vi allí fuera fumando supe que había una conexión entre nosotros.

—¿Tú te vas a fijar en una simple camarera de hotel? *Kutamares*. —Spiridula duda, aunque poco a poco se deja engatusar.

—Creo que hay algo en ti que los demás no pueden ver.

Ella presta atención; como todas las mujeres del mundo, espera que alguien descubra lo especial que es.

—¿El qué? ¿Qué ves en mí? Por lo menos puedo estar segura de que no es mi dinero, porque tú seguro que tienes un poco más que yo. —Spiridula mira al hombre con el que está. Él sí que es especial y

sofisticado. Tan apuesto, tan varonil. A la camarera le entran sofocos y ganas de agarrarle y desnudarle. Hace lo posible por controlarse. Se acerca a él y le pasa la mano por la cara con sus uñas griegas recién pintadas y pensadas para seducir. Él se deja tocar, aunque siente repulsión; ve a la camarera como un esperpento, un hazmerreír de mujer.

—Me apostaría el sueldo de un año a que fuiste tú quien envió la caja con las mariposas muertas a la actriz.

—Qué insensatez.

Ella sigue acariciando su cara y su cuello. A él le irrita enormemente, pero no dice nada.

Unos metros más arriba en el altiplano, Becky persuade a Johnny para que se acerque al torreón y pare la oreja. El arqueólogo deja los viejos proyectiles y se acerca a la verja de hierro.

—Ahí abajo hay alguien que habla de la maldita caja de mariposas muertas que enviaron a la Taylor durante la cena.

Él se sorprende, puede oír claramente las voces de esos extraños.

—Estarán en alguna estancia de la fortaleza que comunica con este altiplano a través de esta torre. —Johnny escucha atentamente la conversación—. No pueden estar muy lejos, pero no entiendo nada de lo que dicen. ¿Cómo es que tú sabes griego?

—De pequeña pasaba los veranos en este país, en una isla del Egeo. Chis, chis. —Becky le manda callar.

—La voz de ella me es familiar. —Johnny aprieta su cabeza contra los barrotes.

—Creo que es Spiridula, una de las camareras del hotel. Se ocupó de servir la cena el día de la fiesta.

Callan y escuchan.

—Ha dicho que sabe quién envió la caja con las mariposas.

Unos metros más abajo Spiridula anda metida en un juego muy peligroso.

—Yo podría darte lo que quieres y hacerte feliz —dice el hombre que está con ella.

—Tócame, tócame, enséñame cómo puedes hacerme feliz.

El desconocido pasa la mano por el castigado cuerpo de ella. Es necesario que confíe en él y obliga a sus manos a recorrer unos pechos que perdieron su firmeza hace años.

Spiridula se excita. Es la primera vez que un hombre le promete tanto.

—Sigue, bestia, sigue. —Spiridula tutela la mano de él para mostrarle dónde hay que tocar.

Desde unos metros más arriba, Becky disfruta con el entretenimiento que le ofrece la camarera y para la oreja para no perderse ni una palabra del encendido discurso que le hace al tipo que la acompaña, pura literatura de prostíbulo.

Spiridula no para de agarrarle con sus uñas pintarrajeadas. No quiere que se vaya. Tan irreal le parece. Hace tiempo que no la toca ningún hombre y necesita creer lo que le dice él.

—Un tipo como tú... —Spiridula titubea, se imagina al lado de él, con un vestido de fiesta, sonriendo a sus invitados en una casa de lujo. Nada de realidad, nada de apartamento destartado, nada de ropa que huele a sudor, nada de comprar en las tiendas de los chinos y nada de facturas impagadas a final de mes.

—Tú sigue...

El juego erótico continúa y Becky sigue a la escucha. Johnny está a su lado alucinado, dudando de si la traducción de la conversación que ella le hace es fiel o es una libre interpretación de la actriz para ponerle.

Spiridula abre los ojos por una décima de segundo y lo mira a la cara. Su sueño se desvanece porque en el rostro de él solo hay asco. Coge la mano del desconocido y la retira de sus nalgas resentida.

—*Ime jazi.*³⁴ Tú me has llamado y has quedado esta noche conmigo para asegurarte de que no diré a nadie que te vi mirando, disfrutando del horror que causaste con tu caja de insectos muertos. —Spiridula siente miedo, se pregunta qué hombre hace algo así, tocar de esta forma a alguien que le da asco.

—Si te he llamado es porque me gustas.

El hombre avanza sus manos sobre ella y Spiridula se deja atrapar. La lujuria es más fuerte que el miedo.

—Toca, toca la mercancía. —La camarera coge la mano del hombre y la arrastra por todo su cuerpo por segunda vez.

Unos metros más arriba Becky se pregunta hacia dónde va todo aquello y sigue pegada a la torre circular, quiere saber quién es ese desconocido. Es imposible reconocerle por la voz, hay demasiado eco.

—Venga. cotilla, dejémoslo. Sigamos hasta la cima, quiero ver la ciudad iluminada desde arriba. —Johnny empieza a aburrirse, la joven parece más pendiente de la conversación que de él.

—Espera, niño, qué impaciente. Deja que escuche un poco más. Ese tío es el acosador, quizá descubrimos quién es.

Johnny se rinde y decide ir a jugar con los cañones un poco más. El arqueólogo se acerca al borde del terraplén para ver si hay alguna

ventana unos metros más abajo. A la luz de la luna, examina la poderosa muralla de la fortaleza con precaución, escudriña el peñasco junto al mar en busca de una abertura. Unos quince metros más abajo puede ver un oscuro recoveco arqueado entre la piedra del muro. Sí, allí están; allí es donde deben de estar la camarera y ese hombre. La luz artificial en la zona es muy escasa, impera la penumbra. Le llega al oído el suave ir y venir de las olas que rompen contra los infranqueables muros del reducto. De repente: un grito de terror en la oscuridad. Los dos jóvenes se miran estremecidos.

—Venía de abajo. —Becky mira al arqueólogo, asustada.

Johnny sigue en el borde del terraplén, echa un vistazo hacia abajo. No se oye más que el rumor de las olas batiendo contra la fortaleza. El arqueólogo se vuelve de nuevo hacia su acompañante.

—Nada. Ya no hablan. No se oye nada —dice la actriz desde el torreón—. Era ella, la camarera. Tenemos que bajar, ¿le habrá pasado algo?

—Por Dios, vosotros, los actores, no tenéis freno. Olvídate de esa mujer, lo más probable es que no fuera ella, o que sí lo sea y está con un amigo. Son dos salidos en una noche de fiesta, déjalos que disfruten.

—No creo que fueran tan amigos. —Ella le mira interrogativamente.

Johnny oye a sus espaldas el ruido de algo que se zambulle en el agua. Mira hacia el mar y sus ojos recorren rápidamente la zona más cercana a la muralla. No hay luna llena y no distingue gran cosa. Quizá haya sido una piedra suelta del muro. Fija la vista en el agua con obstinación, pero es imposible avistar nada.

—¿Qué sucede? —pregunta Becky.

—Nada. Me ha parecido oír... Nada, no es nada. Vámonos.

—Bajemos a buscar a Spiridula.

—¿Hablas en serio? Ni de coña, yo no voy. Esa mujer está divirtiéndose con su pareja. Déjales en paz —contesta Johnny, molesto.

—Pero ese tío puede que sea el acosador.

—Si lo crees así, mañana arrinconas a la camarera en el salón de tu hotel y le haces confesar la identidad de su amigo.

—Creo que el grito venía de ahí abajo. —Becky señala el torreón y se agarra a los barrotes. Los sacude para que se abran, pero la robusta puerta de hierro ni se inmuta.

—Vámonos. Mañana le sacarás a la camarera quién fue el que envió esa maldita caja. Si es de verdad el acosador, hablas con la policía y ellos se encargarán de él. Vamos, preciosa. —Johnny se adelanta, la coge del brazo y le da un beso veloz. Juntos retoman el camino que les llevará hasta la cima de la fortaleza veneciana donde verán la ciudad iluminada y entregada al fausto funerario y la pasión con la música más triste. Los instrumentos de viento y percusión causan estragos en el corazón de todos aquellos que siguen teniendo alma. Para los demás, los que ya no tienen espíritu, el espectáculo del Jueves Santo es una superfiesta, hay que echar fotos y disfrutar a toda costa para demostrar que estás vivo. Y es que hay muchos tipos de muerte y uno de ellos es la muerte en vida.

Becky y Johnny miran extasiados la ciudad desde la cima de la fortaleza. La gran cruz es un faro de luz en medio de la negra noche. Los miles de bombillas centelleando marcan el lugar exacto de un asesinato. Nadie lo sabe, es imposible distinguir nada en la oscuridad de la noche, pero hay un cuerpo que flota inerte entre dos olas y se aleja lentamente de los muros de la fortaleza.

Esto es personal, no es la muerte robándote la vida, es alguien que te quita el aliento y te empuja hacia el abismo. Primero te ahoga y después te sepulta en las profundidades del mar.

El réquiem de Mozart sobrevuela la ciudad. Las comitivas religiosas recorren la histórica plaza contigua a la fortaleza con su música triste. La tuba, el trombón, los clarinetes, los tambores y la lira, todos entonan una melodía triste que azota los oídos de creyentes y descreídos. La señora Lope y sus acompañantes escuchan contritos las notas de dolor que salen de los instrumentos y disfrutan del embeleso colectivo en el que están inmersos. El Jueves Santo, bello y siniestro. Ni por un momento les pasa por la cabeza que a pocos metros en la penumbra del mar haya el cadáver de una mujer que conocen flotando en el agua.

Brazos y piernas zarandeados por el sordo compás de las olas. Ojos abiertos hinchidos por el terror. Ropa de baile empapada. Uñas rojas de embolado. Una vida malograda.

³³ 'Tonterías'.

³⁴ 'Soy tonta'.

Capítulo 12

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
dos días antes de la fiesta de Boötis Alfa*

Que los poderes adivinatorios de Medusa fluyan esta noche y derramen su clarividencia en tu persona. Que su fuerza sea tu escudo protector contra toda malignidad presente y venidera. Pongo sobre ti mis manos y te declaro el elegido de la gorgona. Cumplirás los preceptos del rito y ella emergerá ante ti con toda su grandeza guiándote con su sabiduría por el sendero del mañana.

La nave central del templo de Medusa solamente recibe luz de dos lámparas de pie que desprenden una llama titilante y silenciosa. La voz del gran sacerdote resuena por la sala como una temible anticipación del encuentro posterior con la siniestra gorgona. El hierofante mantiene sus manos en la cabeza del elegido, que está arrodillado ante él sumido en un estado de estupor y angustia. Es Periklís, un comerciante local cuya fortuna proviene de la venta de objetos de cerámica para miles y miles de hogares de las costas mediterráneas. Desgraciadamente, su mujer está enferma de gravedad y los médicos locales dicen que no hay nada que hacer.

Periklís es un isleño orondo que suda sin parar. Nunca ha estado en contacto con su lado espiritual; duda de que tenga un yo espiritual. Todo esto lo hace porque su mujer se lo ha pedido. Ella es la devota, la que tiene una fe desmesurada en Medusa. Efialtis fuerza al comerciante a mantenerse de rodillas mientras él deja el naos y accede al adyton, una sala semisubterránea donde solo pueden

entrar los sacerdotes. Allí invoca a Medusa en voz alta, con una alocución hipnótica que el elegido puede oír perfectamente. Periklís se deja impresionar por el tono y contenido de la exhortación. No está acostumbrado a estos juegos de los sentidos. Está en trance, respira con dificultad, tanto es así que el hierofante puede oír sus bufidos desde el santuario sagrado y decide resumir la ceremonia de preparación porque teme que de un momento a otro el hombre padezca un ataque al corazón.

Prokrustis aparece en el naos, el comerciante se siente aliviado de tener a otro ser humano en la sala. El criado ayuda al iniciado a ponerse de pie y el hierofante aparece de nuevo y dice unas últimas palabras antes de que su fiel servidor se lo lleve.

A Periklís le espera una noche a solas en el agujero. Ante todo ese mar de incertidumbre para ver el futuro, el hombre se siente agobiado. Se enfrenta al ceremonial ciego, no sabe lo que le espera. Sigue respirando con dificultad mientras camina detrás del criado hacia el recinto de madera. Los demás sacerdotes ya se han retirado y en el edificio reina un silencio sepulcral. Superan el peristilo lateral de columnas hasta llegar a la parte más oscura del templo. Cuando llegan a la puerta de la estancia, el comerciante se coge de la serpiente de metal de la puerta y resopla como si hubiera hecho una carrera.

—Esto lo hago por mi mujer. Ella es muy creyente, siempre venía y dejaba flores a Medusa en el templo. Ahora cree que la gorgona la ayudará a curarse.

—Esto está bien, muy bien. ¿Trae el brazalete tal como le explicamos?

—Sí, señor sacerdote. Mire, es de ella, ¿verdad que es admirable? Se lo regalé una vez que viajó conmigo hasta Las Columnas de Iraklís,³⁵

el límite del mundo.

Prokrustis no puede evitar sopesar la alhaja y calcular su peso en oro. Es una serpiente de oro que se enrosca en el brazo y la cabeza y la cola del reptil se encuentran en los extremos.

—Servirá, servirá. Recuerde: cuando entre yo cerraré la puerta detrás de usted. Lo primero que tiene que hacer es quitarse la túnica y sumergirse en el agua para engarzar el brazalete en unos hierros que hay a poca profundidad. Después sale del agua, se viste de nuevo y espera. A veces aparece de inmediato, a veces al cabo de unas horas. Relájese y espere.

—Debo confesar que estoy nervioso. Y ya sabe... en la ciudad hay rumores. Tengo dos conocidos que fueron elegidos para hacer el ritual y sus familias no saben nada de ellos desde hace semanas.

—El caso es que las desapariciones no tienen nada que ver con el templo. —Prokrustis pierde la compostura.

—Esto mismo he dicho yo a mis hijas. Pero ya sabe cómo son estas cosas. Una vez empiezan los rumores es muy difícil acallarlos.

—Cuando cante el gallo por la mañana vendré y abriré la puerta. El ceremonial habrá terminado. —El servidor del hierofante no quiere oír nada más e impide que el elegido siga hablando de los chismes sobre ellos y el templo—. Entre, es la hora.

Periklís pasa dentro y contempla horrorizado el lugar. Casi no hay espacio para echarse, piensa ante la perspectiva de pasar allí la noche. Y ese gran agujero lleno de agua. Le entra el pánico.

—Coja esta lámpara; cuídela porque es la única luz que tendrá.

El comerciante no tiene la oportunidad de echarse atrás. Por inercia coge la lámpara de aceite que le ofrece el criado del hierofante y, antes de que pueda lamentarse, se cierra la puerta tras él.

El hombre mueve la lámpara para hacerse una idea de cómo es la habitación. Es cuadrada y las paredes son de madera; pasa la mano por el material y camina hasta una de las esquinas para ganar un poco de espacio respecto al borde circular del agujero. Quita algunas ramas de laurel que hay allí y las echa encima de las otras. Una vez comprobado que no hay ventanas por ninguna parte ni otra puerta secundaria, acerca la lámpara al agua.

Huele a mar, a algas, pero también huele a podrido. Hasta ahora no lo había notado, solo olía a laurel. Toca el agua con la mano y se acerca un poco a la nariz. No hay duda, es agua del mar. Le parece una barbaridad que tenga que meterse ahí para dejar el brazalete. Acerca todo lo que puede la lámpara al interior del agujero, quiere ver los ganchos donde tiene que colgar la pulsera. Es imposible, no ve nada. Tendrá que hacer lo que dice el sacerdote: sacarse la ropa y sumergirse hasta encontrar uno de esos hierros.

Oye un ruido sordo, como metálico. Mueve la lámpara por la estancia para comprobar de dónde proviene y se detiene en una de las paredes al observar que entra vapor a través de un pequeño agujero en la madera. Son efluvios con un aroma nuevo para él, dulce y agradable, que el comerciante interpreta como una invitación a relajarse. Y es lo que hará, está demasiado nervioso para meterse ahora en el agua. Primero intentará calmarse.

Esto lo hace por su mujer enferma, a él este rito le parece ridículo, además del estrés y la zozobra que le provoca. Y, sin embargo, está aquí, encerrado en este horrible lugar, por si existe una posibilidad, por remota que sea, una posibilidad de que Medusa les augure una curación inmediata y su mujer se recupere. Porque invariablemente vive en nuestras mentes esa frase que empieza con un quimérico «Y si...».

Periklís va a sentarse en una de las esquinas, pero antes mueve nervioso la lámpara de un lado a otro para estar seguro de que no hay nada más ahí dentro que deba preocuparle. Fatalmente, el movimiento recurrente de la pequeña llama alerta a otro ser vivo que hay en la estancia. Estaba sumergido en el agua y ahora se acerca a la superficie. En este preciso momento está mirando al pobre comerciante como un animal que codicia su presa. Sus movimientos son cautelosos y ha oscurecido el color de su piel para pasar totalmente desapercibido. Solo es posible ver el blanco de sus grandes ojos que mantiene clavados en el hombre, es como si esa criatura estuviera calculando los pormenores de su noche de caza. No es Medusa, es peor. La mirada de esta criatura no es la mirada desquiciada de la gorgona, es la mirada de un animal muy inteligente que ha venido a comer.

Hay un breve temblor del agua que el hombre percibe. La criatura es lista y sigilosa y ese movimiento ha sido voluntario, quiere que su presa se acerque a ella lo máximo posible. El confiado Periklís se acerca al borde del agujero con su lámpara de aceite. Ahora sí: aterrorizado ve dos grandes ojos que son como dos esferas mortales en blanco y negro. Antes de que su cerebro pueda cotejar o simplemente imaginar lo que hay en el agua, unos enormes tentáculos salen a la superficie y uno de ellos se enrosca en su cuerpo con rapidez y lo aprieta con tanta fuerza que el desdichado hombre no puede ni gritar.

La criatura que sale del agua es gigantesca y ocupa todo el espacio con su cuerpo gelatinoso. Levanta a su presa del suelo y la mira fijamente mientras se doblega e invade todos los rincones de la estancia con sus brazos blandos y gomosos. La cara del comerciante es de pánico, no puede gritar para pedir ayuda, la fuerza de esa

bestia lo está dejando sin respiración. La lámpara se le escapa de las manos y cae al suelo derramando el aceite y creando una llama de fuego que ilumina la macabra escena. En un golpe de suerte, la criatura se retuerce asustada y se encoge hacia un lado del recinto. Su presa se le escapa, Periklís cae en el borde del agujero aterrorizado.

—¡Ayuda! ¡Sacadme de aquí! —Saca fuerzas para gritar.

Oréstis le oye claramente, está fuera de la habitación cuidando de que los vapores alucinógenos sigan acumulándose dentro. No es la primera vez que oye voces de los elegidos. Prokrustis no le ha dicho nunca que esas hierbas pueden producir alucinaciones, pero él se lo figura. Sin embargo, hoy es muy pronto, todavía no pueden haber hecho efecto los efluvios y es una llamada de socorro. El joven sacerdote se pone de pie y corre hacia la puerta de la estancia. Antes de poder preguntar si todo va bien hay un grito de terror proveniente del interior. Oréstis intenta abrir la puerta, pero está cerrada con llave.

—¡Espere, voy en busca de auxilio!

Oréstis corre hacia el templo gritando el nombre de Prokrustis.

La llama de fuego se desvanece paulatinamente y la criatura marina coge a su presa de nuevo y en un juego macabro de movimientos mórbidos la sumerge en el agua.

Allí dentro, a solo dos metros de la superficie, la bestia lo clava con todas sus fuerzas en uno de los hierros que sobresale de la pared. Es un animal inteligente y voraz, sabe que sus víctimas no pueden volver a la superficie una vez engastadas ahí abajo. El comerciante ya no puede volver a pedir ayuda y su última imagen antes de morir es la de otros cuerpos humanos fragmentados y en plena descomposición. En un último hálito de vida, mientras su sangre se

mezcla con el agua de mar, deja el brazalete de oro de su mujer colgado de la propia estaca que le atraviesa las entrañas.

—¡Estaba gritando! ¡Pedía ayuda, te lo aseguro!

Mientras tanto, fuera de la sombría habitación, Oréstis ha conseguido traer a Prokrustis, quiere convencer al criado del hierofante para que saque la maldita llave y abra la puerta.

—Yo no oigo nada. Todo está bien.

—Quizá deberías abrir. Te aseguro que gritó.

—¡Nada de abrir! Mañana por la mañana, ahora no. Tú vuelve a lo tuyo. Seguramente los vapores ya han hecho su efecto.

³⁵ 'Hércules'. La zona del estrecho de Gibraltar.

Capítulo 13

El desayuno en el hotel empieza a servirse muy temprano. Pero hoy algo pasa. No hay camareros por ninguna parte. Y al cruzar la recepción, la señora Lope observa que en el vestíbulo no hay ni un alma. «Curioso».

La temperatura, sin embargo, es tan agradable como siempre y no hay placer comparable al de desayunar en una terraza frente al mar. Ella respira profundamente el aire salino que desprenden las aguas tranquilas del mar Jónico y mira las mesas con impecables manteles blancos que hay a su alrededor en busca de otros clientes conocidos. «Es que no deseo para nada tomarme un café griego sola». La arqueóloga todavía no ha bajado y tampoco los actores. «Bajarán más tarde, yo aprovecharé y tomaré mi baño matinal en el mar». Mira con envidia a una pareja que ya danza en el agua bajo el sol recién nacido de la mañana.

Inesperadamente la sirena de un coche de la policía que se acerca ahoga el sonido blanco de las olas del mar. No se detiene, pasa de largo con premura. Desde el agua Violeta puede ver hacia dónde se dirige: Garitsa. En la bahía ya hay otros vehículos oficiales con las luces rojas y azules en marcha. Un furgón se acerca, es una ambulancia. Lleva las luces encendidas, pero pasa por delante del hotel lentamente y sin sirenas. «Una ambulancia que no se da ninguna prisa, quien quiera que sea la víctima la ha palmado. Y tanta policía, esto no parece un accidente. Seguro que Spiridula o Andreas ya saben lo que ha sucedido».

Después del baño relajante, la dama de los Pirineos vuelve al hotel y toma asiento en una de las mesas. Espera impaciente la llegada de alguno de los camareros para preguntar qué sucede. Pero ninguno de ellos se asoma por la terraza. Finalmente se decide y entra en busca de respuestas. Las puertas del ascensor se abren y aparece el señor Lazaro, más nervioso que de costumbre, si es que eso es posible. Comunica a la clienta española que han encontrado una persona muerta en la bahía y resulta que es Spiridula, la camarera del hotel. Violeta se lleva las manos a la boca.

—¡Qué tragedia, señora!

—Sí que lo es. —«Pobre mujer, es culpa mía, adonde sea que voy suceden cosas».

—No lo sabe usted bien. Uno de los policías la identificó y me han llamado. Acabo de reunir al personal y se lo he comunicado. Están afectados, pero recuperarán la compostura. —Después añade con afabilidad—. El camarero subirá enseguida y le servirá el desayuno. Les he dado unos minutos. Todos estamos estupefactos.

—Pero ¿cómo ha sido? ¿Qué ha pasado?

—La han encontrado en el mar.

Se abren de nuevo las puertas del ascensor y salen Larissa y Becky. Bajan a desayunar con los ojos risueños. Intercambian unos saludos y ella les informa de lo sucedido.

—¡No! ¡No puede ser! —exclama la actriz. Su reacción parece desproporcionada.

«Esta chica lleva lo de actuar en la sangre, a santo de qué tanta emoción». El director la mira intimidado y se despide de las mujeres prometiendo una vez más que en unos minutos subirán los camareros para servir el desayuno. La arqueóloga está menos afectada.

—Bueno, si no hay comida en la mesa, voy a buscar mi desayuno a la cocina. No puedo esperar, tengo hambre. *No problema*. Tengo un hambre perruna. —Larissa mira la terraza vacía y las deja para ir a investigar entre los fogones.

—Señora Lope, yo vi a Spiridula ayer en la fortaleza, estaba con un hombre.

—¿Ayer, dices? ¿Por la noche te refieres?

—Sí, sí. Bueno, mejor dicho, la oí. Estaba con alguien. Los oí hablar, ese tipo era un embaucador. La engañaba, estoy segura.

—Sí, la masajista me comentó que la camarera tenía una cita. Pero tú, ¿cómo sabes que ese hombre se burlaba de ella.

—Ya le dije que de pequeña pasaba los veranos en este país. Oh, Dios mío, quizá ese hombre le hizo daño, y no hicimos nada. Intentaba seducirla, pero era todo un engaño, estoy segura. Ella se dejaba tocar y besar por él, aunque de alguna manera sentía que era repugnante. Johnny y yo los oíamos, pero estaba oscuro y nosotros estábamos más arriba.

—Uy, esto no me gusta. Debes ir a la policía y hacer una declaración. Puede que sea importante. A la camarera la han encontrado en el mar.

—Ese hombre pudo matarla. Oh, no quiero ni pensarlo.

—Pero ¿a santo de qué? ¿Quién querría acabar con la vida de Spiridula? Si la camarera era un saco de buenas intenciones, aunque ya se sabe que de buenas intenciones están llenos los panteones.

—Señora Lope, la camarera vio quién mandó las mariposas muertas a Jackeline. Lo oí claramente.

—¿Y quién es? ¿Qué puñetas oíste?

—¡Es el hombre con el que estaba ayer! ¡Pero no dijo su nombre, maldita sea!

—Así que piensas que quizá él la asesinó.

—Johnny también los oyó, estaba conmigo en la fortaleza. Maldita sea, pero él no sabe griego. En cualquier caso, yo sé lo que oí. Yo lo oí todo, esa mujer no ha muerto en el mar ahogada, ese hombre no era trigo limpio.

—Así que crees que alguien hizo daño a Spiridula para impedir que le reconociera.

Mientras hablan entra por la puerta del hotel el señor Asprudis con un traje a medida y una corbata de lo más italiana. Saluda afablemente a las dos mujeres.

—¡Vaya, qué vacío está hoy el hotel! —Mira a su alrededor distraídamente.

—Supongo que ya sabe lo sucedido.

—Sí. Ahora vengo de allí. Una desgracia, una verdadera pena. He visto el cuerpo, era una mujer joven. El mar es un amigo peligroso.

Becky y la señora Lope se miran. La actriz tiene un extraño gesto en la cara, está confundida. Se sienta en una butaca del *hall* junto a ellos.

—Yo me disponía a hablar con Larissa. Por eso estoy aquí. Me informaron ayer de que el equipo ha encontrado algo.

—Oh, sí. —A la señora Lope no le extraña el desafecto del político. Para él no es más que una desconocida—. Sí, la excavación. Yo estuve anteayer allí. ¡Huesos! Han encontrado huesos humanos. Muchos. Y algunos objetos.

—¡Magnífico, magnífico! —Se frota las manos—. Tengo que encontrar a la responsable de la excavación.

—Está en la cocina, preparándose su propio desayuno.

El político mira a su alrededor sin saber qué hacer. Hay que decidir si vale la pena perseguir a la arqueóloga por las instalaciones del

hotel. Echa un vistazo al reloj suizo que lleva en la muñeca.

—Pasaré después por la excavación.

—Me voy. —Becky se levanta a toda prisa y desaparece en el ascensor.

—¿He dicho alguna inconveniencia?

—No, no, señor. Es que está muy afectada por lo ocurrido a la camarera del hotel. Vio a Spiridula ayer por la noche y oyó una conversación que puede ayudar a aclarar muchas cosas. Yo tampoco sé muchos detalles, pero creo que a esa pobre mujer la asesinaron. Por favor, señor Asprudis, si va al templo de Medusa informe a Johnny, dígame lo que ha ocurrido.

—Por supuesto. ¿Quién es Johnny?

—Es uno de los arqueólogos; estaba ayer por la noche con Becky en la fortaleza. Él también oyó la conversación. La verdad, creo que deben de ir a la policía cuanto antes.

—Bien, bien, tranquilícese. Yo hablaré con él y le pediré que informe a la policía. ¿Solo Johnny, se llama?

—Sí, ahora no recuerdo el apellido, solo sé que es americano. La pena es que él no sabe griego, pero Becky pudo entender todo lo que decían.

El político local llega en un lujoso taxi al cruce de caminos pedregosos que hay frente al antiguo templo griego donde el equipo de Larissa Fox busca respuestas en un agujero que parece no tener fondo. El sol ya resplandece con todo su apogeo y hace calor. Él saca un pañuelo por si lo necesita y examina el lugar con asco. Se quita los mosquitos de encima mientras se adelanta hasta la zona de excavación. Duke le ve y sale a recibirle. El hedor es tan intenso que es palpable y los insectos voladores se están cebando con su nueva

presa. El ayudante de Larissa siente pena por el político y le acerca el tubo de repelente de mosquitos.

—Gracias. —Stefanos Asprudis se siente aliviado al oler algo distinto a humedad y podredumbre. Sin embargo, cuanto más se acercan al gran hoyo de los huesos resulta casi imposible concentrarse en algo que no sea ese olor pestilente.

Todos los miembros del equipo están metidos en el Ojo de Medusa. Larissa está subiendo por una de las escaleras de aluminio porque Duke la ha llamado a voces informando de la visita.

—Así que este es el famoso pozo donde han encontrado restos humanos. ¡Es espectacular! —Mira hacia abajo y comprueba la profundidad. Son muchos metros por debajo del nivel del suelo—. ¿Estas escalerillas son seguras?

—¿Quiere bajar a comprobarlo? —replica ella mientras sube los últimos peldaños hasta llegar a la superficie.

Él no responde. Por descontado que no va a meterse ahí.

—¿Han encontrado algún vestigio de escalera antigua?

—No. Ni de piedra, ni de madera. Esto no era una estancia subterránea. De hecho, este espacio circular estaba lleno de agua marina. Hoy me han llegado los análisis cronológicos de las partículas adheridas al muro y sin lugar a duda el agua del mar llegaba prácticamente hasta aquí arriba donde estamos nosotros en los años en que se construyó este lugar.

—Ah, pues lo que han encontrado era una piscina, un baño tipo balneario, pero ¿y los huesos?

Al ayudante le entra una risa nerviosa.

—Me temo que esto no era ninguna piscina de recreo. Hemos hallado catorce esqueletos humanos hasta ahora. Algunos de ellos completos.

—¡Catorce esqueletos! ¡Tantos! ¿Y cómo es que hay huesos humanos ahí abajo? —El político mira hacia el fondo del gran pozo y se fija en las barras de hierro que sobresalen del muro circular, como un macabro brazalete de clavos gigantes.

—¿Y esos hierros?

Duke deja que pregunte, pero él se centra en los cuerpos.

—Los huesos hallados son todos humanos. Todos adultos, excepto un esqueleto completo que pertenece a una niña. No hay fracturas evidentes, exceptuando algunas costillas y tres cráneos que han aparecido con un orificio que los atraviesa.

—¡Qué desagradable! ¿Algún tipo de fosa común para indigentes?

—Los hombres como Asprudis tienen su propia manera de ver el mundo.

—No. Los individuos que murieron aquí fueron transportados al fondo del agujero con vestimenta y todos sus accesorios, algunos de los objetos que hemos hallado nos hacen creer que podrían pertenecer a familias acaudaladas. Por supuesto las túnicas e *himationes* han desaparecido. Sin embargo, los utensilios metálicos para sostener las vestimentas están ahí. La clámide es una especie de esclavina que llevaban en las capas a la altura del hombro. Las que hemos localizado son todas de oro. En la zona donde hallamos los cuerpos hay joyas de oro, anillos con su propio sello, brazaletes, cinturones y hemos encontrado también una pequeña diadema de oro. Pase al gazebo y le podré enseñar los objetos.

El político tiene muchas preguntas, pero se le ilumina la cara. Esto de las joyas gustará a la prensa. Es el descubrimiento del año.

—Cuando dice transportados, ¿a qué se refiere exactamente? ¿Y esos hierros que salen de las paredes, qué son?

—Antes le he dicho que hemos encontrado varios cráneos agujereados. Bien, pues el tamaño del orificio coincide con el diámetro de esos hierros que hay ahí abajo. No es mucho suponer que estos hombres estuvieran aquí donde estamos ahora nosotros y algo o alguien los agarrara y los sumergiera bajo el agua engarzándolos en los hierros para que el cuerpo no pudiera volver a la superficie.

—¿Cómo, vivos?

A Duke le vuelve a salir la risa nerviosa. Es la primera vez que oye a su jefa lanzar la hipótesis con tanta claridad.

El asistente y Larissa se miran. El equipo ha tenido tiempo de imaginar todos los escenarios posibles. Pero ha llegado la hora de la verdad y la arqueóloga venida de Oxford lo tiene claro: alguien o algo llevó a esas personas dentro del agua y las engarzó en esos terribles garfios del fondo para que los cuerpos no volvieran a la superficie. Es imposible saber si estaban muertos cuando se hundían bajo las aguas y eran clavados en los arpones de hierro a dos metros de profundidad. Tampoco puede saber qué hacían esos dos brazaletes engarzados en los hierros.

Durante esta última semana se ha hecho decenas de veces la siguiente pregunta: quién hizo algo tan horrible, quién pudo sumergirse decenas de veces en esas aguas putrefactas llevando a alguien consigo y dejarle allí abajo clavado en la pared. De repente oye la voz. Aquí está de nuevo el niño suplicándole ayuda. «BOIZISEMAS». Mira temerosa al político y a su ayudante.

—Todos fueron arrastrados ahí abajo y clavados a la pared a la altura del torso, excepto los individuos con el cráneo agujereado que fueron engastados por la cabeza. Se requiere mucha fuerza para hacer algo así, y dentro del agua todavía más.

—¿Y por qué? Todo esto es muy macabro. ¿Qué finalidad puede tener cometer un acto tan atroz?

—Estamos en un recinto contiguo al templo de Medusa. Lo que aquí sucedía era supervisado y ejecutado por los sacerdotes del templo. Podemos conjeturar que se trata de algún ritual religioso secreto.

—No esperaba nada parecido. —Stefanos Asprudis reflexiona—. Hay que hacer una rueda de prensa.

Larissa sabe que su descubrimiento del Ojo de Medusa es como oro puro para un político y la presionará.

—¿Qué le parece mañana? Sí, mañana es perfecto, sábado, antes de la fiesta de los cántaros.

—No, es pronto. Deberíamos esperar, seguimos encontrando restos humanos. Y tengo que tocar fondo, estamos muy cerca. Déjeme llegar al fondo del Ojo. Y hay que indagar su relación con el mar.

—¡Ni pensarlo! No dejaré escapar esta oportunidad. En tres días termina la Pascua y todos los medios de comunicación abandonarán la isla. Digo que será mañana. No creo que deba recordarle quién le ha firmado los permisos para este proyecto de excavación, ¿verdad? Prepare una nota de prensa con los datos de los hallazgos que han hecho hasta ahora. Quiero fotografías de este agujero. —El político mira al ayudante para asegurarse de que está escuchando sus peticiones—. Me lo enviáis esta tarde por correo electrónico. ¿Estamos de acuerdo?

—Hablaré yo con los periodistas, pero la quiero a usted mi lado para que responda a las preguntas de los medios.

—Y el resto del equipo, ¿podremos ir a la rueda de prensa? —pregunta el asistente a su jefa.

—Por supuesto que sí —confirma Larissa con rotundidad y mirando fijamente al político para que no le lleve la contraria—. Todos están haciendo un gran trabajo y las condiciones son difíciles y peligrosas. Estamos ante una ingente cantidad de restos humanos que hay que analizar y clasificar. Algunos de los huesos tienen unas extrañas marcas.

—No olvide apuntarlo todo en la nota de prensa —la interrumpe el político.

—El hecho es que todavía no sabemos qué pudo causar las marcas. Son como muescas de gran tamaño.

—Da igual, da igual, no es necesario que aventure hipótesis. Con una breve descripción de lo que han encontrado hasta ahora y las fotografías de unos cuantos huesos y los objetos de más valor me basta.

—Ya. —No es la primera vez que Larissa trata con gente como él. La arqueóloga mira a Duke para cerciorarse de que toma nota mental de lo que el señor de la isla desea y él asiente con la cabeza.

—¿Cómo habéis llamado a esto: el Ojo? —Stefanos mira a Duke.

—El Ojo de Medusa. Johnny, uno de nuestros arqueólogos le ha puesto nombre.

—¿Bajaré, señor Asprudis? —pregunta Larissa Fox.

—No. No llevo la ropa adecuada.

—Cualquier ropa sirve para bajar a una gran huesera humana. — Duke se atreve a ser irreverente.

El político mira al ayudante impertinente. Él sonríe mientras observa la cara de su jefa, ni ella misma lo habría dicho mejor.

—¿Quién es Johnny? —pregunta el político.

Larissa y el ayudante se miran extrañados.

—El chico que está preparando el cubo para subirlo.

—Tengo que hablar con él. Debe ir a la policía a declarar. Es posible que ayer fuera testigo de un asesinato ¿No les ha dicho nada?

Se miran sorprendidos.

—No. ¿Está usted seguro? ¿No se confundirá? Ayer tuvo una cita con una chica, una de las actrices de la serie que se rueda en la ciudad. Esta mañana alardeaba de ello, pero no ha dicho nada de un asesinato. —Duke piensa que el hombre desvaría.

Stefanos Asprudis sonrío risueño, quizá porque se imagina al chico presumiendo de su conquista, pero insiste.

—Hágalo subir, quiero hablar con él y asegurarme de que pasará por la comisaria de la ciudad.

Duke mira a su jefa para comprobar que aprueba la nueva orden del politicucho local. Ella no quiere problemas y le hace un movimiento con los hombros de aceptación. El joven arqueólogo se dirige a la escalera y empieza el descenso por el gran pozo lleno de muertos. Baja con cuidado tocando y oliendo la piedra húmeda que lo circunda. Desde el fondo sus compañeros bromean porque el asistente raramente baja a las profundidades del Ojo de Medusa.

—¿Qué cree usted que era este lugar? —pregunta de nuevo mientras mira con asco el agujero.

—No lo sé. —Sí que lo sabe. No puede ser nada más. Ella no se atreve. Está hablando con un *showman*, un hombre megalómano y superficial que se quedará con cualquier palabra o explicación si es rimbombante y útil. «BOIZISEMAS». La voz aparece de nuevo, no la deja en paz.

—Quizá en este templo se efectuaron sacrificios humanos. —Ya está. Ya lo ha dicho.

El político parece indignarse al oírlo. Pero qué más puede ser. Este descubrimiento lo cambia todo.

—Ya se lo he dicho. No hay indicio de escalera alguna. Y por la posición de los huesos que hallamos, esas personas probablemente estaban vivas cuando llegaron abajo y allí los mataron.

—¿Quién los mató? ¿Cómo?

—Pues no puedo responder a la primera pregunta. No sé todavía quién, pero sí puedo responderle a la segunda: murieron clavados a la pared del pozo. Esas gruesas puntas de hierro de ahí abajo... esos hombres murieron ahogados y agonizando engarzados en esos ganchos.

El político por primera vez se da cuenta de las consecuencias históricas que tiene este descubrimiento y se pregunta si de verdad esa mujer es una arqueóloga seria o una loca que ha usurpado su lugar y que le ridiculizará delante de la prensa. Larissa sabe lo que está pensando él en estos momentos. El político que tiene delante es muchas cosas, pero no es un idiota. La hipótesis que acaba de aventurar ella cambia la historia de la antigua Grecia y del mundo occidental. Ella está hablando de sacrificios humanos, de algún ritual sangriento y perverso.

—¿Mañana vamos a decir al mundo que empalaban a hombres vivos en este lugar de Grecia?

Larissa sabe que no se equivoca. Pero todavía es pronto para aventurar sus ideas. La disposición de los huesos, las marcas en las costillas de los cuerpos y el cráneo perforado; a esos hombres los clavaron a la pared como si fueran presas de caza.

—Estoy pensando que no sería profesional adelantar hipótesis si no tiene todas las pruebas. Nos ceñiremos simplemente a los hallazgos, ¿le queda claro?

Larissa lee el miedo que hay en su cara. El político local es el primero con quien comparte su idea y la arqueóloga temía esta

reacción. Desconfianza, miedo y, después, indignación. A veces la verdad es oscura y no gusta a nadie. El hecho de que en la antigua Grecia se realizaran sacrificios humanos tan crueles da la vuelta a la historia de mundo tal como lo conocemos.

—Usted me ha hecho una pregunta y yo la he respondido.

—No hará lo mismo mañana en la rueda de prensa, espero.

—No. Usted es la primera persona con quien comparto mis ideas. Es muy pronto todavía. Ahora estamos recopilando pruebas, es trabajo de campo. El desarrollo de la teoría vendrá después.

—No hable de esto con nadie. Es una orden, ¿queda claro?

Larissa le mira con desaprobación. El político se dirige a ella con superioridad, como un desatinado y estricto profesor de primaria dirigiéndose a un alumno.

—Espere a tener pruebas. Hay que estar seguros, estamos de acuerdo, ¿verdad? —añade con un aire menos severo.

Larissa asiente. Se da cuenta de que le ha espantado con lo que le acaba de decir. Quizá se ha precipitado, pero esa voz en su cabeza... «BOIZISEMAS». Debería haber mantenido en secreto su teoría y ceñirse a los recientes descubrimientos materiales de su equipo.

La arqueóloga tiene enfrente de ella a un estratega, un animal político. Pasada la euforia inicial, la hoguera de las vanidades más superficial, el hombre que tiene delante ya está computando cuan perjudicial o beneficioso puede ser dar la noticia de los sacrificios humanos. Por un lado, Corfú, toda Grecia y su Historia en mayúsculas van a tener un pasado con sacrificios humanos. Es, sin duda, una bomba: el período de la gran Grecia clásica, Pericles, Platón, Aristóteles, Hipócrates y junto a esos nombres, practicantes de inmolaciones humanas. Todo en un mismo lote. Es una

barbaridad, pero si prueba su teoría, Larissa y su equipo van a cambiarlo todo.

En ese momento Johnny sale por la boca del gran pozo. Se limpia la mano derecha en el pantalón y se la ofrece al político local, que parece confundido.

—Me han dicho que quiere hablar conmigo, ¿qué pasa? —Johnny no sabe si le conoce, no es muy bueno recordando caras—. ¿Nos hemos visto antes?

—Es Stefanos Asprudis, el gobernador de Corfú. Quiere hablar contigo. Yo les dejo. —Larissa va a bajar para ver cómo va el equipo. Saluda al político y da un golpecito amistoso en el hombro del americano para que se lo tome con calma.

El político le comenta lo de la muerte de la camarera del hotel y su conversación con la señora Lope y la joven actriz.

—Vaya. Lo siento. Tenía razón Becky cuando decía que había gato encerrado. —El americano le explica en pocas palabras cómo sucedió todo y dónde estaban ellos cuando oyeron la conversación.

—Así que no visteis a la camarera ni a su atacante.

—¡Qué va! Y yo no sé griego. Solo Becky entendía lo que hablaban. Pero ya se lo habrá dicho ella.

El político parece estar pensando en otra cosa. Se aleja unos metros del Ojo de Medusa y examina la zona de excavación.

—Bien. De todas formas, tienes el deber de ir a la policía.

—Si hay que hacerlo, se hace. —El americano no quiere problemas—. Lo único que hicimos fue oír una conversación. Yo no entendía nada, pero Becky estaba segura de que era la voz de la camarera.

El político ya está pensando en otras cosas. Es hora de irse.

—Así que estás hecho un donjuán. ¡Nada menos que flirteando con una actriz!

—¡Se hace lo que se puede, señor!

—Me parece que no va a ser de mucha ayuda lo que tú puedas aportar a la policía. En cambio, tu amiga... Bueno, sigue con tu trabajo. Debo irme, me esperan. Estáis haciendo una labor excelente. Felicidades. ¿Alguna novedad ahí abajo esta mañana?

—Más huesos. Acabo de encontrar otro cráneo agujereado. Es como si les hubieran disparado en la cabeza con una bala enorme. Pero claro, eso es imposible, ¡los griegos de hace dos mil quinientos años no tenían armas de fuego! —Johnny se hace el tonto, tienen órdenes de Larissa de no hablar con gente ajena a la excavación de las hipótesis que barajan.

—Sí. La explicación será otra. —El gobernador recuerda la suposición de la arqueóloga, ¿hombres engarzados a la pared como animales en un matadero antes de ser descuartizados?

Capítulo 14

Te espero esta noche a las 10 en el templo de Medusa. No faltes. Tengo preparada una sorpresa para ti. No cuentes a nadie que vienes, podrías meterme en problemas.

Jhonny

Becky lee la nota que le han dejado en la recepción del hotel. Instintivamente mira su móvil por si tiene alguna llamada perdida del arqueólogo. Ninguna. Solo este mensaje de papel. Sonríe feliz, son fantásticas noticias, va a pasar una noche más con el chico americano. Acaba de regresar del rodaje y, aunque ha sido agotador, no se perdería la cita con él por nada del mundo. Hoy el productor ejecutivo les ha dicho que tienen que acelerar el paso y han tenido que filmar varias escenas a un ritmo trepidante. Ahora quiere descansar y refrescarse, quiere estar radiante para su cita de esta noche. Se pondrá una mascarilla hidratante, crema facial que devuelve el resplandor a la piel y lista.

Scott está a su lado y le quita la nota de las manos. Han llegado juntos al hotel y quiere fisgar, quiere saber a qué se debe la cara de satisfacción que se le ha quedado a la actriz después de leer ese papel.

—Qué estilo más cursi. No le pega nada a un arqueólogo. El otro día en la cena me pareció un hombretón de mucho cuidado.

—Dame la nota, idiota. Siempre estás juzgando a la gente por su aspecto. Johnny es todo un caballero.

—Quedar en el lugar de trabajo, qué idiotez.

—Su trabajo no es una idiotez. Ayer le pedí que me enseñara la excavación. Y Johnny se ha acordado, eso es ser romántico.

—Bobadas. Eso es que ese tío vive y respira para la arqueología. Lo tienes crudo si crees que hay lugar para ti en su cabeza o en su corazón. —Scott le devuelve la nota y estira los brazos tanto como puede.— Yo me voy a descansar, no pienso salir esta noche.

—Ah, aquí está la cuestión de fondo: yo tengo una cita y tú no.

—Te equivocas, bonita.

—Ya, ya. —Becky dobla la nota y se la mete en el escote delante del actor, como para provocarlo—. Corfú, noche de luna llena, un templo antiguo en ruinas. El escenario perfecto para dar rienda suelta a la pasión.

—Dirás lujuria. Ten cuidado, todavía tiene que nacer el hombre que use la palabra amor o pasión.

—Eres un sinvergüenza, piensa el ladrón que todos son de su condición. Hay hombres de verdad en este planeta que no necesitan actuar para serlo.

—Tú misma, ya eres mayorcita. ¿Y cómo vas a llegar hasta ahí, listilla?

—No lo sé. Tampoco será tan difícil encontrar el lugar. La arqueóloga, Larissa, va andando cada día hasta la excavación. Aunque no puedo preguntarle a ella, Johnny se metería en un lío. No soy tan idiota, ya me las arreglaré. —Becky se da cuenta de que los ojos de su compañero de rodaje están rojos de cansancio—. Y tú, ¿no irás a la procesión de Viernes Santo con los demás esta noche?

—No. Nada de música funeraria esta noche. Yo paso. Que os divirtáis todos. Yo voy a tumbarme en la cama y no me levantaré hasta mañana. Es seguro.

—¡Segura solo es la muerte! —El recuerdo de la camarera muerta ensombrece la mirada de la actriz. Toda la mañana ha estado tan ocupada con su trabajo que ni ha pensado en ello, pero ahora es distinto. «Tengo que hablar con la policía» —se dice.

Jackeline Taylor pasa por delante de los dos y saluda festivamente mientras sale del hotel.

—*Gia sas* a ti también. —El actor observa la vestimenta informal de la famosa actriz.

No les da tiempo a preguntar adónde va. La mujer desaparece dentro de un lujoso taxi.

—Sabes que mañana no rodamos —recuerda Becky a su compañero.

—Sí, lo sé: la diva es la invitada de honor del gobernador en la fiesta de los cántaros. Me lo ha dicho esta mañana en el rodaje, con todo tipo de detalles. Compartirá balcón con los *who is who* de la isla.

Los dos jóvenes actores ven el taxi de la estrella deslizarse por la bahía de Garitsa y perderse en el horizonte.

—Un día de descanso gracias a nuestra fulminante estrella de Hollywood. Me gustaría ver esa fiesta, ¿cuándo y dónde la hacen?

—Al mediodía, pero no sé la hora exacta, ¡búscalo en Google, mujer! —Scott parece irritado. La joven lo atribuye al cansancio. Ha sido una jornada aplastante y la mayoría de las escenas eran planos de exterior bajo un sol ardiente.

Becky se despide de él teatralmente. Lo de guglear le puede ser útil para encontrar el lugar de la cita de esta noche.

La joven saluda a la huésped española que está en el salón mirando todo lo que pasa y a todos los que transitan. La inexplicable muerte de la camarera ha provocado nerviosismo entre el personal y la señora Lope observa a los empleados que están más tensos que de

costumbre. Devuelve el saludo a la joven actriz y la mira con sus ojos de ardilla. Becky se sienta en la butaca de al lado.

—Señora Lope, estoy agotada. —La joven suspira y se espatarra relajada. Durante unos minutos charla despreocupadamente de lo que ha hecho durante el día en el trabajo. Violeta la escucha con atención, entiende que es como una sesión de terapia para la actriz, es como deshacerse de sus *alter egos* para después poder ser ella otra vez. Habla de la peluquera del equipo y sus problemas con la humedad que hay en Corfú. También menciona a uno de los cámaras que flirtea con ella y la invita cada día a riquísimas empanadas de jamón y queso que la harán engordar. Y después habla de Jackeline, de su trabajo, de cómo la admira, pero también de lo sensiblera que es y de que a ella le parece todo una pose, algo falso.

—Esa mujer tiene sus pesares. Y hay algo en su pasado que la atormenta —dice la dama española mientras sigue su escrutinio de la gente que entra y sale del hotel.

—Lo que sea... —Becky la mira pensativa. «¿Cómo esta señora se entera de tantas cosas?»—, la verdad es que lo del acosador no es poca cosa. Pero yo no creo que haya ningún misterio en ella, son solo sus nervios a flor de piel.

—No estoy tan segura de esto.

—Sea lo que sea, mañana no rodamos y todos podremos descansar. Y a ella tenemos que agradecerle un día libre. La han invitado a compartir balcón en una celebración de Sábado Santo.

—Sí, lo sé. Lo de las vasijas. A las once en punto tiran grandes vasijas por el balcón y las ventanas de las casas. La gente lo celebra, sobre todo, en la Espianada, la gran plaza del centro. Marca el inicio de la Resurrección.

—¿No me diga que usted también está invitada?

—¡Pues claro, hija mía! No me lo voy a perder. Jackeline me ha invitado a compartir balcón con ella.

—¡En serio! Vaya. Parece que han hecho buenas migas usted y la diva.

—Bueno, es una mujer muy reservada. Pero hemos quedado esta tarde para ir a visitar un huerto de limoneros.

Becky pone una expresión ácida como si acabara de tragarse el zumo de medio limón.

—Pues su acompañante acaba de salir.

—La he visto. Volverá. Y tú, ¿qué planes tienes?

—¡Tengo una cita esta noche!

—¿Con el arqueólogo otra vez?

—¡Sí!

—¡Vaya! Es horrible lo que le pasó ayer a Spiridula. —La señora Lope recuerda la breve conversación que mantuvo con la joven por la mañana.

—Sí. Quiero hablar con él de las voces que oímos ayer en la fortaleza. Ya no estoy segura de nada, pero quiero charlar con él de eso.

—¿Has llamado a la policía?

—No, todavía no. Hoy ha sido un día agotador. Mañana; primero hablaré con Johnny. ¡Ese americano es un romántico! —Becky mueve la nota de papel que lleva en la mano como si fuera la invitación a un sueño hecho realidad—. Me voy, me voy. —Mira la hora en el teléfono—. Las cosas que tengo que hacer y antes quiero descansar un poco, si no enseguida se me nota en la piel. Ya me he ido, ya me he ido. —Becky deja el vestíbulo con unos movimientos acrobáticos y desaparece en el ascensor.

La espera de la señora Lope no es muy larga. El mismo taxi que se llevó a la actriz americana aparece de nuevo ante el hotel. Ella en persona entra en el *hall* y con la mano hace señas a la señora Lope. Ha ido a recoger a su hijo. Quiere pasar tiempo con él. Ha costado convencerle, pero al final van a estar unas horas juntos lejos de miradas curiosas y de lugares públicos frecuentados por lo que es ya la sociedad global, toda esa gente que cree saberlo todo sobre gente que ni conocen.

La dama de los Pirineos saluda prontamente al joven que está sentado en el asiento de atrás del vehículo. El otro día en Garitsa, cuando lo vio por primera vez, no hubo presentaciones. Esta vez sí, Jackeline le presenta a su hijo Kass. En realidad, se llama Konstantinos, pero insiste en que todos le llamen por el diminutivo. Él la mira conmovido. «Tal vez es la primera vez que oye a su madre llamarle hijo». El chico es alto y apuesto como ella. Para saludar a la extraña que pasará la tarde con ellos, hace un rápido movimiento de cabeza y seguidamente se concentra de nuevo en la observación del paisaje a través de la ventanilla del coche. Con sus temibles ojos de ardilla, la señora Lope observa al chico a través del espejo retrovisor. Tiene los rasgos de la cara más suaves de lo que Violeta recordaba. En el parque estaba furioso y sus ojos eran como dos furias marinas, tenía la piel morada y unos labios blanquecinos. Violeta recuerda que hace solo un par de días apuntaba con el dedo a su madre amenazándola. Ahora su rostro se le antoja más gentil, pero sigue siendo un chico de belleza gélida y caucásica.

Jackeline inicia una conversación con la señora Lope, se ponen de acuerdo para la fiesta de los cántaros del día siguiente. Él no habla, no sonríe ni las mira, mantiene una actitud seria y distante, pero está aquí, compartiendo una tarde con su madre. Esto es significativo.

Durante todo el viaje el aire es algo tenso y complicado. La idea de visitar los limoneros acompañadas del hijo ha sido de Violeta. Se dirigen a un lugar desconocido y neutral donde madre e hijo podrán hablar sin presiones, o si acaso donde podrán mirarse y examinarse sin prisas, donde podrán conocerse, analizarse, podrán buscar lugares comunes. «Solo hay que verlos sentados el uno al lado del otro, son como dos gotas de agua».

La presencia de una mujer mayor rondándoles asegura cierta contención por ambas partes. Si se deciden a hablar quizá no lo harán a gritos como el otro día en Garitsa. Este es el objetivo de la tarde, aunque la señora Lope sigue teniendo sus dudas.

El lugar a donde van está en el centro de la isla, en la ladera de una montaña con vistas al mar. Allí, entre cipreses y olivos milenarios hay unas hectáreas de terreno donde solo viven limoneros. Es como un parche amarillo, como si el sol se hubiera tomado un descanso y hubiera bajado a la tierra.

Los frutos de los árboles que hay aquí son tan grandes como melones, carnosos y aromáticos como todas las flores de mayo juntas y hay tantos que la vista pierde la cuenta entre el amarillo y el verde de las hojas que parecen enceradas por las abejas que rondan sosegadamente sobre esta tierra.

Andreas lo ha organizado todo. Cuando llegan al huerto de las hespérides la familia del camarero les está esperando. Todos quieren saludar personalmente a la gran actriz de las Américas. Los familiares se ponen en fila para tener la oportunidad de estrecharle la mano como si se tratara de la reina de Inglaterra. Ella ofrece dos besos a cada uno y un saludo en forma de abrazo. Es su manera de agradecerles que la dejen pasar la tarde aquí, en este mágico lugar anónimo. Sobre un mantel blanco con intensos bordados azules han

desplegado una extraordinaria muestra de *orektika*³⁶ y a su lado descansa un gran cesto repleto de preciosos limones custodiados por las botellas del apreciado limoncello producido en Italia.

—¡*Guiá sas ine kiría! Óla guiá sas!*³⁷ Los padres de Andreas hacen señas a la gran dama de Hollywood, todo lo han preparado para ella. La anciana madre del camarero se ha pasado el día cocinando y se siente bien pagada cuando la famosa actriz la coge de las manos y le da las gracias en griego. Después hace los honores y pica. Violeta hace lo mismo. El padre de familia, el señor Spiros, coge las copitas de cristal que tiene listas sobre el mantel y las llena del licor de limón recién sacado del congelador. Todos toman de un trago el refrescante néctar al grito unísono de:

—¡*Stin iguiá sas!*³⁸

La madre, Katerina, se pone a llorar de la emoción. Coge de la mesa una revista del corazón que ha traído hasta el huerto y le enseña algunas fotos de la actriz en la fiesta de los Oscar de este año luciendo un espectacular vestido rojo.

—¡*Kiría ísaste mia theá, ti omorfiá! ¡Bellissima!*³⁹

La actriz está acostumbrada a las muestras de admiración y sabe lo que hay que hacer ante el cariño honesto de la gente. Mientras tanto, su hijo sigue dando un buen repaso a los aperitivos. Ella le mira encantada.

—San líko⁴⁰ —Se dice a sí mismo refiriéndose a su voraz manera de comer.

Violeta no se queda atrás y el chico le guiña un ojo. «Cómo se parece a su madre, es muy guapo, seguro que tiene a un buen puñado de chicas griegas persiguiéndole. Me da un poco de miedo que la familia de Andreas se dé también cuenta de lo que se parecen y...».

En el huerto hay otros parientes que han venido a ver a la estrella de cine. Se han puesto sus mejores galas y están de pie, en segundo plano, detrás de la gran mesa, todos con la boca abierta. Una de las parientas, una señora con una prominente barriga bien disimulada bajo un vestido de bodas y bautizos saca valor y se acerca a la actriz haciendo una leve reverencia.

— *¿Mipos borume na kanume mia fotografía masí sas kiría?*⁴¹

— ¡Naturalmente, hay que hacer una fotografía!

— Es un honor para mi familia que haya venido a visitar nuestra huerta, señora. — Dicho esto, Andreas se dirige a su familia y les habla rápido y acalorado.

— *¡Bre pedia! ¿Ma ti ísaste esis, den sas ípa na min miláte ke na min sitáte típota sti kiria? Telos pandon, embrós me ti fotografía ke afiste tin kiria isigi metá.*⁴²

Pero de poco sirve su tono de voz encendido, sus padres siguen apabullando a la estrella de cine, tocándola como si fuera un icono religioso. El hombre intenta contener los arrebatos de hospitalidad y la admiración del resto de los miembros de la familia. Sabe que todos juntos apabullan y no dejan respirar, literalmente, así son muchas familias isleñas.

Kass hace como que no la mira, pero la observa con el rabillo del ojo. Ella hace lo mismo con el muchacho, le examina cautelosamente. No quiere que se sienta vigilado, pero es que lo adora con cada mirada. Desea acercarse a él y abrazarle; qué madre no siente la necesidad de rodear a un hijo con sus brazos, sobre todo después de tantos años de lejanía, de silencio.

Por fin Andreas consigue liberar a sus tres invitados del acoso de sus familiares y se los lleva a pasear por entre los limoneros.

Camina a su sombra, los árboles del huerto son grandes y frondosos, una tupida capa de hojas brillantes y enceradas les protege del sol. Aislados, los rayos de sol penetran y llegan al suelo como espadas de luz iluminando el mágico lugar. La tarde está cayendo y el calor ha cesado. El lugar huele a jazmín y a helado de limón. Andreas les habla de los microclimas de la isla y de lo importantes que son los limones para la gastronomía y la pastelería. Ellos le escuchan mientras disfrutan del adorable paseo.

Andreas y Violeta se quedan rezagados conversando.

—Supongo que ya sabes lo de la muerte de Spiridula.

—Sí, hoy libraba, pero me han llamado; dicen que ha sido un accidente.

—Eso dicen. Que se cayó al mar. Una de las actrices hospedada en el hotel, la jovencita, Becky, me ha dicho que ayer por la noche la oyó hablar con un hombre en la fortaleza. Probablemente sea él la última persona que la vio con vida.

—Algún ligue de ella. ¿Quién era?

—No lo vio, solo los oyó.

—Spiridula siempre se metía en líos. Su vida era complicada, era una mujer que se apasionaba por todo. Me pregunto qué será de sus hijos ahora. —Andreas mira hacia delante.

—¿Lo sabe la señora Taylor? Ella conocía a Spiridula, ella era quien atendía su habitación.

—No creo que sepa lo que ha sucedido.

—Mejor así.

El camarero es una persona muy lista e intuye que esta tarde entre limoneros es un momento muy especial en la vida de la actriz americana y ese chico, y no hablará más de la muerte de su compañera de trabajo. De vez en cuando Andreas echa un vistazo

hacia delante para contemplar a la mujer. No pregunta quién es el joven que las ha acompañado. Sin embargo, le queda claro que es familiar cercano, por el parecido que tienen.

Unos metros más adelante, Jackeline intenta comunicarse con su hijo adolescente.

—Háblame de ti. ¿Estás en el instituto?

—Sí.

—¿Te gusta?

—No.

—Vaya, a mí tampoco me gustó nunca estudiar.

—¿Y a quien le gusta?

—Bueno, a tu padre siempre le fue muy bien eso de hincar los codos.

—Él no cuenta, solo vive por sus cosas. La abuela y el abuelo son los únicos que están conmigo.

La madre deduce que la relación del chico con su padre no es buena.

—Los recuerdo, han pasado muchos años, pero recuerdo a tus abuelos. No entendieron cómo podía dejarte con tu padre, pero a pesar de ello fueron generosos. Eran muy cariñosos conmigo.

—Y lo siguen siendo. Me han dado todo el afecto que tú me negaste. —Una mirada de odio recorre el rostro de Kass. Ella se asusta.

—Merezco que me odies. Esto y más.

Silencio.

—Pero ahora estoy aquí y te he buscado porque quiero ser parte de ti. Escoge tú cómo quieres que sea nuestra relación. Soy consciente de que no puedo pedirte ser tu madre.

—Durante quince años he vivido pensando que mi madre había muerto.

—¿Eso te dijo tu padre?

—¿Acaso piensas que hubiera sido mejor que me hubiera dicho la verdad, que me abandonaste?

—No, no, claro. —Ella se siente abrumada, y lo que siente no le permite pensar.

Andreas vuelve a hablar de las bondades de los limones, pero Violeta tiene las orejas bien abiertas para oír la conversación de madre e hijo. «Me pregunto si ella se ha visto con el padre del chico».

—¿Cómo pudiste dejarme? No lo entiendo, ¿tan poco significaba para ti?

—Fue culpa mía, tu padre me obligó a escoger. No quería estar casado con una actriz, yo era solo su mujer, no podía ser nada más que eso: su mujer. Me obligó a elegir entre el cine y quedarme a su lado, contigo. Me amenazó con no volver a verte nunca más.

—Y tú me dejaste. —El chico saca valor y mira a su madre a los ojos. Su cara ahora es de tristeza y de rencor.

—Sí, me fui. —Jackeline se obliga a ser sincera, solo quiere la verdad entre ella y su hijo. No más mentiras. Quiere recuperarlo, no quiere ser una actriz, no con él, quiere ser su madre y enmendar el daño que le ha hecho. Tiene miedo de que sea demasiado tarde, pero está dispuesta a luchar por él.

—Me salió un papel y perseguí mi sueño. Al principio pensé que a tu padre se le pasaría el odio que sentía hacia mí y mi carrera, que al cabo de unos meses lo comprendería y arreglaríamos las cosas y dejaría que te viera. Pero no fue así. —Su voz es quebradiza e insegura, está llena de miedos, se siente culpable. Con la decisión que tomó, le hizo daño a su hijo y se lo hizo a sí misma.

El chico la mira. Todavía desconfía, pero hay algo en ella, quizá es porque se parecen, quién sabe, hay algo que es más fuerte que todo el odio que tiene dentro de él.

—Ya no pude verte más. Tu padre se convirtió en un muro.

—Y sigue siendo un muro. Es un hombre impenetrable. Tanta sonrisa en público y en su consulta con sus pacientes. Y bajo el traje hay un témpano de hielo.

—Pero se ha convertido en un buen médico.

—Sí, eso sí, es un gran profesional, no solo de la medicina. Tú le has visto, ¿verdad?

—Sí, ha pasado por el hotel en dos ocasiones y hemos hablado algo. Mañana le veré otra vez, estoy invitada a compartir el balcón de honor en la fiesta de los cántaros.

—Sí. El sarao con funcionarios encorbatados y politicuchos de provincia, eso es lo que le gusta a él.

—¿Por qué no me acompañas? ¿Te ha pedido tu padre que le acompañes?

—No. —Se queda pensativo—. Pero iré. —La cara de Kass se ilumina—. Aunque sea solo para fastidiarle.

Los dos se miran y se esboza en sus labios una sonrisa idéntica. Están ante un reflejo de sí mismos, tienen delante la persona que no han sido y que quieren ser. No hay nada más maravilloso que compartir las hazañas, sobre todo si son con personas que quieres. Ella quiere vivir la libertad de él, la fuerza de los quince años y estar aquí para hacer realidad sus sueños. Él quiere compartir su gloria o saber si canta en la ducha, si adora el mar como él, si Hollywood es el país de los sueños o si ella se levanta temprano como hace él.

—¿Te gusta el mar?

—Sí, mucho. Mi casa en Los Ángeles está frente al mar. Si tú quieres, solo si tú quieres, puedes venir. Cuando tú quieras, yo sé que no puedo pedirte nada. Y a ti, ¿te gusta el mar?

—El mar es parte de mí. No podría vivir lejos del mar. Es mi marcapasos, hace funcionar mi corazón. Más que la música, los libros o las redes sociales. —Kass mira de nuevo a su madre en busca de aprobación—. Y dibujo. Siempre llevo un bloc y un lápiz conmigo. Fíjate.

Saca del bolsillo un carboncillo y un pequeño cuaderno. Le enseña a su madre dibujos de chicos jugando al voleibol, ancianos sentados que están de tertulia, mujeres que caminan cargando la cesta de la compra, una madre haciendo trenzas a su niña. Todos siempre cerca del mar. En cada dibujo, la costa y el agua marina son el escenario. Jackeline se ríe con un cangrejo esbozado en primer plano tomando el sol sobre una piedra frente a la fortaleza. Después le pregunta por el hombre dibujado en una de las páginas del cuaderno sentado en una barquezuela de pesca.

—Es el abuelo, a veces me lleva a pescar.

—¿Y pescáis mucho?

—Nada, siempre volvemos de vacío. Al abuelo le da pena cazar peces.

Los dos se ríen y siguen hablando de cosas trascendentales, mucho más que la ciencia o la economía. Reducir la vida a los datos es una pérdida de tiempo, de energía y de imaginación.

—Un día me caí de la barca. Y cuando el abuelo trataba de ayudarme con el remo me dio con él en la cabeza. —Toda la atención de ella la tiene el muchacho. Cada historia que le cuenta es una pieza de un puzle de quince años con miles de piezas que hay que colocar

—. Y cuando estaba dentro del agua vi un pulpo gigante, o eso me pareció a mí.

— ¿Cómo saliste del agua?

— Fue fácil, la barca del abuelo es pequeña.

— Hace unos años, hice una película donde me sumergía en el agua con un equipo de científicos y nos encontramos con tiburones.

— Ahora que sé que eres mi madre miraré todas tus películas.

— Kass, es más importante que me sigas contando tu vida. Una vida vale más que mil películas.

— Pero tu fama, eres una estrella.

— La fama no sirve de nada si uno no es feliz.

El olor que desprenden los limoneros es penetrante. Andreas corta uno y se lo da a la señora Lope. Tiene una pulpa gruesa, su forma es irregular y tiene un tamaño mucho mayor que el de una naranja. Él coge otra fruta, la abre por la mitad y empieza a comerse la piel.

— Es dulce como la miel, pruébela. — La señora Lope se lo agradece, pero le dice que no. Sigue con la oreja pegada a lo que dicen madre e hijo.

— Tienes algo aquí —le dice ella—. Aquí, espera que te lo quito. — Es la única manera de acercarse a él. La actriz se muere por darle un abrazo a su hijo, ahora es lo único que le importa. Anhela tocarle ese pelo dorado tan parecido al suyo. Tan cerca y tan lejos a la vez.

Él la esquiva cuando ella extiende el brazo para tocar su cabello.

— Perdóname, no quería...

El chico la mira, se siente como un idiota. Detiene su paso y se acerca a ella para que se lo quite.

— ¿Es algo vivo o muerto?

Ella acaricia su sedoso pelo. Le parece estar tocando la cabeza del bebé que quince años atrás dejó en brazos de su marido. No puede

contener las lágrimas y su rostro se moja de dolor.

—Me alegro tanto de estar aquí contigo.

—Pues no lo parece, estás llorando.

—No son lágrimas, es agua de mar, del día que fuiste a pescar con tu abuelo. —Ella se limpia la cara—. Ya está, ya te lo he quitado, era solo una hebra.

Violeta y su acompañante se unen a ellos y siguen el paseo los cuatro juntos. Andreas aprovecha para contarles una historia local.

—Antiguamente, cuando el hijo de una familia de la isla se casaba, el padre cortaba un ciprés o un olivo y hacía un mueble con la madera. El día de la boda lo regalaba a los novios para su nueva casa. Pero cuenta la leyenda que hubo una familia, hace ya mucho tiempo, que decidió hacer una cuna en vez de otro mueble, adelantándose al devenir. Dicen que cuando nació su primer bebé los padres lo dejaron en la cuna y se fueron a dormir. Esa misma noche hubo una gran tormenta. La casa, que estaba a pie de playa, se inundó. Y la cuna, como si de un barquito se tratara, se llevó al pequeño mar adentro.

—Andreas, qué historia más horrorosa. —La señora Lope se alarma.

—*Ti na kánume*⁴³. Pero esperen, que no ha terminado: los padres del niño, desesperados, se sentaron en la arena y cogidos de la mano miraron hacia el horizonte suplicando a las ahora serenas aguas del mar que les devolviera a su bebé. Durante años hicieron lo mismo, pero las blancas y musicales olas de la playa no trajeron de vuelta al pequeño.

»Un día pasó por allí una misteriosa mujer cargada con una vasija de vino y una vasija de aceite. Ellos la hospedaron y compartieron lo poco que tenían con la desconocida. Antes de retirarse a dormir, la

extraña mujer les dijo: *Burubi, buruba, afto to nisé za pesi stin angallá.*⁴⁴ Y acto seguido tocó las manos de los dos cariñosamente. Esa noche hubo tormenta y el mar clamó con furia, como si hubiera perdido su poder y su reino.

»Al día siguiente de madrugada la extraña invitada había desaparecido. Pero les había dejado sus dos vasijas llenas de vino y aceite. Y esa misma mañana, cuando los dos seguían todavía abrazados el uno al otro en la cama, de pronto oyeron claramente el sollozo de un bebé. Salieron de la casa y en la playa vieron una cuna, corrieron hacia ella y dentro estaba su hijo, sano y salvo. La familia dejó la casita frente al mar y se fueron a vivir a las montañas donde felizmente cultivaron la viña y disfrutaron del dorado zumo de los olivos.

³⁶ Comida local en pequeñas porciones como aperitivo.

³⁷ '¡Es para usted, señora, todo para usted!'

³⁸ '¡Salud!'

³⁹ '¡Señora, es usted una diosa! ¡Qué belleza!'

⁴⁰ Comer con mucha hambre, como un lobo.

⁴¹ ¿Podríamos hacernos una fotografía con usted?

⁴² '¡Pero, hombre!, ¿qué cosa sois vosotros, no os dije que no hablarais y que no pidierais nada a la señora? Bueno, adelante con la fotografía y después dejáis a la señora en paz'.

⁴³ '¡Qué le vamos a hacer!'

⁴⁴ '*A esta isla le va a caer un abrazo*'.

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
un día antes de la fiesta de Boötis Alfa*

—Aquí no hay nada, gran hierofante. Yo ya le informé. Ha sucedido lo mismo que en los casos anteriores. —Los ojos pequeños y negros del criado están clavados en el gran sacerdote.

—¡Imposible! —Efialtis evita devolverle la mirada, le repugna ese hombre. Prefiere echar un vistazo al interior de la funesta estancia que oculta el agujero. Los dos se encuentran frente a la puerta susurrando para que nadie sepa de lo que están hablando.

—Solo que esta vez me encontré la lámpara de aceite que le di en el borde del agujero, pero el elegido no estaba en la habitación. —Prokrustis mira hacia el templo para asegurarse de que no hay nadie cerca. El resto de los sacerdotes están atendiendo a los ciudadanos que traen ofrendas florales a Medusa y hacen preparativos para la fiesta de mañana.

—¡Esto tiene que ser obra de ese miserable de Oréstis, él los libera durante la noche! —El criado habla con malevolencia. Prokrustis está tan preocupado como Efialtis.

El gran sacerdote lo detiene levantando la palma de la mano. Para él el asunto no es tan claro, los elegidos que han desaparecido no han vuelto a sus casas y eso le desquicia. Su retorcida mente le hace sospechar de todos. Incluso le pasa por la cabeza que Pérsida tenga algo que ver con esto. La mujer ha estado a su lado durante muchos

años, pero quizá ahora desea deshacerse de él y quedarse con la mansión que han construido. Después del último viaje que hizo Prokrustis a Kassiopi, él también le ha expresado sus dudas sobre la mujer. Puede que haya conocido a alguien que conspira con ella, un cómplice, un hombre de la ciudad. Efialtis sabe que si esos hombres no vuelven a sus casas, al final va ser a él a quien el pueblo pedirá explicaciones.

—¿Y este olor a descompuesto? ¿De dónde viene? Antes no olía así. Cuando construimos el agujero diseñé un acceso lo suficientemente grande como para que no hubiera problemas de obstáculos que dificultaran el flujo del agua. ¿Por qué huele así? —A pesar de los contratiempos, el gran sacerdote conserva la calma que suelen tener los hombres perversos.

—Serán algas, hierofante.

Efialtis entra en la estancia con calma, inspeccionando cada uno de los recovecos de madera de las paredes y cada una de las piedras que circundan el perímetro de agua. Como es de día, por la puerta entra un halo blanco de luz natural que le permite caminar alrededor del agujero y ver claramente dónde pisa.

—¿Y eso? —Señala una mancha negra que hay en el suelo.

—Aquí es donde encontré la lámpara de aceite que di al elegido antes de dejarlo en la estancia.

Efialtis no va a arrodillarse, ordena a Prokrustis que lo haga.

—Acércate y dime a qué huele.

El criado se acerca al agua en el punto donde está la mancha negra. La toca con la mano y la huele.

—Huele a quemado.

—Es el aceite. A ese idiota se le cayó la lámpara, que provocó una llama de fuego.

—Después resbaló y se cayó a causa del pánico —añade Prokrustis, orgulloso de su agudeza.

—¿Y el cuerpo, ignorante? ¡Tendríamos un cuerpo flotando en el agua! ¡Mira! ¡Mira bien! ¡Acércate al agua!

Prokrustis hace lo que le manda el hierofante. El agujero apesta, pero su cabeza está a unos centímetros del agua. Mira detenidamente el líquido, pero es imposible ver el interior. Es un agujero negro. No es posible ver nada. De tanto forzar la vista le parece ver un resplandor dentro del agua.

—¿Ves algo?

Hay unos instantes de silencio. Prokrustis puede ver algo brillante, pero ese punto de claridad se desvanece enseguida.

—No, nada.

Los ojos grandes y redondos de Efialtis están a punto de explotar de ira. Se enfrenta a una situación que no puede controlar, porque no la entiende. Es tan pequeño el espacio por donde caminar alrededor del círculo que con su espalda deforme roza las paredes de madera y se pone todavía más tenso.

—¡Levántate!

Prokrustis se alegra de poder ponerse de pie.

—Ordena al sacerdote joven que se meta ahí dentro y que limpie las paredes. Le haces bajar y que inspeccione el agua. Que lo haga mañana a primera hora. Tú estarás con él en todo momento. Ya te dije la última vez que no lo perdieras de vista. Oréstis es el único que conoce parte del ritual.

—Sí. Debí quedarme con él toda la noche durante la ceremonia. No volverá a ocurrir, nuestro hierofante. —Prokrustis no menciona en ningún momento que el sacerdote oyó que el elegido pedía ayuda. No le parece importante, todo eso fue un efecto de los vapores

alucinógenos. Oréstis es un estúpido, eso es lo que piensa el criado—. Se lo prometo, no ocurrirá más.

—Seguro que no. —Efialtis lo dice como una amenaza. El gran sacerdote mira con aversión a su ayudante. Sabe que van a tener problemas y antes de enfrentarse a ellos prefiere escapar—. Hoy tengo previsto ir al norte, quiero inspeccionar cómo va todo en Kassiopi, pasaré la noche allí. Volveré mañana al atardecer. —No mencionará al criado que él también sospecha de Pérsida, por ahora no. Primero prefiere hacer una visita inesperada a esa mujer y, de paso, alejarse de la ciudad.

—Señor, pero mañana es el día. ¡Es la fiesta de la ciudad! —dice Prokrustis, alarmado—. Es Boötis Alfa.⁴⁵ Es la fiesta más importante del año. El templo recibirá muchos votos y ofrendas. Nosotros abrimos la celebración cada año al mediodía rompiendo las lozas viejas en las escaleras del templo.

Efialtis está al corriente de sus obligaciones. Su criado es un necio si cree que no lo recuerda. Mañana al mediodía, él y sus sacerdotes son los primeros en arrojar a la escalinata del edificio sagrado viejos objetos de cerámica. Todo lo pasado y desconchado por el tiempo desaparece, hay que hacer sitio a lo nuevo. Es una fiesta simbólica que da paso a la resurrección de la naturaleza, a la llegada de la estación de la vida. Pero él no tiene ninguna intención de desempeñar su papel de sumo sacerdote este año. Es el momento de poner a prueba sus dotes interpretativas que tanto le han ayudado a lo largo de su vida. El hierofante se apoya artificialmente en su sirviente y hace como que respira con dificultad, tal como lo haría un hombre desahuciado. Se acerca tanto como puede a su criado y hace como que sucumbe bajo el peso de su espalda deformada.

—Estoy cansado, fiel Prokrustis, necesito descansar. Te encomiendo a ti la representación del templo ante los ciudadanos.

—¿Yo? Pero...

—Sí, tú, ¿en quién más puedo confiar? Tú eres mi único confidente. Lo harás bien, tú someterás a los demás.

Efialtis no precisa el poder de adivinación de Medusa, sabe al dedillo que mañana habrá problemas. La isla estará de fiesta y las familias se reunirán, entre ellas la del desaparecido Periklís. Hoy todavía reina la incredulidad en la casa del comerciante, seguramente dudan y se preguntan por qué no ha vuelto a casa, pero atenderán sus negocios y esperarán a mañana, que es fiesta y se reunirán. Bajo un mismo techo se tomarán decisiones. Cuando las familias están juntas, son tan poderosas como los ejércitos.

Mientras conspiran aparece Oréstis con una corona de flores silvestres que acaban de traer al templo.

—¿Qué haces aquí? ¡Vete al templo con los demás!

—¡Oh, lo siento! —Oréstis baja la cabeza al ver que también está allí el gran sacerdote—. Pensé que podríamos colgar la corona en la puerta de la estancia. Huele muy bien y...

—¡No! ¡No! Fuera de aquí. —El criado ahuyenta al joven sacerdote como si fuera un perro sarnoso. Es mezquino, solo él quiere tener tratos con el hierofante y trata a los sacerdotes de la comunidad como despojos humanos cuando el sumo sacerdote está delante. Efialtis no hace nada al respecto, la vejez lo ha agriado, ahora solo piensa en él y le es útil tener a un miserable que haga todo el trabajo sucio.

A Oréstis no le hace falta la confirmación de nadie, él se esfuma por donde ha venido. Dejará la corona de flores primaverales con las demás ofrendas y se acabó. Para la fiesta de Boötis Alfa se recogen

las primeras flores primaverales, las más aromáticas, y se hacen bonitas guirnaldas que se cuelgan en las puertas de las casas. Él solo quería que oliera mejor el lugar donde hacen la ceremonia del elegido. Cuando ya ha desaparecido de su vista, los dos hombres de Delfos continúan conspirando.

—No te olvides de que el chico se meta en el agujero y lo limpie. Hay que quitar este olor.

—Sí, hierofante.

—Y que recoja de paso las alhajas que hay ahí abajo.

—Habrá muy pocas. Oréstis sacó las del año pasado recientemente.

—¡Lo que haya! La próxima vez que vaya al norte las dejaré a Pérsida para que las funda. Hay que pagar a los egipcios; por lo que me dijiste están terminando su trabajo en la mansión.

—Eso dijo ella.

—Prepárame el carro. Hazlo discretamente, no deseo que me vean partir. Llévalo a la salida de la ciudad. Yo me reuniré contigo más tarde y después vuelves para comunicar a los sacerdotes que tú oficiarás la fiesta mañana.

⁴⁵ Boötis Alfa o Arcturus —vigilante de la Osa Mayor— es la estrella más brillante del hemisferio norte en primavera. Así señalaban los griegos el final del invierno y el inicio de una nueva etapa rebosante de vida y bondades naturales, que transcurría durante nuestra primavera, verano y la mayor parte del otoño. Solía ser a finales de marzo, principios de abril.

Capítulo 16

Viernes Santo, un día más oscuro de lo previsto. Esta noche Becky camina algo perdida por la falta de luz. Comprueba nerviosa su situación en Google Maps. Su móvil se ilumina y la luz que irradia la tranquiliza. Mira atentamente la pantalla, supone que el antiguo templo de Medusa ya no puede estar lejos de donde se encuentra, no tendrá que andar mucho más. Mejor así, porque lleva unas sandalias de plataforma que le complican la vida. Ella piensa que estos son los únicos zapatos que le quedan bien con el minivestido que ha decidido ponerse para acudir a su cita con Johnny. Está convencida de que sacará un taco de admiración al americano.

El único inconveniente de la noche es que todo está terriblemente negro. Las últimas calles por las que ha pasado casi no tenían alumbrado público y el pavimento está lleno de socavones que a esta hora tardía son agujeros negros sin fondo.

Saber el lugar exacto donde excava el equipo de arqueólogos ha sido fácil con internet. La joven ha salido del lujoso hotel creyendo que todo estaba bajo control. Pero no se figuró que tendría que pasar por calles tortuosas donde no encontraría ni una puñetera acera donde caminar grácilmente y con seguridad. Para su sorpresa, mientras avanza a topetazos, se cruza con gente luciendo sus mejores trajes que avanzan en dirección opuesta a la suya. No parecen tener dificultades con el estado de la calle, están acostumbrados a los desperfectos y conviven con ellos sin problema. Ellos van al centro de la ciudad para ver las procesiones de Viernes Santo. Ella tiene otros

planes esta noche y sonrío de felicidad pensando en su encuentro furtivo con Johnny en un lugar tan romántico como un templo griego de la antigüedad.

Uno de los oscuros hoyos de la calle imposible de calcular la desequilibra y suelta una maldición. Detiene la marcha porque nota dolor en el tobillo derecho. Se pasa la mano por el pie.

Una menudencia.

«Se me pasará».

Becky no dejará que nada la detenga, nada estropeará su cita clandestina con su arqueólogo favorito. Reanuda la marcha, pero unos metros más adelante de nuevo sufre un traspie. Se enfada, se pregunta cómo es que hay tan poca iluminación pública en esta maldita ciudad.

«No hay farolas por ninguna parte, ¡mierda!».

Mira la hora en el móvil. Ha quedado con Johnny a las diez. Está impaciente por llegar y encontrarse con él. Es guapo y tiene ese aire de bandido que la vuelve loca. Y cuanto más sucio se lo imagina, más pierde el control. La actriz visualiza el cuerpo musculoso y fuerte del americano, fantasea con él en la oscuridad. Imagina su delgado y escuálido cuerpo entre los brazos de él.

«Es muy romántico lo de tener una cita en medio de las ruinas de un antiguo templo griego». Se imagina un beso de postal, ellos unidos con la luna de fondo. Becky mira hacia el cielo, pero no ve la luna por ninguna parte. «Ya saldrá. En algún sitio tiene que estar. ¡Maldita humedad!».

Johnny tiene que ser un tipo sensible. Un hombre detallista. La joven está construyendo su ideal masculino, pieza tras pieza. Recuerda los besos que se dieron ayer en la fortaleza una vez llegaron arriba, donde descansa la cruz iluminada. Las manos de él

bajando por su espalda, recorriendo cada centímetro de su piel con atrevimiento.

De pronto, como un relámpago, le viene a la cabeza la camarera y la noticia de su muerte. En una extraña asociación de ideas, a Becky se le pone la piel de gallina.

«Es que fue ayer, todo es muy reciente, y estaba con él». Se habla a sí misma, para tranquilizarse un poco. A cada paso que da se aleja más del centro urbano y la sensación de soledad aumenta. Hace unos minutos que nadie se cruza con ella. Becky la oyó, era la camarera con un desconocido que la adulaba. Se estremece ante la idea de que ese hombre pudo matarla. Un espasmo de miedo recorre su cuerpo y siente frío. Se coge el borde del vestido y tira de él hacia abajo con fuerza. Con la caminata se le sube y parece que vaya en bañador. Es una noche húmeda y fría.

Becky mira a su alrededor, no hay nadie. Paulatinamente los bloques de viviendas quedan atrás y se adentra en una zona de huertos y modestas casas, algunas más parecidas a chabolas que a residencias familiares. Se obsesiona con la conversación que oyó en la fortaleza. Está segura de que era la voz de la camarera. Tenía ese tono calenturiento y chascoso de ella. Está decidido: como mañana no hay rodaje, irá a la policía y les contará todo lo que escuchó. La joven aprieta el paso, pensar en la muerte de esa mujer la ha puesto nerviosa. Quiere llegar cuanto antes al sitio de la excavación y encontrarse con el arqueólogo, no quiere estar sola. Quizá deberían haber quedado en el hotel.

El camino llano es ahora una leve cuesta y allí, delante ante ella, aparece la extraña casa en forma de herradura. Hay unos carteles que prohíben el paso más allá de la vivienda. El mapa del móvil le indica que ya ha llegado. Está tan oscuro que no se atreve a avanzar más.

—¿Johnny? —Decide llamar al americano desde aquí.

No recibe respuesta. Becky está de pie inmóvil, vuelve a bajarse el vestido y se moja los labios, está preparada para el gran encuentro con él. Mira el cielo, la luna todavía está escondida tras alguna nube, no hay rastro del astro iluminado. Después echa un vistazo a la pequeña casa que tiene a la izquierda, con esa rara forma circular y el montículo a la derecha donde antiguamente hubo el templo de Medusa. Se da cuenta de que no hay señales de que estén excavando en esa zona. Y no hay rastro del templo griego con sus columnas y su fachada monumental, lo que ella se había imaginado hasta ahora. Avanza unos metros en la oscuridad. Después se para de nuevo y con la exigua luz del teléfono ilumina el lugar.

—¿Johnny? —Busca la figura del arqueólogo entre penumbras. Pero el silencio es la única respuesta que obtiene.

Repite el nombre de su amigo varias veces. Le quita el miedo que siente. No ha sido una buena idea quedar aquí. El lugar está en ruinas y es demasiado oscuro para ser romántico. Tropieza con algo. No llega a caerse, pero se asusta. Enfoca con el móvil al suelo. Alguien del equipo olvidó una paleta. Por poco se cae de bruces. Si hubiera sido así, se hubiera manchado la ropa y se habría arruinado la noche.

«Qué idiota soy. La ropa es solo ropa». Respira hondo, quiere calmarse. «Johnny todavía no ha llegado». Respira profundamente para relajarse. Todo huele a humedad y a barro. «Es asqueroso». Por más que quiera autoconvencerse de lo contrario, a la joven actriz le encantaría largarse de este lugar. Esto en nada se parece al escenario de sus fantasías pasionales.

Sigue buscando entre penumbras a su amigo. Mira hacia la casa. Quizá esté dentro. Pero no se ve luz. En el interior de la vivienda no

hay ni un triste resplandor. Avanza insegura, el corazón le late cada vez más deprisa. Entre sombras atisba el gazebo que usa el equipo para protegerse del sol y las grúas que penden sobre el gran pozo de piedra. Aquí es donde excavan.

«Este no es un buen lugar para caminar de noche. Debería haberme puesto otros zapatos». La joven actriz se inquieta, el suelo no es firme y el fango se pega a sus tacones de plataforma. Nota un picor repentino en el brazo.

«¡Malditos mosquitos! ¡Solo me faltaba esto!».

—¡Johnny! —grita con furia. La humedad y la oscuridad de la noche parecen llevarse las palabras muy lejos.

«¡Maldita sea! ¡Maldita sea!».

Su cuerpo tropieza con uno de los travesaños de madera que permiten a los arqueólogos llegar hasta el perímetro del gran pozo sin pisar el barro. Demasiado tarde para ella.

—¿Johnny, estás aquí? —Sigue sin obtener respuesta y la impaciencia la corroe.

La idea de haber quedado aquí ahora le parece terrible. Está demasiado oscuro. Ella se imaginaba focos alógenos dirigidos a las ruinas más antiguas, iluminando tenuemente todo el espacio de trabajo. Pero aquí no hay nada, solo su teléfono móvil con muy poca batería. De repente, oye un crujido cerca de donde está.

—¡Johnny, por fin! Estoy aquí, ven. Ayúdame. —Pero sus palabras siguen sin obtener respuesta, vuelve a reinar el silencio.

—¿Me estas vacilando? Ven aquí, por favor.

Desesperada, mira hacia el fondo negro que tiene enfrente.

—Larguémonos de este maldito lugar, ¿cómo esperabas enseñarme todo esto si estamos a oscuras?

Pero nadie responde a su pregunta. Becky empieza a caminar lentamente por el travesaño de madera y se acerca al pozo tanto como puede. Es como una piscina circular, pero sin agua. Con su móvil ilumina el negro agujero para ver la profundidad. De nuevo oye un ruido a su espalda, aunque no está segura de donde proviene.

—¡Johnny, sal o me largo!

Ella enfoca el Ojo de Medusa todo lo que puede. Imposible ver el fondo. Inesperadamente, oye el crujido de un travesaño de madera a unos pocos centímetros de ella. Su instinto hace que se dé la vuelta y la luz de la linterna ilumina el rostro de una persona que ella reconoce, pero no hay tiempo: su mano siniestra surge de la oscuridad y con mucha fuerza la empuja hacia el vacío que tiene a su espalda.

La joven actriz cae sin remedio, no le da tiempo a nada. Un grito agudo de dolor emerge del pozo y después, silencio absoluto.

—Buenas noches, princesa. —Alguien desde arriba se despide de su víctima.

Después de esas tres palabras, los pasos calmados del asesino a la fuga son el único vestigio sensorial del lugar. No es una huida rápida y furtiva. Todo lo contrario, es un escapar tranquilo y templado, casi de alivio. Ya no hay nada que contar a la policía.

Capítulo 17

—Ha sido aterrador. No me explico qué estaba haciendo aquí —se lamenta Larissa Fox.

—Es una suerte que viniera usted tan temprano y la encontrara. — El policía local la mira con curiosidad; sus *shorts*, su camiseta vieja, su pelo enmarañado.

Los dos están de pie, justo al lado del gran Ojo de Medusa de donde han sacado el cuerpo de Becky.

Con ellos está también el asistente que acaba de llegar.

—Ha sido difícil subirlo a la superficie y ha habido momentos de pánico. —El policía mira ahora al joven asistente en busca de una reacción. Pero Duke está tan sorprendido por lo que le acaban de contar que no puede articular palabra.

—El equipo médico presionaba al servicio de bomberos para que la extrajeran con rapidez, pues la vida de la joven corría peligro — insiste el policía.

—La manera de hacer las cosas aquí, se hablan a voces y todos a la vez... —Larissa está estresada. Y ese niño de otro tiempo que hoy le suplica sin parar. «BOIZISEMAS». Es gracias a él que la actriz está viva. Su voz rogando ayuda no la ha dejado dormir, por eso ha venido antes al trabajo. Ahora está también con ellos.

—Han sido momentos de mucha tensión.

—No me lo puedo creer. —Por fin el asistente logra expresar lo que pasa por su cabeza—. ¿Por qué aquí, en la excavación? Y tú viniste,

¿cómo es eso? —Hoy es sábado y tienen la rueda de prensa. Larissa había dado a su equipo la mañana libre.

—Es que no podía dormir. Con la rueda de prensa que tenemos hoy, quería coger unas fotografías que dejamos aquí. —Mira el reloj, no es solo la rueda de prensa, después debe asistir a la fiesta local en la Espianada; algo relacionado con cántaros lanzados desde balcones. Los dos actos le parecen redundantes comparado con lo que le ha pasado a esa chica. La recuerda revoloteando feliz por la terraza del hotel y por el salón el día de la fiesta.

—¿Y ya saben quién es la mujer que se ha caído dentro?

—Duke, no te lo he dicho: es Becky Turner, una de las actrices que conocimos en la cena del hotel, la que vimos con Johnny la otra noche.

El asistente vuelve a perder el habla, lo de poner rostro a la última víctima del Ojo de Medusa le deja en estado de *shock*.

—¿Y se pondrá bien? Pero ¿qué hacía aquí?

—¡No lo sé! Se la han llevado al hospital en ambulancia. Pero estaba inconsciente.

—El médico lo ha dicho bien claro: fue providencial que estuviera usted aquí.

—Fue la rutina: antes de ir al gazebo para buscar unos papeles me he asomado al agujero, como hago siempre, y allí estaba, en el fondo, inmóvil, como una muñeca rota. La reconocí enseguida. ¡Qué demonios estaba haciendo aquí!

El policía los deja y va a reunirse con un grupo de curiosos que ha traspasado la cinta de plástico que él mismo ha atado delante de la casa para impedir el paso.

—Definitivamente nos enfrentamos a un típico caso de maldición.

—¡Déjate de bobadas! —Larissa sigue perturbada por lo sucedido.

—¿No creerás que Johnny tiene algo que ver con esto?

—¡Claro que no! Sois jóvenes, pero no estúpidos. La chica está en el hospital, nosotros no podemos hacer nada por ella y es mejor que sigamos con lo nuestro. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

Larissa tiene que hablar con su equipo de lo que ha sucedido. Estarán todos durmiendo. Duke es el único que está con ella, porque le ha llamado después de lo ocurrido y le ha pedido que pase por aquí. Mira el Ojo de Medusa ensimismada. Si esa vocecilla pudiera guiarla hasta la realidad de este sitio, saber con exactitud lo que sucedió en este lugar.

—Los de la policía me han insinuado que es mejor que no rondemos por aquí durante un par de días. Llama a todo el mundo y diles que nos veremos en la rueda de prensa. Pero, Duke, no dirás nada a nadie, y menos a Johnny. Yo me encargaré de informarles cuando estemos todos juntos. Ahora ven conmigo y cogeremos algunas de las fotografías en papel para dárselas a los periodistas.

—¿Lo saben los del equipo de rodaje de la serie, jefa?

—Sí. He llamado al hotel y he hablado con el productor, uno de los jefazos. Se encargará de notificarlo a la familia. No sé qué hacen los del cine ante un imprevisto como este, les pondrá el rodaje patas arriba. —Larissa mira hacia el fondo del Ojo—. Está mal, Duke, está mal. Cuando he bajado a socorrerla tenía un golpe en la cabeza, la pierna y el brazo derecho rotos y seguro que más de una costilla fracturada. Imagino que se cayó de lado. Por suerte, los malditos hierros de ahí abajo no le han perforado ningún órgano vital.

La arqueóloga fija la vista en las grandes astas de hierro clavadas alrededor del profundo agujero y le parecen más y más siniestras. De pronto la voz del niño está con ella de nuevo, y esta vez con un mensaje nuevo: «den ine i medusa. ine mesa sto nero. boizisemas».⁴⁶

En su mente escucha al niño, habla con miedo, le habla de Medusa saliendo del agua. No está segura de haber entendido el críptico y breve mensaje.

—No puede ser Medusa.

—¿Cómo dices, jefa?

El policía aparece de nuevo después de haber pegado unos gritos a los primeros fisgones que han aparecido. No parece estar afectado por nada.

—He llamado a la comisaria. Vendrá uno de los cadetes y se quedará custodiando el lugar. Ya ha corrido la voz. Este sitio se convertirá en otra atracción de la Pascua corfiota.

—Debo reunir al equipo antes de la rueda de prensa y explicarles lo sucedido. —Da vueltas a las palabras del niño: Medusa saliendo del agua, pero es imposible. Es una imagen terrorífica. Visualiza la estancia secreta con olor a putrefacto y, allí en la semipenumbra, la criatura mítica emergiendo y arrastrando al fondo del gran Ojo al pobre diablo que en su ignorancia de lo que iba a suceder esperaba allí.

—Le dejo mi número. —Larissa le da su móvil y el policía teclea rápidamente su teléfono y se lo devuelve. Ella anota algo y hace una llamada perdida para que el policía local tenga también su número —. Gracias. Usted tendrá que pasarse por la comisaria para testificar.

Larissa asiente con la cabeza.

—¿Puede oler lo que yo? Algo apesta en este lugar.

—Creemos que antiguamente este agujero estaba cubierto de agua marina y conectaba con el mar atravesando la zona de marismas a través de un túnel. Quizá siguen filtrándose lodos de esas aguas bajas. Es salobre marino semiestancado, un buen caldo de fermentación para todo tipo de podreduras.

—Huele a guarida de bestia parda. —El policía se aleja dos pasos del pozo negro mientras se guarda el teléfono en el bolsillo.

—Larissa se queda inmóvil. —Si no era Medusa, tendría que ser una gran bestia marina, una criatura grande.

—La guarida de unos delfines, por ejemplo —aventura el policía sin saber—, un delfín que viniera a jugar. Son animales muy afables y se relacionan con los humanos. Yo voy de pesca un par de veces al año con unos colegas del trabajo y al alejarnos de la isla más de cinco kilómetros nos encontramos siempre con ellos. ¡A manadas vienen hacia nosotros, decenas de ellos! —El policía se entusiasma recordándolo.

—No creo que fuera un delfín. No es este el caso. —La arqueóloga no desea ni puede dar detalles. Hoy ante los periodistas tendrá que informar y lo hará a regañadientes y solo de los hallazgos, sin aventurar conjeturas de ningún tipo. Ella está segura de que este lugar esconde un secreto horrible y oscuro. Mira al policía, pensativa, sin desvelar sus pensamientos.

—Pero tuvo que ser una criatura igual de inteligente que el delfín —añade la arqueóloga—. Dígame, ¿cuándo podremos reanudar las excavaciones?

—Mañana es domingo y la Pascua se prolonga hasta el lunes. Deme cinco días.

—¡Cinco días es mucho tiempo! Dos días le bastan.

—Si nuestra herida está en condiciones de hablar y resulta que fue un accidente, le aseguro que el martes reanudan el trabajo. Si no es el caso, necesitaré los cinco días y no hay más que hablar.

Ella no va a discutir, sabe que las cosas de palacio van despacio siempre. El policía local se ofrece para llevarles con su coche oficial y aceptan la invitación. Deja a Duke y Larissa en la entrada del hotel.

La rueda de prensa se celebra dentro de una hora, a las diez en punto, en la sala de convenciones. Disponen de poco tiempo. Ella quiere pasar por su habitación a asearse. Quizá se tome una tila para relajar los nervios. Decide que lo mejor será hablar con su equipo media hora antes de que empiece el sarao periodístico y, sin perder tiempo, da órdenes a su asistente. El joven es responsable absoluto de que todos estén allí a la hora prevista.

Y como era de esperar, ni uno de ellos falta a la cita. Algunos ni se han peinado, otros tienen un ojo abierto y otro cerrado. No esperaban tener que levantarse temprano hoy y algunos no se habían planteado asistir a la rueda de prensa. Larissa les saluda escuetamente. Sigue afectada por lo ocurrido, debería haberse tomado algo más fuerte que una tila. No puede borrar la imagen de esa chica destrozada en el fondo del agujero. También se siente víctima de algún tipo de conspiración. Lucha por evitar relacionar el incidente con una maldición de Medusa. Pero si no lo hace ella, alguien lo hará en su lugar.

—Debo informaros de que el templo de Medusa quedará cerrado durante unos días. No podremos trabajar. Esta mañana he encontrado a una chica en el fondo del agujero. Está viva, pero...

Los arqueólogos se levantan de sus asientos sobresaltados. Todos conocen al dedillo los metros de altura que hay entre la superficie y el fondo de la excavación.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Qué hacía ahí?

—Nadie lo sabe. Está en el hospital, inconsciente.

—Johnny, tú la conoces. Todos la conocéis, estaba en la cena del otro día. Se aloja en este hotel, es una de las actrices.

—¡Becky! —El americano se levanta.

Larissa asiente con la cabeza.

—Está en el hospital. Si quieres pasar a ver cómo está, pide un taxi desde recepción y que lo carguen a mi cuenta. Anda, vete. Su familia ya lo sabe, pero supongo que no viven aquí y no tiene a nadie en la isla.

El americano se dispone a dejar la sala. Parece genuinamente sorprendido y muy alarmado. Cuando abre la puerta para salir se tropieza con tres periodistas griegos que vienen a preparar la rueda de prensa.

—Pero ¿se cayó o la empujaron? Y no entiendo qué hacía allí — pregunta Stella.

—No se sabe.

—Quiero decirles que si alguien quiere abandonar la excavación lo entenderé. Los accidentes suceden, pero quizá vuestras familias prefieran que lo dejéis.

Hay un rumor general, pero ninguno parece estar dispuesto a dejarse amedrentar. Uno de los periodistas les pregunta si esta es la sala donde se celebrará la rueda de prensa. Larissa les responde afirmativamente, pero les hace esperar fuera; quiere unos minutos más a solas con los suyos.

—Quiero pedirles que no mencionéis el incidente a ningún periodista. Por eso os he reunido a todos. No quiero que nuestro riguroso trabajo arqueológico se convierta en el pretexto para llenar la primera plana de la prensa con una supuesta maldición de Medusa y detalles desagradables sobre el estado de la chica, ya sabéis cómo van estas cosas, ¿queda claro? Si de mí dependiera cancelaría esta rueda de prensa ahora mismo, supongo que vosotros también os dais cuenta de que todavía no es el momento.

Y es verdad, todos lo saben: su trabajo no ha terminado. No habría que anunciar nada a la prensa. Sin embargo, las autoridades locales,

sin cuyo permiso no podrían excavar, les constriñen a informar públicamente del estado de la excavación. A Larissa Fox no le basta con ser una reputada arqueóloga para detener las ambiciones personales de los funcionarios estatales de turno. Su equipo está formado por técnicos y en estos asuntos siempre ganan los políticos.

Los arqueólogos se dispersan mientras la sala va llenándose con periodistas variopintos. Algunos de ellos han venido a Corfú desde otros países para hacer un reportaje sobre la celebración de la Pascua en la isla y solo los más perspicaces comprenderán la envergadura de la noticia que están a punto de darles.

Larissa saluda a Stefanos Asprudis, que acaba de llegar elegantemente vestido con traje y corbata. Observa que incluso lleva algo de maquillaje. Ella se ha puesto ropa limpia, nada más, unos tejanos y una blusa holgada.

El hombre ojea la nota de prensa rápidamente y reprende a la arqueóloga por no dársela antes. Ella se lo lleva a una esquina de la sala y le comenta lo que ha sucedido en el templo de Medusa esta mañana. Parece estar informado y baja la voz de inmediato, pone la mano estratégicamente sobre la boca para que ningún periodista pueda leer sus labios. A él tampoco le interesa que se sepa nada del accidente, ya que pueden surgir preguntas indeseadas sobre la seguridad del sitio. Larissa desearía poder hacer su trabajo sin tener que tratar con tipos como este. Pero nada es perfecto. El político local lee rápidamente el papel y lo da por pasable.

—La nota informativa que ha preparado me parece paupérrima. — El político mira a la arqueóloga desafiante—. Se nota demasiado que no desea compartir información con la prensa. Se darán cuenta enseguida.

—Sí, pero hay que ser prudentes. El otro día acordamos esto. Ceñirnos a los hallazgos. He detallado el lugar y todos los restos humanos hallados junto con los objetos de valor relacionados con su atuendo.

—Sí, pero los periodistas no son todos unos mentecatos. Usted debería haber escrito que quizá se trata de una tumba colectiva, por ejemplo, y así ellos no hacen hipótesis indeseables, como que aquí se realizaron sacrificios humanos a Medusa.—. Larissa mira furiosa al arrogante individuo que tiene delante y que la invita a mentir.

—No puedo hacer lo que me pide. —Lo insultaría, pero contiene su lengua.

—¿Ha traído fotos?

—Sí, por supuesto.

—Bien, bien. —Stefanos llama a un chico del hotel y le pide que haga fotocopias del documento.

La voz llorosa del niño resuena en su cabeza una vez más:

«den ine i medusa. ine mesa sto nero. boizisemas».

No está segura de lo que le dice la voz. Los sollozos del pequeño le impiden oír con claridad. ¿Está diciendo que no fue Medusa? Mientras sigue inmersa en la interpretación de esas pocas palabras en griego, la sala se llena de cámaras y periodistas. Y antes de que el sol toque la línea del mediodía la noticia ya es pública. Los periodistas que asisten a la rueda de prensa son avisados y la mayoría de ellos atan cabos y comprenden que el hallazgo de los huesos humanos en la extraña construcción circular anexa al templo de Medusa puede muy bien ser un lugar donde se celebraban sacrificios humanos en el momento álgido de la Grecia antigua. La mayoría de los periodistas son griegos y quien más quien menos sabe

que en esa época solo se hacían sacrificios religiosos con animales. Rumorean entre ellos, bombardean a preguntas a la arqueóloga de Oxford y el político no puede pararlo. Tampoco ella, se temía algo así. No era una buena idea hacer una rueda de prensa tan pronto. El Ojo de Medusa va a llegar a las primeras páginas de muchos periódicos: *La cuna de Occidente se tiñe de rojo. Sacrificios humanos en la Grecia de Pericles. El Ojo de Medusa petrifica al mundo occidental.* Titulares como estos circularán por las redacciones de muchos medios de comunicación durante las próximas semanas.

⁴⁶ 'No es Medusa. Está dentro del agua. Ayúdanos'.

Capítulo 18

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
día de la fiesta de Boötis Alfa*

—Esto puedes cogerlo. Pero date prisa, porque falta poco, hay que ir al templo. Y esto también cógelo. —Leonidas acerca a Laértis dos objetos de arcilla desconchados. Se encuentran en el Kerameikos⁴⁷.

El niño está reuniendo piezas de cerámica dañadas para cumplir con la tradición de tirarlas por las escaleras del templo al mediodía. En la estancia donde pasan las noches su padre y él no tienen nada que tirar, ni un triste cuenco de aceitunas.

—¿En serio podemos tirar esta vasija?

—Sí, llévatela, no quiero verla. Es corintia. Bazofia. Fíjate qué falta de detalle en los dibujos. Ven y fíjate. Esto lo hago yo mucho mejor.

—Tú y muchos otros alfareros de la isla. —Fímio está con ellos. Está revisando los largos estantes del taller para ver si hay algo que le pueda interesar para la taberna. Cada pieza es una pequeña obra de arte. Se queda mirando unos jarrones para vino donde hay dibujados animales salvajes de los bosques de Kórkyra.

—Los malditos corintios venden nuestras cerámicas y dicen que son tuyas. —A Leonidas este tema le pone nervioso.

Fímio sonrío. Cuando en la taberna se toca el tema de Corinto, los ánimos se sulfuran.

—Sí, siempre tocando las narices. La familia de Periklís y otros comerciantes y propietarios de barcos están hablando de pedir ayuda

a Atenas. Están hartos de que los corintios se apoderen de sus rutas comerciales.

—Tú que tienes orejas en todas partes, Fímio, ¿se sabe algo del hombre?

—Nada. Ayer hablé con una de las hijas. Lo están pasando muy mal, porque la madre moribunda pregunta por él y no saben qué decirle. Me dijo que su padre fue al templo para realizar la ceremonia de Medusa. Esa que dicen que se puede hablar con ella.

—Y ya no lo han visto más. Así que ha pasado lo mismo que con Hippodámos y los demás. Mala cosa.

—Ni que lo digas. —Fímio mira al niño.

El pequeño ha recogido en su capa las cerámicas que le han dado. Ahora curioseas por el taller mientras los mayores hablan, hay tanto que ver. Cántaros de distintos tamaños y finamente decorados están alineados en grandes plataformas de madera. Los artesanos han pintado caballos, ciervos, leones y panteras en los de gran tamaño. Hay otros más pequeños donde Laértis identifica cisnes, cigüeñas, lechuzas y muchas otras aves que él ha visto en más de una ocasión. Lo mira todo boquiabierto.

—¿Y todas estas vasijas que tenéis aquí? —pregunta Fímio.

—A punto están de embarcar hacia el oeste. Van lejos, a Masalia⁴⁸. Pero no sé mucho más. Es un encargo que me hizo Héktoras, el hijo político de Periklís. ¿Tú qué piensas, Fímio, qué ha pasado con estos hombres, crees que en verdad Medusa...?

—¡Bobadas! Leonidas, cómo vas a creer algo así. Por todos los dioses, amigo mío. Tienes que salir más. Te pasas demasiadas horas entre estas cuatro paredes y cuando vienes a la tasca bebes poco, eres un tacaño.

—¿Tacaño, yo? ¿Me acabas de llamar tacaño?

—Sí. Eres un roñoso. Déjate llevar un poco por la vida y aprende de algunos de mis clientes.

No es la primera vez que se meten con Leonidas por lo avaro que es y concluye siempre que lo mejor es cambiar de tema. Así que se fija en el niño, que se ha detenido delante de una gran estatua de Artemisa apostada en el centro del taller.

—¿Sabes por qué tenemos a la diosa de la caza aquí en el taller, Laértis?

—Para alegrar las vistas. —Fímio se acerca a la gran estatua y señala la parte desnuda de la diosa mientras pone caras para que el niño se ría.

—Fímio, qué mundano eres. No sé cómo Epiléon confía en ti y te deja a su hijo. —Se pone más nervioso, pero lo resuelve con un par de resoplidos profundos—. Escucha, Laértis, ella es la diosa de la caza y los animales y está aquí para asegurarse de que pintamos la fauna de nuestra isla con amor y precisión.

—Es hora de irse, amigos. —El tabernero quiere volver a su negocio. Aprecia a Leonidas, pero no podría estar con él mucho tiempo. Así que recoge el hatillo que ha hecho el pequeño Laértis con los objetos dañados y el artesano deja las explicaciones para ir a cerrar las puertas del taller. Hay que llegar a la calle principal antes del mediodía.

Caminan ligeros y llegan a tiempo, pero los tres se encuentran con una multitud que invade la vía pública que lleva hasta el templo de Medusa. Boötis Alfa es una fiesta importante para la isla. Desde los agricultores hasta los comerciantes que viajan a ultramar esperan este momento para empezar las actividades propias de sus oficios.

En cada hogar se celebra la fiesta. Por la mañana las *bótides*⁴⁹ y, seguidamente, una comida copiosa y rica en la que no falta la carne

asada. Y si una casa no se lo puede permitir, lo celebra comiendo menos chicha y más huevos hervidos, que abundan en estos días porque las gallinas empiezan a poner generosamente.

—¡Gracias a todas las gallinas del mundo! —Es Diágoras, uno de los clientes de la taberna de Fímio. Lleva un cesto con huevos que le han dado los vecinos. Es un poeta amigo a quien le faltan una pierna, una casa y dinero. Es un joven sin nada que perder ni nada que ganar, a merced de la caridad de sus vecinos.

—Ven con nosotros a la taberna, Diágoras. A este cesto de huevos le falta guarnición. —Fímio ya contaba con dar algo de comida a este cliente suyo tan especial.

El poeta lo saluda, está sentado en un escalón, apoyado en el pedestal que sostiene el único reloj de sol público. Laértis le echa un vistazo rápido, no quiere llegar tarde. Es una gran piedra curvada hacia arriba por los lados, en donde están gravadas las líneas que dividen el tiempo de cada día. En el espacio dejado entre líneas hay una letra. Es mediodía cuando la sombra del gnomon cae exactamente entre la letra sigma y la letra zita.

—¡Que los dioses te bendigan, buen Fímio! —Pasaré en cuanto termine la celebración.

Hay mucha algarabía y confusión, los ciudadanos de Kórkyra por fin dejan el invierno atrás.

—¿Quieres una cerámica? —Laértis mira a Diágoras. Quizá los dioses le ayuden este año. Si rompe un buen jarrón contra el empedrado de la calle, tal vez reciba su bendición. El niño no espera una respuesta. Coge el pequeño fardo que lleva Fímio y saca de él un jarrón al que le falta el mango.

—¡Que los dioses te bendigan a ti también! ¿Eres el hijo de Epiléon, el pescador?

El niño asiente, pero no puede pararse a hablar con él, ya que Leonidas y Fímio quieren salir del bullicio y llegar hasta la taberna. Tiran de él por la túnica y desaparecen enseguida. En la bodega tendrán la mejor vista de la fiesta, porque queda justo enfrente de la gran escalinata que conduce al templo.

Llegan a tiempo para ver como Prokrustis suelta una perorata de inauguración de la fiesta. Hay murmullo y rumores sobre el porqué no ha salido el hierofante a officiar la celebración. El resto de los sacerdotes están detrás del secuaz de Efialtis y cada uno sostiene una tinaja entre los brazos. Se pide un momento de silencio tras el cual uno de los gobernantes de la isla apostado junto al reloj de sol grita que es la hora. Prokrustis lanza escaleras abajo una vasija que le da Oréstis y se estrella en el suelo hecha pedazos. A continuación, toda la ciudad se vuelve loca y desde las ventanas de las casas, desde las escaleras del templo, desde los árboles de los jardines y la calle, todos echan al suelo sus cerámicas viejas y rezan para que la entrada en la estación de la vida sea propicia. Epiléon observa a su hijo cómo sube al pórtico del templo y desde allí echa un plato desconchado. A su lado está la niña de pelo largo dorado con una estatuilla de la diosa Atenea sin cabeza. Cierra los ojos y con todas sus fuerzas también la lanza a la calle. Se oyen gritos de alegría y deseos de prosperidad expresados en voz alta.

El ruido que produce el estropicio sobreexcita a los ciudadanos. Hay una gran confusión. Entre los centenares de personas que hay concentradas en la calle, una mano anónima sobresale por unas décimas de segundo y arroja un viejo cuenco agrietado a la cabeza de Prokrustis. Seguidamente un grito desconocido sale de entre la muchedumbre:

—¿Dónde están nuestros vecinos, Prokrustis?!

El sacerdote no está a tiempo de esquivar el platillo volante que le da en la frente y le abre una brecha de donde emana sangre. Oréstitis se acerca a él para ayudarlo, pero el criado se lo quita de encima, no desea que esas gentes vean su miedo, las cosas podrían empeorar.

Algunos de los presentes lamentan lo que acaba de ocurrir, pero la mayoría se quedan en silencio esperando la reacción del sacerdote, una señal, unas palabras que ayuden a esclarecer el paradero de sus vecinos desaparecidos.

—¡Entremos en el templo! ¡Y cerrad las puertas!

La gente no entiende la decisión, cuando los ven en retirada. Más hombres se atreven a pedir explicaciones. Son sobre todo familiares de los elegidos.

Los hombres y mujeres de Kórkyra son de naturaleza tranquila y magnánima. Digamos que se pueden contar con los dedos de una mano las cosas que pueden enfurecerles. Quizá es porque la isla cuenta con una tierra que es increíblemente fértil, con un clima favorable y con lluvia abundante enviada por los dioses. Posiblemente todos estos factores influyen en el carácter apacible de todos ellos. Sin embargo, hay algo que nunca dejarán pasar, ni lo confiarán a la justicia ciega de los magistrados, se trata de la muerte de uno de los suyos en manos de un extranjero. Efialtis y Prokrustis hace años que se ocupan del templo de Medusa, pero para ellos siguen siendo dos forasteros ajenos a su vida y sus costumbres. Repentinamente, unas nubes se interponen entre el sol y la isla. El cielo pierde su gracia primaveral durante unos instantes eternos y un gris monótono y triste se apodera de la ciudad. Hay un lamento general y una sensación tácita de que algo malo puede suceder.

La fiesta de Boötis Alfa no ha terminado. Después de comer, cuando empieza a caer la tarde, cuando el sol lo lamina todo con un

tono dorado, la gente pasea en familia o con amigos hasta la costa y una vez allí arrojan al mar pedazos de cerámica que han quedado en la calle. Es costumbre ir a una playa llamada Kardaki. Entre la arena del mar se acumulan fragmentos de vasijas de arcilla y de todo tipo de objetos cerámicos. Es una práctica ancestral que ni ellos mismos saben cuándo empezó. Allí las conversaciones desapaciguadoras entre las familias afectadas por las desapariciones continúan.

Mientras tanto, Efialtis llega al templo. Convencido de que lo peor ya ha pasado.

⁴⁷ Las investigaciones arqueológicas han encontrado grandes talleres de cerámica en el centro de la antigua ciudad de Corfú. Se han localizado once hornos de cerámica, un pozo con tuberías y cuencos para lavar la arcilla, moldes y restos de ánforas, estatuas y equipamiento del hogar. Muchos de los objetos de cerámica considerados como corintios hasta ahora provienen de estos talleres de la isla.

⁴⁸ Marsella.

⁴⁹ Significa 'cántaros'. También es el nombre que se da a la fiesta actual de arrojar piezas de cerámica al suelo.

Capítulo 19

Los balcones de los edificios que construyeron los venecianos cuando eran los reyes y señores de la isla son extremadamente pequeños. No se hicieron para acomodar la inmemorial fiesta de las *bótides*. Pues resulta que los cántaros ahora son más bien grandes tinajas de cerámica llenas de agua que los locales echan por el balcón y que al llegar al suelo revientan causando un estallido parecido al de un artefacto explosivo. Y son muchas las vasijas que se tiran e incontables los viejos objetos de cerámica desconchados que se lanzan a las calles. Es la manera corfiota de burlar a la muerte, con ruido y disparates. Este es el momento de la semana más esperado para los isleños, porque marca el inicio del tránsito hacia la nueva vida, de la tristeza obligada al jolgorio infinito de la Pascua griega. Toda esa destrucción permite el júbilo generalizado posterior, ya sea en forma de gritos, de baile, de bebida o de comida. Es el momento de la gran resurrección. Pocos son los que se atreven a relacionar esta fiesta del calendario religioso ortodoxo con la fiesta pagana de la antigüedad en que los nativos ponían fin al invierno y daban paso a la estación primaveral llena de vida y bondades naturales.

El gobernador llega un poco tarde a la celebración, debido a la caótica rueda de prensa totalmente fuera de control, aunque a tiempo para asistir al momento culminante de la festividad. Está nervioso, sigue siendo el político calculador de siempre, pero parece tener demasiadas cosas entre manos. Saluda a diestro y siniestro hasta llegar al salón de la mansión donde están los balcones preferentes.

Allí, apretujado con otros políticos conocidos por el público, celebrará lo que queda de la fiesta y será visto por la multitud. Sin embargo, este año tiene competencia, los ojos de la gente están puestos en la gran diva del cine americano que saluda desde el mismo lugar donde está él a las gentes reunidas en la plaza de la Espianada.

En dos ocasiones Jackeline Taylor ha intentado meterse dentro, pero el gentío grita su nombre y la aclaman con aplausos interminables. Lleva un traje de chaqueta blanco muy ceñido y su rubia melena elegantemente recogida hacia atrás. Es la primera vez que una actriz de Hollywood visita Corfú durante la Pascua y para los isleños es un triunfo histórico.

—Jackeline, Jackeline. *¡I lefkí panaguía mas!*⁵⁰

Violeta Lope no ha tenido ninguna dificultad en dejar el balcón y sentarse en un sofá Luis XIV del salón contiguo. Saluda con una inclinación de cabeza a una señora regordeta que ya está sentada en el mismo sofá abanicándose. El apartamento donde están pertenece a un palacete del siglo XVII con pinturas murales venecianas en las paredes y un toque de objetos antiguos a tono con la decoración. Los techos son altos y artesanados, con sobresalientes molduras florales y dioses voladores en todas las esquinas y recodos de la suntuosa habitación. La dama de los Pirineos observa al hijo de la actriz, que también prefiere la sombra.

«Este chico no es el autor de los anónimos. Y menos aún el que envió la caja con las mariposas muertas. Por mucho que se enfureciera al saber que la actriz era su madre, no le veo yo agallas ni el discernimiento necesario para preparar todo eso».

Violeta lo mira desde el sofá y lo escrudiña como haría un espía de la guerra fría. Él no ha querido salir al balcón a pesar de la insistencia

de la actriz.

—Ven, Kass —implora de nuevo la madre con voz suplicante. Sigue en el balcón, pero mira hacia adentro, hacia donde está su hijo. Lo mira con los grandes ojos azules que la han hecho famosa en medio mundo: «Confía en mí, pequeño, a partir de ahora estaré siempre a tu lado, quiero que todos sepan que eres mi hijo»—. Anda, deja que esos reporteros de ahí abajo nos hagan unas fotos. ¡Es hora de que el mundo sepa que tengo un hijo maravilloso!

El gobernador mira la escena de reojo, muy incómodo. Se diría que el hombre tiene algo que decir. Ella insiste, no se da por vencida. Sabe que si su hijo accede a esto, es decir sí, es aceptarla como madre. Está suplicando una oportunidad para quererle. Kass se lo piensa, la mira con admiración, pero con firmeza. De improvisto camina hacia el balcón, aunque se queda a dos pasos de ella. En los labios idénticos de madre e hijo se perfila un gesto lleno de esperanza. Ella extiende su mano y él se la coge con fuerza. Finalmente, los dos juntos salen al balcón.

La madre empuja con tacto a los políticos que hay fuera y hace un hueco al chico. Cuando los dos están en el centro de la galería, la gran Taylor mira a los periodistas que hay abajo y señalando al chico dice en voz alta:

—¡Es mi hijo, es mi hijo! Ya es hora de que el universo entero lo sepa.

Hay un momento con caras de desconcierto y después un revuelo general entre los de la prensa y acto seguido las cámaras fotográficas se disparan frenéticamente. Madre e hijo se abrazan, ella tiene ganas de llorar, de reír, de gritar. Es la mujer más feliz de la tierra. El chico vive ese momento impresionado por la convulsión que ha creado la noticia. Algunos periodistas le preguntan a gritos cómo se llama, hay

un alboroto tremendo. En el balcón también hay cierta agitación entre los políticos que cuchichean entre ellos. Algunos incluso se llevan la mano a la boca impresionados.

El gobernador abandona el balcón y entra en el salón hecho una furia, habla en griego apresuradamente, por lo que la señora Lope no entiende ni una palabra de lo que dice. No se para y deja la sala ante la confusión general de los demás. La señora sentada al lado de Violeta señala al gobernador en fuga y mueve la mano arriba y abajo como si se hubiera quemado con un cazón de leche caliente. La dama de los Pirineos le pregunta con la mirada qué caray está sucediendo.

—¡Menudo lío! Qué va a pasar señora: ¡El gobernador tiene un hijo secreto con la actriz americana! ¡Ese chico es el hijo de Stefanos Asprudis!

—¡Así que el político es el padre de Kass! —Violeta también está sorprendida—. Vaya, vaya, así que el gobernador es el estudiante de medicina de Detroit.

—¿Estudiante, dice? No, señora, él es médico. Y también político, ¡naturalmente!

«Asprudis fue quien alejó a Jackeline de su hijo. Quién lo iba a decir, a mí se me ha escapado. Ahora me explico sus visitas al hotel. No iba a ver a la arqueóloga, sino a la madre de su hijo». La señora Lope la mira a ella en el balcón. «Está radiante, acaba de recuperar a su hijo. A Kass parece que le ha cogido por sorpresa todo este sarao».

Los cuchicheos siguen y algunos de los gubernativos locales entran en el salón y hacen comentarios triviales de extrañeza. Ellos tampoco esperaban un bombazo como este, pero la parte jocosa y las bromas de mal gusto las dejan para su casa. Todos tienen preguntas, pero ninguno las hace porque ahora no toca.

«Qué hombre tan frío, toda la mañana que estamos aquí y no lo he visto ni una sola vez dirigirse a su hijo. Si lo hubiera hecho, me hubiera enterado antes de que es el padre del chico. ¡Mecachis! Vaya padre de pacotilla, le tiene a su lado y ni un abrazo o gesto cariñoso. Ni un atisbo de connivencia entre ellos. Que me cuelguen, todo esto va tomando un tamiz que no me gusta nada».

De repente, el gobernador vuelve a entrar en el salón. Esta vez más calmado. Se ha quitado la corbata y la americana para aliviar la tensión y parece dispuesto a lidiar con el primer asalto de preguntas de sus colegas políticos. Les confirma que es cierto y saca hierro al asunto. No da ningún detalle. Eso de hablar y no dar ningún detalle lo hacen muy bien los de su clase. Mantiene un tono distendido de contertulio habitual mientras sus palabras forman frases insignificantes, de pequeña conversación, sin información alguna. De vez en cuando ojea discretamente a Jackeline y a Kass, que siguen en el balcón. A la dama de los Pirineos no se le escapan esos ojos llenos de lenguas de fuego que arrecian bajo la compostura política. En la superficie todo es calma, su actitud es taimada y contenida. «Casi jovial diría yo, este hombre podría haber sido un gran actor si se hubiera quedado en América».

Dos policías acalorados entran en la estancia apresuradamente. Divisan al gobernador y se dirigen a él a paso ligero.

—Señor, Becky Turner, la chica que encontramos esta mañana en el templo de Medusa sigue en coma, no ha despertado. —Todos los que están en el salón oyen la noticia y quedan expectantes. Se preguntan de quién están hablando. El gobernador no ha dicho a sus colegas de profesión lo ocurrido esta noche.

—Bien, bien, ¡fuera, ahora fuera!

—Señor, nos dijo usted que le informáramos de su estado cada cinco horas.

—Sí. Y sigan haciéndolo. No es necesario que lo hagan en persona. Pero llámenme si hay algún cambio.

—¿Qué ha sucedido? —La señora Lope oye claramente el nombre de la actriz. Ella tampoco sabe nada de lo ocurrido, esta mañana no ha visto a nadie conocido en el hotel y ha desayunado sola.

—Es una de las actrices del rodaje: Becky Turner. Está en el hospital. La directora de la excavación, Larissa Fox, la ha encontrado esta mañana en el agujero donde están excavando.

La señora Lope siente una punzada de dolor al saberlo. No tenía ni idea. «Ahora entiendo que Larissa no esté aquí con nosotros. Estaba invitada, pero habrá preferido escabullirse e ir al hospital. Y Jackeline tampoco sabrá nada...».

—¡Diablos! Por un momento creí que había muerto. —El gobernador mira hacia el balcón donde sigue la actriz con su hijo, ajena a la noticia.

Violeta ya no quiere seguir aquí, se levanta, quiere buscar un taxi e ir al hospital. Ya ha visto suficiente vanidad por hoy. Se despide de la señora del abanico y desaparece escaleras abajo.

Stefanos Asprudis suda. Hace calor. Los políticos y sus asuntos inadvertidos, sus accidentes imprevistos. Un castillo de naipes que hay que mantener en pie a toda costa es la imagen mental timbrada en su papel oficial. Los dos policías siguen allí mirando de reojo el balcón oficial donde está la actriz americana; después podrán contarle en casa a la familia.

—¡Les he dicho que se vayan! Transmitan mi deseo de máxima discreción a todo el departamento. No quiero que hablen con la prensa. Todavía no ha muerto y no sabemos qué ocurrió. —El político

llama la atención de los dos hombres distraídos por la belleza de la diva. Cuando tiene toda su atención, los policías asienten como corderillos.

Violeta sube a un taxi mientras echa una última mirada a los balcones. Están a punto de tirar las grandes tinajas a la calle. «Son todos rojos, todos los cántaros están pintados de rojo intenso, como la sangre. Pobre Becky, ¿qué habrá sucedido? Y ese político, Asprudis, acaba de ofrecer al gentío una noticia mejor que la del Ojo de Medusa, una noticia más chocarrera y fútil: su honorable persona ocultó durante años que tuvo una aventura con una gran actriz americana. Los mejores misterios son los que permanecen velados durante años. El momento del descubrimiento es delirante. Más cuando hay famosos de por medio. Y mucho más cuando la historia huele a pasión, a ruptura y a odio. Y no olvidemos lo mejor, son hechos indiscutibles, hay prueba de ello, no son simples rumores. Y la prueba tiene nombre y es de carne y hueso: Kass».

La Espianada está abarrotada de gente congregada para la fiesta y no se van. Siguen allí de pie charlando, o están sentados cómodamente en las cafeterías del Listón, comentando entre ellos y haciendo fotos a los ricos y famosos o al propio gentío, obsesionados por captar imágenes de un mundo que no les pertenece. El por qué lo hacen se le escapa a esta mujer de las montañas pirenaicas, como muchas otras cosas de la vida presente. Ella también vive el momento, pero su manera de vivir y de ser no es común y eso la convierte en una *rara avis* que encaja solo donde hay otros seres extraños que no pertenecen a ninguna tendencia fácil de definir. Cuando el taxi consigue dejar la gran plaza mayor, las campanas de la iglesia del santo patrón suenan y los cántaros de barro llenos de agua junto con los platos desconchados de toda la ciudad caen al vacío

desde balcones y ventanas. Cuando llegan al suelo ya es tarde, su alma se ha roto en mil pedazos.

[50](#) '¡Nuestra Virgen Blanca!'

Capítulo 20

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
última hora de la tarde de la fiesta de Boötis Alfa*

Con su viaje al norte de la isla, Efialtis ha podido tantear por sí mismo a Pérsida y comprobar en qué punto se encuentran las obras de la magnífica casa que construye con el dinero de los elegidos. También cree haber evitado a la familia del hombre que ha desaparecido en una maldita habitación cerrada y sin ninguna ventana por donde escapar.

El hombre que han perdido, el malogrado Periklís, es un ciudadano muy querido y con un linaje muy extenso; todos le echan de menos. Hoy la familia ha estado junta y el desconcierto se ha transformado en cólera. Las hijas del comerciante y sus maridos se sienten engañados. Están convencidos de que los sacerdotes retienen a su padre en el templo. Piensan que quizá el hierofante pretende extorsionarles. Se han puesto en contacto con las demás familias afectadas y han compartido sus temores con ellas.

Persuadidos de que algo truculento sucede dentro de la sede religiosa dedicada a Medusa, familiares y amigos han estado toda la tarde haciendo hipótesis sobre lo que les puede haber ocurrido, y han llegado a la conclusión de que el hierofante les miente. Los cinco hombres desaparecieron en el templo y allí es donde deben buscar respuestas. Se sienten engañados y deciden crear una pequeña comitiva portavoz de su malestar. No van a esperar a mañana, el

grupo se dirige al centro de la ciudad para pedir explicaciones a Efialtis. Quieren saber dónde está el gran sacerdote.

Oscurece, pero sigue habiendo muchas personas en la calle. La comitiva se cruza con el pequeño Laértis que está en las escaleras del templo tallando un bloque de madera. Ya ha vuelto de Kardaki, ha sido un día bonito para él, incluso ha comido un poco de carne en la taberna de Fímio. Al subir, uno de los adultos le tira al suelo con su túnica dos de sus medusas ya terminadas que tenía expuestas en los peldaños con el fin de venderlas y ganar una moneda.

—¡Eh, cuidado! —grita el niño, pero no recibe respuesta de nadie. Los mayores siguen subiendo hasta llegar al pórtico y después a la pronaos. Las puertas del edificio están abiertas de nuevo. Cuando Efialtis llegó ordenó abrirlas inmediatamente. La comitiva pasa hasta la nave central y piden hablar con el hierofante. Allí son recibidos por Prokrustis, que les pide calma. El resto de los sacerdotes van apareciendo al oír las voces subidas de tono de los visitantes.

—Nuestro hierofante está descansando en estos momentos. Lo lamento. Pero puedo asegurarles de que el templo no tiene nada que ver con las desapariciones.

Oréstis observa intranquilo al servidor del hierofante mientras habla. Unas horas antes se ha enfrentado a él porque le había encomendado meterse en el agujero y limpiarlo y al joven sacerdote se le ha olvidado con lo de la fiesta. También lo ha acusado de las desapariciones. Oréstis está preocupado, la acusación lo ha cogido desprevenido. ¿Cómo va a ser él el culpable de que esos hombres no hayan vuelto a sus casas? Él lo único que hace es ocuparse de que el hornillo siga encendido durante la noche que pasan en esa habitación. Teme que sea un castigo de Medusa y eso le turba.

La comitiva insiste en pedir explicaciones. Los hombres, todos ellos amigos y familiares de los desaparecidos, están alterados, quieren hablar personalmente con Efialtis.

—Calma, calma, les ruego calma. Voy a comunicarle que están aquí. Él les podrá confirmar lo que yo les digo.

Oréstis ve al niño en las escaleras del templo y lo saluda. Deja la multitud y a los demás sacerdotes y baja a sentarse junto al pequeño en un peldaño más abajo.

—¿Dónde tienes a tu padre, Laértis?

—En la taberna, ahí enfrente. Hoy está de mal humor, solo habla de sus redes vacías. Yo cuando he tirado mi cerámica he pedido a los dioses que nuestra suerte cambie.

—Seguro que sí. —El sacerdote decide cambiar de tema—. Veo que trabajas duro. ¿Cuántas medusas has hecho ya?

—Tres. Las que ves aquí. Todavía no he vendido ninguna.

—No te inquietes, ya verás como todo irá bien. —Del interior del templo salen voces exaltadas.

—¿Qué sucede, Oréstis? ¿Por qué ha venido toda esta gente?

—Cosas de mayores. Quieren hablar con el gran sacerdote, pero ya se ha retirado.

—¿Y qué quieren?

—Buscan a unos vecinos que han desaparecido.

—¡Pues que pregunten a Medusa! Ella lo sabe todo, ¿verdad, Oréstis?

—Sí. —Al joven sacerdote se le pone la piel de gallina.

—Qué complicado que lo hacéis. Que vayan a la habitación esa que me enseñaste y que pregunten.

—Mira quién viene por ahí. Tu amiguita.

Se acerca caminando la niña con la que vio a Laértis hace unos días en la calle. Hoy lleva una túnica rosa y su pequeña diadema con finas hojas de laurel labradas en oro que sujeta su largo pelo rubio. También trae una diminuta bolsa de piel que parece un monedero. Ella se detiene ante ellos sin decir palabra.

—¿No me presentas a tu amiga, Laértis?

—Ah, sí, claro, ella es Nektaría.

—Nektaría, yo soy Oréstis, un amigo de Laértis.

La niña les sonrío y se sienta en un peldaño junto a ellos. Parece intimidada por la presencia del sacerdote, así que el joven oficiante se levanta y los deja solos con sus juegos. Le toca volver al mundo de los adultos y sus enfrentamientos. La niña espera un rato antes de revelar a lo que ha venido.

—Traigo dinero para comprar una de tus medusas, Laértis, y esto.

—La niña le enseña una flauta completamente nueva.

A Laértis se le ilumina la cara. Desde que su padre le rompió la suya no ha vuelto a tocar.

—Pero quiero algo más —añade la niña.

Da igual lo que quiera de más, piensa Laértis, concedido, adjudicado, conforme a todo. Es su primera venta. Ella se recoge su larga melena sobre un hombro y continúa.

—Quiero que me lleves a ver a Medusa, quiero verla en esa habitación de la que me has hablado.

El niño le indica con señas que baje la voz. Los sacerdotes están cerca hablando con toda esa gente. Se queda un momento reflexionando.

—¿No tienes miedo? —Laértis señala la estatua del monstruo que hay encima de ellos, en el tímpano del templo. Hay quien cree que si la miras a los ojos te conviertes en piedra.

—Quiero verla. —Nektaría no responde a su pregunta.

El hijo del pescador echa un vistazo a la bolsita que lleva ella en la mano con las monedas y la bonita flauta. Después mira a su espalda el alboroto armado con los sacerdotes y la comitiva. Llega a la conclusión de que es un buen momento para escabullirse y llegar hasta el recinto de madera.

—¡Vamos! —La coge de la mano y los dos pequeños suben las escaleras en diagonal hasta llegar al peristilo lateral. De allí se escurren entre las columnas del templo. Laértis y Nektaría zigzaguean por las diecisiete columnas dóricas que hay a cada lado del edificio hasta llegar al final. Es en la parte de atrás, a unos metros de la nave, donde está la misteriosa habitación de madera. Laértis se para delante y mira a la niña.

—¿Estás segura, Nektaría, de que quieres ver a Medusa?

—¡Sí! —responde ella, impaciente.

Laértis tira con todas sus fuerzas de la serpiente de metal que abre la pesada puerta. «Eres un chico afortunado» —piensa él, porque la cámara está abierta. Podrán ver juntos ese lugar. Si ella no tiene miedo, él tampoco.

Y efectivamente, la puerta está abierta, y los niños pueden entrar. Es un cúmulo de despropósitos. Un lugar que está siempre cerrado con llave, en un edificio vigilado por sacerdotes, ahora está en manos de dos niños y no hay custodios a la vista. Prokrustis no ha echado el cerrojo porque Oréstis tenía órdenes de meterse en el agujero e inspeccionarlo. Sin embargo, el joven sacerdote ha pospuesto el momento de hacerlo. La oscura estancia con el agujero negro ha permanecido abierta todo el día.

—Está muy oscuro. Me imaginaba más luz.

—Tú tranquila, encenderemos una de estas lámparas de aceite que hay aquí. —Laértis señala un estante con varias lamparillas a un lado de la puerta. El niño quiere impresionar a su amiga y sobre la marcha improvisa. Está oscureciendo y en el templo ya hay varios candiles abiertos. Él va en busca de uno para prender el aceite mientras Nektaría entra en ese lugar tan misterioso y se queda observando el gran hoyo lleno de agua que hay en su interior. A la niña le da la sensación de estar en una caverna.

Le repugna el olor que desprende, pero para ella forma parte del sortilegio que sufrió la pobre gorgona. Las nodrizas atenienses de la niña le han contado la historia de esta criatura. Medusa era una hermosa doncella que despertó la envidia de Atenea y la diosa, enfurecida, transformó su bonito cabello en un nido de serpientes. Se imagina a Medusa saliendo de allí dentro, y no la teme, más bien la compadece. La niña mira el agujero a la espera de una señal. Por ahora el agua está en calma completamente, como muerta, no hay señales de la desdichada gorgona.

Laértis vuelve con la lámpara de aceite encendida y encuentra a la niña dentro de la estancia.

—Dame la lámpara, yo la sujetaré.

—Deja Nektaría, ya la sujeto yo.

—No, quiero llevarla yo. —La niña le da la pequeña bolsa que contiene las monedas y la flauta y le coge de las manos la lámpara de aceite, quiere estar segura de no perderse ningún detalle.

—¿Y cuándo aparece?

—No tardará. Esperamos. Voy a cerrar la puerta. —Laértis cierra tras él la puerta. Recuerda lo que le dijo el sacerdote de que los que la vieron pasaron la noche aquí. Él no va a decir nada de eso, no quiere perder su paga.

Se quedan completamente aislados y a oscuras dentro de la cámara. Solo el halo de luz de la lamparilla es visible y la cara de la niña que busca en el agua la cara de Medusa.

Nektaría recorre el diámetro del agujero con la lámpara en las manos y en silencio.

—¿Sabes si hay que llamarla, Laértis?

—Sí, es verdad. ¡Llamémosla!

—¡Medusa! ¡Medusa!

La llaman incansables mientras la niña se mueve alrededor del gran círculo de agua. Escasos dos minutos después el agua tiembla y se forman unas pequeñas ondas en la superficie.

—¡Ya viene! —Laértis está asustado y no comprende como esa niña mantiene la calma.

Se quedan los dos expectantes, esperando el desenlace de su aventura. El niño, si pudiera, se largaría corriendo. Ella, en cambio, mantiene la calma. De pronto, los tenues movimientos del agua se convierten en una cresta que se balancea y sube hacia arriba. De allí dentro de la ola que se forma, confundida con las tinieblas de la estancia, sale la horrible criatura que ya ha quitado la vida a seis personas. Ellos ven su abultada cabeza con dos enormes ojos redondos y odiosos. Los niños se ponen a gritar aterrorizados, pero enseguida emergen del agua sus tentáculos y agarran a la pobre Nektaría, que es la que lleva la luz.

Laértis es testigo de cómo el gigantesco monstruo la atrapa y sin dar tiempo a nada la sumerge en el agua donde los gritos de la niña quedan ahogados en el silencio. El niño cae al suelo inmóvil, completamente aterrorizado. Este monstruo no es Medusa. Laértis ha oído hablar de estas criaturas porque su padre le ha contado muchas veces historias del mar. Sabe que Nektaría está perdida. Cae al suelo

desesperado, paralizado por el miedo. No hay tiempo, las aguas se vuelven turbulentas de nuevo y Laértis sabe que tiene que escapar, que es ahora o nunca. Se arrastra hasta la puerta, siente su cuerpo entumecido por el miedo, no responde a sus deseos y respira con dificultad, es como si el mismo miedo le impidiera tragar aire. Cuando consigue llegar hasta la salida, se levanta y empuja la puerta con toda la fuerza que los dioses le dan. Consigue abrirla y con lo que le queda de aliento sale volando fuera de esta jaula mortal. Corre y corre para alejarse de ese lugar. No se para a hablar con los sacerdotes ni con Oréstis. La comitiva sigue en el templo, pero tampoco les dice nada. Laértis corre, marcha directo a la taberna donde seguro que se encontrará todavía su padre.

Capítulo 21

Es sábado por la noche y la isla es una gran burbuja a punto de estallar. Las noticias queman, los políticos descargan su adrenalina sobre los inocentes, la tensión de los habitantes se dispara a partir de las doce, cuando se cumple el milagro de la Resurrección. Los desfiles nocturnos de las bandas explotan con un repertorio atrevido y esperanzador de trompetas y tambores de fiesta.

Los réquiems quedan atrás. Podríamos pensar que lo peor ha pasado. Desde el salón donde están ellos, la música les llega como un hilo musical celestial. La fiesta nocturna a la que han sido invitados se celebra en un palacete contiguo al de esta mañana, bien ubicado, en el centro de la gran Espianada. Jackeline Taylor es la anfitriona. Ha pedido ayuda al director del hotel para organizar esta fiesta de última hora en el centro sin escatimar en gastos. El señor Lazaro en persona se ha encargado de llamar a las autoridades más destacadas para invitarlas. La actriz también ha querido invitar a todo su equipo de trabajo, a los arqueólogos de Larissa Fox y a la inefable señora Lope.

Ha sido todo tan repentino que la dama de los Pirineos ha pedido a la actriz que le dejara uno de sus vestidos para asistir a la fiesta. «No quería ir con cualquier trajo y no me ha dado tiempo a ir de compras». Afortunadamente es alta como la estrella de Hollywood, pero, claro, la gracia de la juventud hace años que se perdió en algún recodo del camino. De todas formas, Violeta se mira en el reflejo de una puerta de cristal del palacete y sonrío vanidosamente. Le encanta

el vestido que le ha dejado la diva y lo lleva con soltura y tan campante, porque a su edad, ya le importa un pimiento lo que opinen los demás.

Lo primero que hace al llegar al lugar de la recepción es salir al balcón para no perderse detalle de la noche. Desde allí tiene una vista panorámica de toda la plaza iluminada tan solo por las farolas venecianas que tiñen toda su extensión de un color púrpura plumizo. Mira distraídamente a la gente que pausadamente se aglutina en la plaza. Van llegando como un reguero de hormigas. Son los benditos hombres y mujeres que tienen la paciencia de esperar dos y tres horas de pie para reservarse un buen sitio, cerca de los palacetes. Quieren vivir al máximo esta medianoche mágica de entrega a los sentidos. Todos llevan un cirio que, a las doce en punto, después de las campanadas, encenderán en memoria de algo que sucedió hace más de dos mil años. La corriente de personas continuará durante horas hasta que sean decenas de miles los convocados. Y cuando entren en esos primeros segundos del Domingo de Pascua, la capital de la isla se llenará de miles de lucecillas temblorosas que obrarán el milagro de convertir la noche en día.

«Estoy ansiosa por ver el gran espectáculo y después hay los fuegos artificiales, no me los voy a perder. Aguantaré hasta el final, aunque ha sido un día muy largo. Era todavía una niña la última vez que vi un castillo de fuegos artificiales. Me ha salvado el café griego. Te tomas dos y no necesitas ningún estimulante sintético. A la desafortunada Becky le hubiera gustado ver la fiesta de cohetes. Pobrecilla, se me han revuelto los intestinos cuando la he visto allí en el hospital. Sus padres estarán al llegar. ¡Vaya Pascua les espera!».

La dama de los Pirineos mira hacia dentro. «Jackeline ya lo sabe, pero está tan jovial con los recientes acontecimientos en su vida que

ha desconectado. Lo de que hablará por teléfono con los médicos que atienden a Becky ha sido un buen toque. Tratarán a la joven con más tacto, seguro. Y me ha dicho que le han dado buenas noticias, esperan que salga del coma pronto. A quien no he visto todavía es a Scott». Examina la sala donde se encuentra para ver si ya ha llegado el actor. Están en una biblioteca muy antigua, una sala de grandes dimensiones donde los libros llegan hasta el techo y hay dos antiguos altillos de madera con molduras donde solo se puede acceder con unas escaleras móviles muy empinadas.

Los camareros contratados por el señor Lazaro a última hora sirven licores locales y champán a todos los presentes y el ambiente es jovial. Además del dinero que van a ganar, están encantados con esta oportunidad que les ha brindado el destino de servir en una fiesta organizada por la actriz americana.

Los ojos de ardilla de la señora Lope tropiezan con el gobernador, que se mueve dentro de su traje como una anguila resbaladiza. Evita mirar a la gran actriz de Hollywood y madre de su hijo que desperdiga glamur como una flor esparce su polen dorado. Despliega su encanto natural con cada movimiento que hace para saludar o para abrazar a Kass, que vive todo esto como si estuviera en una nube. Ella está radiante, de largo, con un vestido dorado deslumbrante, de lentejuelas y piedrecillas de cristal que forman ríos de luz que chispean a cada paso que da por el elegante salón-biblioteca. Se acerca a su hijo y le susurra algo al oído. Ella teme que esté aburriéndose.

—Lo entiendo —dice él.

—Ven conmigo. Te presentaré a unas personas. —Jackeline se lo lleva hasta donde está la señora Lope con un grupo de arqueólogos.

—Hola, chaval. Nos vemos de nuevo. —Violeta le ofrece una sonrisa.

Kass también reconoce a esa señora, aunque lleve un vestido de fiesta que no le pega nada.

—Pero hoy no hay limones.

—Estaba buena esa limonada.

—Sí.

—Mira, ella es Larissa Fox, una arqueóloga inglesa que se aloja en mi hotel.

La mujer mira al chico y cabecea una vez sin decir más, está metida en su mundo. Sigue dando vueltas al mensaje del niño. Esas voces del pasado siempre la han ayudado. Desearía preguntarle directamente, y escuchar su respuesta para despejar las dudas, pero eso no es posible. Están en dos dimensiones distintas, es la misma sensación de abismo que produce ver *La creación de Adán* de Miguel Ángel en la capilla Sixtina, esas dos manos que están tan cerca y a la vez tan lejos, casi rozándose, pero que no lo hacen.

—Y este joven es un miembro de su equipo.

—Panagiotis, me llamo Panagiotis. ¿Cuántos años tienes, chaval? — pregunta el historiador griego, que no está acostumbrado a las fiestas.

—Quince. ¿Qué estáis haciendo aquí en la isla?

—No te lo vas a creer. —El griego empieza a aflojar la lengua. Larissa sale de su embeleso y lo mira disgustada.

—Eso de guardar secretos definitivamente no va con los arqueólogos.

La señora Lope se aleja unos pasos del grupo junto con la actriz.

—¿Todo bien, Jackeline?

—Sí. Sí. Bueno, Stefanos está muy nervioso. Justo después de que te pasaras por la *suite* a recoger el vestido me ha llamado y, bueno, ha sido muy explícito a la hora de decirme lo que pensaba de mí. —La actriz deja una copa vacía que lleva en la mano y coge al vuelo otra llena de champán, que le ofrece uno de los camareros.

—Mujer, no te preocupes ahora.

«Y qué puedo decir. Se me da muy mal esto de mentir. ¿A quién voy a engañar? Ese hombre me preocupa. ¿Será él quien le envió las mariposas muertas? ¿Escribió él los anónimos amenazadores?».

—Es tan difícil hablar con él. Esta tarde he ido a visitar a los abuelos de Kass. Él no ha querido estar ahí. Los he visto preocupados por Stefanos.

Otro camarero se acerca para ofrecerles canapés griegos de mil hojas variados.

—¡Andreas! ¿Qué haces tú aquí? —exclama la señora Lope.

Es el camarero del hotel trabajando horas extra.

—Es un placer poder servir en su fiesta, señora Taylor.

Hace una reverencia como si estuviera delante de la realeza. La actriz coge un canapé.

—Gracias, Andreas. Gracias por la tarde en el huerto de limoneros. No había tenido la oportunidad de agradecerte tus atenciones.

—No es necesario, señora, no lo es. —La mira avergonzado y sonrojado.

Scott acaba de llegar. Va hecho un figurín, con esmoquin, y se mezcla con los invitados sin problemas. Parece estar acostumbrado a este tipo de eventos. Le encanta hacer lo que los ingleses llaman *to mingle*, charlar con todos, reírse de todo y no tocar temas peliagudos en ningún momento. Las ve a ellas y se acerca a saludar.

—¡Estás radiante, Jackeline! —Le da dos besos sin tocar sus mejillas y después mira a la dama española con su mejor sonrisa interpretativa—. Y usted también.

La señora Lope se ríe por la sinceridad en el tono de voz del actor. «Ya sé, ya sé que no debería estar al lado de esta diosa. Todavía debo parecer más un espantapájaros».

—Scott, intenté llamarte. ¿Dónde te habías metido?

—Pasé la noche en una villa en el norte de la isla con unos amigos ingleses. Ayer no quería salir, pero me llamaron, cogí un taxi y me largué. Acabo de volver al hotel y me dicen que ¡has organizado una fiesta! ¡Y que tienes un hijo secreto! ¡Pero qué es esto! Me voy un solo día y...

—Después te lo presento. Scotty, ha sucedido algo más. Becky está en el hospital. Ha sufrido un accidente.

—¡No! ¿No será grave?

—Lo es: se cayó en el lugar donde excavan esos arqueólogos.

—Ese agujero maldito. Ese Johnny es un majadero. ¿Cómo se le ocurrió quedar con ella ahí?

Se miran los unos a los otros. Larissa y Duke se acercan a Scott.

—¿Cómo sabes que Johnny estaba con ella?

—Le envió una nota a Becky. Yo la vi: quedó con ella en el templo de Medusa.

—No es posible. —Duke saca el teléfono del bolsillo y llama a Johnny, que sigue en el hospital. Cuando el americano responde, Scott coge el móvil de las manos del asistente.

—¡Eres un imbécil! ¿Cómo pudiste quedar con ella en ese lugar tan peligroso?

—¿Quién eres? Pero ¿de qué estás hablando?

Duke agarra el teléfono y le explica a Johnny lo que dice el actor.

—Oye, tenéis que creerme, yo no quedé con ella. No hicimos planes ayer por la noche.

La señora Lope recuerda haberla visto con una nota en la mano.

—Se la dejaste tú en recepción —grita Scott para que lo oiga el arqueólogo desde el otro lado de la línea.

—¡Pero de qué demonios hablas! Yo no dejé ninguna nota en el hotel. Ni siquiera he pasado por el hotel —le dice a Duke, que sostiene el móvil.

—Cálmate, chico —interviene Larissa—. Si Johnny te dice que él no tiene nada que ver con el accidente de Becky es que no tiene nada que ver.

—Cualquiera pudo haber escrito una nota y firmar en mi nombre.

—Cualquiera no —dice Violeta—. Únicamente las personas que conocían vuestra relación. —La señora Lope hace un recuento de todos los que sabían que los chicos habían salido juntos—. Pero esto nos lleva a algo más horrendo. Si él no escribió la nota...

—Lo de Becky no es un accidente. Alguien la esperaba allí e intentó matarla. —Scott se estremece.

Jackeline se lleva la mano a la boca.

—Y quizá ella pudo ver quién fue. —La señora Lope enseguida lo relaciona con la conversación que Johnny y ella oyeron en la fortaleza, pero no aventura nada—. Pobre Becky, qué miedo debió pasar. Ahora lo importante es que se recupere y que no se quede nunca sola. —Violeta pide el teléfono a Duke—. ¿Cómo sigue ella?

—Bien, estable. Sus padres acaban de llegar y pasarán la noche aquí.

—Mejor así. ¡Que no la dejen sola! Johnny y tú...

—Sí, yo también me quedaré por aquí. Empiezo a pensar que Becky tenía razón cuando dijo que oyó a la camarera con un hombre. —El

americano también sospecha que todo lo que ha sucedido tiene relación con el jueves por la noche.

—Es preferible que sus padres no sepan nada todavía —dice Scott.

—Yo no estoy de acuerdo. —Larissa no piensa lo mismo—. Tienen que saberlo. Sobre todo, si la chica está en peligro.

—La jefa tiene razón. —Duke está con la arqueóloga—. Tienen que estar sobre alerta. No sabemos quién la atacó.

—Pero cada vez estamos más cerca. Becky puede identificarle y, si no me equivoco, es alguien que tiene mucho que perder si lo descubren. De ahí que haya llegado tan lejos.

Cuando cortan la comunicación con Johnny todos empiezan a hablar a la vez.

—Es hora de disfrutar de la fiesta, vosotros los de Hollywood sabéis cómo hacerlo, por la Taylor. —Mira a la estrella de cine y se bebe de un trago el contenido de su copa.

Si Scott está preocupado por Becky lo disimula muy bien. Se ha metido en el personaje de caballero irresistible y con mucha elegancia se retira del grupo y va en busca de nuevas caras y experiencias.

Stella y Lindsay, Steve y Brad se unen a los demás y por un rato están casi todos los arqueólogos juntos. Hablan entre ellos excitados y el champán burbujea en sus gargantas sedientas de emoción. Violeta no deja de darle vueltas a la cabeza. «Vengo a una isla griega a descansar y el destino me echa encima una muerte violenta y un intento de asesinato en el mismo hotel donde me alojo. Esto mío es para ir al oráculo de Delfos o al más cercano y preguntar a los dioses directamente qué esperan de mí». A pesar de sus retraídas ideas la fiesta continúa a su alrededor como si no hubiera mañana. La pregunta es: ¿habrá un mañana?

Capítulo 22

—Preséntame al padre del niño. —El actor la ha cogido desprevenida.

—Scott, dejémoslo para otro día. —La americana baja la voz para responderle, no quiere acercarse a Stefanos, desea estar lo más lejos posible de ese hombre.

—¿Quién es? Déjame hacer un poco el cotilla. La vida es aburrida sin chismes. —Kass está allí mismo y puede oírlos.

—Si insistes. —La actriz accede lánguidamente—. Ven conmigo.

Rebusca en la gran biblioteca hasta que lo ve; el gobernador está cerca de la puerta.

—Disculpa, Stefanos. Quería presentarte a Scott, uno de los actores que hace la serie conmigo.

Scott lo mira divertido. Ya lo había visto antes, pero nunca pensó que esos dos tuvieran un pasado común. Llega justo en el momento en que el político suelta una de sus peroratas. Lo saluda con un movimiento de cabeza, pero sin ofrecerle la mano.

—... también es verdad que no todos somos iguales. —Lo hace sin dejar de hablar con los invitados que tiene a su alrededor, gente influyente de la isla. Él termina su frase, detesta a los actores, a todos.

—Bonita frase viniendo de un político con una larga tradición democrática. —Scott no lo mira, pero está a su lado y no se librará de él fácilmente.

—Como dijo Aristóteles, incluso la democracia es solo un intento de hacer que todos los seres humanos sean iguales. —Asprudis les ofrece una de sus mejores sonrisas modélicas—. Discúlpeme, el deber me llama. —Sabe que el actor se quedará allí para irritarle. El político se escabulle como la anguila resbaladiza que es y se mete en otro corro de gente bien como él.

—Tu ex me cae fatal.

—No lo conoces. —Jackeline no va a defenderlo, pero tampoco dejará ver sus verdaderos sentimientos hacia el padre de su hijo. Scott es un chismoso y muy joven para comprender.

—Decía, en otras palabras, que tiene que haber dominadores y dominados. Y que eso es intocable. Está diciendo que la democracia es papel mojado. Míralo, pero si es un pavo real, ¿cómo pudiste caer en sus brazos?

Se oye la risa histriónica del grupo de hombres encorbatados con los que está el gobernador. Algunos de ellos los miran de reojo.

En el grupo de hombres trajeados hay banqueros, no solo griegos, algunos dueños de multinacionales con residencia en la isla y gente omnipotente y vip del sector público de Atenas que ha venido a la isla para la Pascua.

—Seguro que están hablando de lo guapa que eres.

Scott la ve preocupada. Mira hacia el político turbada.

—Este vestido que llevas es deslumbrante. Paséate y déjate querer por el resto de los hombres que hay aquí. ¡Que siga la fiesta! ¿Dónde está el champán? Te traigo una copa. Olvídate de ese engreído. Andreas, ¿tú por aquí? ¿Dónde está el camarero con el champán?

La señora Lope examina todo lo que sucede en la biblioteca desde una butaca moldeada y elegantemente tapizada donde se ha sentado. A ella también le gustan las fiestas y hablar con desconocidos, pero

hoy es distinto. No hay tiempo, está repasando mentalmente todas las personas que podían saber que Johnny y Becky habían salido juntos el jueves.

—Usted y sus barruntos. —Se le acerca Scott y la desconcentra—. Qué guapa está Jackeline.

—Sí, el vestido es deslumbrante.

—Y el chico que está a su lado es su hijo. —Larissa toma de un trago el champán que tiene en la copa—. Tuvo que quedarse embarazada jovencísima. —Hace señales a un camarero para que le traigan otra—. Parece un buen chaval.

—Sí. Descarto que sea él quien acosa a la actriz. —Violeta observa perspicaz a madre e hijo desde su asiento.

—Y el chico no sabía nada de que Jackeline fuera su madre. Él pensaba que había muerto.

—Diablos, este politicucho es un retorcido. Miente como un bellaco. Engañar a su hijo en algo así.

—Por todos los piratas que habrán pasado por estas costas, nuestra gran estrella americana tuvo un lío a la griega. —Scott se lo está pasando bien—. Lo peor es que sea político, siempre mienten, estoy de acuerdo con usted.

—¿Acaso conoces algún político que no lo haga?

—No. Aunque tengo un amigo en la Cámara de los Comunes que se repite continuamente a sí mismo que mentir y no decir la verdad son cosas distintas. —Larissa se deja oír. Intenta mantener a raya la voz del pasado que la atormenta.

—¿Qué pasará con la serie, con vuestro trabajo, Scott?

—Supongo que detendrán el rodaje y volveremos todos a casa.

La señora Lope no sabe si es simplemente frivolidad o hay algo más, Scott no parece estar afectado por el accidente.

—¿Sale Becky en muchas escenas?

—Sí, será imposible continuar sin ella. Quién sabe qué nos espera; al estar la gran Taylor en la serie, será difícil que encuentren otro hueco en su agenda, seguro que en Estados Unidos la esperan para rodar alguna película taquillera.

—Hoy está muy guapa. —Violeta admira a la actriz y su vestido con miles de lentejuelas destellando como una fina lluvia de cristal que resbala por su esbelto cuerpo de sirena—. Por primera vez, su vida personal es más importante que su carrera. —La señora Lope no puede dejar de observar a la actriz estadounidense desde donde está. Se deja llevar por su lado más femenino, embelesada con su traje de noche.

Las copas de champán van y vienen como las olas del mar entre los dedos de los invitados; el líquido burbujeante tiembla dentro del cristal mientras los presentes siguen charlando en corros improvisados. Hay una complacencia general, risas, expectación. «Me recuerda a la fiesta que organizamos cada fin de año allí en los Pirineos. Por supuesto, esta es más lujosa, y tanto champán y camareros, esto le va a costar una fortuna a la americana. Pero es el mismo ambiente, la misma sensación de emoción contenida a la espera de las doce campanadas. Esa sensación de vivir un momento que no se repetirá, de esperar un acontecimiento único, quizá inquietante. Todo apunta a lo segundo, un acontecimiento inquietante, porque esto no es fin de año, esto es la Pascua griega y en este pequeño pedazo de tierra rodeado de agua se están descorchando secretos que habían permanecido ocultos durante años».

—Señora Lope, ¿quiere otra copa de champán? —Duke se acerca a ella.

—Sí, por favor.

—¿Y usted, jefa? —La arqueóloga asiente, está de pie junto a Violeta. A Larissa estas celebraciones la aburren. El asistente se aleja en busca de más bebida.

—¿Cuánto falta para la medianoche? —pregunta la arqueóloga.

—Unos minutos. —Violeta mira su reloj de pulsera.

—*It's time to mingle.* —Scott se aleja, elegantemente trajeado, va hacia donde está la diva para formar parte de ese mundo de ensueño que se crea alrededor de esa mujer.

Larissa no está acostumbrada a la bebida, pero esta noche está ansiosa y no para de beber. Se aburre como una ostra, a ella no le brillan los ojos por compartir una velada lujosa con vips. Todo este despliegue de oro y pompa la deja indiferente.

—Jefa, hay que aguantar. —Duke ha vuelto y ofrece una nueva copa de líquido dorado burbujeante a cada una—. Ahora viene lo mejor. A las doce en punto la gran Espianada se llenará de cirios encendidos y empezarán los fuegos artificiales. —El joven arqueólogo desaparece entre los invitados en busca de un buen sitio para ver el espectáculo. Las dos mujeres se quedan solas.

—Es una pena que Becky no pueda estar aquí.

—Es joven. Tiene todo el tiempo del mundo para visitar esta isla de nuevo. Otros, en cambio, mueren jóvenes.

—¿Por qué dices eso, por Dios! ¿Por la camarera del hotel? —Violeta la mira turbada.

—Por nada. Déjelo. Si se lo dijera, pensaría que he perdido la cabeza. Esta excavación está resultando muy distinta a las demás. Descubrir ese extraño pozo, los huesos, el accidente y...

Larissa toma otro sorbo de su copa.

—Y las voces... ¿Usted qué pensaría de mí si le dijera que desde que encontramos el Ojo de Medusa oigo la voz de un niño? Un chaval que sabe más cosas que yo.

Violeta no dice nada. Decide esperar a que Larissa continúe.

—Es como si tratara de advertirme. Quiere que le escuche y cuanto más me niego a hacerlo, más pesada es la carga. Sus súplicas, sus miedos, y no es un susurro. Casi siempre son gritos de ayuda. Creo que por primera vez he desenterrado a alguien que no estaba muerto.

A la señora Lope le entra un escalofrío. Mira a la gran arqueóloga y se compadece de ella por tener que pasar por esto sola. Por supuesto que la cree, el pasado aparece en el presente en cualquier momento y toma formas muy distintas.

—¿Es una voz del pasado?

—Sí, es un niño que conocía bien el templo de Medusa y creo que también el Ojo. Por alguna razón andaba siempre por ahí.

—Como un monaguillo.

—Algo así. —Larissa mira agradecida a Violeta al ver que se lo toma en serio.

—Quizá vio algo que no debía, ¿no te parece?

—Sí. Pero él cree que vio a Medusa y eso es imposible.

Scott interrumpe a las dos mujeres.

—Tengo a Becky al teléfono. Acaba de salir del coma. No van a creer lo que me está diciendo. —El actor está pálido como la camisa del esmoquin que lleva.

—¡Fantástico! ¡Ya ha despertado! ¿Cómo se encuentra? Dame el teléfono. —Violeta le quita el aparato.

—Becky, querida.

—No hay tiempo, señora Lope. Deben hacer algo, sé quién me empujó, no le vi la cara, pero lo sé porque reconocí su voz. Tienen

que detenerlo, él es el asesino.

A la señora Lope le da un salto el corazón cuando dice la palabra asesino. Inmediatamente lo asocia con la camarera muerta.

—Reconocí su voz de la noche en la fortaleza, por eso intentó matarme: es ese político, el gobernador.

Violeta mira hacia donde está la actriz de Hollywood.

—Dice Becky que fue el gobernador de la isla quien la atacó.

Todos se quedan estupefactos, sin palabras. La señora Lope empieza a buscarlo por la sala.

—Jackeline está en peligro y su hijo también. —Se levanta todavía con el teléfono en la mano. Todos siguen perplejos. Violeta la encuentra y se queda mirando al político. Los demás hacen lo mismo. Stefanos Asprudis se da cuenta y clava sus ojos en ellos, intranquilo.

—La pobre camarera del hotel debió verlo traer los anónimos o la caja con las mariposas muertas y la asesinó sin más, para no dejar cabos sueltos. —La señora Lope empieza a discurrir, a decir en voz alta lo que piensa.

La actriz americana hace uno de sus atractivos y profesionales movimientos de cabeza para que su melena se mueva grácilmente por su espalda y sus ojos coinciden con los del grupo de amigos del hotel, todos están mirando fijamente al padre de Kass y sus caras de espanto la asustan. Por puro instinto camina hacia su hijo, que sigue charlando con Panagiotis, le coge de la mano y se la aprieta fuertemente. Este se la queda mirando y enseguida desplaza sus ojos hacia donde mira ella.

El gobernador interrumpe bruscamente la conversación que mantiene. La señora Lope sigue con el móvil en la mano y el político da por hecho lo que está ocurriendo. Se acalora, pero no pierde la

compostura. Se apresura hasta llegar a la altura de Jackeline y su hijo.

—¡Seguidme! —Coge a la actriz del brazo disimuladamente y ella tira de Kass, que no quiere dejar solo. El chico pone cara de sorpresa, pero se deja llevar sin problema. El gobernador, seguido de ella y de su hijo, se abre camino entre los invitados hasta donde están la señora Lope y los demás.

—¡Maldito cerdo engreído: tú hiciste caer a la chica dentro del Ojo de Medusa! —grita Larissa, que está algo espitada por la bebida.

—Ya no hay tiempo de nada —dice él como única respuesta a la acusación.

—¿Es verdad eso? —Jackeline y su hijo le miran.

—Ha intentado matar a Becky y fue él quien asesinó a la camarera del hotel. —Scott la pone al corriente.

Violeta cuelga el teléfono. Se oye un estruendo en el cielo. Todos se estremecen por lo inesperado. Es un cohete de advertencia, están a punto de dar las doce. Los invitados se dirigen hacia los balcones distendidamente sin mirar atrás. Nadie se fija en ellos.

—Ahora, todos vosotros me acompañareis sin decir una palabra —susurra herméticamente.

La diva intenta deshacerse de la mano de él, que la agarra por el brazo y le hace daño. Él se deshace de ella y coge al chico. Ante la alarma de todos, saca un arma del bolsillo de la americana con sumo cuidado y la clava en la espalda del chico.

—Papá...

—¡Cállate! ¡Te has vendido a ella! Te has dejado cegar por ella. ¡Eres un idiota, Kass, como todos vosotros!

—¡Stefanos, calla! —Jackeline hace un intento de arrebatarse a su hijo, pero fracasa.

—Una palabra más, un movimiento en falso y le disparo.

—No serías capaz. A tu propio hijo. —La voz temblorosa de la actriz es casi un silencio.

—Tú no me conoces. Me dejaste hace mucho tiempo, ¿recuerdas? ¡Qué arrogancia, pretendes saber cómo soy! —Solo el grupo puede oírle. Clava sus ojos en Jackeline lleno de furia contenida—. ¡No eres más que una zorra egoísta, como todas las mujeres! Dame una sola oportunidad y lo mato. Tu maldito corazón se romperá como se rompió el mío y acabaré contigo también.

Incluso Larissa, que ha bebido de más, comprende que es mejor no replicar, porque están tratando con un hombre desquiciado. Violeta observa la pistola pegada a la espalda del muchacho. «Esto no es una broma. Y no hay ni un policía en el salón». La arqueóloga, por su parte, busca exasperada a su ayudante con la mirada, pero no lo ve por ninguna parte. Ya está fuera, en los balcones. Violeta se da cuenta y hace lo mismo, pero nada. «Estará fuera en primera línea con el resto de los invitados. Y gritar sería peligroso, podría disparar al chico».

—Las pistolas las dispara el diablo. Baja el arma, te acompañaremos donde quieras —le pide la señora Lope.

—Calle, vieja entrometida —replica el político—. Salid del salón y bajad las escaleras despacio y sin decir palabra. ¡Vamos!

—¿Qué vas a hacer con nosotros?

—Déjate de preguntas. —El gobernador piensa rápidamente. Tiene que encerrarles hasta que pueda ocuparse de ellos. Al lado del palacete está el Museo Arqueológico. Un edificio búnker de los años setenta sin ventanas, solo claraboyas, la arquitectura perfecta para encerrar a las personas en un mundo aparte. Sabe que hay una puerta interior que conecta el edificio veneciano donde están con el

museo. Como buen político europeo, sabe dónde están todas las puertas de emergencia por si las cosas se ponen feas. Y es Pascua, el museo permanecerá cerrado los próximos días. La jaula perfecta para esos intrusos.

—Todo esto es absurdo. —Scott no puede creerse que esté bajando a punta de pistola como los demás.

—Será absurdo para ti, pero no lo es para mí. —El político está muy seguro de sí mismo, lo único que necesita es ganar tiempo. Les dejará encerrados allí. Nadie les oirá, el mayor espectáculo pirotécnico del año está a punto de empezar. Nadie podrá ayudarles. Él volverá con el gentío, se dejará ver en el balcón para crear su coartada. Y antes de que terminen los fuegos artificiales bajará al museo de nuevo y los matará. Eso es lo que hará, será fácil, piensa él, los tiros quedaran camuflados por la pólvora de la gran fiesta de sonido y color en la gran plaza de la ciudad. Nadie oirá los disparos. Después ya se encargará de la niñata del hospital.

En la escalera no hay ni un alma. De repente se oye un estruendo enorme, como un disparo. Todos se asustan y detienen el paso. Es una de las salvas de pólvora que anuncia el inicio inminente de la fiesta de cohetes. Por un momento creen que Asprudis ha disparado el arma sobre uno de ellos.

—El corazón se me ha salido del pecho, pensé...

—¡Siga bajando! ¡Rápido!

—Yo también. —Jackeline mira a su hijo y lo coge para que avance unos pasos delante de ella—. Apúntame a mí, cobarde, y deja a nuestro hijo.

—Ni lo sueñes. El chico se queda aquí detrás y será el primero en morir si alguno de vosotros intenta algo.

Los fuegos artificiales están a punto de empezar. Todos están en la Espianada, pendientes del mágico evento pascual.

—¡Esto es de locos! —Scott baja las escaleras incrédulo.

—Tú avanza y cierra el pico, que esto no es uno de tus guiones de cine. —A empujones les lleva hasta la puerta que da paso al museo. El gobernador abre un pequeño armario contiguo sin dejar de apuntar a su hijo por la espalda. Saca unas llaves y abre una pequeña puerta secundaria de acceso al edificio contiguo. Los empuja violentamente dentro y la señora Lope cae al suelo. Kass se arrodilla para ayudarla, su padre tira del cabello de él y le obliga a levantarse.

—¡Déjalo o te aseguro que...! —Jackeline no puede más.

—O me aseguras ¿qué? —El gobernador se ríe con sarcasmo.

Violeta no se ha hecho daño. Ahora es el actor que le tiende la mano para que se ponga de pie sin quitar la vista de la pistola.

El político cierra la puerta tras él y les obliga a caminar en dirección al pabellón central del museo, es la sala más aislada del edificio, sin ventanas, con paredes altas como murallas y con una sola entrada que el gobernador tiene previsto cerrar a cal y canto tras ellos.

—¡Los teléfonos, quiero vuestros teléfonos! —Antes de encerrarlos, coge violentamente los bolsos de las mujeres y las empuja dentro. Comprueba que están los móviles y acto seguido hace señales al actor para que haga lo mismo y hunde la pistola en la espalda de su hijo para que este también le dé el móvil. Después los empuja dentro con los demás.

—Ahora, rezad —ordena con sarcasmo.

A continuación, cierra la enorme puerta que les separa de la libertad. Oyen como una llave da vueltas en la cerradura y tras eso, silencio, no oyen ni los pasos de su carcelero mientras se aleja.

Hay una espera, un momento lleno de confusión, de no saber qué hacer ni qué pensar. Están todos asustados, inmóviles, quizá ese maldito hombre sigue detrás de la puerta, acechando como una hiena. Se quedan quietos, en la penumbra, durante un período indeterminado de tiempo. La señora Lope puede ver las siluetas de los demás y mira hacia arriba. No están del todo a oscuras. El techo del pabellón es una gran claraboya de vidrio veteado que deja pasar la luz natural. Imposible de alcanzar, los muros son altísimos. Pero por los menos, la luna es su aliada y les regala unos rayos de claridad.

Jackeline abraza a su hijo con fuerza que a escondidas se enjuga unas lágrimas. El chico está temblando y ella también.

—¿Estáis todos bien? —El actor los mira en medio de las sombras.

—Si a esto le puedes llamar estar bien... —Larissa sigue algo confusa por culpa del champán.

—Tu ex está loco, ¿crees que habla en serio? —Va mirando a su alrededor abrumado por lo sucedido.

—Maldito loco, yo pensaba que se olvidaría de los teléfonos.

—Stefanos Asprudis es un tipo listo. —Violeta no quiere hundirse en la desesperación.

—No lo reconozco. —Las lentejuelas del vestido de Jackeline brillan con los rayos de la luna—. No temas, Kass. Saldremos de aquí y se lo contaremos todo a la policía.

—No sé cómo. —Larissa es la que peor lleva todo esto. No es solo la bebida, hay algo más que la perturba.

Poco a poco el grupo se habitúa a la oscuridad y pueden contemplar la sala donde están a la luz de las estrellas.

La arqueóloga sabe muy bien dónde están. El tipo que acaba de encerrarlos allí es un mal secundario para ella. Larissa se siente

prisionera de otra historia, de otro tiempo, ella se siente como si la hubieran echado dentro del maldito agujero, como a Becky.

—Es Medusa otra vez, otro más de sus tentáculos. Esta vez no vamos a salir.

Están encerrados en el primer lugar que visitó la arqueóloga cuando llegó a la isla.

—Vamos a morir, como todos esos infelices que empujaron dentro del gran Ojo. Aquí estamos nosotros, somos su sacrificio. ¡Miradla cómo se ríe de nosotros!

Larissa señala hacia sus espaldas. Todos siguen el brazo en alto de la arqueóloga y ante ellos aparece el gran templo de Medusa. En este ciclópeo pabellón del museo salvaguardan el antiguo templo de Medusa, su gran fachada, con sus vetustas columnas dóricas y sobre ellas la aterradora y gigantesca figura de la gorgona, con las serpientes moviéndose en su cabeza y sus piernas desencajadas como si estuviera a la carrera con el mal. Allí está ocupando todo el frontón del antiguo templo. Esta sala se construyó para conservar eternamente el templo griego más misterioso de Grecia.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué es eso?

—Eso es ella: Medusa. La verdadera Medusa. La razón de que estemos aquí.

—Larissa, cálmate. Nos estás asustando. —La señora Lope mira al chico, que sigue temblando como una hoja. Pero es inevitable, también ella se siente aprisionada por la sonrisa arcaica y diabólica de esa figura gigantesca que tienen delante.

—Va a engullirnos, a hacerse con nuestras vidas. Esto es lo que quería decirme el monaguillo.

—Pero ¿de qué diablos está hablando? —Scott se niega a caer en la paranoia general—. ¿Dónde están las luces? Vamos a encenderlas. —

Busca los interruptores en los muros contiguos a la puerta—. Aquí están. —Los aprieta, pero nada, no funciona—. Maldito sea, ha cortado la electricidad.

—Tenía que pasar. Hay secretos que deben estar eternamente ocultos. —Larissa parlotea desfallecida, vencida por las circunstancias. Sigue a flote, pero en el pasado, a miles de años de los demás.

Jackeline piensa en ella y en su hijo. Descubrir al mundo la verdad, cómo puede eso provocar la ira de los dioses, cómo pueden merecer que les encierren en este lugar a punta de pistola.

—Yo no podía suponer que Stefanos haría algo así.

—Ni tú ni nadie. Ha perdido la chaveta.

—No podemos huir. Es hora de enfrentarnos a nosotros mismos. — Larissa se arrodilla delante del templo.

—¡Nos estás poniendo nerviosos! ¡Esto no es ninguna maldición! Estamos aquí porque un cabrón nos ha encerrado y probablemente pretende matarnos. —Scott la coge de los brazos y la obliga a ponerse de pie.

—Eso es, yo también me temo que volverá y tiene una pistola que no dudará en usar. —Violeta mira a su alrededor en medio de la oscuridad—. Lo peor es que nadie oirá los disparos.

—Porque están a punto de empezar los fuegos artificiales. —Kass sabe el estruendo que hay cada año a las doce de la noche del sábado de Pascua.

Jackeline grita exasperada. Pide ayuda y los demás hacen lo mismo en un instante de desesperación colectivo. Segundos después lo único que reciben a cambio es un eco de sus propias voces perdido entre las enormes columnas dóricas de piedra del templo. Cuando dejan de gritar, la Medusa gigante sigue allí arriba mirándolos con

placer morboso. Cada una de las serpientes de su cabeza les saca la lengua bífida burlándose de ellos.

—Es inútil.

Jackeline pega un último grito iracundo, lo hace con todas sus fuerzas. Kass llama a su padre, le pide que les saque de allí. Todavía confía en él, no puede hacer algo así. Pero no hay respuesta. Encontrar a su madre después de tantos años viene acompañado de una maldición: la de perder a su padre.

—No podemos esperar a que venga a por nosotros y nos mate.

—Sí, hay que acabar con ella y su maldito templo. —Larissa está muy lejos. Habla con ese niño que se enfrenta solo a los poderosos sacerdotes que controlan el lugar.

—Lo que hay que hacer es salir de aquí lo antes posible. Antes de que empiecen los fuegos.

De repente se oye el silbido inconfundible de los primeros cohetes lanzados al cielo estrellado.

—O, mejor dicho, antes de que terminen.

Todos se estremecen. Se quedan a la espera de oír la explosión de sonido y color. Una luz púrpura se filtra por la claraboya del techo de la sala.

—¡Por todos los dioses! No hay tiempo que perder. ¡Hay que salir de aquí!

—¿Cómo?

—Escalando. Podríamos intentar llegar al techo de cristal —dice el chico.

Hay resoplidos de desesperanza. Miran hacia arriba, la altura es enorme. Scott mira a la arqueóloga.

—Es la única salida. Hay que acabar con la maldición. Tengo que hacer algo, no puedo dejarle solo. —Larissa no parece estar hablando

con ellos, pero añade—: Detrás del frontón están los bloques de piedra del templo, están ahí detrás de la fachada, amontonados.

Solo la dama de los Pirineos entiende qué le pasa a Larissa, está como en trance hablando con ese espíritu del pasado.

«Pero no estoy segura de si todo es producto del champán. La idea de subir allí es descabellada. Imposible que podamos llegar hasta arriba. Aunque si pudiera llegar uno solo de nosotros y salir para pedir ayuda, otro gallo cantaría».

—Es una posibilidad: llegar hasta la claraboya, romper uno de los cristales y salir para pedir ayuda. Pero desgraciadamente yo no voy a poder —se lamenta Violeta.

—Yo lo haré. —Larissa sale de su abismo particular, parece estar con ellos de nuevo.

—Y yo también. He hecho escalada. —Kass deja la mano de su madre.

—¡Bien dicho, muchacho! —Scott le anima—. Yo también me apunto.

—Es peligroso. —La americana mira a su hijo.

—Más peligroso es quedarnos aquí sin hacer nada, Jackeline. —El actor es rotundo—. ¡Hay que ayudar al chico a subir hasta arriba! ¡Vamos! —Los empuja para que caminen hacia la parte de atrás del templo—. El resto os escondéis donde podáis.

Se miran los unos a los otros esperanzados y abandonan por unos instantes las palabras. El estruendo del castillo de fuegos artificiales es tremendo. Las sombras de colores que planean sobre las piedras del templo son pavorosas. El concierto pirotécnico en la Espianada empieza con unas tracas que suenan como ametralladoras y las luces que desprenden penetran en el techo acristalado a ráfagas creando un ambiente tremebundo de colores y ecos violentos.

Con señas se ponen de acuerdo y caminan hasta quedar todos tras las grandes columnas dóricas que sostienen el frontón del templo. Hay una serie de colosales piedras rectangulares rescatadas de la nave del antiguo edificio. Larissa sube a una de ellas y acerca la mano a Kass para ayudarlo a subir.

—Por este lado es mejor. Fijaos, la punta del templo está a menos de medio metro del techo de cristal. —Larissa hace sus cálculos.

—¡Daos prisa! —apremia el actor, mientras mira a su alrededor en busca de escondrijos donde pueden meterse en caso de que vuelva el gobernador. Tendrán que esconderse como conejos si quieren salvar la vida.

Larissa sigue con sus cálculos para aprovechar al máximo las piedras salientes que le permitan a ella y a Kass subir con más rapidez. Es consciente del peligro. No quiere alarmar a los demás, pero algunos de esos bloques no están enteros, sino que son fragmentos y todo el templo se construyó con piedra caliza, una piedra local muy porosa y con muchos huecos naturales. Además, la poca luz que hay en el pabellón le impide estar segura de dónde se agarra.

—Ahora tú. —Larissa asciende y justo detrás de ella va el chico calcando sus pasos—. No te desvíes ni un centímetro.

Desde abajo la actriz los mira inquieta. Tiene el corazón en un puño. La señora Lope está demasiado nerviosa para observar a los dos escaladores. Lo que hace es estudiar los lugares de la sala que tienen algún punto muerto donde quedarse y pasar inadvertidos. Scott asciende también por detrás del chaval para que pueda cogerlo en caso de que resbale.

Abajo no hay lugar donde esconderse, las vitrinas con objetos encontrados en el templo son estanterías fijadas a la pared. Hay

algunas esculturas, pero no son lo suficientemente grandes como para camuflar a uno solo de ellos.

Larissa se detiene sobre una de las grandes piedras del antiguo templo. Está a unos cinco metros del suelo. Mira hacia arriba buscando el camino más seguro. Kass se sienta en una piedra saliente y espera sus órdenes.

—¿Preparado para seguir? —le pregunta.

Él asiente con la cabeza y ella le hace un gesto con la mano para que espere unos segundos. Larissa se quita los zapatos que se había puesto para la noche de gala y continúa el ascenso con los pies desnudos.

—¿Y si intentamos subir nosotros? —Se le ocurre a Violeta—. No hasta arriba, pero sí unos metros. Es mejor que quedarnos aquí abajo.

—Yo estoy paralizada por el miedo. —La actriz teme no ser capaz de subir por las piedras.

—Hay que intentarlo, despistaríamos a ese diablo de tu ex.

—Acabará encontrándonos y nos... —No termina la frase. El ruido de los cohetes ha cesado por unos instantes y la actriz mira hacia arriba temerosa de que su hijo la haya oído.

Pero él ya está a unos ocho metros del suelo concentrado en dónde pone los pies. Las sombras que proyecta el gran frontón acaban con la poca luz que penetra por el techo de cristal y los colores de los cohetes le confunden. Al joven le da la sensación de estar escalando en un sueño.

Larissa se enfrenta a sus propios fantasmas, oye al niño en el templo sin parar, claramente le susurra al oído como si le contará un secreto muy bien guardado: «KITAKSE TH MEDUSA. BOIZISEMAS».

—Que mire a Medusa... —No puede mirarla, si lo hace se convertirá en piedra y no podrá seguir el ascenso. La maldición de Medusa la condena a la inmovilidad. ¿Por qué ahora el niño desea conducirla al abismo? Hasta entonces ha sido un espíritu benévolo que la ha ayudado a comprender, ¿por qué ahora insiste en que mire a Medusa?

—¿Estás bien, chico?

—Sí, sigo tus pasos.

Larissa ve como el grupo de abajo intenta subir al templo.

—¿Qué demonios están haciendo? —grita para que la oigan.

—Vamos a subir un nivel de piedras si es posible y nos esconderemos —grita a su vez la señora Lope.

—¡Larissa, espera!

El actor piensa en algo. En vez de avanzar, desciende con agilidad hasta el suelo del pabellón y corre hacia la puerta de acceso a la sala. Coge un capitel de pequeñas dimensiones que descansa en el suelo. Se acerca a una de las vitrinas expositoras y tira con fuerza la piedra contra el cristal. El estruendo es enorme, pero se mezcla con el sonido de esporádicos fuegos artificiales que proviene de la gran plaza. Coge un par de espadas antiguas que están en buen estado. Una la coloca en la puerta para atrancarla e impedir que su carcelero pueda entrar en el pabellón y, con la otra en la mano, corre hacia el templo de nuevo.

—Larissa, no subas más, espera a que te alcance y coges la espada. La necesitarás para romper el cristal. ¡Cójala, vamos! —Scott le da la espada a la señora Lope y asciende con rapidez por encima de las primeras piedras mastodónticas que dan forma a la prenaave del templo—. ¡Démela ahora!

Violeta se la da desde abajo y después sigue hacia arriba por las piedras. El actor consigue entregársela a Kass y este a Larissa.

Después el actor vuelve a bajar un nivel y con pocas palabras les dice a Violeta y a Jackeline que intentará auparlas hasta donde está él. Scott tira con fuerza primero de la dama de los Pirineos y después de la actriz y los tres abandonan el suelo.

Hay unos segundos en que se detienen completamente los fuegos y todos se asustan conscientes de que su tiempo se acaba.

—¡No ha terminado! —grita Kass—. El final se anuncia con una traca de truenos. Tenemos menos de cinco minutos.

—¡Hay que seguir!

—Ten cuidado, muchacho. Esa piedra de ahí está muy suelta.

Jackeline oye a Larissa y no puede evitar las puñaladas de terror que siente en el corazón preocupada por la vida de su hijo. La actriz decide descalzarse para moverse mejor sobre las piedras, pero pierde el equilibrio y uno de sus zapatos de tacón cae abajo, al suelo de la sala, justo al lado de la fachada del templo.

—¡Se nos acaba el tiempo!

Su única esperanza es que el hijo de la actriz y Larissa lleguen hasta la claraboya. Todos miran hacia arriba para ver cómo avanzan. Ahora está todo más oscuro. Al cesar los fuegos la sala está de nuevo en penumbra. No tienen tiempo, deben romper uno de esos cristales, Kass es el único que puede salir y pedir ayuda.

Por fin, el chico supera todos los obstáculos y llega hasta Larissa. Están los dos arrodillados en el mismo bloque de piedra.

—A partir de ahora no mires hacia abajo, chaval.

La altura es de vértigo. Ya están al nivel del arquitrabe, por suerte hay muchas piedras recuperadas de la nave que han sido acumuladas tras la fachada sin formar una pared lisa y esto les ayuda a ascender.

—Cada vez falta menos.

Larissa se detiene unos segundos cuando está justo detrás del tímpano. El niño del templo le habla de nuevo, insiste en que mire a Medusa. La estatua de la gorgona está al otro lado, en el reverso de la piedra, acechando como una bestia arcaica y sedienta.

—¡Ahora no! —exclama en voz alta.

Kass se asusta.

—¿Qué está pasando?

—Olvídalo. ¡Tú sigue avanzando por donde lo he hecho yo y concéntrate!

Como había previsto la arqueóloga, pueden llegar hasta la parte más alta del frontón. Larissa pasa la mano por la cornisa inclinada en forma de triángulo que limita el tímpano. Allí arriba se encuentra un fragmento de la acrotera central que perteneció al templo, el punto más alto del edificio, y está a unos treinta centímetros del cristal de la claraboya. Casi pueden tocarla.

—Ahora viene lo más fácil: romper este cristal y meterte a ti por el agujero.

—Sí, lo más fácil. —Kass se ríe nervioso. Mira a su madre y a los demás. Todos están entre las piedras de la nave observándolos. Han buscado los espacios sombríos donde esconderse. La actriz es consciente del peligro que corre su hijo, pero si lo consigue estará a salvo, lejos de su padre, ya no podrá hacerle daño. Por lo menos él se salvará.

—Dale con fuerza, Larissa. —La señora Lope desearía ser ella la que rompiera con la espada ese cristal que abrirá la gran jaula donde están metidos.

La arqueóloga se cubre la cabeza con un brazo y con el otro empuña la espada y sacude el vidrio con todas sus fuerzas. El panel vibra,

pero no se rompe. Lo intenta de nuevo, esta vez con el mango de la espada. Se quita el jersey y coge el arma por el filo, después golpea con fuerza el cristal. El crac suena como uno más de los estallidos de pólvora de la noche de Pascua.

—¡Cubríos como podáis! —A Larissa casi no le da tiempo de advertir a los demás; el cristal termina cayendo en grandes fragmentos laminados sobre la parte trasera del templo, donde antiguamente estaba la prenave.

—¡A cubierto!

Los trozos de vidrio caen como témpanos de hielo rompiéndose cuando llegan al suelo. La arqueóloga ha conseguido quebrar el vidrio.

—¡Tenemos suerte! Este vidrio no es de seguridad. ¡Vivan los edificios antiguos sin mantenimiento! Espera, chico, necesito darle otra vez para quitar este pedazo cortante de cristal, podrías hacerte daño.

Golpea con la espada hasta que consigue limpiar del todo un lateral donde Kass pueda agarrarse para salir.

—¿Estáis bien?

—¡Sí, aquí abajo todos bien!

La arqueóloga no pierde tiempo, coge a Kass del brazo y lo acerca a ella.

—Ahora escucha atentamente: te subiré a mis hombros y te cogerás con todo tu poder de héroe adolescente al marco de hierro que está encima de nosotros. Una vez arriba camina despacio porque esto es una isla y hay mucha humedad, puedes resbalar fácilmente.

—Lo sé, vivo aquí, ¿recuerdas?

—Muévete hasta que encuentres una zona cercana a la calle. No intentes bajar, es peligroso. Pide ayuda, a quien sea, diles que llamen

a la policía. La vida de todos nosotros está en tus manos. —Se lo dice en voz baja. No quiere que los demás sientan el peso de la realidad.

—¡Te quiero, Kass!

—Y yo a ti, mamá.

—Si salimos de esta, te llevo a Disneyland.

—Ya soy un poco mayor para eso.

—¡Por los clavos de Jesucristo, llévale a las Vegas, que el chico ya es mayor, pero ahora vete y pide ayuda, en cualquier momento puede volver ese loco asesino! —exclama el actor.

—¡Buena suerte! —La señora Lope grita con todas sus fuerzas.

—Que los dioses te acompañen, chaval. —La arqueóloga observa detenidamente los pies de él para cerciorarse de que escoge los puntos de apoyo adecuados.

Kass es ligero y se apoya correctamente en los hombros de ella, en un momento se agarra a la cornisa de hierro de la claraboya y sale por el agujero. Se pone de pie, hace un breve saludo con la mano a los demás y desaparece en la oscuridad de la noche.

Ellos se quedan en silencio, encerrados en la vasta sala del museo, a la espera del desenlace. Los fuegos siguen detenidos. Parece que ha llegado el final, solo queda la traca.

—Si Asprudis vuelve y ve el cristal roto, quizá piense que hemos conseguido escapar y tenemos una oportunidad. —Violeta no quiere ver caras de rendición.

—Usted es muy optimista —dice Scott desde unos metros más arriba.

—¡Silencio! Alguien se acerca —exclama Jackeline.

Todos se quedan muy quietos en el lugar donde están, escondidos tras grandes cubículos de piedra.

La puerta de acceso a la sala sigue atrancada con la espada, pero alguien la sacude para que se abra. Con horror oyen el estruendo de la espada de metal cayéndose al suelo y seguidamente la puerta chirria al abrirse. Aparece Stefanos Asprudis con la pistola en la mano, listo para terminar lo que ha empezado. Tiene que matarlos, lo demás es historia, nadie podrá explicar jamás lo sucedido. Con la chica del hospital será fácil, inducir un paro cardíaco es pan comido para un médico como él. Arma en mano se adentra en la sala, que parece desierta. No pierde los nervios, pues sabe que estarán escondidos como roedores en alguna esquina.

—Así que queréis jugar al gato y al ratón.

Capítulo 23

El político controla la situación, aunque es consciente de que la traca final va a empezar de un momento a otro y solo durará tres o cuatro minutos. Necesita matarlos en ese intervalo, es la única manera de que no se oigan los disparos. A pesar de la falta de tiempo no pierde la compostura. Se quita la chaqueta del traje y la deja en un banquillo contiguo a la puerta. No quiere ensuciarse, él ya piensa en el regreso al palacete cuando se encuentre de nuevo con los invitados para completar su coartada.

—¡*Kalí Anástasi!*⁵¹— grita con sarcasmo. Sin dar un paso más, examina la gran sala palmo a palmo. Las vitrinas expositoras, sus recodos invisibles, el espacio en sombra detrás de las solemnes estatuas de piedra con sus peanas. Allí acurrucada, temblando como la hoja de un árbol podría estar una de sus presas. El gobernador los encontrará, está completamente seguro—. ¡El atronador comienzo de la Pascua ensordecera las balas que atravesarán la carne fresca de vuestros cuerpos!

La señora Lope no hace más que rezar y contiene la respiración igual que los demás. «Qué asco lo de la carne, se nota que es médico». Oyen cómo el hombre avanza peligrosamente hacia ellos, colocándose en el centro del pabellón.

—Lo único que hacéis es prolongar la agonía. —Sigue examinando la sala. Sus ojos tropiezan con algo que hay al lado de la última columna de la izquierda del peristilo frontal. Se acerca. Es el zapato de tacón que le ha caído a Jackeline. Lo recoge e, inquieto, mira hacia

arriba, hacia el frontón del templo. Inevitablemente Medusa le devuelve la mirada con sus ojos rabiosos de maníaca. Aunque eso no le impide advertir que falta un cristal en el tragaluz de la sala.

—Es imposible... no han tenido tiempo. —El político nunca hubiera pensado que fueran capaces de escapar por ahí. Examina el suelo y comprueba que hay fragmentos de cristal dispersos por la sala. Siente algo extraño, algo nuevo para él: miedo. Da unos pasos hacia atrás para asegurarse de que no hay nadie en la puerta. Después vuelve a acercarse al templo, coge el zapato de tacón de miles de dólares y, colérico, lo lanza lejos. El tiempo se le echa encima, la traca final está a punto de empezar.

—Es imposible. ¡Estáis todavía aquí, dentro de estas piedras, escondidos como insectos, y os encontraré!

En un arrebató de ira brama como un animal y se dirige a las piedras que hay detrás del frontón para subir al primer nivel. Larissa le observa desde arriba, está a unos metros de encontrarse a Violeta y a la actriz. Las matará, les quedan unos segundos de vida. Hay que hacer algo, pero qué.

—¡Maldita sea! La policía está en camino. ¡Solo quedo yo! ¡No me ha dado tiempo a escapar! ¡No seas idiota! ¡Lárgate antes de que aparezcan! —grita la arqueóloga sin salir de su escondrijo más arriba—. ¡Has perdido la partida! Escapar es lo único que puedes hacer. ¡La policía está en camino!

—¡Levántate! —Es la única palabra que sale de la boca de Stefanos. Quiere verla. Ella no tiene más remedio que ponerse de pie, sino subirá por las piedras y se encontrará con las dos mujeres. Por fin ve la silueta de la arqueóloga arriba, la tiene a tiro. Mira entre las piedras, duda de que los demás hayan escalado hasta ahí arriba.

—¿Dónde están los demás? ¡Habla o te mato, no te queda tiempo!

—¡A ti tampoco, imbécil!

Larissa ya no oye las serpientes que salen de la boca de él porque, tal como les había dicho Kass, el cielo se llena de destellos de colores y sonidos tormentosos. Incluso pueden oír la ovación inicial de la gente dispuesta a gozar con la traca final, el colofón del espectáculo pirotécnico. Y ellos allí, tan cerca y tan lejos de la fiesta, de toda esa emoción contenida de miles de personas esperando el momento último en el que la muerte se transforma en vida. Todo lo contrario a ellos, escondidos como animales temiendo que se ponga fin a su vida y les llegue la muerte prematura.

—¡El tiempo acabará contigo no conmigo! ¡Es tu final el que está cerca, cretino!

Larissa empieza a deslizarse por la parte más alta del muro, moviéndose a un lado a otro para esquivar un posible disparo. El político no aprieta el gatillo, en vez de eso empieza el ascenso hasta el primer nivel de piedras amontonadas de la nave. La señora Lope contiene la respiración, está tan cerca de él que si la ve, está muerta. Stefanos se detiene un instante y mira hacia arriba nervioso para averiguar por dónde repta la arqueóloga. Larissa no tiene dónde esconderse, solo puede moverse frenéticamente, sigue arriba del todo, pero escabullirse por el agujero del techo es imposible y peligroso, sería un blanco fácil y sola no podría subir hasta allí.

La traca final ensordece a todos, el estruendo es descomunal. El eco del pabellón donde están hace que la pirotecnia sea como un saco de truenos desbordado. Con las luces intermitentes de los petardos Stefanos Asprudis dispara varias veces. La arqueóloga se desliza por encima del muro donde está y decide finalmente bajar de nivel y escurrirse detrás del frontón donde hay menos luz. El político dispara de nuevo frenéticamente, consciente de que quedan muy

pocos segundos para que termine el castillo de fuegos artificiales. Colérico, sube hasta donde está escondido Scott, que ha permanecido inmóvil, sin mover ni un solo dedo. A la señora Lope se le pone la piel de gallina, si ahora mira hacia abajo la verá a ella y a la actriz claramente. Pero él está de pie y sigue mirando hacia arriba y apuntando a la indefensa arqueóloga. Miedo y pensamientos de últimas voluntades recorren la mente de todos ellos. «Si mueve la pierna diez centímetros hacia la derecha, adiós todo. Deberíamos haber mirado a Medusa, haber caído bajo su maldición, ahora seríamos una piedra más».

El gobernador sigue apuntando hacia arriba y dispara de nuevo. Una de las balas llega hasta Larissa y le atraviesa el brazo, la mujer pierde el equilibrio. Grita de dolor e impotencia porque no puede agarrarse a nada y cae unos metros más abajo, a la altura de la base del frontón. Enajenado por el ruido de la traca final, sigue disparándola hasta vaciar el cargador. El tremebundo ruido de la pólvora termina de improviso y le sigue un silencio solo roto por los gemidos de dolor de la arqueóloga y el clic seco de la pistola del político que ya no proyecta ninguna bala mortífera.

La señora Lope sale de su escondrijo y le coge de un pie para que pierda el equilibrio. Scott, al verlo, no puede hacer nada más que salir también de su escondite y enfrentarse a ese tipejo. Él los empuja con violencia. Scott sale mal parado, pues cae al suelo y suelta un gemido de dolor al chocar su cuerpo contra las baldosas de mármol. La señora Lope no se da por vencida y la actriz de Hollywood tampoco. Jackeline sale del rincón donde ha estado escondida y sube hasta el nivel donde está el padre de Kass.

—¡Endemoniado loco asesino! —La actriz lo ataca a golpes y lo agarra por el pelo y el cuello.

El político intenta moverse, pero no puede. Se oyen voces lejanas que proceden de la entrada del museo.

—¡Aquí, aquí! —grita con fuerza Scott, que sigue tendido en el suelo.

Se abren las luces del edificio y el templo de Medusa queda iluminado. Unos segundos después aparecen varios policías acompañados de Kass, que señala a su padre con una mirada acusatoria y llena de furia. Stefanos Asprudis se siente acorralado. Astutamente echa la pistola en una grieta entre los bloques de piedra y se quita de encima a la actriz bajando un nivel de las piedras escalonadas donde están. Con calma, como si nada hubiera pasado, baja hasta el suelo del pabellón de la forma más elegante que nunca haya visto la señora Lope. Dos de los policías atraviesan la gran sala hasta llegar detrás de la fachada del templo. Kass va justo detrás de ellos. Ve al actor en el suelo.

—¡Scott!

—Estoy bien, estoy bien.

—¡Mamá! ¿Dónde estás?

—Aquí, aquí. Señora Lope, ¿cómo se encuentra?

—Magullada, pero entera. Ha disparado a Larissa, hay que ayudarla.

Stefanos Asprudis hace lo que se le da mejor: inicia un discurso justificador y falso sobre lo que ha pasado allí hace unos minutos. Uno de los policías habla por el móvil sin dar crédito a la charlatanería del político, que no para de acusar a los demás. El otro tira de él para alejarle de ellos, lo cachea y lo obliga a poner las manos a la espalda.

—Ha tirado el arma que llevaba por aquí, yo lo he visto. —La señora Lope intenta ponerse de pie.

El policía se lleva al gobernador hasta la entrada de la sala. No se da por vencido, suelta amenazas, pero el joven mira a su superior que está al teléfono y este le indica con un movimiento de cabeza y sin palabra alguna que lo único que tiene que preocuparle es que no se le escape.

La actriz baja sin zapatos los dos monolitos de piedra que la separan del suelo. Su hijo ya puede verla y corre hacia ella para ayudarla. Se abrazan con fuerza llevados por la emoción. Mira las manos del chico, que están sangrando.

—No es nada, fue al agarrarme ahí arriba.

Llegan más hombres uniformados. Jackeline Taylor va descalza y camina con cuidado para no cortarse con los trozos de vidrio que hay en el suelo.

—Tienen que llamar a una ambulancia, hay una mujer herida ahí arriba. —La actriz señala el templo y se encuentra cara a cara con Medusa. La desafía como una diosa haría con otra. Después, mira a su hijo victoriosa—. Has llegado a tiempo, hijo, eres un héroe.

—Tuvimos suerte. A unos metros del museo había un control policial de tráfico y vinieron enseguida al oír mis gritos. El caos circulatorio de Corfú nos ha salvado la vida.

—¡Que Dios bendiga el tráfico de esta isla! —exclama la señora Lope, que sigue colgada en unas piedras del templo.

Scott se pone de pie y comprueba que no tiene nada roto. Dos policías suben hasta donde está la señora Lope y la ayudan a descender.

—¡Larissa! ¡Larissa! —La llaman, pero la arqueóloga no da señales de vida.

Scott asciende por los monolitos de piedra escalonados e intenta llegar hasta donde está para ver su estado. Hay manchas de sangre

sobre algunas de las piedras. La llama, pero ella no responde.

—¡Larissa! ¡Aguanta, vas a salir de esta! —grita Violeta, preocupada.

Hay mucho barullo, los policías griegos hablan entre ellos y parece que se griten, que no es así, es solo su tono de voz, que es tremendo y cada orden parece un trueno con el eco de la sala. El jefe del grupo ordena que se lleven al político a otra sala y que lo esposen. No hace más que mentir y amenazar a los policías. Mientras lo obligan a salir, un policía entra con un potente foco y cruza la sala apresurada. Dirige el foco hacia los grandes bloques de piedra escondidos detrás de la fachada del templo. La luz artificial del museo no es suficiente para ver lo que sucede detrás de la gran fachada.

Dos chicos de uniforme ya han empezado la escalada para llegar hasta la herida, están unos metros más abajo que Scott.

—¡Aquí está!

Por fin el actor la encuentra, la inglesa está semiconsciente, no está seguro de si ha recibido más de un disparo, porque tiene la ropa empapada en sangre. No la moverá, teme que tenga algo roto. Después de la caída que sufrió, su cuerpo ha quedado tendido entre varias piedras. Con el brazo sano está agarrada a la parte posterior del frontón y su cuerpo descansa sobre una piedra del muro lateral que se mueve demasiado. Probablemente no está bien asentada.

La fachada está perfectamente reconstruida, pero detrás de ella solo hay monolitos cuadrangulares amontonados. La arqueóloga tiene la cabeza ladeada y su mejilla está en contacto con una de las piedras milenarias, es una piedra más pequeña que las demás, con un canto redondeado. Algún conservador del museo la dejó allí, quizá por no saber el lugar que ocupaba en el rompecabezas tridimensional del templo antiguo. Está fría, siente el gélido peso de la historia

acariciándola. Scott resopla por la rápida ascensión y hace uso de su humor inglés para que la mujer no se desvanezca. Pero ella no puede hablar y no tiene fuerzas para incorporarse. Lo único que puede hacer es mantener la cabeza dirigida a esa pequeña piedra situada en el reverso del gran frontón.

No nota la presencia del actor. Pero Larissa no está sola. El niño fantasma cuya voz ha sido un designio de sus propios pensamientos sigue ahí con ella, no se va y no deja de repetirle TORA KITAKSE.⁵² KITAKSE TH MEDUSA. Larissa piensa que va a morir, a convertirse en piedra, es el final. Si abre los ojos y mira, verá el monstruo, verá las serpientes que recorren su cabeza y ellas se encargarán de poner fin a su vida. No es necesario mirarla a los ojos, incluso a su espalda la gorgona es mortal.

—No quiero morir. —Surgen tres palabras.

—Tranquila, mujer, no vas a morir. —Scott está asustado, porque pierde mucha sangre y mete prisa a los dos policías que casi están a su altura—. ¡Hay que bajarla lo antes posible!

«Ahora mira, mira a Medusa». La voz del niño es una súplica. La arqueóloga está cansada, no puede más y cede. Abre los ojos y mira la piedra que tiene delante, Medusa ha vencido.

—Que la piedra me convierta en piedra —sentencia vencida por esa incasable vocecilla infantil.

Lo que ve a continuación no la mata, pero la deja petrificada. La arqueóloga inglesa descubre en esa piedra rectangular que tiene a la altura de los ojos una tira de pequeños relieves que recorren el bloque horizontalmente. A Larissa se le dispara la presión de la sangre que le sale a borbotones de su antebrazo, pero ya no le importa. Está excitada y no siente ni el dolor de la herida. No puede hablar y la vista se le nubla por la emoción. Scott se asusta cuando la

mira a la cara, teme que esté pereciendo. Pero no es eso, es el efecto de tener delante un fotograma de la Antigüedad que expone la verdad sobre el Ojo de Medusa. Aquí mismo, escondido en la parte posterior del frontón, a la altura del arquitrabe, está su agujero, sus hierros, sus brazaletes engarzados, los sacerdotes, los muertos y el monstruo, con todo su poder de destrucción. Todo esculpido en una sola y sencilla piedra rectangular.

El niño habla y dice por última vez: DEN INE H MEDUSA.

Ahora puede oírlo claramente. «No es Medusa».

—No fue Medusa. Eso es lo que me decía. Que no fue ella.

Ahora, por fin, lo entiende, sabe que no fue Medusa. Larissa Fox oye unas notas musicales que salen de una flauta. Y por primera vez ve al muchacho, está a su lado. Feliz. Lleva una túnica que le va algo pequeña, con una simple cuerda atada a la cintura. Ya no está atemorizado, simplemente la mira sentado sobre una gran piedra, tocando la pequeña flauta que le dio Nektaría.

—Laértis. —Él le dice su nombre y se señala a sí mismo como haría con un extranjero que visitara su isla y no hablara como él.

Qué cerca está. La mira sonriente, tiene una bonita sonrisa, clara, diáfana como el sol. Le enseña un cincel, el mismo con el que debió de esculpir esos relieves. La arqueóloga ya no oye a Scott, ni a los policías ni a la señora Lope dándole ánimos. El niño deja de tocar y se levanta. La mira de nuevo y le ofrece un último gesto amable de agradecimiento, después se despide de ella cruzando los brazos sobre el pecho y desaparece.

El pequeño Laértis tenía una cuenta pendiente con el mundo y ha encontrado la manera de hacer las paces con la historia. Por fin el Ojo de Medusa se ha cerrado para siempre. Ha llegado el momento de

explicar al mundo lo que sucedió en esta isla griega dos mil quinientos años atrás.

⁵¹ Es un deseo de felicidad que los griegos se hacen el día de Pascua, literalmente quiere decir 'Feliz resurrección'.

⁵² 'Ahora mira, mira a Medusa'.

Capítulo 24

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
noche del día festivo de Boötis Alfa*

Laértis huye del templo y de la oscuridad. En su mente, Nektaría y en su mano, las monedas. Corre como el viento, quiere alejarse de ese lugar y de él mismo. Llega a la puerta de la taberna, abierta de par en par a esta hora. El lugar está lleno a rebosar. Están con una oreja fuera para saber lo que sucede en el templo con la comitiva. Pero también es la hora de charlar con vecinos y conocidos de la jornada de festejos, hay que terminar el día con una jarra de buen vino. Los habituales de la taberna, ajenos a la tragedia que acaba de suceder, platican despreocupadamente. El niño se queda en el dintel, mudo. Por unos segundos duda, ¿y si no le creen?

—Las aguas de este lado de la isla son tranquilas y nada traicioneras, son como un lago inmenso. —El tabernero comenta a un comerciante de pieles que viene de Macedonia.

—Un lago inmenso con los sueños del mar y con sus leyendas.

—Ya salió el poeta. —El padre de Laértis se mete con Diágoras, el vecino cojo. Para él lo más parecido a un hogar es la taberna. La pierna que le falta la perdió en el mar, y le costó mucho recuperarse. Ahora ofrece poesía lacónica a los clientes de Fímio y les toca la lira, el único objeto que posee en este lapso vital que le ha tocado vivir.

—Y la pesca es muy abundante. Bueno, era. —El tabernero rectifica. Algunos de sus clientes son pescadores, todos ellos pasan una mala

racha. Por respeto a ellos no va a mentir.

—Estas últimas semanas, la pesca está mal. ¿Sabéis que Dédalos se ha llevado su barquezuela a mar abierto, al otro lado de la isla?

—Dédalos tiene el barco más grande de Kórkyra. Él puede, y hace bien, hay que llenar el capazo de alguna forma. Pero la mayoría de nuestras barcas son pequeñas, no aguantarían el oleaje de piélago abierto. —Epiléon tiene miedo, no quiere dejar la ciudad, ni su medio de vida, pero tal como van las cosas...

—Mira, ahí tienes a tu hijo. —El poeta de la taberna saluda al niño con la mano.

—¡Por los dioses del Olimpo! ¿Qué te sucede? —Su padre, que le conoce bien, sabe enseguida que algo va mal.

—¿Le habrá sentado mal la comida al muchacho? Tiene mal aspecto. —Fímio también se asusta al ver la palidez del niño.

—Laértis, hijo. Parece que vuelvas del Hades, ¿qué sucede?

—Padre, Nektaría...

—¿Quién es Nektaría?

—Es la hija de mi hermano —dice Milétos, el panadero, que también está en la taberna tomando un vino—, son amigos con el niño. ¿Qué ocurre con Nektaría pequeño?

—¡El pulpo gigante la ha cogido y se la ha llevado! Está en el templo, padre. ¡Ellos tienen un pulpo gigante y se ha comido a Nektaría!

De inmediato hay risas estentóreas, un niño contando una patraña, un cuento de un pulpo que se come a una persona.

El padre y Fímio se miran en silencio. El tío de la niña se pone de pie.

—Explícate, muchacho.

—No es Medusa. En el templo lo que tienen es un pulpo gigante. Hay una habitación con agua del mar y allí dentro hay un pulpo gigante. ¡Yo sé qué es un pulpo, padre, y tú me has contado que existen pulpos gigantes!

—Claro que existen, hijo. Pero en aguas muy profundas.

Los demás pescadores asienten. Ahora todos escuchan al chico intrigados.

—¡Padre, te prometo que tienen uno y se ha comido a Nektaría! No es Medusa lo que hay en el templo, es un pulpo gigante.

Milétos se alarma.

—Voy a casa de mi hermano a comprobar si la niña esta allí y vuelvo. —Su hermano Pátroklos vive en la casa contigua a la suya, es el apotecario de la ciudad—. Será un momento. Todo esto es muy extraño ¿No estarás mintiendo, muchacho, para esconder alguna fechoría?

—¡Laértis es pequeño, pero nunca miente! Es hijo de su madre. —El pescador lo defiende.

—¿Y dónde dices que está ese pulpo gigante?

El pequeño les explica lo de la habitación de madera y lo del gran agujero con agua.

—Mi primo hace dos años fue el elegido para esa ceremonia que preparan los sacerdotes y me habló de ese estanque con agua de mar. Tuvo que sumergirse y dejar allí dentro una alhaja de oro puro. — Ahora es Alkinós quien habla, otro pescador habitual de la taberna que ha oído hablar de ese agujero.

Enseguida otros clientes confirman saber detalles de la ceremonia que se realiza en el templo.

—¿Dónde está mi hija, Laértis? —Entra el padre de Nektaría, furioso—. ¡Dime la verdad, chico!

—¡Es la verdad! —El niño empieza a llorar recordando el momento en que la vio desaparecer bajo el agua—. Ese animal la cogió con un tentáculo y se la llevó al fondo del agujero.

—¿Qué hacíais en el templo? —Pátroklos está fuera de sí.

—Había gente hablando de unas desapariciones y Nektaría y yo aprovechamos para ir a ver a Medusa, pero no era ella. —Llora desconsolado y corre hacia su padre.

—El niño no miente, ¿no lo veis? —El tabernero interviene.

—¿Y si fuera verdad que allí hay algo? —Leonidas es el primero que se atreve a decirlo.

El padre coge en brazos a su hijo y le seca las lágrimas de la cara con sus fuertes antebrazos.

—Tiene que ser un animal muy grande... —Diágoras no termina la frase.

—¿Cómo de grande es ese animal, Laértis?

—Como toda esta taberna. Cada uno de sus tentáculos se movía como un látigo y eran gruesos y grandes como el tronco de un olivo.

—¡Por todos los dioses del Olimpo! ¿Dónde está mi hija? —El padre de la niña levanta los brazos, impotente, y corre hacia donde está el chico y lo sujeta con fuerza.

—El pulpo la cogió. —Llora, desconsolado—. Digo la verdad.

—¡Suelta a mi hijo! ¡El niño no miente!

—¡Deja al niño, Pátroklos! —Diágoras intenta ponerse de pie.

—Ven aquí, Laértis, te daré un vaso de agua. —Fímio se lo lleva detrás del mostrador.

—Esto explicaría que Periklís y los demás no hayan vuelto a casa. —El tío de la niña ata cabos.

—Si ese agujero se comunica con el mar, es posible que ese animal lo haya convertido en su guarida.

—Pero ¿cómo se habrá metido ahí?

—Los pulpos son muy escurridizos. No tienen un solo hueso en el cuerpo y pueden contraerse y meterse en los lugares más imposibles

—dice otro de los pescadores de la taberna.

—Y son animales voraces y si es un pulpo grande y ha hecho su guarida aquí, eso explicaría que no haya peces en el mar, la mala pesca de estas últimas semanas —añade otro pescador, que también vive del mar.

—Os suplico que me ayudéis. Venid al templo conmigo, tengo que ir en busca de mi hija. —Pátroklos siente el terror en sus entrañas.

—¡Es muy grande, es un pulpo muy grande, tenéis que ir y matarle!

—Pero si fuera así, los sacerdotes nos hubieran advertido, ¿no creéis? —Otro habitual de la taberna vacila.

Hay un revuelo general. Entra un yerno de Periklís, el último desaparecido. Vuelve a la ciudad con su carro y un criado. Se ha perdido la fiesta porque ha estado en la costa del continente preguntando en los puertos por su pariente desaparecido. Enseguida le cuentan lo que dice el niño. Le hablan de la comitiva y lo primero que hace es mandar a su criado al templo para que mande a esos hombres allí reunidos a bajar a la taberna.

—¡Esperad, esperad! —exclama Diágoras llamando a la calma—. No os precipitéis. ¿Pensáis que el hierofante está al corriente de esto?

—Ese sacerdote vino de Delfos. —Es lo único que el panadero sabe sobre él.

—Efialtis, corren muchos rumores sobre ese sacerdote y ninguno bueno. —Fímio conoce a todo el mundo.

—¿Qué os ha dicho él?

—Nada —responde el pariente de Periklís—. Es un hombre muy resbaladizo.

—Lo primero es comprobar lo que dice el niño. Hay que inspeccionar ese lugar con agua de mar.

—¡Vamos ahora! ¡Vamos! —El padre de Nektaría está desesperado.

—Papa, tú no vayas, es muy peligroso.

—Debo ir, hijo.

—¡Mi hija! —El apotecario de la ciudad y padre Nektaría toma asiento. Su hermano se apunta al grupo que pretende ir al templo.

Llegan los hombres de la comitiva y les ponen al día. Algunos lloran, ahora por primera vez comprenden que han perdido a su ser querido. A otros se les dibuja el odio en la cara. El tabernero vuelve del almacén cargado.

—Coged. —Les da unas cuantas antorchas. Ha caído la noche.

—¡Pero necesitamos armas! —dice un pariente de Hippodámos, otro de los desaparecidos.

—No podemos enfrentarnos a esa criatura con espadas. Necesitamos arpones —añade uno de los pescadores.

—Ni con arpones; si es tan grande como dice el chico, poca cosa podemos hacer. —El padre de Laértis duda.

—Hay que ir al templo a comprobarlo. —Fímio está listo—. Yo voy con vosotros.

Rápidamente corre la voz de lo que ha sucedido. Se han reunido unos veinte hombres frente a la taberna, dispuestos a entrar en el templo. Laértis se queda en la calle al cuidado de las mujeres de las casas vecinas que han salido junto con sus maridos e hijos para saber lo que sucede. Todos hablan de lo mismo. Hay gritos de rabia, culpan a los sacerdotes. Les han engañado, es macabro lo que han hecho.

Los hombres van en grupo hasta la entrada del templo y suben las escaleras hasta el pórtico. Se quedan entre las robustas columnas de la fachada bajo la gran Medusa de piedra que pende sobre sus

cabezas, ahora iluminada desde abajo con las antorchas. Es como el diablo en persona, pero ellos no se sienten intimidados. Llaman al gran sacerdote para que salga. El hierofante, recién llegado de Kassiopi, no esperaba una turba de gente airada molestándole de nuevo a esa hora de noche. Pero él aún no sabe que ha habido una nueva víctima, una nueva desaparición y esta vez es una niña.

Primero hacen acto de presencia algunos de los sacerdotes, entre ellos Oréstis. El padre de Laértis se acerca a él. En una mano lleva una antorcha, pero con la otra lo coge por la túnica.

—¿Dónde está Efialtis? ¡Que salga y dé la cara! ¡Queremos hablar con él!

Le informa de la desaparición de la niña y le cuenta lo que ha visto su hijo. Oréstis se horroriza. Mira a Prokrustis, que no dice nada y se esconde detrás de los demás sacerdotes.

—¡Vamos a entrar! —grita Milétos.

—¡Enséñanos donde está la habitación con el agua de mar! —pide desesperado el padre de Nektaría.

El grupo de ciudadanos empuja a los sacerdotes para que les lleven hasta allí. Hay insultos, pero ninguno de los oficiantes pide calma, también ellos tienen miedo. Caminan por el pasillo que hay entre las columnas laterales y la nave central hasta que llegan al final del templo, una zona ahora a oscuras, solo iluminada por las antorchas que llevan ellos. Todos pueden ver la construcción de madera y la puerta de acceso. A empujones llevan a los sacerdotes hasta allí.

—¿Dónde está la llave? —pregunta Epiléon mientras pide calma a los demás.

Los sacerdotes miran al criado del hierofante. Él también mira a su alrededor. El sumo sacerdote sigue sin aparecer. A regañadientes Prokrustis se saca la llave que le cuelga del cuello. Fímio la coge y va

a introducirla en el cerrojo, pero no es necesario. Milétos empuja la puerta y se abre. Está todo a oscuras. Nadie se atreve a entrar.

—¡Los que lleváis antorchas acercaos! —Epiléon es el primero en entrar. La estancia cobra luz y todos pueden ver el gran agujero lleno de agua y el escaso espacio que hay alrededor.

—Pero ¿qué es este hedor? ¿De dónde emana esta pestilencia?

—Probablemente del agua.

—Hay que ir con cuidado —prosigue el pescador—. Si ese animal está ahí abajo el mínimo ruido lo alertará. —Milétos, Fímio, Alkinós y algunos hombres más penetran en la estancia incrédulos de que ahí pueda anidar un monstruo marino. Algunos se tapan la cara, el olor es tóxico, tan fuerte que parece mortífero. Pátroklos se adelanta a los demás y camina hasta el lado opuesto a la puerta.

—¡Es la diadema de mi niña! ¡Nektaría! ¡Nektaría! —El hombre reconoce un objeto que hay en el suelo. Es la diadema de oro de su hija, no hay otra igual, él se la regaló. Debió caérsele cuando sucedió el ataque. La coge entre sus manos y acaricia las delicadas hojas de laurel labradas en oro. El apotecario grita desesperado el nombre de su hija.

—¡Vuelve aquí, hermano! —Milétos va hasta donde está para darle consuelo. Nektaría se ha ido para siempre. El panadero lleva una espada que ha sacado de su casa, una reliquia familiar que ha pasado de generación en generación; deja el arma en el suelo para reconfortar a su hermano.

Pátroklos se ha dejado caer, está arrodillado a escasos centímetros del agua completamente abatido. Sigue gritando el nombre de su niña sin recibir respuesta y solloza desconsolado.

Inesperadamente el agua tiembla, se produce un movimiento súbito y todos los que están dentro de la sala se quedan inmóviles.

Vuelve a quedar todo en calma de nuevo. Hay un silencio absoluto dentro del recinto. Se produce un segundo temblor de las aguas y, súbitamente, aparece ante ellos un descomunal tentáculo del pulpo que sale del agua y palpa con sus decenas de ventosas las paredes y el techo de la habitación. Seguidamente emergen otras tres extremidades que se mueven como látigos encolerizados fuera del agujero provocando embates del agua a la superficie. Hay gritos de terror.

—¡Hay que salir! ¡Fuera, fuera todos! —El padre de Laértis empuja a los demás para que salgan. No hay tiempo que perder, ese animal es demasiado grande. No le ha visto la cabeza, aunque por el desmesurado tamaño de sus patas sabe que si se quedan y se enfrentan a él, morirán.

El padre de la pobre Nektaría mira la escena enajenado. Su hermano tira de él, pero es inútil, el panadero no puede arrastrarlo y lo deja. Corre hacia la salida para salvar su vida. Pátroklos coge la espada que tiene a su lado, se pone de pie y con todas sus fuerzas corta uno de los tentáculos que peligrosamente se acercaba a él. El trozo de carne flácida cae al lado de la puerta donde están apretujados los demás que escapan del lugar. Se mueve como si tuviera vida propia y más de uno de los hombres que hace un momento estaban llenos de furia y valentía ahora están a punto de padecer un síncope.

El animal se retuerce dentro del agua ante el ataque y sale estrepitosamente de su agujero, sacando su enorme cuerpo y dejando al descubierto esos dos grandes ojos circulares que no parecen pertenecer a la Tierra. La criatura marina mira las antorchas y Epiléon teme lo peor. Va a ir a por ellos. Hay que salir, hay que salir de aquí lo antes posible.

El padre de la malograda niña sigue con la espada en alto cegado por el dolor y el odio. El pulpo gigante se gira, se levanta sobre sus tentáculos y contorsiona su cuerpo hasta dejar a la vista su boca, que es un monstruoso pico negro que sin esperar ni un segundo se precipita sobre el hombre y lo apresa. Una vez inmovilizada su víctima, el animal vuelve a sumergirse en el agua con su nuevo sacrificio humano entre sus fauces. Deja en el exterior tres de sus tentáculos que siguen recorriendo las paredes del recinto frenéticamente, enganchándose a los rincones y cubriendo las superficies por donde pasa de humedad y pestilencia. El último en llegar a la puerta para escapar de la bestia es Milétos. El miembro amputado del pulpo sigue palpitando y es un obstáculo que le impide franquear la puerta. Una de las extremidades del animal se topa con el cuerpo del hombre e inmediatamente las ventosas inician su infausto precepto de succionar a la víctima y de envolverle con tanta fuerza que ya no pueda respirar. El panadero teme por su vida, no puede moverse, los demás ya están fuera y no pueden verlo porque le dan la espalda apresurándose a escapar.

El padre de Laértis echa un último vistazo hacia atrás y ve la escena. El pobre Milétos está tan asustado que no puede articular palabra.

—¿Quién tiene un cuchillo? ¡Dadme un cuchillo!

—¡Cógelo! —Fímio está fuera. Le tira un cuchillo que ha cogido de la cocina de la taberna. El arma sobrevuela las cabezas de los hombres que hay en medio de ellos y llega hasta la mano libre del pescador. Con la otra sigue sosteniendo la antorcha.

—¡Aguanta Milétos! —El padre de Laértis no se lo piensa dos veces. Retrocede hasta donde está el panadero y empieza a clavar frenéticamente el cuchillo en la carne blanda del animal, una y otra vez mientras esquiva otro tentáculo que quiere matarle. En un golpe

de fortuna consigue deshacerse del tentáculo que pierde nervio y suelta al hombre.

—¡Vámonos de aquí! ¡Por todos los dioses! —El hombre coge a su vecino moribundo por el antebrazo y le ayuda a salir antes de que pueda atacarlos de nuevo. Diágoras se encarga de cerrar la puerta con llave tras ellos.

Dentro el monstruo se arquea y se dobla furioso por las embestidas que ha recibido hasta que decide sumergirse. Allí dentro solo queda la diadema de oro con delicadas hojas de laurel que tintinea y se balancea por el agua que ha salido a la superficie debido a los espasmos del gran animal al desaparecer. Al final, perdida en su ligereza, la diadema cae al oscuro agujero para siempre.

Capítulo 25

*Isla de Kórkyra, 480 a. C.,
medianoche de la fiesta de Boötis Alfa*

Lo que vino después ya es historia, historia que nunca se escribió y que el paso de los años silenció. Cuántas veces ha sucedido. Más de las que podemos imaginar. Las voces de los protagonistas enmudecieron, porque el tiempo avanza, porque lo que vivieron fue tan traumático que lo único que deseaban era olvidar.

Rescatar un episodio que todo un pueblo quiso borrar de la memoria es una misión fabulosa, sobre todo cuando sucede en una isla. Cómo saber qué era el Ojo de Medusa sin la ayuda del niño, cómo saber el desenlace de la historia sin una piedra de toque, sin un objeto que nos lleve a la verdad de lo que allí ocurrió dos mil quinientos años atrás.

Dos mil quinientos años es tanto tiempo, la leyenda y el misterio echan raíces profundas y extensas como las de un árbol centenario. Lo que es innegable es que el edificio sagrado dedicado a Medusa entró en desuso después de la tragedia. Los hombres y mujeres de la isla hicieron un pacto de silencio, nadie habló nunca más de los sacerdotes, de su paradero, ni de esa larguísima noche en que un pueblo encolerizado vengó la muerte de sus amigos y vecinos.

Para algunos la venganza es un concepto negativo del que no puede salir nada bueno, pero nos guste o no, sigue siendo una forma de hacer justicia. Incluso puede ser una fuerza positiva capaz de

restaurar la armonía social. En la isla de Kórkyra aplicaron este tipo de justicia salvaje. ¿Quién va a oponerse a que un asesino sea castigado? ¿Quién no desea que el castigo sea ajustado a su delito?

El grupo de vecinos todavía seguía en el templo cuando se tomó la decisión y fue una auténtica sentencia de muerte. Excitados ante lo que acaban de vivir, todo les parece una ilusión, una mala jugada de los dioses. Entre ellos se tocan y abrazan para asegurarse de que siguen vivos. Su amigo Pátroklos acaba de morir ante ellos de la manera más horrenda posible. Y su hermano Milétos está en el suelo sin aliento, a punto él también de dejar la vida ahí dentro.

—¡Tu hijo decía la verdad, Epiléon! —grita uno de los pescadores.

—¡Es un animal enorme!

—¡Esto es la guarida de un pulpo!

El padre del niño tira el cuchillo al suelo y respira con dificultad debido al esfuerzo. Unos cuantos hombres han huido asustados y en unos segundos están en la calle contando lo que han visto. El resto sigue allí con los seis sacerdotes, todos presentes excepto el hierofante.

—Milétos, ¿estás bien? Incorpórate. —Fímio le limpia la cara al panadero, la tiene salpicada con un líquido azul que ha salido de dentro del animal herido. El pobre hombre acaba de perder a su hermano y a su sobrina Nektaría. Está en mal estado y respira con dificultad. Mira a sus vecinos y a continuación mira su ropa, siente frío y comprueba que está empapada de esa viscosidad azul.

—No te inquietes, es solo sangre de esa bestia. —Alkinós quiere calmarle y le frota la túnica para quitarle ese maloliente líquido.

—Esto no es real.

—¡Sí que lo es, por todos los dioses! ¡Sí que lo es! Ahí dentro hay un pulpo gigante.

—¡Cómo no dijisteis nada de que había esa criatura ahí dentro! — grita Diágoras a los oficiantes.

Todos están sobrecogidos por lo que acaban de presenciar y tan confundidos que no pueden articular palabra. Dos de ellos empiezan a llorar asustados. Prokrustis calla como un muerto y se mantiene escondido detrás de Oréstis.

—No sabíamos nada, tenéis que creernos. —El joven sacerdote habla en nombre de los demás.

—¿Cuántos hombres han muerto? ¿Y la niña? ¡Si no fuera por el pequeño Laértis, seguiríais enviando ciudadanos a la muerte! —El poeta está apoyado en Leonidas, siente náuseas, grita todavía estupefacto tras la escena que acaba de presenciar.

—Te doy mi palabra, desconocíamos su existencia. —Oréstis sabe que nadie los escuchará.

—¡Tienen que pagar por esto!

—¡Dónde está Efialtis!

—¿Cómo habrá llegado ese monstruo hasta aquí? —Fímio intenta poner orden en su cabeza. Ha visto morir a amigos suyos a lo largo de su vida, pero nunca de una forma tan horrible y grotesca, en manos de una criatura marina hercúlea como esa.

—Tenéis este pozo de agua conectado con el mar, ¿verdad? — Alkinós coge por la túnica a uno de los sacerdotes.

Los demás se miran los unos a los otros y se mantienen en silencio.

—¡Vamos a buscar al hierofante!

Hay maldiciones gritadas que aterrorizan a los mismos hombres que las pronuncian. Pero es imposible parar lo que está sucediendo, la adrenalina corre por el cuerpo de esos hombres como veneno homicida. Todos juntos se alejan del recinto y se dirigen al templo. Pasan por entre las columnas desordenadamente gritando acres

mensajes que llaman al desgobierno. Las sombras alargadas de sus antorchas proyectan en los fustes fantasmas titánicos de una época arcaica en que reinaba el caos.

Cuando están fuera en el pórtico se reúnen con los demás hombres que escaparon unos minutos antes. Advierten que en la calle hay mucha gente y un murmullo persistente de voces dispares. Los ciudadanos han salido de sus casas y se ponen al corriente de lo que sucede. Cuando ven a los sacerdotes, empiezan a increparles con insultos.

—¡Asesinos!

—¡Matadlos!

Los ciudadanos que están arriba en el peristilo frontal estrechan el círculo en torno a los oficiantes del templo.

—¿Dónde está el hierofante?

—¡Culpables!

—Debemos encontrar al gran sacerdote. —El padre de Laértis mira hacia la calle en busca de su hijo. Mientras tanto Fímio ayuda a Milétos a bajar las escaleras.

El niño lo ve primero y corre hacia él para abrazarle, más tranquilo ahora que sabe que su padre sigue vivo.

—¡Tenías razón, Laértis! He visto el pulpo gigante con mis propios ojos. Yo nunca dudé de ti.

—Padre, no pude hacer nada para salvar a Nektaría. Lo entiendes ahora, ¿verdad?

—Sí, muchacho, sí. —Lo abraza para reconfortarlo.

De repente se oye un angustioso alarido de desesperación que sobresale entre el murmullo general. Es Tímia, la madre de Nektaría y esposa de Pátroklos que acaba de saber que ha perdido a los dos. Sus gritos son de rabia y desamparo a la vez. Los vecinos, sobre todo

las mujeres, intentan consolarla sin ninguna suerte. Su cuñado Milétos llora, ya no hay nada que hacer, nada puede devolverles a sus seres queridos.

—Escúchame, Laértis, ahora quiero que te metas en la taberna y que no salgas hasta que venga a buscarte.

—Me lo llevo yo. —Fímio ha dejado al panadero con los suyos y está junto al niño.

El tabernero y Epiléon se miran.

—Las cosas se van a poner feas.

—Me temo que sí —añade circunspecto el pescador.

—Ven, Laértis. —Fímio lo coge del brazo y tira de él.

A regañadientes el pequeño se va con el tabernero, pero echa un último vistazo al templo. Cruza la mirada con Oréstis, su amigo. Él desearía saber por qué tenían a ese animal allí dentro y su amigo del templo, con toda su bondad, se lo explicaría, seguro que él no ha hecho nada malo, es su amigo. Pero el joven sacerdote teme lo peor. Se despide del niño con un exiguo movimiento de cabeza y una sonrisa forzada. Sus ojos brillan, no puede contener la emoción, sabe lo que les espera. El niño no le pierde de vista preocupado por los acontecimientos, pero Fímio tira de él con fuerza hasta que se cierra la puerta de la taberna y ya no puede verle más.

Alrededor de Oréstis siguen las increpaciones y los insultos provocados por la ira de la gente. El cerco a los sacerdotes se estrecha. Ahora les acorralan. Los servidores de Medusa pasan a ser prisioneros de la ciudad.

Los parientes de todos los desaparecidos van llegando al templo, también sus criados y trabajadores. Son todo familias pudientes de la ciudad y quieren justicia, sea del tipo que sea. Van armados, con espadas y picas y ya no temen a Medusa. Son muchos los hombres

que han subido las escaleras y se mueven entre las columnas del pórtico. Vociferan coléricos, exigen la muerte de los oficiantes.

—¡Queremos al hierofante! ¡Entremos en el templo!

Ya nadie les va a parar, las peticiones de Diágoras y Epiléon para que se calmen no sirven de nada. Una manada furiosa de familiares de Pátroklos sube al pórtico, que es donde están los demás rodeando a los sacerdotes y a trompicones entran todos en el pronaos y sin detenerse siguen adelante hasta el naos. Allí no hay nadie, así que siguen adelante hasta la entrada de la zona más sagrada del templo, el adyton. Hay un momento de duda, de temor a las fuerzas invisibles de lo sobrenatural, a la gorgona, están invadiendo un santuario sacro. Pero enseguida se disipa esa gota de miedo en lo que es una exaltada marea humana en busca de justicia.

Efialtis tampoco está ahí dentro. El destino ha querido que el gran sacerdote haya conseguido escapar. Su criado Prokrustis se desespera. Él creía que el hierofante estaría aquí y les sacaría del apuro con sus habilidades dialécticas. Pero ha escapado, el muy cobarde, y le ha dejado solo. Se dibuja en su cara el pánico, le entran ganas de gritar de miedo, ahora está perdido. El hombre cae de rodillas y empieza a rezar desesperado o eso es precisamente lo que desea que crean los vecinos de la ciudad. Con la maliciosa maestría para sugestionar aprendida en Delfos años atrás, invoca a Medusa para que se haga real a los ojos de todos esos hombres y que la teman. Solo así puede salvarse, solo así conseguirá que Medusa y su mito sea más fuerte que la realidad, que sea Medusa su escudo y ahuyente a esos mortales que buscan venganza.

—¡Salid del adyton! Este es un lugar sagrado. ¡La gran gorgona os castigará por esto!

Las palabras de Prokrustis no amedrentan a los hombres.

—¡Asesino! —Esta vez es la voz colérica de una hija Periklís.

—¿De qué nos acusáis? —El criado hace como que no está al corriente de nada.

—De asesinato. Has mandado a la muerte a mi padre y a otros ciudadanos cuyo único delito fue creer en vuestras falacias.

—¡Yo no he matado a nadie! ¡Medusa os castigará por vuestras acusaciones!

—¡Mataste a mi padre! —grita un hijo de Hippodámos, otro de los hombres encerrados en el Ojo de Medusa.

—¡Hippodámos, Periklís y todos los demás no desaparecieron! ¡Tú los enviaste a la muerte cuando los metiste en esa habitación con el monstruo!

—¡Esos hombres han muerto por deseo de Medusa!

—No, Medusa no está ahí dentro. En ese agujero hay un pulpo gigante y nosotros lo hemos visto. ¡Malditos farsantes!

—Nos habéis engañado a todos. Pero vuestros días de mentir han acabado.

Los hijos y familiares de las víctimas cogen al sacerdote, lo obligan a ponerse de pie y salen todos de nuevo al pórtico del templo. Epiléon intenta calmar los ánimos, pero es imposible.

—¿Qué vais a hacer con ellos?

—¡No necesitamos ninguna ley escrita! Sabemos lo que hay que hacer.

—Nuestro pueblo tiene muchas leyes que no están escritas y nunca lo estarán. ¡Tienen que pagar por lo que han hecho!

—¡A por ellos!

—¡Encerrémosles ahí dentro, que mueran de la misma forma en que dejaron morir a nuestros conciudadanos!

Cuando Prokrustis oye eso el pánico se apodera de él.

—¡Fue el hierofante! ¡Él es el culpable! Nosotros no sabíamos nada. Por eso ha escapado.

—Habla, maldito.

—Ideó la ceremonia del elegido para recaudar oro. Lo ha usado para hacerse un palacio en el norte de la isla.

Al oír eso el gentío se sulfura. Hay gritos de ira y algunas mujeres cogen trozos de cerámica que han quedado en la calle después de la fiesta y los lanzan contra los sacerdotes con todas sus fuerzas.

—¿En el norte, dónde? ¡Habla!

—En Kassiopi, en la playa. ¡No me dejes en manos de estos hombres! —Prokrustis mira a Epiléon, desesperado.

—Esos son los parientes de los hombres que habéis llevado a la muerte. —Leonidas señala a todos los familiares que hay en la calle. Las antorchas alumbran levemente sus caras. Pocos son los que lloran, en la mayoría de los rostros solo hay rabia. Tímia sigue gritando el nombre de su pequeña Nektaría y Milétos intenta consolarla sin éxito alguno.

No hay tiempo para razonamientos, la noche es muy oscura y la multitud en la calle aprueba la sentencia. Los sacerdotes serán conducidos a la cámara de madera donde les esperará su final.

En noches tan negras como esta todos los gatos son pardos, todos ellos van a morir, sin excepción. Prokrustis acusa al resto de los sacerdotes, miente con mezquindad hasta el último momento. Dice repetidamente que es inocente, que los demás son unos impostores, unos estafadores, unos burladores de la ley y la religión. Todo lo que le viene en mente por experiencia propia. Aunque no sirve de nada. Los seis son empujados y golpeados hasta que entran en el Ojo de Medusa, en la siniestra cámara de donde antes han visto salir al

animal marino gigante. Algunos de los sacerdotes se resisten, otros aceptan estoicamente su destino, entre ellos, Oréstis.

Es una noche larga e intensa. Los gritos de los oficiantes del templo de Medusa retumban dentro de la taberna. El pequeño Laértis alcanza a entender la sentencia. Y unos momentos después el rumor de voces discordantes y gritos iracundos amaina progresivamente según se alejan de las escaleras del templo los hombres de la ciudad con sus prisioneros. Se dirigen atropelladamente hacia la parte de atrás del edificio. Las marismas son el mudo testimonio de lo que pasa allí a continuación.

El tiempo se hace eterno para el niño. Apoyado en la puerta cerrada de la taberna espera y espera con la oreja pegada a la madera. Algunos de los vecinos salen del templo y oyen vítores que vienen de la calle y rogativas a Poseidón para que los sacerdotes terminen entre las garras del gran pulpo marino. Los mayores se han encargado del problema. Todos los sacerdotes acabarán engarzados en esos hierros sumergidos en el agua, presas de la voraz criatura marina. La imaginación del niño le hace estremecer. Imágenes de terror invaden su mente y deja la puerta de la entrada donde estaba arrodillado para correr a los brazos de Fímio detrás del mostrador.

A la mañana siguiente los gritos y lamentos han cesado. El día amanece absolutamente tranquilo, con un sol radiante que limpia con cada rayo de luz los infames sucesos de la noche anterior. Y así día a día, hasta que pasan unas semanas. En la taberna no se habla más del tema, tampoco en las tiendas ni en los talleres de cerámica. En el puerto todo el trajín comercial engrana de nuevo, y la isla recupera su razón de ser. Cuando vienen extranjeros y consignatarios de otras tierras y preguntan por el templo cerrado enfrente de la

taberna, los locales encogen los hombros y conducen la conversación hacia otros derroteros.

Las jornadas de trabajo y las fiestas en la isla se suceden, la vida continúa. Hasta que una noche, en la bodega de Fímio, los vecinos allí reunidos se ven obligados a hablar.

—Hay que rematar el asunto. Hablo en nombre de los familiares de los desaparecidos. —Milétos deja su vino en la mesa. Se pone de pie y mira a sus amigos.

—Efialtis. —Fímio se acerca a la puerta de su local y cierra el pestillo—. A estas alturas pensará que nadie conoce su escondrijo en Kassiopi.

El padre de Laértis está como cada noche en la taberna, sentado junto a Diágoras, a quien acaba de invitar a un trago.

—Y pensar que durante tantos años la ciudad confió en él. —Leonidas recuerda todo el dinero que ofrecía al templo cada semana. Se siente afortunado de no haber hecho la ceremonia, a él también le pasó por la cabeza realizarla con el fin de conocer su futuro—. ¿Os imagináis la casa que se habrá hecho?

—¿Y con el agujero, qué hacemos? —Epiléon tiene una idea.

—¿Qué propones?

—Quemarlo. Quemar ese lugar. Está hecho de madera. Solo hay que pegarle fuego. Si esa criatura sigue ahí, huirá con la luz. Después, cerramos el Ojo de Medusa para siempre.

—¿Y cómo, Epiléon?

—Lo sepultamos, lo llenamos de tierra.

Hay unos segundos de silencio. Es como poner punto final a una pesadilla. Todos recuerdan esa noche y a los sacerdotes empujados a la muerte, condenados a ese brutal destino. Diágoras rasga la lira y canturrea unas estrofas.

*Dadme la lira de Homero, pero sin cuerdas teñidas;
de sangre;*

*traedme las copas sobre las cuales reine la ley del
festín;
traédmelas; mezclaré en ellas el vino, siguiendo las
reglas
consagradas; quiero embriagarme, bailar y enloquecer
un rato.*

*Dadme la lira de Homero, pero sin sus cuerdas manchadas
de sangre.*⁵³

En silencio Fímio va llenando los vasos de vino. Son conscientes de que nunca olvidarán lo que ocurrió, es algo con lo que tendrán que aprender a vivir. Pero son hombres valientes, hombres que no temen a la muerte ni tampoco aplicar la justicia, sea cual sea, y están bien seguros de que la isla no recobrará su armonía si no cumplen con su ley, poco importa ni esa ley está escrita o no.

Mañana harán una gran hoguera y la habitación desaparecerá por completo. Con la llegada del sol se organizarán por turnos y llenarán de tierra ese agujero hasta que ya no quede rastro de lo que hubo allí.

—Y dejadme a Efialtis a mí, ese diablo es cosa mía. —El panadero no ha luchado en su vida, pero el honor está por encima de eso.

—No te dejaremos ir solo Mileto. —Epiléon mira a Fímio, a Alkinós y a Leonidas, los tres asienten con la mirada.

Al amanecer del día siguiente cuatro jinetes cabalgan hacia el norte de la isla. Las familias acaudaladas de la ciudad les han proporcionado caballos y armas. Aprovechando la brisa fresca matinal, avanzan en silencio hasta la costa de Kassiopi, una zona remota donde solo hay unas pocas casas señoriales deshabitadas gran parte del año. Los cuatro hombres sorteán los desfiladeros y

cuando la vía lo permite cabalgan a galope para llegar lo antes posible a su destino. Alcanzan esa parte de la isla por la tarde y sin problemas hallan el palacio que Efialtis ha construido con el dinero burlado a sus conciudadanos.

Ellos desmontan y dan de beber a los caballos después del largo y caluroso trayecto. Seguidamente buscan un buen sitio desde donde vigilar la casa. Encuentran unas sombras entre cipreses y olivos muy próximos al lugar. Allí esperan apostados tras esos portentosos árboles centenarios, camuflados entre sus amplias ramas que se extienden por todas partes como fruto de un encantamiento, hechizando el paisaje hasta el punto de que nada parece real.

Pronto asoma el hierofante. Desde donde están distinguen el viejo y tullido estafador saliendo a su suntuoso porche. Pérsida aparece unos minutos más tarde y los dos se recuestan en divanes disfrutando de una vejez que no merecen, descuidados por pensar que nadie irá tras ellos, jactándose de su ingenio, burlándose de Némesis⁵⁴.

Los cuatro feacios⁵⁵ esperan pacientemente que caiga la noche. Han podido contar cinco esclavos que duermen en un anexo a la casa. Dejan pasar las horas sin perder de vista el lujoso edificio. Cuando las luces se apagan y reina el silencio en el lugar, ellos salen al acecho. Lo primero que hacen es poner a los esclavos a salvo y después lo preparan todo para que la gran casa arda como una pira funeraria con Efialtis y su mujer dentro.

Es Mileto quien enciende la flama que se extiende rápidamente por toda la finca. Los reflejos de las llamaradas parpadean sobre las olas del mar. Cuando el olor a humo llega a otras viviendas de Kassiopi ya es demasiado tarde. El palacete se quema en un infierno de fuego, al igual que las almas del hierofante y Pérsida.

Al amanecer todavía siguen las brasas encendidas, pero ellos ya han iniciado su camino de vuelta a la ciudad. Los únicos que siguen ahí son los esclavos que no van a hablar de los jinetes con nadie. Ahora son libres y en cuanto el fuego se apague del todo podrán entrar y apropiarse de las joyas de esa maldita mujer que tan mal les trató siempre. Con lo que saquen de valor de esa casa, empezarán una nueva vida en otro lugar.

Dos mil quinientos años son muchos años. Y si la vida es agradecida y generosa, se olvidan las tragedias con más facilidad, se disfruta del momento y no queda sitio para las historias tristes.

El templo de Medusa pasó a ser un santuario vacío, un tabernáculo habitado solo por fantasmas. El pequeño Laértis siguió yendo allí cada día durante años. Nunca volvió a entrar en el edificio, pero se sentaba en los peldaños de la entrada y pasaba el rato esperando a que su padre volviera de pescar. Las cosas marcharon bien para ellos. Esa criatura marina regresó a aguas profundas. Los peces volvieron y el padre aseguró a su hijo un plato de comida diaria durante mucho tiempo.

Laértis siguió con su interés por la talla y en todos esos ratos perdidos de espera siguió esculpiendo, aunque esta vez lo hizo en piedra. Con el cincel que le había dado el malogrado Oréstis, esculpió figuras en uno de los peldaños donde solía sentarse. Cada día se pasaba horas allí. Con el tiempo a su favor y su talento natural, el pequeño grabó para siempre a los elegidos desaparecidos, a Nektaría con su diadema de hojas doradas sujetándole el cabello, a los sacerdotes empujados a ese horrible final y al terrible y gigantesco pulpo saliendo del agujero. Todo quedó cincelado para siempre. El pequeño Laértis dejó la piedra de toque que permitiría

desvelar el misterio del Ojo de Medusa. Allí está descifrado su secreto, esculpido en un modesto peldaño del templo.

Sin embargo, esta piedra que el niño grabó con tanta maestría quedó hundida en la historia, perdida entre las ruinas del santuario. Estuvo metida en un almacén durante años, con decenas de otras piedras que supuestamente pertenecieron al templo. Hasta que un día decidieron reconstruir el santo edificio dentro del Museo Arqueológico de la ciudad. Un verdadero rompecabezas con un presupuesto descabelladamente ajustado. Empezaron por la fachada, lo más importante y vistoso del proyecto, con su Medusa gigante y terrorífica. Una vez terminada esta fase de la obra, los fondos habían mermado tan significativamente que se decidió dejar el resto de las piezas pertenecientes al edificio amontonadas detrás del frontón a la espera de que se llevara a cabo una segunda etapa de recuperación.

Allí quedó la piedra de toque de esta historia, escondida detrás del tímpano, olvidada entre otras piedras que también pertenecieron al templo, pero que no podían hablar. El pequeño Laértis, de ocho años y fallecido hace dos milenios, llevó a Larissa Fox hasta allí arriba. De alguna forma tenía que compensar a su amiga Nektaría. Para que después duden de la fuerza de los niños.

Otros episodios misteriosos de la historia necesitan salir a la luz, hay que saber escuchar, incluso a los niños de ocho años, seguro que se puede aprender más de ellos que de muchos adultos que hablan mucho y no tienen nada que contar.

⁵³ Fragmento de un poema de *Anacreonte*, Ἀνακρεόντεια, una colección de sesenta poemas griegos de los que se sabe muy poco. Se conservaron en un manuscrito del siglo X guardado en la biblioteca Palatina de Heidelberg, donde lo descubrieron en el siglo XVII.

⁵⁴ Némesis, en griego Παιμνους, es la diosa de la justicia retributiva, de la venganza, de la fortuna de cada uno que ayuda a restablecer el equilibrio.

⁵⁵ Así llamaban antiguamente a los habitantes de la isla, según Homero.

Capítulo 26

—¿Usted no vino a la isla por motivos de salud? —El joven actor inglés mira a la mujer española con ojos de ardilla que tiene delante. Ha estado metida en todos los saraos de la Semana Santa griega. No se ha perdido nada.

—¡Sí!

—¡Pero quién se cree eso! Usted ha sido una figura omnipresente, se ha inmiscuido en la vida de todos, ¿cómo va a estar enferma? — Larisa Fox lo dice con la boca llena, está masticando una de las delicias de una gran bandeja de *mezedes* que les han servido junto con unos vasitos de ouzo.

La arqueóloga lo hace con el único brazo que tiene bien, el otro lo lleva vendado y entablillado. Le sacaron la bala ayer, cuando todo el país estaba inmerso en un jolgorio interminable. Hoy es lunes y la fiesta sigue, pero a otro ritmo. Ellos han decidido reunirse en la parte más aristocrática de la gran plaza de la Spianada, en uno de los restaurantes más antiguos del Listón. Sumergidos en años de historia y rodeados de una arquitectura monumental, frente al cálido mar Mediterráneo, el grupo disfruta de la vida. ¿Qué más se puede pedir?

—¿Y cómo te las has arreglado para llegar hasta aquí, Larissa? —Es inevitable, Violeta tiene que preguntar.

—Me he escapado con un taxi. No podía quedarme en el hospital un día más. ¡Tenemos trabajo!

—¿Te duele la herida, jefa?

—¡Pues claro que duele, Duke! ¿Acaso crees que la pistola era de fogueo? Ese político me atravesó el hombro, me ha dejado un agujero en el que puedes meter el dedo si quieres.

Algunos miembros del equipo de arqueólogos se ríen porque creen que está exagerando. Saben lo que pasó el sábado por la noche, pero solamente los que vivieron la historia pueden comprender lo cerca que estuvieron de la muerte.

—No. Dejémoslo, jefa, eso no será necesario. Ni tú eres Jesucristo ni yo santo Tomás. Además, no quiero que sufras más.

—Una enfermera del hospital muy maja me ha dado unos cuantos calmantes a escondidas.

—Todavía hay gente buena que no sigue las normas, gracias a Dios.

—La señora Lope coge un vaso de licor y se lo toma de un trago.

—Señora, cuidado con el ouzo, que sube a la cabeza. —Panagiotis le coge el vaso que tiene en las manos—. Se lo digo por experiencia. Es mejor mezclarlo con un poco de agua. —El chico se levanta y coge un jarrón de agua fresca que hay en la mesa.

—Cómo eres, Panagiotis, déjala, está de vacaciones, que beba y sea feliz. —Stella es la otra cara de Grecia.

—Yo siempre preferiré una buena cerveza fresca. —Steve se lleva su bebida a los labios.

—Yo también. —Johnny toma un buen trago de la *lager* local que elaboran en el norte de la isla.

—¿Has hablado hoy con Becky? —pregunta Scott al americano. Él lo ha intentado, pero ha saltado el contestador.

—Sí, *señor*, se recupera y sus padres están con ella.

—Te tomó por un «escribenotas» y tú no eres de esos. El error casi le costó la vida. —Scott es el único actor que está en la mesa. Disfruta en compañía de todos esos investigadores del pasado, le divierte su

forma de comunicarse y de vestir. Él va hecho un figurín, parece un actor de los años veinte del siglo pasado.

—Sí. Pero tranquilo. Ahora ya sabe que no soy Shakespeare. —El americano recela del inglés. En algunos momentos le parece que está celoso de la relación iniciada con Becky. Scott toca con la mano un lado de las gafas de sol oscuras que lleva y Johnny no puede saber si sigue mirándolo a él.

«Y si no fuera ella, y si fuera él, quizá a Scott le gustan los hombres. El amor y los celos, no hay uno sin el otro. Es que el amor cuando está vivo es como una brasa». Violeta quiere dejarse llevar por el momento, se respira tanta tranquilidad y el cielo está tan azul y el sol tan resplandeciente. «Voy a por otro ouzo». Su viaje termina pronto, dentro de dos días se marcha. Su experiencia en la isla ha sido agitada, pero ha valido la pena. El señor Lazaro le ha hablado de lugares extraordinarios en la Grecia continental y Andreas le ha asegurado que las islas del Egeo son muy distintas a Corfú. Son como diferentes países dentro de la misma frontera. «Eso es lo que ha dicho el camarero, y me suena. Quién sabe, algún día puede que vuelva».

La gran ausente en el encuentro entre amigos es Jackeline Taylor, que pasa el día con Kass y los abuelos del niño. Se lo pidió el chico. La detención de Stefanos Asprudis ha sido un golpe muy duro para los padres, que no son más que dos humildes ancianos cuyo único hijo ha sido acusado de asesinato. Violeta ha desayunado con la actriz esta mañana y sabe que su deseo es que vayan todos juntos a Estados Unidos.

«Lo comprendo, aquí será difícil volver a la normalidad después de lo que ha pasado. Pero ¿y si le sale el tiro por la culata? ¿Y si su hijo le pide que se quede aquí en la isla para siempre? ¿Lo hará? Ya lo

abandonó una vez. El hombre y la mujer son los únicos animales que tropiezan dos veces con la misma piedra».

—Señora Lope, coma algo, mujer, el ouzo no sienta bien solo. —Es el arqueólogo griego otra vez. «Tendrá algún familiar que se parece a mí y lo quiere vivo».

—Voy, voy. —Violeta pica un calamar frito de la espectacular bandeja.

—Larissa, tú deja de comer y suelta prenda. Hemos venido todos hasta aquí para saber qué encontraste ahí arriba en el templo, ¿tan importante es? —Para Violeta no hay nada peor que una historia a medias. Sería un crimen más y ya ha tenido suficiente. Ha venido aquí a recuperar la salud, no a perderla. Ella quiere saber qué pasó en ese templo dedicado a Medusa.

—Coge una de las empanadillas. Están de muerte. —Lindsay guiña el ojo a Larissa.

—Y el pulpo marinado está delicioso. —Claudio, el otro arqueólogo griego, se concentra en la comida, hay que aprovechar, hoy paga la jefa.

—Pásame una empanada, pero el pulpo ni lo toco.

Con más o menos detalles, los habitantes de la isla saben que el gobernador encerró a cinco personas en el Museo Arqueológico y que su intención era matarlas. Hoy ha sido el primer día que la prensa escrita ha sacado la noticia con pormenores sobre el motivo del encierro y la relación con el asesinato de la malograda camarera del hotel. Todos los jóvenes que forman el equipo de Larissa están al corriente, pero ella les ha dicho que en el templo «hay algo más».

—¿Queréis saber qué vi allí arriba detrás del frontón cuando estuve a punto de perder la vida? —Larissa sostiene el momento, se divierte un poco con ellos.

—Jefa, dispara. —Duke siente el calor y continuamente sopla bajo su largo flequillo rubio para que no le caiga sobre la frente.

A la arqueóloga de Oxford le gustaría contar la verdad: que vio a un niño de apenas ocho años que la guio hasta la piedra tallada que resuelve el enigma del Ojo de Medusa. Pero se contiene, para esos historiadores y soñadores de reliquias del pasado que tiene delante lo fundamental es resolver el misterio. Es posible que entre esas caras de la mesa alguno acabe oyendo voces como ella. Los observa como si fueran sus hijos, con el orgullo y la profundidad de discernimiento de una madre.

—Allí arriba, chicos, hay una piedra esculpida que da sentido a nuestro Ojo de Medusa.

—¿Qué tipo de piedra?

—Rectangular, no muy grande. Uno de los bordes está desgastado, redondeado. Podría ser la piedra de un peldaño. Pero lo significativo no es la forma de la piedra, sino lo que hay esculpido en ella: vi a una niña que llevaba la diadema con las hojas de laurel que encontramos.

Todos dejan de comer y beber.

—De ahí que sea tan pequeña. Pero ¿qué hacía una niña ahí?

—Espera, Duke.

—Vi las figuras de unos hombres encerrando a los sacerdotes del templo dentro del recinto que escondía el agujero. Y vi quién acabó con ellos.

—¿Medusa? —Violeta no puede contenerse.

—No. Ahí está bien claro: lo que acabó con esas personas fue un pulpo gigante.

—¡¿Cómo?!

—¡¿Qué?!

—Dejadme continuar. Seguramente habían creado un rito que incluía las alhajas de oro y el agua del mar. Pero imprevisiblemente uno de esos enormes animales marinos se metió por el acceso y lo convirtió en su osera, o en su guarida. Y ahora, finalmente, tenemos una prueba de esto. —Larissa Fox está satisfecha con la reacción de su equipo y continúa—. Mataba a los que pasaban por el ceremonial hasta que la gente de la isla se puso al corriente de lo que sucedía en el templo y aplicaron el «ojo por ojo» a los sacerdotes, a quienes culpaban de las muertes.

—Así que los huesos pueden ser de los sacerdotes y algunos de los últimos hombres que hicieron la ceremonia y fueron víctimas de ese animal. ¡Qué horror! —Lindsay intenta asimilar la información.

—¿Cómo era de grande? ¿De qué tamaño estamos hablando? —Brad quiere visualizar el animal en su cabeza.

—Grande. En la piedra hay un relieve de la bestia que tiene a una víctima agarrada con uno solo de los ocho tentáculos.

—He oído hablar de pulpos gigantes. —El actor está igual de entusiasmado que los demás con la explicación de Larissa.

—Los llaman *krakens*.

—¿Cómo has dicho? —Para la señora Lope es la primera vez que oye tal palabrota.

—*Krakens*. Hay innumerables historias que hablan de calamares y pulpos gigantes que provienen de muy distintas culturas de nuestro planeta. Posiblemente ya no haya criaturas como estas en nuestros mares, pero podría ser una explicación real de lo que pasó entonces. Estamos hablando de dos mil quinientos años atrás.

—Plinio el Viejo,⁵⁶ en uno de sus libros habla de un barco atacado por un pulpo gigante. —Johnny conoce los clásicos al dedillo.

—Y otros historiadores más cercanos a nosotros también describen animales gigantes que atacan a navíos. —Steve está pensando en naturalistas franceses e ingleses que narran arremetidas de estas criaturas contra barcos.

—¿Habéis oído hablar de los *globsters*?

—Sí, son masas marinas invertebradas que han aparecido en algunas playas.

—Pero no tienen ojos.

—Esta criatura tenía ojos. Mañana los podréis ver grabados en la piedra. Es un pulpo gigante.

—Vaya, por fin una explicación razonable al hallazgo de los esqueletos. —Stella mira a su compañero griego.

—No hubo ningún sacrificio humano. —Panagiotis suspira aliviado de que no cambie la historia de su país.

—No. Y con esa piedra podemos demostrarlo.

—Mañana por la mañana iremos todos al museo. Hay que bajarla y estudiarla. Duke...

—Ya sé lo que vas a decir: «Habla con el Departamento Arqueológico del Ministerio de Cultura griego».

—Pobre gente, qué espanto. ¿Hasta qué punto creían que Medusa existía de verdad? ¿Cómo distinguir lo que es realidad de lo que es pura fantasía?

—No creo que fueran tan tontos, Stella. Podían distinguirlo, esto es una isla, vivían del mar, inmersos en una cultura marina. Seguro que enseguida supieron que era un pulpo de los grandes y no Medusa.

—En la Grecia arcaica la gorgona era un monstruo.

—Sí, pero hasta un niño distingue entre la Medusa plasmada en el frontón del templo y un calamar o un pulpo gigante. —Johnny toma un buen sorbo de cerveza.

—No comprendo cómo utilizaban la gorgona como un símbolo de protección.

—Pues porque podía petrificar con la mirada.

—Y por otra razón: las serpientes —añade Larissa. —Estos animales están relacionados con conceptos religiosos usados en Delfos y otros centros oraculares de la Grecia arcaica.

—Cuando les cuente todo esto a mis vecinos del pueblo en los Pirineos pensarán que voy mona, que estoy borracha, vamos. —«Me alegro de no haberlos llamado por teléfono porque hubieran pensado que he perdido la chaveta. Estas tierras griegas están repletas de fábulas y utopías, por eso es tan difícil tocar de pies en el suelo cuando uno se encuentra aquí»—. ¿Quién me pone otro vasito de ouzo?

De improviso se para un taxi muy cerca de donde están sentados. Son Jackeline Taylor y su hijo. Scott se levanta y va a buscarlos. Lo primero que hace es saludar al chico con un choque de puños suave porque lleva las dos manos vendadas. Es su forma de felicitarle una vez más por lo que hizo. Cuando llegan a la mesa donde están los demás les explica la hazaña del muchacho con todo tipo de detalles. Los arqueólogos se quedan asombrados.

—Jefa, qué parca eres con los detalles. No nos dijiste que os salvasteis gracias a este muchacho.

Kass aparta la mirada, le abrumba ser el protagonista de la conversación.

—Los héroes de la noche fueron Kass y Larissa. Los demás nos dejamos salvar. —Violeta observa cómo los arqueólogos varones miran embelesados a la actriz, que, una vez más, deslumbra con su cuerpo esbelto y sensual, ceñido bajo un vestido blanco de algún diseñador célebre, y con su larga melena cayéndole por la espalda

como si fuera un río de ondulantes hilos dorados. «Es una diva, no puede evitarlo, es algo natural en ella».

Los camareros reconocen inmediatamente a la famosa actriz de Hollywood y se apresuran a traer un par de sillas más. Ella se sienta adoptando una pose de cisne involuntaria, pero del todo efectiva para mantener su aura de diosa celestial.

—¿Tuviste miedo, pequeño? —Stella pone cara de hermana mayor orgullosa.

—Un poco. Pero hago escalada y eso me ayudó. —Lo de pequeño no le ha gustado, pero respeta a ese grupo de arqueólogos y le gusta lo que hacen.

—Toma algo de comer. —La arqueóloga griega coge un plato y le pone algunos aperitivos.

Johnny y Panagiotis le cuentan medio en inglés medio en griego el descubrimiento de la piedra.

—¿Cómo ha ido con los suegros? —pregunta Scott a Jackeline.

—Están destrozados. La abuela de Kass solo hace que llorar. Ni ellos, que vivieron con Stefanos toda la vida, podían imaginar que sería capaz de... —la actriz se asegura de que su hijo está fuera del radar auditivo— matar a sangre fría.

—La familia de Spiridula también estará pasando lo suyo. Y tenía hijos.

—Sí, tenía tres niños. Lo sé, me lo ha dicho el director del hotel. También me ha puesto en contacto con un abogado local, a quien he pedido que se encargue de esos pequeños. No quiero que les falte nada. Esa mujer murió en manos del padre de mi hijo. Y me siento culpable, todo ocurrió porque ella sabía que Stefanos envió la caja de mariposas.

—Así que fue él. —Scott no se sorprende después de lo que les hizo el sábado.

—Sí. Y es el autor de los anónimos. —Jackeline se dirige a la señora Lope con mirada grave—. La policía me ha llamado. Stefanos ha hecho una declaración jurada. Lo ha confesado todo.

Mientras los arqueólogos hablan entre ellos y Kass los escucha con interés, en la otra punta de la mesa se mantiene un escrupuloso silencio. Los dos actores y Violeta reflexionan sobre lo distintos que somos los seres humanos. «Que se dejen de patrones y estadísticas, y tendencias, estas patrañas mercantiles dicen muy poco de nuestro yo. Son contadas las veces en la vida que nos sentamos delante de nosotros mismos y nos preguntamos quiénes somos. A lo mejor ellos, que son actores, tienen todavía más necesidad de saber quiénes son, más que los demás mortales. Su trabajo es meterse en la piel de otros, puede pasar que, distraídamente, se queden para siempre en un papel, ofreciendo la imagen de alguien que no existe, pero que los demás perciben como real y con eso les basta. Por suerte, quedan las islas».

—Corfú es una isla. Yo tengo un afecto especial por las islas. Siempre digo a mis vecinos de los Pirineos que en una isla todo es posible.

—¿Por qué?

—Porque en una isla estás más cerca de la esencia, de lo que es en verdad importante para un ser racional que, además, piensa y siente como cualquier otro animal. —«No debo decir pensamientos en voz alta, he bebido más de la cuenta»—. Todos dejaremos Corfú cargados con un hatillo de recuerdos. Y tú, Jackeline, con un hijo.

—Kass, ¿te vas a Estados Unidos, chico? —Scott coge su vaso.

—Bueno, eso depende de él, todavía no me ha dicho nada. —La madre se lo ha propuesto, pero no ha obtenido una respuesta clara.

El chico hace lo mismo que el actor y coge un vasito de licor que tiene delante.

—Oye, chaval, el alcohol a los veintiuno. —Brad intenta cogerle la bebida de las manos para impresionar a la madre, a la que no quita ojo. No cambiará nunca.

—Esto es Grecia, cacahuete con patas —replica Stella al americano, pero añade algo de agua al vaso del chico.

Kass sonrío y mira a su madre, que no va a impedir que haga un brindis.

—Me voy a América contigo, pero ¡hay que ir a las Vegas! —Echa un vistazo a Scott, él tuvo la idea la noche del encierro en el museo.

—¡Bien hecho, chico, tú pide!

A Jackeline le resbalan dos lágrimas por las mejillas. «Yo ya no sé qué pensar, esta mujer es puro Hollywood».

—Y vuestra serie, ¿cómo vais a terminarla? —La señora Lope mira a Scott, pero quien responde es Jackeline, todavía emocionada con la decisión de su hijo.

—Ha terminado. Me da igual lo que cueste. Hablé ayer con mi mánager y negociará la cancelación.

—¿La serie se cancela? ¿No la emitirán? Qué pena. Me hubiera gustado veros de nuevo... en la tele.

—¡Fantástico! ¡Volvemos a casa! —Scott está encantado, sabe que se embolsará lo estipulado en su contrato sin mover un dedo más.

—Nosotros nos quedamos seguro, ¿no, jefa?

—¡Evidentemente! —Para la arqueóloga inglesa es una cuestión de honor—. ¿Por qué preguntas? ¡Nos quedamos! Tenemos mucho trabajo por delante. Hemos excavado el Ojo de Medusa y

desenterrado su misterio, pero hay que topografiar el acceso hasta el mar y lo primero, inspeccionar la piedra.

—Larissa, deberías volver al hospital y pasar una noche más ahí, guarda las fuerzas para mañana.

—No te inquietes, Stella, que no la dejaré trabajar, solo supervisar desde una silla. ¿Has oído, jefa? Soy el mejor ayudante del mundo. — Duke se besa a sí mismo y coge su vaso de licor—. ¡Venga mentecatos, un brindis!

—Vamos a recordar primero a la camarera y a los que perdieron la vida hace dos mil quinientos años en el templo. —La señora Lope se levanta y los demás hacen lo mismo.

—¡Por ellos! —Los vasos chocan entre sí y el licor desciende por sus gargantas con un cosquilleo muy especial. Larissa no les deja sentar todavía.

—Aristóteles decía que el nivel más alto de amistad es cuando se disfruta del carácter de los demás y ellos disfrutan del tuyo tanto en los momentos buenos como en los malos. Esta es la amistad que más perdura. ¡Por la *filía*!

—¡Por la *filía* sin fronteras!

A este brindis siguen otros y los camareros bendicen la mesa trayendo *mezedes* de toda clase a cuál más delicioso. Ellos charlan y se explican sus sueños y sus planes, sus desvelos personales, sus proyectos laborales. Conectan y la comunicación fluye. Violeta les habla por primera vez de sus vecinos del pueblo y les invita a visitarla cuando quieran a su pequeño hotel. Les explica que su hotel es como ella: una aguerrida dama acomodada en los Pirineos que, de vez en cuando, necesita arreglos y periplos terapéuticos, pero que se conserva muy bien y que por dentro está perfectamente amueblada.

Hay risas en la mesa y Scott borda el papel de galán al confesar que si Violeta fuera más joven se casaría con ella inmediatamente.

Las horas pasan volando y la tarde cae en la Espianada como en el resto de la isla de Corfú. «Es hora de volver». La señora Lope se despide de todos, quiere caminar hasta el hotel. No quiere taxis. «Así me despejaré». Deja atrás la gran plaza que recordará por su grandeza y su finura lánguida de épocas pretéritas, y se encamina hacia la bahía de Garitsa. Siente sus pies ligeros y su corazón indomable, como si tuviera veinte años otra vez. «Corfú se me ha ofrecido como la isla que siempre he buscado en mis sueños, larga y tranquila, desplegando toda su belleza femenina bajo mis pies. Tengo la sensación, la certeza, de estar en casa. He visto mi pueblo de Bolví en el verde de los cipreses, los olivos y los ojos de la gente. Es inexplicable, siento que de algún modo pertenezco a este lugar, como una ola más del mar, entregada a los vaivenes de la vida elemental, pero con la convicción de formar parte de algo más grande. Es una sensación nueva, es como estar todo el tiempo dentro de un templo, con el alma a flor de piel». Bajo ese reguero de luces lívidamente encarnadas de la Pascua griega, mira el mar arropado por la costa continental. Todo le parece mágico, como si alguien lo hubiera puesto ahí solo para ella. Una pequeña barca de pescadores se mece dócilmente sobre el agua en calma. Allí dos niños la saludan. Un niño y una niña que no tendrán más de ocho años. «Me conocen». Ella les devuelve el saludo y se marcha.

⁵⁶ Escritor, científico y naturalista que murió en la erupción volcánica de Pompeya en el año 79.

Fin